# Carpe Yugulum

Terry Pratchett

A través de las negras nubes deshilachadas un fuego se movía como una estrella moribunda, cayendo hacia la tierra

—la tierra, es decir el Mundodisco

—pero a diferencia de lo que había hecho antes cualquier estrella, a veces lograba dirigir su caída, subiendo a veces, a veces girando, pero dirigiéndose inevitablemente hacia abajo.

La nieve brilló brevemente sobre las laderas de las montañas cuando crepitó arriba.

Bajo ella, la tierra misma empezó a deslizarse. El fuego se reflejaba en paredes de hielo azul mientras la luz caía dentro del nacimiento de un cañón y ahora bramaba a través de sus recodos y vueltas.

La luz se apagó de golpe. Algo todavía se deslizaba abajo entre las rocas por la cinta iluminada por la luna.

Salió disparada del cañón hasta la cumbre de un despeñadero, donde el agua derretida de un glaciar se lanzaba en un pozo distante.

Contra toda razón, aquí había un valle, o una red de valles, agarrados al borde de las montañas antes de la larga caída hacia las llanuras. Un lago pequeño brillaba en el aire más tibio. Había bosques. Había diminutos campos, como una colcha de retazos lanzada sobre las rocas.

El viento estaba quieto. El aire era más tibio.

La sombra empezó a dar vueltas.

Lejos abajo, ignorada e ignorante, otra cosa estaba entrando en este pequeño puñado de valles. Era difícil ver qué era exactamente; la aulaga se rizó, el brezo crujió, como si un ejército muy grande hecho de criaturas muy pequeñas estuviera moviéndose con un propósito.

La sombra llegó a una roca plana que brindaba una vista magnífica de los campos y los bosques de abajo, y allí entre las raíces salió el ejército. Estaba formado por los hombres azules muy pequeños, algunos con gorras azules puntiagudas pero la mayoría con su pelo rojo al descubierto. Llevaban espadas. Ninguno medía más de seis pulgadas de estatura.

Formaron una fila y bajaron la mirada al nuevo lugar, y entonces, agitando las armas, lanzaron un grito de batalla. Habría sido más impresionante si antes se hubieran puesto de acuerdo, pero tal como sonó parecía que cada pequeño guerrero tenía un grito de batalla propio y que lucharía contra cualquiera que tratara de separarlo de él.

—¡Nac mac Feegle![[1]](#footnote-1)

—¡Ah, les pincharé las pelotas!

—¡Les daré una buena patada!

—¡Bigjobs!

—¡Sólo puede haber miles!

—¡Nac mac Feegle wha hae!

—¡Wha hae yersel, ya boggin!

La pequeña taza de valles, brillando bajo los últimos retazos de sol vespertino, era el reino de Lancre.

Desde sus puntos más altos, decía la gente, podías ver todo hasta el borde del mundo.

También decían, aunque no la gente que vivía en Lancre, que debajo del borde, donde los mares bramaban continuamente sobre el borde, que su hogar iba por el espacio sobre el lomo de cuatro inmensos elefantes que, a su vez, estaban parados sobre la concha de una tortuga que era tan grande como el mundo.

La gente de Lancre había oído hablar de esto. Pensaban que sonaba bastante correcto. El mundo era obviamente plano, aunque en el mismo Lancre, los únicos lugares realmente planos eran las mesas y la coronilla de algunas personas, e indudablemente las tortugas podían mover una carga considerable. Los elefantes, a decir de todos, también eran muy fuertes. No parecía haber ninguna brecha muy importante en la tesis, así que los Lancrastianos la dejaban así.

No porque no se interesaran en el mundo a su alrededor. Todo lo contrario, tenían una participación profunda, personal y apasionada en él, pero en lugar de preguntarse, ‘¿Por qué estamos aquí?’, preguntaban, ‘¿Lloverá antes de la cosecha?’

Un filósofo podría haber condenado esta falta de ambición mental, pero sólo si estuviera realmente seguro acerca de dónde vendría su siguiente comida.

De hecho, el clima y la posición de Lancre engendraron un pueblo testarudo y franco que se destacaba a menudo en el mundo de más abajo. Había provisto a las llanuras con muchos de sus más grandes magos y brujas y, una vez más, el filósofo podría haberse maravillado de que personas tan francas pudieran dar al mundo tantos profesionales mágicos exitosos, sin darse cuenta de que solamente aquellos con los pies sobre la roca pueden construir castillos en el aire.

Y así que los hijos y las hijas de Lancre salieron al mundo, forjaron carreras, treparon variadas escalerillas de logros, y siempre recordaron enviar dinero a casa.

Aparte de notar las direcciones de los remitentes sobre el sobre, los que se quedaban no pensaban mucho en el mundo de afuera.

Sin embargo, el mundo de afuera pensaba en ellos.

La enorme roca plana estaba desierta ahora, pero en el páramo abajo, el brezo temblaba en forma de V hacia las tierras bajas.

—¡La ginebra es un haddie!

—¡Nac mac Feegle!

Hay muchas clases de vampiros. Efectivamente, se dice que hay tantas clases de vampiros como tipos de enfermedades. Y ellos no son exactamente humanos (si los vampiros fueran humanos). A lo largo de todas las Montañas del Carnero se puede hallar la creencia de que cualquier herramienta aparentemente inocente, sea martillo o sierra, buscará sangre si no se la usa durante más de tres años. En Ghat creen en sandías-vampiro, aunque el folclore permanece silencioso sobre qué creen sobre las sandías-vampiro. Posiblemente chupan a la inversa.

Dos cosas han desconcertado a los investigadores de vampiros tradicionalmente. Una es: ¿por qué los vampiros tienen tanto poder? Los vampiros son tan fáciles matar, señalan. Hay docenas de maneras de despacharlos, además de la estaca a través del corazón, que también resulta en personas normales de modo que si usted tiene estacas que le sobren no tiene que desecharlas. Clásicamente, ellos pasaban el día en algún ataúd en algún lugar, sin otro guardián aparte de un anciano jorobado que no parece demasiado activo, y que debería sucumbir ante una turba bastante pequeña. Sin embargo, sólo uno puede mantener a toda una comunidad en estado de sombría obediencia...

El otro enigma es: ¿por qué los vampiros son siempre tan estúpidos? Como si llevar ropa de noche todo el día no fuera una revelación involuntaria de no-muerto, ¿por qué eligen vivir en viejos castillos que ofrecen tanto en el camino de derrotar a un vampiro, como cortinas que se rompen fácilmente y adornos de pared que fácilmente pueden ser retorcidos en símbolos religiosos? ¿Piensan realmente que deletrear su nombre de atrás para adelante engaña a alguien?

U[[2]](#footnote-2)n coche traqueteaba a través de los páramos, a muchas millas de Lancre. Por la manera en que rebotaba sobre los surcos, estaba viajando sin carga. Pero la oscuridad venía con él.

Los caballos eran negros, y también el coche, a excepción del escudo de armas sobre las puertas. Cada caballo tenía una pluma negra entre las orejas; había una pluma negra en cada esquina del coche también. Quizás esto causaba el extraño efecto de que el coche era una sombra en movimiento. Parecía estar arrastrando la noche detrás de él.

En el extremo del páramo, donde algunos árboles crecían de los escombros de un edificio en ruinas, se detuvo con crujidos.

Los caballos permanecieron quietos, pateando ocasionalmente o sacudiendo las cabezas. El cochero permaneció sentado, encorvado sobre las riendas, esperando.

Cuatro figuras volaban justo por encima de las nubes, a la luz de la luna plateada. Por el sonido de la conversación alguien estaba enojado, aunque el desagradable tono cortante de la voz sugería que una mejor palabra podría ser ‘disgustado’.

—¡Tú lo dejaste ir! —Esta voz tenía un gimoteo, la voz de un quejumbroso crónico.

—Estaba herido, Lacci. —Esta voz sonaba conciliadora, paternal, pero con apenas un matiz de deseo reprimido de darle un tortazo a la primera voz.

—Realmente odio esas cosas. ¡Son tan... babosas!

—Sí, querida. Un símbolo de un pasado crédulo.

—Si yo pudiera arder de ese modo no andaría merodeando por allí, sólo viéndome bonito. ¿Por qué lo hacen?

—Debe haberles sido útil en cierto momento, supongo.

—Entonces son... ¿cómo los llamaste?

—Un callejón sin salida evolutivo, Lacci. Un superviviente aislado sobre los mares del progreso.

—¿Entonces les estoy haciendo un favor al matarles?

—Sí, ésa es una opinión. Ahora, iremos...

—Después de todo, los pollos no arden —dijo la voz llamada Lacci— . No fácilmente, de todos modos.

—Te escuchamos experimentar. Matarlos primero podría haber sido una buena idea. —Ésta era una tercera voz, joven, masculina, y también algo harta de la femenina. Tenía armónicos de ‘hermano mayor’ en cada sílaba.

—¿Cuál es el problema con eso?

—Bien, querida, habría sido más silencioso.

—Escucha a tu padre, querida. —Y ésta, la cuarta voz, sólo podía ser la voz de una madre. Adoraría a las otras voces sin importar qué hicieran.

—¡Tú eres tan injusto!

—Te dejamos lanzar rocas sobre los duendes, querida. La vida no puede ser toda diversión.

El cochero se agitó mientras las voces descendían a través de las nubes. Y entonces cuatro figuras estaban de pie un poco más allá. Se bajó y, con dificultad, abrió la puerta del coche cuando se acercaron.

—Sin embargo, la mayoría de las desgraciadas cosas se fueron — dijo Madre.

—No importa, mi querida —dijo Padre.

—Realmente los odio. ¿Son también un callejón sin salida? —dijo Hija.

—No bastante muertos todavía, a pesar de tus valientes esfuerzos. ¡Igor! A Lancre.

El cochero se volvió.

—Ya missmo, amo. —Oh, por última vez, hombre... ¿es ésa una manera de hablar? —Ess la única manera que conozco, amo —dijo Igor. —Y te dije que quitaras las plumas del coche, tú idiota. El cochero se movió inquieto. —Tiene que haber plumass negrass, amo. Ess tradissional. —¡Retíralas inmediatamente! —ordenó Madre—. ¿Qué pensarán las

personas? —Ssí, sseñora. El que era llamado Igor cerró la puerta de golpe y se dirigió

tambaleante hacia atrás, alrededor del caballo. Retiró las plumas con

reverencia y las puso bajo su asiento. Dentro del coche, la voz disgustada preguntó: —¿Es Igor un callejón sin salida evolutivo también, Padre? —No podemos sino desearlo, querida. —Cabrón —dijo Igor por lo bajo, mientras recogía las riendas.

La redacción comenzaba:

Usted está cordialmente invitado...

... y estaba escrito con esa refinada letra descuidada que era difícil de leer pero muy oficial.

Tata Ogg sonrió y volvió a dejar la tarjeta sobre la repisa de la chimenea. Le gustaba la idea de ‘cordialmente’. Tenía un sonido rico, y sobre todo alcohólico.

Estaba planchando su mejor enagua. En otras palabras, estaba sentada en su silla junto al fuego mientras una de sus nueras, cuyo nombre no podía recordar justo en este momento, estaba haciendo el trabajo. Tata ayudaba señalando las partes que había olvidado planchar.

Era una condenadamente buena invitación, pensó. Especialmente el borde de oro, que era tan grueso como jarabe. Probablemente no oro real, pero extraordinariamente brillante a pesar de todo.

—Hay una parte allí que podría estar mejor con otra pasada, muchacha —dijo, llenando su cerveza.

—Sí, Tata.

Otra nuera, cuyo nombre indudablemente podría recordar después de pensar unos segundos, estaba lustrando las botas rojas de Tata. Una tercera quitaba muy cuidadosamente la pelusa del mejor sombrero puntiagudo de Tata, puesto.

Tata se levantó otra vez y fue a abrir la puerta trasera. Quedaba poca luz en el cielo ahora, y algunos jirones de nubes se movían rápidamente sobre las estrellas tempranas. Olfateó el aire. El invierno duraba más aquí en las montañas, pero definitivamente había sabor de primavera en el viento.

Un buen tiempo, pensó. El mejor tiempo, realmente. Oh, sabía que el año empezaba la Noche de la Vigilia del Puerco, cuando cambiaba la marea fría, pero el nuevo año empezaba ahora, con los verdes brotes asomando a través de la última nieve. El cambio estaba en el aire, podía sentirlo en sus huesos.

Por supuesto, su amiga Yaya Ceravieja siempre decía que no podías confiar en los huesos, pero Yaya Ceravieja decía muchas cosas como ésa todo el tiempo.

Tata Ogg cerró la puerta. En los árboles al fondo de su jardín, deshojados y ásperos contra el cielo, algo hizo crujir sus alas y parloteó mientras un velo de oscuridad cruzaba el mundo.

En su propia cabaña unas millas más allá, la bruja Agnes Nitt estaba indecisa sobre su nuevo sombrero puntiagudo. Agnes generalmente estaba indecisa sobre cualquier cosa.

Mientras se remetía el pelo y se observaba en tono crítico en el espejo, cantaba una canción. Cantaba en armonía. No, por supuesto, con su reflejo en el vidrio, porque esa clase de heroína terminaría tarde o temprano cantando un dúo con el Sr. Pájaro Azul y otras criaturas del bosque, y entonces no hay nada para ella excepto un lanzallamas.[[3]](#footnote-3)

Simplemente cantaba en armonía con ella misma. A menos que se concentrara, eso estaba ocurriendo más y más en estos días. Perdita tenía una voz bastante chillona, pero insistía en participar.

Aquellos que son propensos a la crueldad fortuita dicen que dentro de una muchacha gorda hay una muchacha delgada y mucho chocolate. La muchacha delgada de Agnes era Perdita.

No estaba segura de cómo había adquirido la pasajera invisible. Su madre le había dicho que cuando era pequeña tenía el hábito de echar la culpa de accidentes y misterios —como la desaparición de un tazón de nata o la rotura de una jarra valiosa—, a ‘la otra niña pequeña’.

Solamente ahora se daba cuenta de que no era una buena idea consentir este tipo de cosas cuando, a pesar de ella misma, tenía un poco de brujería natural en la sangre. La amiga imaginaria había crecido, nunca se había ido y había resultado ser un fastidio.

A Agnes no le gustaba Perdita, que era vanidosa, egoísta y cruel, y Perdita odiaba andar dentro de Agnes, a quien consideraba una bola gorda, patética y sin voluntad, pisoteada por las personas si no fuera que era tan empinada.

Agnes se dijo a sí misma que había inventado el nombre Perdita como una etiqueta conveniente para todas esas ideas y deseos que sabía que no debería tener, como un nombre para ese pequeño comentarista problemático que vive sobre el hombro de todos y que mira desdeñosamente. Pero a veces pensaba que Perdita había creado a Agnes para tener algo que aporrear.

Agnes tendía a obedecer las reglas. Perdita no. Perdita pensaba que no obedecer reglas era de algún modo súper. Agnes pensaba que las reglas como ‘No caer dentro de este inmenso hoyo de pinchos’ estaban allí para un propósito. Perdita pensaba, para tomar un ejemplo al azar, que las cosas como los modales en la mesa eran una idea estúpida y represiva. Agnes, por otro lado, estaba en contra de ser golpeada por partes voladoras de la col de las otras personas.

Perdita pensaba que el sombrero de una bruja era un poderoso símbolo de autoridad. Agnes pensaba que una muchacha regordeta no debía llevar un sombrero alto, especialmente con negro. La hacía parecer como si alguien hubiera dejado caer un cucurucho de helado con sabor a regaliz.

El problema era que aunque Agnes tenía razón, también la tenía Perdita. El sombrero puntiagudo tenía mucha importancia en las Montañas del Carnero. Las personas hablaban al sombrero, no a la persona que lo llevaba. Cuando las personas estaban en serios problemas iban a una bruja.

También tenías que vestir de negro. A Perdita le gustaba el negro. Perdita pensaba que el negro era súper. Agnes pensaba que el negro no era un buen color para el desafío de la circunferencia... oh, y ese ‘súper’ era una palabra tonta usada solamente por personas cuyos cerebros no llenaban una cuchara.

Magrat Ajostiernos no había vestido de negro y probablemente nunca habría dicho ‘súper’ excepto cuando comentara sobre la temperatura.

Agnes dejó de examinar el sombrero en el espejo y miró alrededor de la cabaña que había sido de Magrat y que ahora era suya, y suspiró. Su mirada se fijó en la costosa tarjeta bordeada con oro sobre la repisa de la chimenea.

Bien, ahora Magrat se había retirado indudablemente y se había marchado para ser Reina, y si alguna vez hubo alguna duda sobre eso entonces no podría haber ninguna hoy. Sin embargo, Agnes se sentía perpleja por la manera en que todavía Tata Ogg y Yaya Ceravieja hablaban de ella. Estaban orgullosas (más o menos) porque se había casado con el Rey, y estaban de acuerdo en que era el tipo de vida adecuado para ella, pero mientras tanto nunca articulaban en realidad el pensamiento que sobrevolaba sus cabezas con colores mentales destellantes: Magrat se había conformado con el segundo premio.

Agnes casi se había echado a reír cuando se dio cuenta de esto por primera vez, pero no podías discutir con ellas. Ellas ni siquiera verían que podía haber una discusión.

Yaya Ceravieja vivía en una cabaña con un techado tan viejo que había un árbol nuevo creciendo en él, y se levantaba y se acostaba sola, y se lavaba en el barril de la lluvia. Y Tata Ogg era la persona más local que Agnes alguna vez conociera. Había viajado a partes extranjeras, sí, pero siempre llevaba a Lancre con ella, como una especie de sombrero invisible. Pero ellas daban por sentado que estaban en la cima de cada árbol, y que el resto del mundo estaba allí para que ellas hicieran pequeños ajustes.

Perdita pensaba que ser una reina era exactamente lo mejor que podías ser.

Agnes pensaba que lo mejor que podías ser era estar lejos de Lancre, y lo mejor, en segundo lugar, sería estar en tu propia cabeza a solas.

Se ajustó el sombrero lo mejor que pudo y dejó la cabaña.

Las brujas nunca cerraban la puerta con llave. Nunca tenían que hacerlo.

Mientras salía hacia la luz de la luna, dos urracas se posaron en el techado.

Las actividades actuales de la bruja Yaya Ceravieja habrían desconcertado a un observador escondido.

Observaba de cerca las losas justo dentro de su puerta trasera y levantaba la vieja alfombra de trapos frente a ella con el dedo del pie.

Entonces caminaba hasta la puerta principal, que nunca era utilizada, y hacía lo mismo allí. También revisaba las grietas alrededor de los bordes de las puertas.

Salió. Había habido una fuerte helada durante la noche, un pequeño truco malicioso del invierno moribundo, y los ventisqueros de hojas que esperaban en las sombras todavía estaban crujientes. En el áspero aire ella hurgó en las macetas y los arbustos junto a la puerta delantera.

Entonces volvió adentro.

Tenía un reloj. A los Lancrastianos les gustaban los relojes, aunque no se preocupaban mucho por el tiempo verdadero que durara menos de una hora. Si tuvieras que hervir un huevo, cantabas quince estrofas de ‘¿Dónde Se Han Ido Todas Las Natillas?’, por lo bajo. Pero el tictac era un consuelo en las noches largas.

Final[[4]](#footnote-4)mente se sentó en su mecedora y miró furiosa a la entrada.

Unos búhos ululaban en el bosque cuando alguien llegó corriendo por el sendero y dio golpes en la puerta.

Cualquiera que no se hubiera enterado del férreo autocontrol de Yaya, alrededor del cual se podía doblar una herradura, podría haber pensado que la escuchaba soltar un diminuto suspiro de alivio.

—Bien, ya es tiempo... —empezó.

La agitación arriba en el castillo era sólo un murmullo distante abajo en los establos. Los halcones se posaban encorvados sobre sus perchas, perdidos en algún mundo interior de planear y seguir las corrientes. Se escuchaba el tintineo ocasional de una cadena o el agitar de un ala.

Variopintenen el halconero estaba alistándose en la diminuta habitación contigua cuando sintió el cambio en el aire. Caminó hacia un establo silencioso. Las aves estaban todas despiertas, alertas, expectantes. Incluso Rey Henry el águila, al que Variopintenen solamente se acercaría en el momento en que estuviera vistiendo una armadura completa, estaba mirando a su alrededor.

Se sentía algo así cuando había una rata en el lugar, pero Variopintenen no pudo ver ninguna. Quizás se había ido.

Para el evento de esa noche él había seleccionado a William el ratonero, en el que podía confiar. Se podía confiar en todas las aves de Variopintenen, pero frecuentemente no, porque le atacaban violentamente a primera vista. William, sin embargo, pensaba que era un pollo, y era generalmente segura compañía.

Pero incluso William estaba prestando mucha atención al mundo, que no ocurría a menudo a menos que hubiera visto un poco de maíz.

Raro, pensó Variopintenen. Y eso fue todo.

Las aves continuaban mirando hacia arriba, simplemente como si el techo no estuviera ahí.

Yaya Ceravieja bajó su mirada hasta una cara roja, redonda y preocupada.

—Oye, ¿no eres...? —Se calmó—. Eres es el niño Vatioley, de Tajada, ¿verdad?

—T’q’v... —El niño se apoyó contra la jamba de la puerta y trató de recuperar el aliento—. Tiene q’v...

—Sólo aspira profundo. ¿Quieres un trago de agua?

—Usted t’q’v...

—Sí, sí, muy bien. Sólo respira...

El niño tragó aire un par de veces.

—¡Tiene que venir con la Sra. Hiedra y su bebé, señorita!

Las pa[[5]](#footnote-5)labras salieron en un torrente veloz.

Yaya agarró el sombrero del perchero junto a la puerta y tomó el palo de escoba de su lugar en el techado.

—Pensé que la vieja Sra. Paternóster estaba encargándose de ella —dijo, hincando los agujones en su sitio con la urgencia de un guerrero que se prepara para una repentina batalla.

—¡Ella di[[6]](#footnote-6)ce que todo ha salido mal, señorita!

Yaya ya estaba corriendo por el sendero en el jardín.

Había un pequeño salto del otro lado del claro, con una caída de veinte pies hasta una curva en el sendero. La escoba no había encendido antes del momento en que llegaba pero continuó corriendo, balanceando una pierna sobre las cerdas mientras caía en picada.

La magia prendió a mitad camino hacia abajo y sus botas se arrastraron sobre el helecho muerto mientras la escoba volaba arriba en la noche.

El camino serpenteaba sobre las montañas como una cinta tirada al descuido. Aquí arriba siempre se escuchaba el sonido del viento.

El caballo del salteador de caminos era un gran semental negro. También era muy posiblemente el único caballo con una escalerilla atada con correa detrás de la silla de montar.

Esto era porque el nombre del salteador de caminos era Casanunda, y era un enano. La mayoría de las personas pensaban en los enanos como tímidos, cautelosos, respetuosos de la ley y muy reservados sobre temas del corazón y de otros órganos vagamente conectados, y esto era efectivamente cierto en casi todos los enanos. Pero la genética lanza extraños dados sobre el paño verde de la vida y de algún modo los enanos habían producido a Casanunda, que prefería la diversión al dinero y dedicaba a las mujeres toda la pasión que otros enanos reservaban para el oro.

También consideraba a las leyes como cosas útiles y las obedecía cuando era conveniente. Casanunda despreciaba el asaltamiento, pero lo mantenía fuera, en el aire fresco del campo, que era muy bueno para la salud, especialmente cuando los pueblos cercanos eran fatales con los maridos que portaban un rencor y un garrote grande.

El problema era que nadie en el camino lo tomaba seriamente. Podía parar los coches muy bien, pero las personas tenían la tendencia a decir, ‘¿Qué? Digo, es un bajador de caminos. ¿Qué sucede? Un poco corto, ¿verdad? Hur, hur, hur’, y se veía forzado a dispararles en la rodilla.

Se sopló las manos para calentarlas, y levantó la mirada al sonido de un coche que se acercaba.

Estaba a punto de salir de su escaso escondite en la espesura cuando vio al otro salteador de caminos trotar fuera del bosque opuesto.

El coche se detuvo. Casanunda no podía escuchar lo que ocurría, pero el salteador de caminos se acercó a una de las puertas y se inclinó para hablar a los ocupantes...

... y una mano se extendió y lo arrancó del caballo y lo metió en el coche.

Se meció sobre sus elásticos durante un rato, y luego la puerta se abrió de golpe; el salteador de caminos salió dando tumbos y se quedó tendido y quieto sobre el camino.

El coche siguió adelante...

Casanunda esperó un ratito y luego se acercó al cuerpo. Su caballo se mantuvo quieto pacientemente mientras desataba la escalerilla y desmontaba.

Podía distinguir que el salteador de caminos estaba completamente muerto. Se espera que las personas vivas tengan un poco de sangre adentro.

El coche se detuvo en la cima de una altura unas millas más adelante, antes de que el camino empezara la bajada larga y sinuosa hacia Lancre y las llanuras.

Los cuatro pasajeros se bajaron y caminaron hasta el principio de la bajada.

Las nubes se estaban acumulando detrás de ellos, pero aquí el aire era claro y helado, y la vista se extendía todo el camino hasta el Borde, bajo la luz de la luna. Abajo y más acá, resaltando entre las montañas, estaba el pequeño reino.

—Portal hacia el mundo —dijo el Conde Magpyr.

—Y completamente indefenso —dijo su hijo.

—Todo lo contrario. Dotado de algunas defensas sumamente eficaces —dijo el Conde. Sonrió en la noche—. Por lo menos... hasta ahora...

—Las brujas deberían estar de nuestro lado —dijo la Condesa.

—Ella pronto lo estará, de todos modos —dijo el Conde—. Una mujer... sumamente interesante. Una familia interesante. Tío solía hablar de su abuela. Las mujeres Ceravieja siempre han tenido un pie en la sombra. Está en la sangre. Y la mayor parte de su poder viene de negarlo. Sin embargo —y sus dientes brillaron cuando sonrió en la oscuridad—, pronto averiguará de qué lado su pan está untado con mantequilla.

—O su pan de jengibre está dorado —dijo la Condesa.

—Ah, sí. ¡Qué correctamente dicho! Es la pena por ser una mujer Ceravieja, por supuesto. Cuando se ponen más viejas empiezan a escuchar el sonido metálico de la gran puerta del horno.

—He oído que es muy fuerte, sin embargo —dijo el hijo del Conde— . Una mente muy aguda.

—¡Matémosla! —dijo la hija del Conde.

—Realmente, Lacci querida, no puedes matar todo.

—No veo por qué no.

—No. Casi me gusta su idea de ser... útil. Y ve todo en blanco y negro. Eso es siempre una trampa para el poderoso. Oh, sí. Una mente así es tan fácilmente... conducida. Con un poco de ayuda.

Se escuchó un zumbido de alas bajo la luz de la luna y algo bicolor aterrizó en el hombro del Conde.

—Y esto... —dijo el Conde, acariciando la urraca y luego dejándola ir. Sacó un cuadrado de cartulina blanca de un bolsillo interior de su chaqueta. Su borde brilló brevemente—. ¿Puedes creerlo? ¿Ha sucedido antes este tipo de cosas? Un nuevo orden mundial realmente...

—¿Tienes un pañuelo, señor? —dijo la Condesa—. Dámelo, por favor. Tienes algunas manchas...

Ella le dio unos toquecitos en la barbilla y volvió a meter el pañuelo manchado de sangre en su bolsillo.

—Ya está —dijo.

—Hay otras brujas —dijo el hijo, como alguien que le da vueltas a un bocado que resulta duro de mascar.

—Oh, sí. Espero que las conozcamos. Podrían ser entretenidas.

Volvieron al coche.

Atrás, en las montañas, el hombre que había tratado de robar el coche logró pararse sobre sus pies, que por un momento parecieron estar atrapados en algo. Se frotó el cuello con irritación y buscó su caballo, que encontró parado detrás de algunas rocas un poco más allá.

Cuando trató de colocar una mano sobre la brida, pasó derecho a través del cuero y el cuello del caballo, como humo. La criatura se encabritó y se alejó galopando locamente.

No iba a ser una buena noche, pensó el atontado salteador de caminos. Bien, maldito sería si perdiera un caballo y algún dinero. ¿Quién demonios eran esas personas? No podía recordar completamente lo que había ocurrido en el carruaje, pero no había sido placentero.

El salteador de caminos era de esa simple clase de hombres que, después de haber sido golpeados por alguien mucho más grande que ellos, buscan a alguien más pequeño para desquitarse. Otra persona va a sufrir esta noche, lo juró. Conseguiría otro caballo, por lo menos.

Y, en el momento justo, escuchó el sonido de pisadas de cascos en el viento. Sacó su espada y se puso en medio del camino.

—¡Deténgase y entrégueme!

El caballo que se acercaba se detuvo obedientemente a unos pies de distancia. No iba a ser tan mala noche después de todo, pensaba. Era realmente una criatura magnífica, más un caballo de guerra que un jamelgo de todos los días. Era tan pálido que brillaba a la luz de alguna estrella ocasional y, por su aspecto, había plata en su arnés.

El pasajero estaba bien envuelto contra el frío.

—¡Su dinero o su vida! —dijo el salteador de caminos.

¿PERDONE?

—Su dinero —dijo el salteador de caminos—, o su vida. ¿Cuál es la parte que usted no comprende?

OH, YA VEO. BIEN, TENGO UNA PEQUEÑA CANTIDAD DE DINERO.

Un par de monedas cayeron en el camino cubierto de escarcha. El salteador de caminos se arrastró por ellas pero no pudo recogerlas, un hecho que solamente aumentó su fastidio.

—¡Es su vida, entonces!

La figura montada sacudió la cabeza. CREO QUE NO. LO DIGO REALMENTE.

Sacó una larga vara curva de una pistolera. El salteador de caminos supuso que era una lanza, pero ahora una hoja curvada surgió y emitió destellos azules a lo largo de sus bordes.

DEBO DECIR QUE USTED TIENE UNA ASOMBROSA PERSISTENCIA DE VITALIDAD, dijo el jinete. No eran tanto una voz, más bien un eco dentro de su cabeza. SI NO UNA PRESENCIA DE ÁNIMO.

—¿Quién es usted?

SOY MUERTE, dijo Muerte. Y REALMENTE NO ESTOY AQUÍ PARA TOMAR SU DINERO. ¿CUÁL ES LA PARTE QUE USTED NO COMPRENDE?

Algo aleteó débilmente en la ventana de los establos del castillo. No había vidrio en el marco, sólo delgadas tablillas de madera para permitir el paso del aire.

Y se escuchó un forcejeo, y luego un apagado picoteo, y luego silencio.

Los halcones observaban.

Fuera de la ventana algo hizo whoomph. Unos rayos de luz brillante se sacudieron a través de la pared lejana y, lentamente, las barras comenzaron a chamuscarse.

\* \* \*

Tata Ogg sabía que mientras la verdadera fiesta sería en el Gran Salón toda la diversión estaría afuera, en el patio alrededor del gran fuego. Adentro todo sería huevos de codornices, paté de hígado de ganso y pequeños emparedados que necesitabas cuatro para un bocado. Afuera serían papas asadas flotando en tanques de mantequilla y todo un ciervo sobre un espetón. Un poco más tarde, habría una actuación a pedido por ese hombre que se ponía comadrejas bajo los pantalones, una forma de entretenimiento que Tata calificaba más alta que la gran ópera.

Como una br[[7]](#footnote-7)uja, por supuesto, sería bienvenida en cualquier lugar y era siempre una buena idea recordárselo a las personas de clase, en caso de que lo olvidaran. Era una elección difícil, pero decidió quedarse fuera y comer una buena cena de venado porque, como muchas ancianas, Tata Ogg era un barril sin fondo para la comida gratis. Entonces volvería adentro y llenaría los espacios con los platos raros. Además, probablemente ellos tomaran ese costoso vino gaseoso y a Tata le gustaba, siempre que fuera servido en un jarro lo bastante grande. Pero necesitabas una buena profundidad de cerveza antes de cargarte con cosas elaboradas.

Recogió un pichel, caminó sin prisas hasta el frente de la cola delante del barril de cerveza, codeó a un lado suavemente la cabeza de un hombre que había decidido pasar la noche tendido bajo el grifo, y se sirvió una pinta.

Mientras regresaba vio la figura zancajosa de Agnes acercándose, todavía ligeramente incómoda con la idea de llevar el nuevo sombrero puntiagudo en público.

—Mira, muchacha —dijo Tata—. Prueba un poco de venado, está bueno.

Agnes miró con desconfianza la carne que se asaba.

Personas de Lancre se ocupaban de las calorías y permitían que las vitaminas se colgaran.

—¿Crees que podría conseguir una ensalada? —se aventuró.

—Espero que no —dijo Tata con felicidad.

—Hay muchas personas aquí —dijo Agnes.

—Todos recibieron una invitación —dijo Tata—. Magrat fue muy gentil en eso, creo.

Agnes estiró la cabeza.

—No puedo ver a Yaya por ningún lugar, sin embargo.

—Estará adentro, diciéndole a las personas qué hacer.

—No la he visto por allí en absoluto últimamente —dijo Agnes—. Tiene algo en su mente, creo.

Tata aguzó la mirada.

—¿Eso crees? —dijo, y agregó para sí misma: te estás poniendo buena, señorita.

—Sólo que desde que nos enteramos del nacimiento —Agnes agitó una mano rolliza para señalar la general celebración de colesterol alrededor de ellas—, ella ha estado tan... tensa, más bien, vibrante.

Tata Ogg metió un poco de tabaco en la pipa y prendió un fósforo contra su bota.

—Ciertamente notas cosas, ¿verdad? —dijo, dando pitadas—. Notas, notas, notas, notas. Tendremos que llamarte Señorita Notas.

—Ciertamente noto que siempre jugueteas con tu pipa cuando estás teniendo ideas que no te gustan mucho —dijo Agnes—. Es la actividad de desplazamiento.

A través de una nube de humo de olor dulce Tata reflexionó que Agnes leía libros. Todas las brujas que habían vivido en su cabaña eran del tipo estudioso. Pensaban que podías ver la vida a través de los libros pero no podías, porque las palabras interferían.

—Ella ha estado un poco reservada, eso es verdad —dijo—. Mejor dejarla sola.

—Pensé que quizás estaba de mal humor por el sacerdote que hará el Nombramiento —dijo Agnes.

—Oh, el viejo Hermano Perdore está bien —dijo Tata—. Parlotea en alguna jerga antigua, lo hace breve y luego sólo le das seis peniques por su trabajo, lo llenas con brandy hasta arriba, lo cargas sobre su burro y él se va.

—¿Qué? ¿No lo escuchaste? —dijo Agnes—. Guarda cama en Skund. Se quebró la muñeca y ambas piernas cuando cayó del burro.

Tata Ogg se sacó la pipa de la boca.

—¿Por qué no me lo han dicho? —dijo.

—No lo sé, Tata. La Sra. Tejedor me lo dijo ayer.

—¡Oh, oh, esa mujer! ¡La pasé en la calle esta mañana! ¡Podría habérmelo dicho!

Tata volvió a meterse la pipa en la boca como si apuñalara a todos los chismosos poco comunicativos.

—¿Cómo puedes romperte ambas piernas cayendo de un burro?

—Estaba subiendo ese pequeño sendero al costado del Desfiladero Skund. Cayó sesenta pies.

—¿Oh? Bien... ése es un burro alto, correcto.

—De modo que el Rey envió a alguien hasta la misión Omniana en Ohulan para que envíen un sacerdote, aparentemente —dijo Agnes.

—¿Él hizo qué? —dijo Tata.

\* \* \*

Una pequeña tienda gris estaba inexpertamente levantada en un terreno justo afuera del pueblo. El creciente viento la hacía aletear, y desgarraba el afiche que había sido clavado afuera a un caballete.

Decía: ¡BUENAS NOTICIAS! ¡¡¡Om Le Da La Bienvenida!!!

A decir verdad nadie había aparecido en el pequeño servicio preliminar que Poderoso Avenas había organizado esa tarde, pero ya que lo había anunciado, había seguido adelante con él de todos modos, cantando algunos himnos alegres con su propio acompañamiento sobre el pequeño armonio portátil y luego predicando un sermón muy breve para el viento y el cielo.

Ahora el Bastante Reverendo Avenas se miraba en el espejo. Estaba un poc[[8]](#footnote-8)o incómodo por el espejo, para ser honesto. Los espejos habían conducido a uno de los innumerables cismas de la Iglesia, un lado que decía que eran malos porque alentaban la vanidad, y el otro que decía que eran sagrados porque reflejaban la bondad de Om. Avena no había formado su propia opinión, siendo por naturaleza alguien que trata de ver algo en ambos lados de cada cuestión, pero por lo menos los espejos le ayudaban a ponerse derecho su complicado cuello clerical.

Todavía era muy nuevo. El Muy Reverendo Mekkle, que había tomado Práctica Pastoral, había aconsejado que las reglas sobre el almidón eran solamente realmente una pauta, pero Avenas no había querido equivocar un solo paso y su cuello podía haber sido usado como navaja de afeitar.

Cuidadosamente colocó su colgante de tortuga sagrada en su sitio, observando su brillo con un poco de satisfacción, y recogió su copia de graduación finamente impresa del Libro de Om. Algunos de sus compañeros habían pasado horas arrugando cuidadosamente las páginas para darles esa cierta credibilidad de buen camino, pero Avenas también se había abstenido de esto. Además, sabía la mayor parte de memoria.

Sintiéndose algo culpable, porque había recibido algunas admoniciones en la universidad en contra de usar el escrito sagrado para simplemente decir la fortuna, cerró los ojos y dejó que el libro se abriera al azar.

Entonces abrió sus ojos rápidamente y leyó el primer pasaje con que tropezaron.

Estaba en algún lugar en la mitad de la Segunda Carta de Brutha a los Omish, regañándolos suavemente por no responder a la Primera Carta a los Omish.

... silencio es una respuesta que esconde tres preguntas más.

Buscad y descubriréis, pero primero deberíais saber qué buscáis...

Oh, bien. Cerró el libro.

¡Qué lugar! ¡Qué basurero! Había hecho una corta caminata después del servicio y cada sendero parecía terminar en un despeñadero

o un salto escarpado. Nunca había visto un país tan vertical. Unas cosas le habían crujido en los arbustos, y se había embarrado los zapatos. En cuanto a las personas que había encontrado... bien, simple gente provinciana e ignorante, sal de la tierra, obviamente, pero sólo le miraron cuidadosamente desde cierta distancia, como si esperaran que algo le pasara y no quisieran estar demasiado cerca de él cuando sucediera.

Pero sin embargo, reflexionó, lo decía en la Carta de Brutha a los Simonitas que si deseabas que la luz sea vista tenías que llevarla a lugares oscuros. Y éste era indudablemente un lugar oscuro.

Dijo una pequeña plegaria y salió a la oscuridad de barro y viento.

Yaya volaba alto por encima de las copas de los árboles, bajo una media luna.

Desconfiaba de una luna como ésa. Una luna llena sólo podía disminuir, una luna nueva sólo podía crecer, pero una media luna, balanceándose tan precariamente entre luz y oscuridad... bien, podía hacer cualquier cosa.

Las brujas siempre vivían en los bordes de las cosas. Sintió el hormigueo en sus manos. No era sólo del aire frío. Había un borde en algún lugar. Algo estaba comenzando.

Del otro lado del cielo las luces del Eje estaban ardiendo alrededor de las montañas en el centro del mundo, bastante brillantes incluso para luchar contra la pálida luz de la luna. Las llamas verdes y doradas bailaban en el aire sobre las montañas centrales. Era infrecuente verlas a esta altura del año, y Yaya se preguntaba qué podría significar.

Tajada estaba encaramada a lo largo de los costados de una hendidura en las montañas que no podía ser dignificada con el nombre de valle. A la luz de la luna vio la pálida cara vuelta hacia arriba, esperando en las sombras del jardín mientras ella llegaba a tierra.

—Nas noches, Sr. Hiedra —dijo, bajando de un salto—. ¿Está en la planta de arriba?

—En el establo —dijo Hiedra categóricamente—. La vaca la pateó... duro.

La expresión de Yaya permaneció impasible.

—Veremos —dijo—, qué puede hacerse.

En el establo, una mirada a la cara de la Sra. Paternóster le dijo qué poco podría hacerse ahora. La mujer no era una bruja, pero conocía toda la obstetricia práctica que podía ser recogida en un pueblo aislado, sea de vacas, cabras, caballos o humanos.

—Está mal —susurró, mientras Yaya miraba la gimiente figura sobre la paja—. Calculo que perderemos ambos... o tal vez sólo uno...

Si estabas atenta, había apenas la sugerencia de una pregunta en esa frase. Yaya enfocó su mente.

—Es un niño —dijo.

La Sra. Paternóster no se molestó en preguntarse cómo lo sabía Yaya, pero su expresión indicó que un poco más de peso había sido añadido a una carga.

—Es mejor que vaya y se lo diga a John Hiedra, entonces —dijo.

Apenas se había movido antes de que la mano de Yaya Ceravieja sujetara su brazo.

—Él no es parte en esto —dijo.

—Pero después de todo, él es el...

—No es ninguna parte en esto.

La Sra. Paternóster miró dentro de la mirada azul y supo dos cosas.

Una era que el Sr. Hiedra no tenía ninguna parte en esto, y la otra era que sea lo que sea que ocurriera en este establo nunca, nunca sería mencionado otra vez.

—Pienso que puedo traerlos a la mente —dijo Yaya, relajándose y enrollando sus mangas—. Pareja agradable, según recuerdo. Él es un buen marido, a decir de todos. —Vertió el agua caliente de la jarra en el tazón que la matrona había puesto sobre un comedero.

La Sra. Paternóster asintió.

—Por supuesto, es difícil para un hombre que trabaja estas tierras empinadas solo —continuó Yaya, lavándose las manos. La Sra. Paternóster asintió otra vez, con dolor.

—Bien, creo que usted debe llevarlo a la cabaña, Sra. Paternóster, y hacerle una taza de té —ordenó Yaya—. Usted puede decirle que estoy haciendo todo lo que puedo.

Esta vez la matrona asintió agradecida.

Cuando hubo salido, Yaya colocó una mano sobre la frente húmeda de la Sra. Hiedra.

—Bien ahora, Florencia Hiedra —dijo—, permítenos ver qué puede hacerse. Pero antes que nada... nada de dolor...

Mientras le movía la cabeza captó la vista de la luna a través de la ventana sin vidrio. Entre luz y oscuridad... bien, a veces allí es donde tienes que estar.

EFECTIVAMENTE.

Yaya no se molestó en dar la media vuelta.

—Pensé que usted estaría aquí —dijo, mientras se arrodillaba en la paja.

¿DÓNDE MÁS?, dijo Muerte.

—¿Sabe usted por quién está aquí usted?

ÉSA NO ES MI ELECCIÓN. EN EL MISMO BORDE USTED SIEMPRE ENCONTRARÁ ALGUNA INCERTIDUMBRE.

Yaya sintió las palabras en su cabeza por varios segundos, como pequeños cubos de hielo fundiéndose. En el mismo, mismo borde, entonces, tendría que haber... juicio.

—Hay demasiado daño aquí —dijo, por fin—. Demasiado.

Algunos minutos después sintió el torrente de vida alejarse de ella. Muerte tenía la decencia de partir sin una palabra.

Cuando la Sra. Paternóster tocó trémula a la puerta y la empujó, Yaya estaba en el compartimiento de la vaca. La matrona la vio ponerse de pie, sujetando un trozo de espina.

—Estuvo en la pierna de la bestia todo el día —dijo—. No me asombra que estuviera irritable. Trate de asegurarse de que él no mate a la vaca, ¿comprende? La necesitarán.

La Sra. Paternóster echó un vistazo a la manta enrollada sobre la paja. Yaya la había puesto discretamente fuera de la vista de la Sra. Hiedra, que ahora estaba durmiendo.

—Se lo diré —dijo Yaya, sacudiéndose el vestido—. En cuanto a ella, bien, es fuerte y joven y usted sabe qué hacer. Vigílela, y yo o Tata Ogg pasaremos cuando podamos. Si ella lo acepta, podrían necesitar a una nodriza arriba en el castillo, y eso podría ser bueno para todos.

Era dudoso que alguien en Tajada desafiara a Yaya Ceravieja, pero Yaya vio una débil sombra gris de desaprobación en la expresión de la matrona.

—¿Usted todavía cree que debía haberle preguntado al Sr. Hiedra? —dijo.

—Es lo que yo hubiera hecho... —farfulló la mujer.

—¿A usted no le gusta? ¿Cree que es un hombre malo? —dijo Yaya, ajustándose los agujones.

—¡No!

—¿Entonces qué me ha hecho alguna vez, que deba lastimarle tanto?

Agnes tenía que correr para mantener el ritmo. Tata Ogg, cuando se enardecía, podía moverse como impulsada por pistones.

—¡Pero tenemos muchos sacerdotes aquí arriba, Tata!

—¡No como los Omnianos! —rebatió Tata—. Los tuvimos aquí el año pasado. ¡Un par de ellos golpeó a mi puerta!

—Bien, para eso están las puer...

—Y empujaron un folleto por debajo que decía ‘¡Arrepiéntete!’ — continuó Tata Ogg—. ¿Arrepentirme? ¿Yo? ¡Descaro! No puedo empezar a arrepentirme en este momento de la vida. Nunca terminaría con el trabajo. De todos modos —añadió—, no lamento la mayor parte de ella.

—Estás poniéndote un poco excitada, creo...

—¡Les prenden fuego a las personas! —dijo Tata.

—Creo que leí en algún lugar que solían hacerlo, sí —dijo Agnes, jadeando por el esfuerzo de seguirla—. ¡Pero fue hace mucho tiempo, Tata! Los que vi en Ankh-Morpork sólo entregaban folletos y predicaban en una gran tienda y cantaban canciones algo tristes...

—¡Ja! ¡El leopardo no cambia sus pantaloncillos, mi muchacha!

Corrieron a lo largo de un corredor y salieron detrás de un biombo hacia el tumulto del Gran Salón.

—Hasta la rodilla de nobles —dijo Tata, estirando el cuello—. Ah, allí está nuestro Shawn...

El ejército permanente de Lancre estaba oculto junto a un pilar, probablemente en la esperanza de que nadie le viera con peluca empolvada de criado, que había sido hecha para un criado mucho más grande.

El reino no tenía un gran brazo ejecutivo de gobierno, y la mayoría de sus manos presentes pertenecían al hijo menor de Tata Ogg. A pesar de los serios esfuerzos de Rey Verence, que era un gobernante bastante progresista de una manera nerviosa, no pudo convencer a las personas de Lancre de aceptar una democracia a cualquier precio y, desafortunadamente, el sitio no era muy atractivo en el sentido del gobierno. Muchas de las partes que él no podía evitar eran hechas por Shawn. Vaciaba los retretes del palacio, repartía su escaso correo, protegía las murallas, operaba la Casa de la Moneda Real, equilibraba el presupuesto, ayudaba al jardinero en su tiempo libre y, en aquellas ocasiones cuando se creyó necesario defender las fronteras —y Verence sintió que los palos rayados de amarillo y negro le daban al país una apariencia profesional—, selló pasaportes, o si era necesario sobre cualquier otro trozo de papel que el visitante podía presentar —como la parte posterior de un sobre—, con un sello que había grabado muy bien en media patata. Tomaba todo muy seriamente. En tiempos como éste, mayordomeaba cuando Spriggins el mayordomo no estaba de servicio, o si se necesitaba ayuda adicional también hacía de criado.

—Nas noche, nuestro Shawn —dijo Tata Ogg—. Veo que tienes otra vez ese cordero muerto sobre tu cabeza.

—Aoow, Mam —dijo Shawn, tratando de ajustarse la peluca.

—¿Dónde está este sacerdote que está haciendo el Nombramiento? —dijo Tata.

—¿Qué, Mam? No lo sé, Mam. Dejé de gritar los nombres hace media hora y seguí sirviendo los trozos de queso sobre pinchos... ¡aoow, Mam, no debes tomar tantos, Mam!

Tata Ogg succionó las delicias de cóctel de cuatro pinchos con un holgado movimiento, y miró la multitud especulativamente.

—Voy a tener una palabra con el joven Verence —dijo Tata.

—Él es el Rey, Tata —dijo Agnes.

—Ésa no es razón para él vaya por allí actuando como si fuera realeza.

—Pienso que lo es, en realidad.

—Nada para ese descaro. Tú vete y encuentra este Omniano y mantenle vigilado.

—¿Qué debería buscar? —dijo Agnes agriamente—. ¿Una columna de humo?

—Todos ellos visten de negro —dijo Tata firmemente—. ¡Ja! ¡Típico!

—¿Y bien? También nosotras.

—¡Correcto! Pero el nuestro es... el nuestro es... —Tata le golpeó el pecho, causando considerables ondas—... el nuestro es el negro correcto, ¿correcto? Ahora, vete y pasa desapercibida —agregó Tata, una dama que llevaba un negro sombrero puntiagudo de dos pies de altura. Miró la multitud a su alrededor otra vez, y codeó a su hijo.

—Shawn, sí entregaste una invitación a Esme Ceravieja, ¿verdad?

Él parecía horrorizado.

—Por supuesto, Mam.

—¿La pasaste bajo su puerta?

—No, Mam. Ya sabes que me dio un coscorrón en la oreja cuando los caracoles se comieron esa postal el año pasado. La calcé en las bisagras, muy ajustada.

—Eres un buen muchacho —dijo Tata.

Las personas de Lancre no se preocupaban mucho por los buzones. El correo era infrecuente pero los vendavales no. ¿Por qué tener un hueco en la puerta que permita entrar vientos no solicitados? De modo que las cartas eran dejadas bajo grandes piedras, calzadas firmemente en macetas, o deslizadas bajo la puerta.

Nunca había muc[[9]](#footnote-9)has. Lancre operaba sobre el sistema feudal, que era decir, todos reñían todo el tiempo y heredaban la pelea a sus descendientes. Los platos rotos sobre algunos hombros habían sido pasados por generaciones. Algunos tenían valor antiguo. Un maldito buen rencor era como un buen vino añejo, pensaba Lancre. Uno lo atendía cuidadosamente y lo dejaba a sus hijos.

Nunca escribías a nadie. Si tenías algo para decir, lo decías en la cara. Mantenía todo bien y caliente.

Agnes avanzó lentamente en la multitud, sintiéndose estúpida. Como a menudo. Ahora sabía por qué Magrat Ajostiernos siempre había usado esos vestidos suaves y sensibleros, y nunca llevó el sombrero puntiagudo. Si llevas el sombrero puntiagudo y el vestido negro —y sobre Agnes había buena cantidad de negro para ver alrededor—, todos te miran de cierta manera. Ya eras Una Bruja. Tenía sus puntos buenos. Entre los malos estaba el hecho de que las personas recurrían a ti cuando estaban en problemas y nunca pensaban por un momento que no ibas a poder.

Pero ella obtenía un poco de respeto, incluso de personas que podían recordarla antes de que le permitieran usar el sombrero. Tendían a hacerle sitio, aunque tendían a hacer sitio para Agnes en todo caso cuando estaba a todo vapor.

—Nas noches, señorita...

Se volvió y vio a Variopintenen en plenas galas oficiales.

Era importante no sonreír en momentos así, de modo que Agnes mantuvo una cara seria y trató de ignorar la risa histérica de Perdita en la parte posterior de su mente.

Había visto a Variopintenen ocasionalmente, alrededor de los límites de los bosques o arriba en los páramos. Generalmente el halconero real estaba tratando inútilmente de librarse de sus halcones, que lo atacaban como pasatiempo, y en el caso de Rey Henry lo alzaba una y otra vez para dejarlo caer, en la creencia de que él era una tortuga gigante.

No era que fuera un mal halconero. Algunas otras personas en Lancre tenían halcones y pensaban que era uno de los mejores entrenadores en las montañas, posiblemente porque estaba tan decidido a serlo. Lo que sucedía era que entrenaba tan bien a cada pequeña y emplumada máquina de matar que se volvía incapaz de resistirse a saber qué gusto tenía él.

No se lo merecía. Ni tampoco él se merecía su traje ceremonial. Generalmente, cuando no estaba en compañía de Rey Henry, sólo vestía ropa de trabajo de cuero y unos tres esparadrapos, pero lo que ahora llevaba había sido diseñado cientos de años atrás por alguien con una visión lírica del campo y que nunca tuvo que correr a través de un arbusto de zarzas con un halcón del ártico colgando de la oreja. Tenía mucho rojo y oro, y se hubiera visto mucho mejor en alguien dos pies más alto que tuviera piernas para medias rojas. Del sombrero mejor no hablar, pero si tuviera que hacerlo, usted lo haría en términos de algo grande, rojo y flexible. Con una pluma.

—¿Señorita Nitt? —dijo Variopintenen.

—Lo siento... estaba mirando su sombrero.

—Está bien, ¿verdad? —dijo Variopintenen amablemente—. Éste es William. Es un ratonero. Pero ella piensa que es un pollo. No puede volar. Estoy teniendo que enseñarle cómo cazar.

Agnes estiraba el cuello buscando cualquier señal de actividad abiertamente religiosa, pero la incongruencia de la criatura ligeramente desaliñada sobre la muñeca de Variopintenen atrajo su mirada otra vez.

—¿Cómo? —preguntó.

—Entra en las madrigueras y patea a los conejos hasta matarlos. Y casi le he curado el cacareo. ¿No es verdad, William?

—¿William? —dijo Agnes—. Oh... sí. —Para un halconero, recordó, todos halcones eran ‘ella’.

—¿Ha visto usted Omnianos por aquí? —susurró, inclinándose hacia él.

—¿Qué clase de ave es, señorita? —dijo el halconero con inquietud. Siempre parecía tener un aire preocupado cuando no hablaba de halcones, como un hombre con un gran diccionario que no podía encontrar el índice.

—Oh, er... no se preocupe, entonces. —Miró a William otra vez y dijo—. ¿Cómo? Quiero decir, ¿cómo es que un ave como ésa cree que es... es un pollo?

—Todo puede ocurrir demasiado fácilmente, señorita —dijo Variopintenen—. Thomas Sinigual, de Malasno, robó un huevo y lo puso bajo una gallina clueca, señorita. Él no quitó la gallina a tiempo. Así que William pensó que si su mamá era un pollo, entonces también ella lo era.

—Bien, eso es...

—Y eso es lo que ocurre, señorita. Cuando los crío de huevos yo no hago eso. Tengo un guante especial, señorita...

—Eso es absolutamente fascinante, pero es mejor que me vaya — dijo Agnes, rápidamente.

—Sí, señorita.

Había descubierto la presa, cruzando el salón.

Había algo inconfundible en él. Era como si fuera una bruja. No era que su túnica negra terminara en las rodillas y se convirtiera en un par de piernas cubiertas con medias grises y sandalias, o que su sombrero tuviera una corona diminuta pero con un ala lo bastante grande para servir la cena sobre ella. Era porque dondequiera que caminaba estaba en un pequeño espacio que parecía moverse a su alrededor, exactamente igual que con las brujas. Nadie quería ponerse demasiado cerca de las brujas.

No podía ver su cara. Estaba caminando en línea recta hacia la mesa del buffet.

—¿Excúseme, Srta. Nitt?

Shawn había aparecido a su lado. Estaba de pie muy tieso, porque si daba una vuelta repentina la sobredimensionada peluca tendía a girar sobre su cabeza.

—¿Sí, Shawn? —dijo Agnes.

—La Reina quiere una palabra, señorita —dijo Shawn.

—¿Conmigo?

—Sí, señorita. Está en el Salón Verde Pálido, señorita. —Shawn giró despacio. Su peluca se quedó mirando para el mismo lado.

Agnes vaciló. Era una orden real, suponía, incluso si sólo venía de Magrat Ajostiernos, y como tal reemplazaba cualquier cosa que Tata le hubiera pedido hacer. De todos modos, había descubierto al sacerdote, y no era como si fuera a prender fuego a todos sobre los canapés. Era mejor que fuera.

Una pequeña escotilla se abrió de golpe detrás del compungido Igor.

—¿Por qué nos hemos parado esta vez?

—Hay un troll en el camino, amo.

—¿Un qué?

Igor blanqueó los ojos.

—Un troll en el camino —repitió.

La escotilla se cerró. Se escuchó una conversación susurrada dentro del coche. La escotilla se abrió.

—¿Quieres decir un troll?

—Ssí, amo.

—¡Atropéllalo!

El troll avanzó, sujetando una antorcha parpadeante por encima de su cabeza. En algún momento recientemente alguien había dicho ‘Este troll necesita un uniforme’ y había descubierto que lo único en la armería que le quedaba bien era el casco, y entonces sólo si lo ataba a su cabeza con cordel.

—El Conde viejo no me hubiera dicho que lo atropelle —farfulló Igor, no totalmente por lo bajo—. Pero, entonssess, él era un caballero.

—¿Qué fue eso? —restalló una voz femenina.

El troll llegó al coche y golpeó sus nudillos contra el casco, respetuosamente.

—Naz nochez —dijo—. Ezto ez un poco embarazozo. ¿Conoze uzted un palo?

—¿Palo? —dijo Igor con desconfianza.

—Una coza larga de madera...

—¿Ssí? ¿Bien? ¿Qué passa con esso?

—Me guztaría que uzted imaginara, correcto, que hay un palo con rayaz amarillaz y negraz cruzando ezte camino, ¿correcto? Ez que zolamente tenemoz uno, y eztá ziendo uzado en el camino Cabeza de Cobre ezta noche.

La escotilla se [[10]](#footnote-10)deslizó.

—¡Sigamos adelante, hombre! ¡Atropéllalo!

—Podría ir a buzcarlo zi uzted quiere —dijo el troll, moviéndose nerviosamente de un inmenso pie al otro—. Zólo que no eztaría aquí hazta mañana, ¿correcto? O uzted podría fingir que eztá juzto aquí ahora, y entonzez yo podría fingir que lo levanto, y ezo eztaría bien, ¿correcto?

—Hágalo, entonssess —dijo Igor. Ignoró las quejas detrás de él. El viejo Conde siempre había sido cortés con los trolls aunque no podía morderlos, y esa era legítima clase en un vampiro.

—Zólo que primero tengo que zellar algo —dijo el troll. Levantó media patata y una alfombrilla empapada con pintura.

—¿Por qué?

—Mueztra que uzted ha pazado por mí —dijo el troll.

—Ssí, pero habremoss passado por ussted —señaló Igor—. Quiero dessir, todoss ssabrán que hemoss passado por ussted porque passamoss.

—Pero moztrará que uzted lo hizo ofizialmente —dijo el troll.

—¿Qué ocurrirá ssi nossotross ssólo sseguimoss adelante? —dijo Igor.

—Er... entozez no levantaré el palo —dijo el troll.

Trenzados en un acertijo metafísico, ambos miraron el parche de camino donde el palo virtual obstruía el paso.

Normalmente, Igor no habría perdido tanto tiempo. Pero la familia le estaba crispando los nervios, y reaccionó a la manera tradicional del criado explotado que de repente se vuelve muy estúpido. Se inclinó hacia abajo y se dirigió a los ocupantes del coche a través de la escotilla.

—Ess un control de frontera, amo —dijo—. Tenemoss que hasser que ssellen algo.

Se escucharon más cuchicheos dentro del coche, y luego un gran rectángulo blanco, bordeado en oro, fue empujado de mala gana a través de la escotilla. Igor lo pasó.

—Pareze una láztima —dijo el troll, sellándola sin habilidad y devolviéndola.

—¿Qué ess essto? —exigió Igor.

—¿Perdone?

—¡Essta... marca esstúpida!

—Bien, la patata no era lo baztante grande para el zello ofizial y yo no zé cómo ze ve en todo cazo, pero creo que ez un buen grabado de un pato lo que hize allí —dijo el troll, alegremente—. Ahora... ¿eztá uzted lizto? Porque eztoy levantando el palo. Aquí ze va ahora. Mírelo apuntado hazia arriba en el aire. Ezo quiere dezir que uzted puede irze.

El coche continuó un pequeño trecho y paró justo antes del puente.

El troll, consciente de que había cumplido con su deber, fue hacia él y escuchó lo que consideró una conversación desconcertante, aunque para Jim Gran Bistec la mayoría de las conversaciones que involucraban palabras multisilábicas estaban envueltas en misterio.

—Ahora, quiero que todos ustedes presten atención...

—Padre, ya hemos hecho esto antes.

—Debo insistir en el punto lo suficiente. Ése es el Río Lancre ahí abajo. Agua que corre. Y lo cruzaremos. También deben considerar que sus antepasados, aunque bastante capaces de emprender viajes de cientos de millas, sin embargo creían firmemente que no podían cruzar una corriente. ¿Necesito señalar la contradicción?

—No, Padre.

—Bien. E[[11]](#footnote-11)l condicionamiento cultural sería nuestra muerte, si no tenemos cuidado. Conduce, Igor.

El troll les observó partir. El frío pareció seguirles a través del puente.

Yaya Ceravieja estaba volando otra vez, feliz por el aire limpio y frío. Estaba bien por encima de los árboles y, para beneficio de todos, nadie podía ver su cara.

Haciendas aisladas pasaban abajo, unas pocas con ventanas iluminadas pero la mayoría a oscuras, porque las personas habrían partido hacia el palacio mucho tiempo antes.

Sabía que había una historia bajo cada techo. Conocía todo acerca de las historias. Pero ésas de ahí abajo eran historias que nunca serían contadas, pequeñas historias secretas, representadas en pequeñas habitaciones...

Trataban de esas veces cuando las medicinas no ayudaban y la cabezología estaba confusa porque una mente era una rabia de dolor en un cuerpo que se había convertido en su propio enemigo, cuando las personas estaban simplemente en una prisión hecha de carne, y en momentos como ésos ella podía dejarles ir. No había necesidad de cosas desesperadas con una almohada, o errores deliberados con la medicina. No los empujabas fuera del mundo, sólo evitabas que el mundo los retuviera. Sólo llegabas dentro, y... les mostrabas el camino.

Nunca había nada que decir. A veces veías en la cara de los parientes el pedido que ellos nunca, nunca pondrían en palabras, o tal vez dirían, ‘¿Hay algo que usted pueda hacer por él?’ Y ésta era, quizás, la clave. Si te atrevías a preguntar, se verían impactados porque tú pudieras haber pensado que ellos querían decir cualquier cosa aparte de, quizás, una almohada más cómoda.

Y cualquier matrona, en cabañas aisladas en noches sangrientas, sabría todos los otros pequeños secretos pequeños...

Que nunca se dirían...

Ella había sido una bruja aquí toda su vida. Y una de las cosas que una bruja hacía era permanecer exactamente sobre el borde, donde tenían que tomarse las decisiones. Las tomabas de modo que otros no tuvieran que hacerlo, para que otros incluso pudieran engañarse de que no había ninguna decisión que tomar, ningún pequeño secreto, que las cosas sólo ocurrían. Nunca decías qué sabías. Y en retorno, tú no preguntabas nada.

Ella vio que el castillo estaba intensamente iluminado. Incluso podía distinguir figuras alrededor de la hoguera.

Otra cosa captó su mirada, porque estaba mirando a todos lados pero al castillo ahora, y la sacó de su humor. Una neblina estaba desbordándose sobre las montañas y se deslizaba hacia los lejanos valles bajo la luz de la luna. Una hebra ondeaba hacia el castillo y se volcaba, muy lentamente, en el Desfiladero Lancre.

Por supuesto, había nieblas en la primavera, cuando el clima estaba cambiando, pero esta neblina estaba viniendo desde Uberwald.

La puerta hacia la habitación de Magrat fue abierta por Millie Resfriadum, la doncella, que hizo una reverencia Agnes, o por lo menos a su sombrero, y luego la dejó a solas con la Reina, que estaba en su tocador.

Agnes no estaba segura del protocolo, pero probó una especie de reverencia republicana. Esto causó movimiento considerable en las regiones periféricas.

La Reina Magrat de Lancre se sopló la nariz y metió el pañuelo en la manga de su vestidor.

—Oh, hola, Agnes —dijo—. Toma asiento, por favor. No tienes que moverte arriba y abajo de ese modo. Millie lo hace todo el tiempo y me mareo. De todos modos, en rigor, las brujas inclinan la cabeza.

—Er... —empezó Agnes. Echó un vistazo a la cuna en la esquina. Tenía más lazos y encaje que ningún artículo de mobiliario debería tener.

—Está dormida —dijo Magrat—. Oh, ¿la cuna? Verence la pidió a Ankh-Morpork. Dije que la vieja que siempre habían usado estaba bien, pero él es muy, ya sabes... moderno. Por favor, siéntate.

—Usted me quería, su maj... —empezó Agnes, todavía indecisa. Estaba resultando ser una noche muy complicada, y ni siquiera estaba segura ahora de cómo se sentía sobre Magrat. La mujer había dejado ecos de sí misma en la cabaña —un viejo brazalete perdido bajo la cama, notas algo sensibleras en algunas de las antiguas libretas, floreros llenos de flores secas... Se puede construir una visión muy extraña de alguien por medio de las cosas que deja detrás del tocador.

—Sólo quería un poco de charla —dijo Magrat—. Es un poco... mira, soy muy pero muy feliz, pero... bien, Millie es buena pero me da la razón todo el tiempo, y Tata y Yaya todavía me tratan como si yo no fuera, bien, ya sabes, Reina y todo eso... no es que quiera ser tratada como Reina todo el tiempo pero, bien, ya sabes, quiero que sepan que soy Reina pero que no me traten como una Reina, si entiendes lo que

quiero decir...

—Creo que sí —dijo Agnes cuidadosamente.

Magrat agitó las manos en un esfuerzo de describir lo indescriptible. Unos pañuelos usados cayeron en cascada de sus mangas.

—Quiero decir... me mareo con personas que se mueven arriba y abajo todo el tiempo de modo que cuando me vean me gustaría que piensen, ‘Oh, ésa es Magrat, ella es Reina ahora pero la trataré de una manera perfectamente normal’...

—Pero quizás sólo un poquito más cortésmente porque ella es Reina, después de todo —sugirió Agnes.

—Bien, sí... exactamente. En realidad, Tata no está demasiado mal, por lo menos trata a todos lo mismo todo el tiempo, pero cuando Yaya me mira puedes verla pensando, ‘Oh, ésa es Magrat. Haz el té, Magrat’. Un día juro que haré un comentario muy mordaz. ¡Es como si ellas pensaran que estoy haciendo esto como un pasatiempo!

—Sé qué quiere decir.

—Es como si pensaran que voy a salirme de mi sistema para irme a brujear otra vez. No lo dirían, por supuesto, pero eso es lo que piensan. No creen que haya cualquier otro tipo de vida realmente.

—Es verdad.

—¿Cómo está la vieja cabaña?

—Hay muchos ratones —dijo Agnes.

—Lo sé. Solía alimentarlos. No se lo digas a Yaya. Ella está aquí, ¿verdad?

—Todavía no la he visto —dijo Agnes.

—Ah, estará esperando un momento dramático —dijo Magrat—. ¿Y sabes qué? Nunca la he atrapado en realidad esperando un momento dramático, no en todas, bueno, las cosas en las que hemos estado involucradas. Quiero decir, si fueras tú o yo, estaríamos sin hacer nada en el salón o algo, pero ella sólo entra y es el momento correcto.

—Ella dice que haces tu propio momento correcto —dijo Agnes.

—Sí —dijo Magrat.

—Sí —dijo Agnes.

—¿Y tú dices que ella todavía no está aquí? ¡Fue la primera tarjeta que hicimos! —Magrat se inclinó más cerca—. Verence hizo que ellos le pusieran hojas de oro adicionales. Me sorprende que no resuene cuando la deja sobre algún lugar. ¿Cómo estás llevando el té?

—Se quejan siempre —dijo Agnes.

—Lo hacen, ¿verdad? Tres terrones de azúcar para Tata Ogg, ¿correcto?

—No es como si incluso me dieran dinero del té —dijo Agnes. Olfateó. Había un leve olor a humedad en el aire.

—No vale la pena hornear bollos, puedo decirte —dijo Magrat—. Solía pasarme horas haciendo unos elegantes con lunas crecientes y todo eso. Bien podrías comprarlos en la tienda.

Ella también olfateó.

—No es la bebé —dijo—. Estoy segura de que Shawn Ogg ha estado tan ocupado organizando cosas que no ha tenido tiempo de limpiar el foso del retrete las últimas dos semanas. El olor sube hasta arriba con las ráfagas de viento desde el vestidor en la Torre del Gong. He tratado de colgar hierbas fragantes pero más bien se disuelven.

Parecía insegura, como si una peor perspectiva que la negligente higiene del castillo hubiera cruzado su mente.

—Er... ella debe haber recibido la invitación, ¿verdad?

—Shawn dice que la entregó —dijo Agnes—. Y ella probablemente dijo —y aquí su voz cambió, volviéndose cortante y chillona—, No puedo tolerarlo a esta altura de mi vida. Nunca he sido una que se pone a sí misma por delante, nadie jamás pudo decir que soy una que se pone a sí misma por delante’.

La boca de Magrat era una O de asombro.

—¡Eso fue tan como ella que es atemorizante! —dijo.

—Es una de las pocas cosas en que soy buena —dijo Agnes, en su voz normal—. Gran cabellera, una personalidad maravillosa, y un oído para los sonidos. —Y dos mentes, añadió Perdita—. Vendrá, de todos modos —continuó Agnes, ignorando la voz interior.

—Pero han pasado las once y media... ¡Santo cielo, es mejor que me vista! ¿Puedes darme una mano?

Corrió hacia el vestidor con Agnes pegada atrás.

—Incluso escribí un poco debajo pidiéndole que sea la madrina — dijo, sentándose enfrente del espejo y rebuscando entre los restos de maquillaje—. Ella siempre ha querido secretamente ser una.

—Eso es algo para desearle a un niño —dijo Agnes, sin pensar.

La mano de Magrat se detuvo a medio camino de su cara, en una pequeña nube de polvo, y Agnes vio su mirada horrorizada en el espejo. Entonces apretó la mandíbula, y por un momento la Reina tuvo exactamente la misma expresión que Yaya a veces empleaba.

—Bien, si fuera una elección desearle a un niño salud, riqueza y felicidad, o que Yaya Ceravieja esté de su lado, sé cuál escogería —dijo Magrat—. Debes haberla visto en acción.

—Una o dos veces, sí —reconoció Agnes.

—Nunca será derrotada —dijo Magrat—. Espera hasta que la veas cuando esté en un rincón, acorralada. Ella tiene esa manera de... poner partes de sí misma en algún lugar seguro. Es como si... como si se entregara a otra persona para mantenerse escondida durante un rato. Todo es parte de ese asunto de Préstamo que hace.

Agnes asintió. Tata le había advertido sobre eso pero, incluso así, era perturbador aparecer en la cabaña de Yaya y encontrarla estirada sobre el piso tan tiesa como un palo y sosteniendo, con dedos que estaban casi azules, una tarjeta con las palabras: NO ESTOY MUERTA.

Sólo quería decir que estaba fuera en algún lugar del mundo, mirando la vida a través de los ojos de un tejón o una paloma, cabalgando como un ignorado pasajero en su mente.

—¿Y sabes qué? —continuó Magrat—. Es exactamente como esos magos en Howondaland que mantienen su corazón escondido en un pote en algún lugar, por seguridad, de modo que no puedan matarlos. Hay algo sobre eso en un libro en la cabaña.

—No tendría que ser un pote grande —dijo Agnes.

—Eso no fue justo —dijo Magrat. Hizo una pausa—. Bien... no justo la mayor parte del tiempo. A menudo, de todos modos. A veces, por lo menos. ¿Puedes ayudarme con esta condenada gorguera?

Se escuchó un gorjeo desde la cuna.

—¿Qué nombre le están dando? —dijo Agnes.

—Tendrás que esperar —dijo Magrat.

Mientras seguía a Magrat y a las doncellas al salón Agnes tuvo que admitir que tenía algo de sentido. En Lancre se nombraban los niños a medianoche para que empezaran el día con un nuevo nombre. No sabía por qué tenía sentido. Sólo sentía como si, alguna vez, alguien hubiera descubierto que funcionaba. Los Lancrastianos nunca tiraban nada que funcionara. El problema era que rara vez cambiaban algo que funcionaba, tampoco.

Había oído que esto estaba deprimiendo al Rey Verence, que se estaba enseñando a sí mismo a reinar por los libros. Sus planes para mejor irrigación y agricultura eran aplaudidos calurosamente por las personas de Lancre, que luego no hacían nada sobre ellos. Ni tampoco tomaban nota de su sistema de saneamiento, por ejemplo, porque debía haber alguno, ya que la idea Lancrastiana de alcantarillado refinado era un sendero no-resbaladizo al retrete y un catálogo de correo con páginas muy blandas allí. Habían estado de acuerdo con la idea de una Sociedad Real para el Mejoramiento de la Humanidad, pero ya que gran parte de esto consistía de tanto tiempo libre como Shawn Ogg tuviera los jueves por la tarde, la Humanidad estaba a salvo de demasiado Mejoramiento durante un tiempo, aunque Shawn había inventado unos protectores de corrientes para algunas de las partes más ventosas del castillo, por lo que el Rey le había otorgado una pequeña medalla.

Las personas de Lancre no soñarían con vivir en otra cosa que una monarquía. Lo habían hecho durante miles de años y sabían que resultaba. Pero también habían descubierto que no tenía sentido prestar demasiada atención a lo que el Rey quería, porque con seguridad habría otro rey en cuarenta años más o menos, y seguramente querría algo diferente y por tanto se habrían metido en todos esos problemas para nada. Mientras tanto, su trabajo, como ellos lo veían, era quedarse mayormente en el palacio, practicar el saludo con la mano, tener sentido suficiente para poner la cara del lado correcto de las monedas, y permitir que ellos continuaran arando la tierra, sembrando, cultivando y cosechando. Éste era, según lo veían, un contrato social. Hacían lo que siempre hicieron, y él los dejaba.

Pero a veces, él reinaba...

En el Castillo de Lancre, el Rey Verence se miró en el espejo y suspiró.

—Sra. Ogg —dijo, ajustándose la corona—, yo tengo, como usted sabe, un gran respeto a las brujas de Lancre pero esto es, con respeto, en términos generales un tema de política que, yo sostengo respetuosamente, es un asunto para el Rey. —Se ajustó la corona otra vez, mientras Spriggins el mayordomo cepillaba su túnica—. Debemos ser tolerantes. Realmente, Sra. Ogg, no la he visto en este estado antes...

—¡Van por todos lados prendiendo fuego a las personas! —dijo Tata, molesta por todo el respeto.

—Solían hacerlo, creo —dijo Verence.

—¡Y eran brujas las que quemaban!

Verence se quitó la corona y le sacó lustre con la manga de una manera exasperantemente razonable.

—Siempre he entendido que prácticamente le prendieron fuego a todo el mundo —dijo—, pero eso fue hace algún tiempo, ¿verdad?

—Nuestro Jason los escuchó predicar una vez allá en Ohulan y ellos decían algunas cosas muy desagradables sobre las brujas —dijo Tata.

—Desgraciadamente, no todos conocen a las brujas como nosotros —dijo Verence, con lo que Tata, en su estado recalentado, pensó era diplomacia innecesaria.

—Y nuestro Wayne dijo que ellos intentan poner a la gente en contra de las otras religiones —continuó—. Desde que abrieron esa misión suya incluso los Offlerianos han levantado sus cosas y marchado. Quiero decir, una cosa es decir que tienes el mejor dios, pero decir que es el único legítimo es un poco de descaro, en mi opinión. Sé dónde puedo encontrar al menos dos cualquier día de la semana. Y dicen que todos empiezan malos y que solamente se ponen buenos creyendo en Om, que francamente es una condenada tontería. Quiero decir, mire a su niña pequeña... ¿Cuál será su nombre, ahora...?

—Todos lo sabrán en veinte minutos, Tata —dijo Verence suavemente.

—¡Ja! —El tono de Tata puso en claro que Radio Ogg desaprobaba esta dirección de noticias—. Bien, mire... el peor lugar donde ella podría poner su pequeña mano a su edad son algunos pañales sucios y mantenerle a usted despierto por la noche. Eso es apenas pecado, según mi parecer.

—Pero usted nunca se ha[[12]](#footnote-12) opuesto a Hermanos Tenebrosos, Tata. O a los Maravillados. Y los Monjes Equilibristas vienen aquí todo el tiempo.

—Pero ninguno de ellos se opone a mí —dijo Tata.

Verence giró. Esto le estaba resultando desconcertante. Conocía muy bien a Tata Ogg, pero mayormente como la persona parada justo detrás de Yaya Ceravieja y sonriendo mucho. Era difícil enfrentar a un Ogg enfadado...

—Creo realmente que usted está tomando esto demasiado apasionadamente, Sra. Ogg —dijo.

—¡A Yaya Ceravieja no le gustará! —Tata jugó el triunfo. Para su horror, no pareció tener el efecto deseado.

—Yaya Ceravieja no es Rey, Sra. Ogg —dijo Verence—. Y el mundo está cambiando. Hay un nuevo orden. Una vez, hace tiempo, los trolls eran monstruos que comían a las personas pero ahora, gracias a los esfuerzos de los hombres, y por supuesto de los trolls, de propósitos de buena voluntad y paz, nos llevamos muy bien y espero que nos comprendamos unos a otros. Éste ya no es el tiempo cuando los reinos pequeños sólo necesitaban preocuparse por asuntos pequeños. Somos parte de un mundo grande. Tenemos que jugar esa parte. Por ejemplo, ¿qué opina sobre la cuestión Muntab?

Tata Ogg hizo la pregunta Muntab.

—¿Dónde diablos está Muntab? —dijo.

—A varios miles de millas de distancia, Sra. Ogg. Pero tiene ambiciones hacia el Eje, y si hay guerra con Borogravia tendremos que adoptar una posición indudablemente.

—Esto de varios miles de millas de distancia se ve muy bien para mí —dijo Tata—. Y no veo...

—Me temo que usted no ve —dijo Verence—. Ni debería tener que hacerlo. Pero los asuntos en países distantes pueden terminar de repente cerca de casa. Si Klatch estornuda, Ankh-Morpork se pesca un resfriado. Tenemos que prestar atenci[[13]](#footnote-13)ón. ¿Siempre tenemos que ser parte de la hegemonía Ankh-Morpork? ¿No estamos en una posición única mientras llegamos al final del Siglo del Murciélago Frugívoro? Los países del Levante de las Montañas del Carnero están empezando a hacerse sentir. Las ‘economías lobizonas’, como las llama el Patricio en Ankh-Morpork. Están emergiendo nuevos poder[[14]](#footnote-14)es. Los viejos países están parpadeando ante la luz del sol del milenio que amanece. Y por supuesto tenemos que mantener amistad con todos los bloques. Y todo así. A pesar de un pasado turbulento, Omnia es un país amigo... o, por lo menos —admitió—, estoy seguro de que serían amigables si supieran de Lancre. Ser desagradables con los sacerdotes de su religión estatal no servirá a ningún buen propósito. Estoy seguro de que no lo lamentaremos.

—Esperemos que no —dijo Tata. Lanzó a Verence una mirada fulminante—. Y le recuerdo a usted cuando era sólo un hombre con un sombrero raro.

Ni siquiera eso resultó. Verence simplemente suspiró otra vez y se volvió hacia la puerta.

—Todavía lo soy, Tata —dijo—. Sólo que el que llevo ahora es mucho más pesado. Y ahora debo irme, de otro modo haremos esperar a nuestros invitados. Ah, Shawn...

Shawn Ogg había aparecido en la puerta. Saludó.

—¿Cómo marcha el ejército, Shawn?

—Casi he terminado el cuchillo, señor. Sólo tengo que hacerle la pinza para el pelo de la nariz y la sierra plegable, señor. Pero en realidad estoy aquí como heraldo por el momento, Señor.

—Ah, debe ser tiempo.

—Sí, Señor.

—Una fanfarria más breve esta vez, Shawn, creo —dijo el rey—. Mientras aprecio personalmente tu destreza, una oportunidad así requiere de algo un poco más simple que varias líneas de ‘Síncopa del Erizo Rosado’.

—Sí, Señor.

—Vámonos, entonces.

Salieron al corredor principal justo cuando el grupo de Magrat pasaba, y el Rey tomó su mano.

Tata Ogg se rezagó detrás de ellos. El Rey tenía razón, en cierto modo. Se sentía... anormal, malhumorada e irritable, como si se hubiera puesto un chaleco demasiado ajustado. Bien, Yaya estaría aquí muy pronto, y ella sabía cómo hablarle a los reyes.

Necesitabas una técnica especial para eso, razonó Tata; por ejemplo, no podías decir cosas como ‘¿Quién se murió y te hicieron Rey?’, porque lo sabrían. ‘¿Tú y el ejército de quién?’, era otra difícil, aunque en este caso el ejército de Verence consistía de Shawn y un troll, y no era posible que fuera una seria amenaza para la propia madre de Shawn si él quería tomar su té dentro de la casa.

Empujó a Agnes a un costado mientras la procesión llegaba a la cima de la gran escalera y Shawn continuó delante.

—Tendremos una buena vista desde la galería del trovador —siseó, arrastrando a Agnes dentro de la estructura de roble justo cuando la trompeta empezó la fanfarria real.

—Ése es mi muchacho —añadió orgullosa, mientras el floreo final causaba revuelo.

—Sí, no muchas fanfarrias reales terminan con ‘afeitada y corte de pelo, no piernas’ —dijo Agnes.

—Pone cómodas a las personas, sin embargo —dijo la fiel mamá de Shawn.

Agnes miró abajo hacia la multitud y entrevió al sacerdote otra vez. Se estaba moviendo a través de los apretujados invitados.

—Lo encontré, Tata —dijo—. No lo hizo difícil, debo decir. No intentará nada en una multitud, ¿verdad?

—¿Cuál es?

Agnes señaló. Tata lo miró, y luego se volvió hacia ella.

—A veces pienso que el peso de esa maldita corona está deformando la cabeza de Verence —dijo—. Creo que realmente no sabe qué está permitiendo entrar en el reino. Cuando Esme llegue va a examinar a este sacerdote como sopa de col.

Los invitados ya se habían ordenado sobre cada lado de la alfombra roja que comenzaba al final de la escalera. Agnes echó un vistazo a la pareja real, esperando incómodos, fuera de la vista, el momento apropiado para descender, y pensó: Yaya Ceravieja dice que tú haces tu propio momento correcto. Ellos son la familia real. Todo lo que tienen que hacer es bajar la escalera y sería el momento correcto. Lo están haciendo mal.

Varios de los invitados de Lancre echaban miradas a las grandes puertas dobles, cerradas para esta ceremonia oficial. Serían abiertas después, para la parte más pública y placentera, pero justo ahora se veían...

... como puertas que pronto crujirían hacia atrás y enmarcarían una figura contra la lumbre.

Podía ver la imagen tan claramente.

Los ejercicios que Yaya le había dado de mala gana estaban resultando, pensó Perdita.

Se escuchó una conversación apresurada entre la pareja real y luego Millie subió rápidamente la escalera y fue hacia las brujas.

—Mag... la Reina dice, ¿Vendrá Yaya Ceravieja, o no? —Estaba sin aliento.

—Por supuesto que sí —dijo Tata.

—Sólo que, bien, el Rey se está poniendo un poco... molesto. Dice que decía RSVP en la invitación —dijo Millie, tratando de no cruzar la mirada de Tata.

—Oh, las brujas nunca hacen reserva —dijo Tata—. Sólo vienen.

Millie se puso la mano delante de la boca y soltó una pequeña tos nerviosa. Echó un vistazo con desdicha hacia Magrat, que estaba haciendo desesperados gestos con la mano.

—Sólo que, bien, la Reina dice es mejor que no demoremos las cosas, por eso, er, ¿sería usted la madrina, Sra. Ogg?

Las arrugas de la cara de Tata se duplicaron cuando sonrió.

—Dile esto —dijo alegremente—. Iré y más bien la sustituiré hasta que Yaya llegue aquí, ¿correcto?

Una vez más, Yaya Ceravieja caminó de un lado al otro en el gris espartano de su cocina. Ocasionalmente echaba un vistazo al piso. Había un espacio notable bajo la puerta, y a veces las cosas podían ser sopladas a cualquier lugar. Pero ya había buscado una docena de veces. Ya debía tener el piso más limpio en el país. De todos modos, era demasiado tarde.

Aún así... Uberwald...

Fue de un lado al otro unas pocas veces más.

—Válgame el cielo si les doy la satisfacción —farfulló.

Se sentó en su mecedora, se puso de pie otra vez tan rápidamente que la silla casi cayó, y se volvió a pasearse de un lado para otro.

—Quiero decir, nunca he sido esa clase de persona de ponerme adelante —dijo al aire—. No soy del tipo que va donde no es bienvenida, estoy segura.

Fue a hacerse una taza de té, titubeando con la tetera con manos temblorosas, y dejó caer la tapa del tazón del azúcar, rompiéndolo.

Una luz llegó a sus ojos. La media luna era visible sobre la hierba.

—De todos modos, no es como si no tuviera otras cosas que hacer —dijo—. No todo puede ser correr a fiestas todo el tiempo... no habría ido de todos modos.

Se encontró gesticulando exageradamente alrededor de las esquinas del piso otra vez y pensó: si la hubiera encontrado, el niño Vatioley habría golpeado en una cabaña vacía. Me habría ido y lo estaría

pasando bien. Y John Hiedra estaría sentado solo ahora...

—¡Maldición!

Ésa era la peor parte de ser buena... te atrapaba yendo y viniendo.

Aterrizó en la mecedora otra vez y se apretó el chal alrededor del cuerpo contra el frío. No había fuego. No esperaba estar en casa esta noche.

Unas sombras llenaban las esquinas de la habitación, pero no quería molestarse en encender la lámpara. La vela tendría que servir.

Mientras se mecía, mirando a la pared, las sombras se alargaron.

\* \* \*

Agnes siguió a Tata hacia el salón. Probablemente no se suponía que lo hiciera, pero muy pocas personas discutirán con un sombrero de autoridad.

Los países pequeños eran normales a lo largo de esta parte de las Montañas del Carnero. Cada valle glacial, separado de sus vecinos por una ruta que requería una caminata difícil o, en el peor de los casos, una escalerilla, se gobernaba más o menos a sí mismo. A Agnes le parecía que había cualquier cantidad de reyes, incluso si algunos de ellos hacían su gobierno en las noches después de ordeñar las vacas. Muchos de ellos estaban aquí, porque no se desprecia una comida gratis. También había algunos enanos mayores de Cabeza de Cobre y, de pie bien lejos de ellos, un grupo de trolls. No llevaban armas así que Agnes supuso que eran políticos. Los trolls no eran estrictamente súbditos del Rey Verence, pero estaban ahí para decir, en lenguaje corporal oficial, que jugar al fútbol con cabezas humanas era algo que nadie más hacía, mucho. Apenas en absoluto, realmente. No por aquí, ciertamente. Hay prácticamente una ley en contra de hacerlo.

Millie se escurrió después de hacer pasar a las brujas al área enfrente de los tronos.

El sacerdote Omniano las saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas, hum, noches —dijo, y no le prendió fuego a ninguna. No era muy viejo y tenía un divieso algo maduro al lado de su nariz. Dentro de Agnes, Perdita le hizo una mueca.

Tata Ogg lanzó un gruñido. Agnes arriesgó una breve sonrisa. El sacerdote se sopló la nariz ruidosamente.

—Ustedes deben ser algunas de éstas, hum, brujas sobre las que he escuchado tanto —dijo. Tenía una sonrisa asombrosa. Aparecía en su cara como si alguien hubiera accionado un obturador. En un momento no estaba ahí, al siguiente estaba. Y luego se había ido.

—Hum, sí —dijo Agnes.

—Ja —dijo Tata Ogg, que podía darle la espalda con arrogancia a las personas mientras las miraba a los ojos.

—Y yo soy, yo soy, aaaa... —dijo el sacerdote. Paró, y se pellizcó el puente de la nariz—. Oh, lo siento. El aire de la montaña no va bien conmigo. Soy el Bastante Reverendo Poderoso Avenas.

—¿Lo es? —dijo Agnes. Ante su asombro, el hombre empezó a enrojecer. Cuanto más lo miraba, más se daba cuenta de que no era mucho mayor que ella.

—Es decir, Poderoso-Loable-Eres-Que-Exaltas-A-Om Avenas —dijo. Es mucho más corto en Omniano, por supuesto. ¿Ha escuchado por casualidad la Palabra de Om?

—¿Cuál? ¿Fuego? —dijo Tata Ogg—. ¡Ja!

La naciente guerra religiosa fue abruptamente cortada por la fanfarria real del primer oficial para terminar con algunas líneas de la ‘Marcha del Erizo’. La pareja real empezó a bajar la escalera.

—Y no tomaremos ninguno de sus caminos paganos, muchas gracias —farfulló Tata Ogg detrás del pastor—. Nada de salpicar agua ni aceite ni arena por todas partes, ni de cortar cualquier parte, y si escucho una sola palabra que comprenda, bien, estoy detrás de usted con un palo puntiagudo.

Desde el otro lado escuchó:

—¡No es alguna clase de horrible inquisidor, Tata!

—¡Pero mi palo puntiagudo es todavía un palo puntiagudo, mi muchacha!

¿Qué se le ha metido?, pensó Agnes, observando que las orejas del pastor se ponían rojas. Ésa es la manera en que Yaya actuaría. Perdita añadió: Quizás ella piensa que tiene que tiene que hacer una escena como ésa porque ese viejo murciélago no está aquí todavía.

Agnes estaba muy horrorizada al escucharse pensar eso.

—Usted haga las cosas a nuestra manera aquí, ¿de acuerdo? —dijo Tata.

—El, hum, Rey me lo explicó todo, hum —dijo el pastor—. Er, ¿tiene usted algo para el dolor de cabeza? Me temo que yo...

—Póngale la llave en una mano y permítale agarrar la corona con la otra —continuó Tata Ogg.

—Sí, hum, él ya...

—Entonces usted le dice a ella cuál es su nombre, y el nombre de su mamá y el nombre de su papá, farfullando un poco sobre el último si la mamá no está segura...

—¡Tata! ¡Ésta es la realeza!

—Ja, podría contarte historias, muchacha... y entonces, mire, usted me la da a mí y yo le digo lo mismo, y luego yo se la devuelvo y usted le dice a todos cuál es su nombre, y entonces usted me la da a mí y yo se la doy a su papá, y él la saca por las puertas y la muestra a todos, todos lanzan sus sombreros al aire y gritan ‘¡Hurra!’, y entonces todo está terminado, excepto por los tragos y azuzar a los caballos y encontrar su propio sombrero. Comience a improvisar sobre el tema del pecado y será muy duro para usted.

—¿Cuál es, hum, su papel, señora?

—¡Soy la madrina!

—¿De cuál, hum, dios? —El joven estaba temblando ligeramente.

—Del Viejo Lancre —dijo Agnes apresuradamente—. Quiere decir algo como ‘Buenamadre’. Está todo bien... como brujas creemos en la tolerancia religiosa...

—Eso es correcto —dijo Tata Ogg—. Pero solamente para las religiones correctas, ¡por eso, cuide sus pasos!

Los padres reales habían llegado a los tronos. Magrat tomó su asiento y, para asombro de Agnes, le lanzó un guiño furtivo.

Verence no guiñó. Permaneció de pie allí y tosió fuerte.

—¡Ejem!

—Tengo una pastilla en algún lugar —dijo Tata, su mano se extendió hacia la pernera de sus calzones.

—¡Ejem! —Los ojos de Verence se clavaron en su trono.

Lo que había parecido ser un almohadón gris se dio la vuelta, bostezó, lanzó una breve mirada breve al Rey, y empezó a lavarse.

—¡Oh, Greebo! —dijo Tata—. Me estaba preguntando dónde te habrías...

—¿Podría usted retirarlo por favor, Sra. Ogg? —dijo el Rey.

Agnes echó un vistazo a Magrat. La Reina se había volteado, con el codo sobre el brazo del trono y la mano medio cubriendo su boca. Sus hombros se sacudían.

Tata sacó a su gato del trono.

—Un gato puede mirar a un rey —dijo.

—No con esa expresión, creo —dijo Verence. Saludó amablemente a la compañía reunida, justo mientras el reloj del castillo empezaba a dar la medianoche.

—Por favor empiece, Reverendo.

—Yo, hum, tenía una pequeña homilía apropiada sobre el tema de, hum, esperar el... —comenzó el Bastante Reverendo Avenas, pero llegó un gruñido desde Tata y de repente pareció saltar hacia adelante. Parpadeó una o dos veces y su nuez de Adán se movió arriba y abajo—. Pero, ¡ay de mí!, temo que no tenemos tiempo —concluyó rápidamente.

Magrat se inclinó y susurró algo en la oreja de su marido. Agnes lo escuchó decir:

—Bien, querida, pienso que tenemos que hacerlo, esté aquí o no...

Shawn subió rápidamente, ligeramente sin aliento y con la peluca de costado. Llevaba un almohadón. Sobre el terciopelo descolorado estaba la gran llave de hierro del castillo.

Millie Resfriadum entregó la bebé al sacerdote, que la sujetó cautelosamente.

A la pareja real le pareció que de repente empezaba a hablar de manera muy indecisa. Detrás de él, Tata Ogg era una expresión de sumo interés que sin embargo estaba hecha del cien por cien de aditivos artificiales. También tenían la impresión de que el pobre hombre estaba sufriendo frecuentes ataques de calambre.

—... estamos reunidos aquí juntos a la vista de... hum... otro...

—¿Se siente usted bien, Reverendo? —preguntó el Rey, inclinándose hacia adelante.

—Nunca mejor, señor, hum, se lo aseguro —dijo Avenas abatido— ... y por lo tanto le nombro... es decir, la nombro...

Hubo una pausa profunda y horrible.

Con rostro vidrioso, el sacerdote entregó la bebé a Millie. Entonces se quitó el sombrero, tomó un pequeño trozo de papel del forro, lo leyó, movió sus labios unas veces mientras decía las palabras para sí mismo, y luego volvió a poner el sombrero sobre su frente sudada y tomó la bebé otra vez.

—¡La nombro... Esmerelda Margaret Note Deletreo de Lancre!

El impactado silencio fue llenado repentinamente.

—¿Note Deletreo? —dijeron Magrat y Agnes al mismo tiempo.

—¿Esmerelda? —dijo Tata.

La bebé abrió sus ojos.

Y las puertas se abrieron.

Elecciones. Siempre eran elecciones...

Estaba ese hombre abajo en Spackle, el que había matado a aquellos pequeños niños. Las personas habían enviado por ella, y ella lo había mirado y vio la culpa retorcerse en su cabeza como un gusano rojo, y luego les había llevado a su granja y les mostró dónde cavar, y él se había arrojado al suelo y le pidió piedad a ella, porque dijo que estaba borracho y que había hecho todo alcoholizado.

Sus palabras volvieron a la memoria. Ella había dicho, en sobriedad: termínelo en cáñamo.

Y ellos se lo habían llevado, arrastrándolo, y lo colgaron de una soga de cáñamo y había ido a observar porque se lo debía, y él había blasfemado, lo cual era injusto porque el ahorcamiento es una muerte sana, o por lo menos más limpia que la que hubiera tenido si los lugareños se hubieran atrevido a desafiarla, y había visto la sombra de Muerte venir a por él, y entonces detrás de Muerte vinieron las figuras más pequeñas y más brillantes, y entonces...

En la oscuridad, la mecedora crujía mientras se balanceaba atrás y adelante.

Los lugareños dijeron que se había hecho justicia, y ella perdió la paciencia y les dijo que se fueran a casa, entonces, y que rezaran a los dioses en los que creyeran para que nunca les sucediera a ellos. La máscara petulante de la virtud triunfadora podía ser casi tan horrible como la cara de la perversidad revelada.

Se estremeció por un recuerdo. Casi tan horrible, pero no totalmente.

Lo raro fue que un montón de lugareños había aparecido en su funeral, y una o dos personas estuvieron murmurando al estilo de, Sí, bien, pero en general no era un mal tipo... Y de todos modos, tal vez ella le hizo decirlo. Y ella había recibido las miradas lúgubres.

¿Suponiendo que hubiera justicia para todos, después de todo? Para cada mendigo ignorado, para cada palabra severa, para cada deber descuidado, para cada insulto... para cada elección... Porque ésa era la cuestión, ¿verdad? Tenías que elegir. Podías hacerlo bien, podías hacerlo mal, pero tenías que elegir, sabiendo que la bondad o maldad nunca podían ser claras, o incluso que estuvieras decidiendo entre dos tipos de maldad, que no hubiera bondad en ningún lugar. Y siempre, siempre, lo hacías a solas. Eras la única allí, sobre el borde, mirando y escuchando. Nunca ninguna lágrima, nunca ninguna disculpa, nunca ningún lamento... Lo guardabas todo de una manera que podía ser usado cuando era necesario.

Nunca habló de esto con Tata Ogg ni con ninguna de las otras brujas. Eso sería violar el secreto. A veces, tarde por la noche, cuando la conversación caminaba de puntillas a su alrededor, Tata podría sólo dejar caer alguna línea como ‘Los viejos Scriven llegaron muy tranquilos al final’, y puede o no puede significar nada con la frase. Tata, hasta donde podía ver, no sufría mucho. Para ella, obviamente había que hacer algunas cosas, y eso era todo. Ella no mantenía bajo llave ninguno de los pensamientos que rondaban, ni siquiera los suyos. Yaya la envidiaba.

¿Quién vendría a su funeral cuando ella muriera?

¡Ellos no le preguntaron!

Los recuerdos empujaban. Otras figuras marchaban en las sombras alrededor de la luz de la vela.

Había hecho cosas y estado en lugares, y encontró unas maneras de volver la cólera hacia fuera que incluso la habían sorprendido. Había derrotado a otros mucho más poderosos que ella, si sólo les hubiera permitido creerlo. Había renunciado a tanto, pero había aprendido mucho...

Era una señal. Ella sabía que vendría tarde o temprano... Ellos se habían dado cuenta, y ahora ella ya no era útil...

¿Qué había ganado? La recompensa por el trabajo había sido más trabajo. Si cavaras las mejores zanjas te darían una pala más grande.

Y tenías estas paredes desnudas, este piso desnudo, esta fría cabaña.

La oscuridad en los rincones creció hacia la habitación y empezó a enredarse en su pelo.

¡Ellos no le preguntaron!

Nunca, nunca había pedido algo a cambio. Y el problema con no pedir algo a cambio era que a veces no lo recibías.

Siempre había tratado de mirar hacia la luz. Siempre había tratado de mirar hacia la luz. Pero cuanto más firme mirabas la claridad, más cruel quemaba dentro, hasta que, al fin, te pescaba la tentación y te ordenaba dar media vuelta para ver qué larga, abundante, poderosa y oscura se había vuelto tu sombra, corriendo tras de ti...

Alguien mencionó su nombre.

Hubo un momento de luz y ruido y perplejidad.

Y entonces despertó, y miró la oscuridad entrando a raudales, y vio las cosas en blanco y negro.

—Lo sentimos mucho... demoras en el camino, usted sabe cómo es...

Los recién llegados entraron rápidamente y se unieron a la multitud, que les prestó poca atención porque estaban mirando el espectáculo imprevisto alrededor de los tronos.

—¿Note Deletreo?

—Definitivamente un poco difícil —dijo Tata—. Esmerelda, ahora, ése era uno bueno. Gytha habría sido bueno también, pero Esmerelda, sí, usted no puede discutirlo. Pero usted conoce a los niños. Todos la estarán llamando Delly.

—Si tiene suerte —dijo Agnes tristemente.

—¡No esperaba que nadie lo dijera! —siseó Magrat.

—¡Sólo quería asegurarme de que ella no terminara con ‘Magrat’!

Poderoso Avenas estaba de pie con los ojos hacia arriba y sus manos juntas. Ocasionalmente lanzaba un gemido.

—Podemos cambiarlo, ¿verdad? —dijo Rey Verence—. ¿Dónde está el Historiador Real?

Shawn tosió.

—No es miércoles por la tarde y tendré que ir a buscar el sombrero correcto, señor...

—¿Podemos cambiarlo o no, hombre?

—Er... ha sido pronunciado, señor. En el momento oficial. Creo que es su nombre ahora, pero necesitaré ir a consultarlo. Todos lo escucharon, señor.

—No, usted no puede cambiarlo —dijo Tata, que como la mamá del Historiador Real daba por sentado que sabía más que el Historiador Real—. Mire al viejo Mu-vaca Pobrepollito allá en Tajada, para empezar.

—¿Qué le pasó a él, entonces? —dijo el Rey bruscamente.

—Su nombre completo es James Qué Demonios Hace Esa Vaca Aquí Adentro Pobrepollito —dijo Magrat.

—Fue un día muy extraño, lo recuerdo —dijo Tata.

—Y si mi madre hubiera sido lo bastante sensata para decirle mi nombre al Hermano Perdore en lugar de venir toda tímida y escribirlo, la vida habría sido completamente diferente —dijo Magrat. Echó un vistazo nervioso a Verence—. Probablemente peor, por supuesto.

—¿Así que tengo que llevar a Esmerelda a su pueblo y decirles que uno de sus segundos nombres es Note Deletreo? —dijo Verence.

—Bien, tuvimos un rey llamado Mi Dios Está Pesado Primero —dijo Tata—. Y la cerveza ha corrido las últimas dos horas de modo que, básicamente, usted recibirá una aclamación diga lo que diga.

Además, pensó Agnes, sé que a ciencia cierta hay personas allí afuera llamadas Sifilidoso Wilson, y Canto Tirolés Ligero, y Total Bizcocho.

Verence sonrió.

—Oh bien... déjeme tenerla...

—Whifm... —dijo Poderoso Avenas.

—... y quizás alguien debería darle un trago a este hombre.

—Lo lamento tanto, pero tanto y tanto —susurró el sacerdote, mientras el Rey caminó entre las líneas de invitados.

—Ya estuvo con las bebidas, supongo —dijo Tata.

—¡Nunca toco el alcohol! —gimió el sacerdote. Se dio unos toquecitos en los ojos lagrimosos con un pañuelo.

—Sabía que había algo equivocado con usted tan pronto lo miré — dijo Tata—. ¿Dónde está Esme, entonces?

—¡No lo sé, Tata! —dijo Agnes.

—Ella sabría de esto, recuerda mis palabras. Esto será una pluma en su gorra, correcto, una princesa con su nombre. Estará cacareando sobre eso por meses. Voy a ver qué está ocurriendo.

Salió a todo vapor.

Agnes agarró el brazo del sacerdote.

—Vamos, usted —suspiró.

—Realmente no puedo, hum, expresar cuánto lo lamento...

—Es una noche muy extraña por todas partes.

—Yo nunca, nunca, hum, escuché hablar de la costumbre antes...

—Las personas ponen mucha importancia en las palabras por estos lares.

—Mucho me temo que el Rey dará un mal informe, hum, de mí al Hermano Melchio...

—Realmente.

Hay algunas personas que podían convertir incluso el carácter más amistoso en uno bravucón, y el sacerdote parecía ser una de ellas. Había algo... una especie de humedad en él, esa clase de desesperación indefensa que enfadaba a las personas más que volverlas caritativas, la total seguridad de que si el todo el mundo fuera una fiesta todavía encontraría la cocina.

Ella parecía estar obligada a cargar con él. Todas las VIP se apiñaban alrededor de las puertas abiertas, donde las fuertes aclamaciones indicaban que las personas de Lancre pensaban que Note Deletreo era un buen nombre para una futura reina.

—Quizás usted sólo deba sentarse allí y tratar de reponerse —dijo— . Habrá baile más tarde.

—Oh, yo no bailo —dijo Poderoso Avenas—. El baile es un ardid para atrapar al de débil voluntad.

—Oh. Bien, supongo que está la barbacoa afuera...

Poderoso Avenas volvió a dar toquecitos a sus ojos.

—Hum, ¿habrá pescado?

—Lo dudo.

—Comemos sólo pescado este mes.

—Oh. —Pero una voz inexpresiva parecía no resultar. Él todavía quería hablarle.

—Porque el profeta Brutha evitó la carne, hum, cuando estaba vagando en el desierto, mire.

—¿Cada bocado cuarenta veces?

—[[15]](#footnote-15)¿Perdone?

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa. —Contra su mejor criterio, Agnes dejó que la curiosidad ingresara en su vida—. ¿Qué carne hay para comer en un desierto?

—Hum, ninguna, creo.

—Así que exactamente él no se negó a comerla, ¿verdad? —Agnes revisó la multitud reunida, pero nadie parecía ansioso de participar en esta pequeña discusión.

—Hum... usted tendría que, hum, preguntarle al Hermano Melchio. Lo siento. Creo que tengo una migraña que empieza...

Usted no cree en nada de lo que está diciendo, ¿verdad?, pensó Agnes. El nerviosismo y algo como un terror sordo irradiaban de él. Perdita añadió: ¡Qué húmedo y pequeño gusano!

—Tengo que irme y... er... irme y... Tengo que ir a... ayudar —dijo Agnes, retrocediendo. Él saludó con la cabeza. Mientras ella se iba, se sopló otra vez la nariz, sacó un pequeño cuaderno negro de un bolsillo, suspiró, y rápidamente lo abrió en un marcador.

Ella recogió una bandeja para añadir algo de peso a la coartada, caminó hacia la mesa de la comida, se volvió para mirar la figura encorvada tan fuera de lugar como una oveja perdida, y tropezó con alguien tan sólido como un árbol.

—¿Quién es esa extraña persona? —dijo una voz junto a su oreja. Agnes escuchó a Perdita maldecirla por saltar a un lado, pero se recuperó y se logró sonreír torpemente a la persona que había hablado.

Era un hombre joven y cayó en la cuenta de que era uno muy atractivo. Los hombres atractivos no eran de suministro abundante en Lancre, donde se consideraba elegante lamerse la mano y alisarse el pelo antes de llevar de paseo a una muchacha.

¡Tiene una cola de caballo!, chilló Perdita. ¡Vaya, eso es súper!

Agnes sintió que el rubor arrancaba en alguna parte en la región de sus rodillas e iniciaba su inevitable aceleración hacia arriba.

—Er... ¿Perdone? —dijo.

—Usted prácticamente puede olerlo —dijo el hombre. Inclinó su cabeza ligeramente hacia el triste sacerdote—. Se ve más o menos como un pequeño cuervo desaliñado, ¿no cree?

—Er... sí —logró articular Agnes. El rubor dobló la curva de su pecho, caliente al rojo y subiendo. Una cola de caballo en un hombre no tenía precedentes en Lancre, y el corte de su ropa también sugería que había pasado algún tiempo en un lugar donde la moda cambiaba más de una vez en la vida. Nunca nadie en Lancre había llevado un chaleco bordado con pavos reales.

¡Dile algo!, gritó Perdita adentro.

—¿Wstfgl? —dijo Agnes. Detrás de ella, Poderoso Avenas se [[16]](#footnote-16)había levantado y estaba inspeccionando la comida con desconfianza.

—¿Le ruego me perdone?

Agnes tragó, en parte porque Perdita estaba tratando de sacudirla por la garganta.

—Él se ve como si estuviera a punto de alejarse aleteando, ¿verdad? —dijo. Oh, por favor, no me hagas reír...

El hombre chasqueó los dedos. Un camarero que pasaba rápidamente con una bandeja de bebidas giró noventa grados.

—¿Puedo ofrecerle una bebida, Srta. Nitt?

—Er... ¿vino blanco? —susurró Agnes.

—No, usted no quiere vino blanco, el tinto es mucho más... colorido —dijo, tomando un vaso y entregándoselo—. Qué está haciendo ahora nuestra víctima... Ah, se dedica a un bollo con una muy pequeña cantidad de paté sobre él, veo...

¡Pregúntale su nombre!, aulló Perdita. No, eso sería ponerme

adelante, pensó Agnes. Perdita gritó, Tú fuiste construida hacia adelante, pedazo de estúpida...

—Por favor permítame presentarme. Soy Vlad —dijo gentilmente—. Oh, ahora él está... sí, está a punto de saltar sobre... sí, un vol-au-vent de langostino. Langostinos aquí arriba, ¿eh? El Rey Verence no se ha medido en gastos, ¿verdad?

—Se los enviaron metidos en hielo todo el camino desde Genua — masculló Agnes.

—Ellos tienen muy buenos mariscos allí, creo.

—Nunca estuve allí —farfulló Agnes. Dentro de su cabeza, Perdita se echó a llorar.

—Tal vez podríamos visitarlo un día, Agnes —dijo Vlad.

El rubor estaba en el cuello de Agnes.

—Hace mucho calor aquí, ¿no cree? —dijo Vlad.

—Es el fuego —dijo Agnes agradecida—. Está ahí —añadió, señalando con la cabeza hacia donde una buena parte de un árbol se estaba quemando en la enorme chimenea del salón, y que sólo podía no haberla visto un hombre con un balde sobre la cabeza.

—Mi hermana y yo hemos... —empezó Vlad.

—Excúseme, ¿Srta. Nitt?

—¿Qué sucede, Shawn? —Muérete, Shawn Ogg, dijo Perdita.

—Mam dice que usted debe venir inmediatamente, señorita. Está abajo en el jardín. Dice que es importante.

—Siempre lo es —dijo Agnes. Sonrió rápidamente a Vlad—. Excúseme, tengo que ayudar a una anciana.

—Estoy seguro de que nos encontraremos otra vez, Agnes —dijo Vlad.

—Oh, er... gracias.

Se alejó rápidamente y estaba a medio camino bajando la escalera antes de recordar que no le había dicho su nombre.

Dos escalones más allá pensó: Bien, puede haberle preguntado a alguien.

Dos escalones después Perdita dijo: ¿Por qué le preguntaría tu nombre a cualquiera?

Agnes maldijo el hecho de que había crecido con un enemigo invisible.

—¡Ven y mira esto! —siseó Tata, agarrándola por el brazo cuando llegó al patio. Fue arrastrada hasta los carruajes estacionados cerca de los establos. Tata agitó un dedo hacia la puerta del más cercano.

—¿Ves eso? —dijo.

—Se ve muy impresionante —dijo Agnes.

—¿Ves el escudo?

—Parece... un par de pájaros negros y blancos. Urracas, ¿verdad?

—Sí, pero mira lo que está escrito —dijo Tata Ogg, con ese oscuro deleite que las ancianas reservan para las cosas horriblemente portentosas.

—Carpe Jugulum —leyó Agnes en voz alta—. Eso es... bien, Carpe Diem es ‘Aproveche el día’, así que esto significa...

—‘Ve Por La Garganta’ —dijo Tata—. ¿Conoces qué ha hecho nuestro rey, de modo que podamos tener nuestra participación en esta cosa del nuevo orden del mundo cambiante, y conseguir dinero para setos porque Klatch tiene hemorragia cuando Ankh-Morpork se golpea el dedo del pie? Él fue e invitó a algunos peces gordos de Uberwald, eso es lo que ha hecho. Oh, mis dioses, mis dioses. Vampiros y lobizones, lobizones y vampiros. Todos seremos asesinados en la cama. —Caminó hacia adelante del coche y golpeó sobre la madera cerca del conductor, que estaba sentado arriba, acurrucado en una capa enorme—. ¿De dónde es usted, Igor?

La sombría figura se volvió.

—¿Qué le hasse penssar que mi nombre ess... Igor?

—¿Una conjetura con suerte? —dijo Tata.

—Ussted pienssa que todoss loss de Uberwald sse llaman Igor, ¿verdad? Podría tener cualquiera de mil nombress diferentess, mujer.

—Mire, yo soy Tata Ogg y essta, excúseme, ésta es Agnes Nitt. ¿Y usted es...?

—Mi nombre ess... bien, ess Igor, en realidad —dijo Igor. Levantó un dedo—. ¡Pero podría no haberlo ssido!

—Es una noche fría. ¿Podemos conseguirle algo? —dijo Tata alegremente.

—¿Quizás una toalla? —dijo Agnes.

Tata le codeó las costillas para que permaneciera en silencio.

—¿Un vaso de vino, tal vez? —dijo.

—No bebo... vino —dijo Igor con arrogancia.

—Tengo un poco de brandy —dijo Tata, l[[17]](#footnote-17)evantándose la falda.

—Oh, correcto. Bebo brandy como pesste.

El elástico de la pernera vibró en la penumbra.

—Entonces —dijo Tata, pasándole el matraz—, ¿qué está haciendo tan lejos de casa, Igor?

—¿Por qué hay un esstúpido troll allí abajo ssobre el... puente? — dijo Igor, tomando el matraz con una mano grande que, según notó Agnes, era una masa de cicatrices y puntadas.

—Oh, ése es Jim Gran Bistec. El Rey lo deja vivir allí abajo siempre que parezca oficial cuando tenemos compañía.

—Bisstec ess un nombre raro para un troll.

—Le gusta el sonido —dijo Tata—. Es como que un hombre se llame Rocky, supongo. Entonces... solía conocer a un Igor de Uberwald. Caminaba con una cojera. Un ojo un poco más alto que el otro. Tenía la misma manera de... hablar. Muy bueno en malabares cerebrales, también.

—Esso ssuena a mi Tío Igor —dijo Igor—. Trabajaba para el médico loco en Blinss. Ja, y era un correcto médico loco, también, no como loss doctoress locoss usted consigue esstoss díass. ¿Y los ssirvientess? Aun peoress. No hay orgullo esstoss díass. —Señaló el matraz de brandy con énfasis—. Cuando Tío Igor era enviado por el sserebro de un genio, esso era lo que condenadamente consseguía. No había nada de essa cossa de dedoss torpess, y luego robar un sserebro del pote ‘Realmente Loco’ y dessear que nadie sse diera cuenta. Elloss ssiempre lo hassen, de todoss modoss.

Tata dio un paso hacia atrás. La única ma[[18]](#footnote-18)nera sensata de tener una conversación con Igor era cuando tenías un paraguas.

—Creo que he oído hablar de ese tipo —dijo—. ¿No cosía personas con partes muertas?

—¡No! ¿De veras? —dijo Agnes, asustada—. ¡Auch!

—Esso ess correcto. ¿Hay algún problema allí?

—No, lo llamo prudencia —dijo Tata, quitando su pie del de Agnes— . Mi Mam tenía buena mano para coser una sábana nueva de las partes de las viejas, y las personas merecen más que lino. Así que él es su amo ahora, ¿verdad?

—No, mi Tío Igor todavía trabaja para él. Ha ssido golpeado tresssientass vessess por el relámpago y todavía trabaja una noche completa.

—Tome una gota más de ese brandy, hace mucho frío aquí —dijo Tata—. Entonces, ¿quién es su amo, Igor?

—¿Less llama amoss a elloss? —dijo Igor, con veneno repentino y una ducha ligera—. ¡Huh! Ahora, el viejo Conde, él era un caballero de la vieja esscuela. Él ssabía cómo funciona todo. Apropiado traje de noche en todo momento, ¡éssa ess la regla!

—Traje de noche, ¿eh? —dijo Tata.

—¡Mierda! Esste grupo ssolamente lo lleva por la noche, ¿puede imaginarlo? ¡El ressto del tiempo ess todo pavonearsse por allí en chalecoss y camissass de encaje! ¡Ja! ¿Ssabe qué ha hecho esste grupo?

—Dígame...

—¡Han asseitado lass bisagrass! —Igor tomó un considerable trago del brandy especial de Tata—. Algunoss de essoss crujidoss tomaron sangrientoss añoss en ssonar correctamente. Pero, oh no, ahora ess ‘Igor, quita essass arañass del calabosso’, e ‘¡Igor, encarga algunass lámparass de asseite apropiadass, todass essass antorchass parpadeantess sson tan de quinsse minutoss atráss!’ ¿Acasso el lugar sse ve viejo? Sser un vampiro ssignifica continuidad, ¿verdad? Usted sse interna en lass montañass y ve una luss brillando en algún casstillo, ussted tiene el derecho de essperar el apropiado crujido de lass puertass y algo de cortessía del viejo mundo, ¿verdad?

—Ah, correcto. Y una cama en la habitación con un balcón fuera — dijo Tata.

—¡Exssactamente mi punto!

—¿Cortinas que se hinchan correctamente, también?

—¡Condenadamente correcto!

—¿Reales velas que gotean?

—He passado ssigloss para lograr que goteen apropiadamente. A nadie le importa.

—Usted tiene que lograr los detalles correctos, siempre digo —dijo Tata—. Bien, bien, bien... de modo que nuestro rey invitó vampiros, ¿eh?

Se escuchó un ruido sordo cuando Igor se desplomó hacia atrás y un sonido metálico cuando el matraz golpeó los adoquines. Tata lo recogió y lo escondió en su persona.

—Buena cabeza para la bebida —señaló. No muchas personas probaron el brandy casero de Tata Ogg; era técnicamente imposible. Una vez en la tibieza de la boca humana, inmediatamente se convertía en emanaciones. Se bebía a través de los senos.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Agnes.

—¿Hacer? Él los invitó. Son invitados —dijo Tata—. Apuesto a que si le pregunto, Verence me diría que me ocupe de mis asuntos. Por supuesto, él no lo pondría de ese modo exactamente —añadió, ya que sabía que el Rey no tenía tendencias suicidas—. Probablemente usaría la palabra ‘respeto’ dos o tres veces al menos. Pero significaría lo mismo al final.

—Pero vampiros... ¿qué va a decir Yaya?

—Escucha, mi muchacha, se habrán ido mañana... bien, hoy, realmente. Sólo les tendremos vigilados y les saludaremos cuando se vayan.

—¡Ni siquiera sabemos cómo se ven!

Tata miró al tumbado Igor.

—Ahora que lo pienso, tal vez debía haberle preguntado —dijo. Se animó—. Sin embargo, hay una manera de encontrarlos. Es algo que todos saben sobre los vampiros...

A decir verdad, hay muchas cosas que todos saben sobre los vampiros, sin tener en cuenta que quizás los vampiros ya las saben, también.

El salón de castillo era un barullo. Había una muchedumbre alrededor de la mesa del buffet. Tata y Agnes se sumaron.

—¿Can o pés, alguien desea? —dijo Tata, empujando una bandeja hacia un grupo de aspecto probable.

—¿Perdone usted? —dijo alguien—. Oh... canapés...

Tomó un vol-au-vent y lo mordió mientras regresaba al grupo.

—... así que le dije a su señoría, ¿Qué diablos es esto?

Se volvió para encontrarse bajo el cerrado escrutinio de la arrugada anciana con un sombrero puntiagudo.

—¿Perdone? —dijo.

—Esto... esto... ¡esto es sólo puré de ajo!

—No le gusta el sabor del ajo, ¿eh? —dijo Tata severamente.

—¡Adoro el ajo, pero no le gusto yo! No es sólo ajo sazonado, mujer, ¡es todo ajo!

Tata miró su bandeja con una teatral miopía.

—No, hay algunos... hay un poco de... usted tiene razón, quizás lo exageramos un poquito... sólo iré y... sólo conseguiré algunos... sólo me iré...

Chocó con Agnes en la entrada de la cocina. Dos bandejas resbalaron al piso, desparramando vol-au-vents de ajo, bocadillos de ajo, ajo relleno con ajo y diminutos dados de ajo sobre palillos clavados en un ajo.

—Hay montones de vampiros por estos lares o estamos haciendo algo mal —dijo Agnes categóricamente.

—Siempre he dicho que no puedes comer demasiado ajo —dijo Tata.

—Todos los demás no están de acuerdo, Tata.

—Muy bien, entonces. Qué otra cosa... ¡Ah! Todos los vampiros llevan traje de noche por la noche, incluso este grupo.

—Todos aquí están llevando alguna clase de traje de noche, Tata. Excepto nosotras.

Tata Ogg se miró.

—Éste es el traje que siempre llevo en la noche.

—Se supone que los vampiros no aparecen en un espejo, ¿verdad? —dijo Agnes.

Tata chasqueó los dedos.

—¡Buena idea! —dijo—. Hay uno en el lavabo. Rondaré más o menos por ahí. Todos tienen que ir tarde o temprano.

—¿Pero qué pasa si entra un hombre?

—Oh, no me importa —dijo Tata con desdén—. No estaré avergonzada.

—Creo que puede haber objeciones —dijo Agnes, tratando de ignorar la imagen mental recién conjurada. Tata tenía una agradable sonrisa, pero tenía que haber momentos cuando querías que no te mirara.

—Tenemos que hacer algo. Suponiendo que Yaya apareciera ahora, ¿qué pensaría? —dijo Tata.

—Podríamos sólo preguntar —dijo Agnes.

—¿Qué? ¿Levanten la mano todos los vampiros?

—¿Damas?

Se volvieron. El joven que se había presentado como Vlad se estaba acercando.

Agnes empezó a ruborizarse.

—Creo que ustedes estaban hablando de vampiros —dijo, tomando una empanada de ajo de la bandeja de Agnes y mordiéndola con grandes muestras de placer—. ¿Podría ser de ayuda?

Tata lo miró de arriba para abajo.

—¿Usted conoce mucho de ellos? —dijo.

—Bien, yo soy uno —dijo—. Así que supongo que la respuesta es sí. Encantado de conocerla, Sra. Ogg. —Se inclinó y buscó su mano.

—¡Oh no usted no! —dijo Tata, alejándola—. ¡No estoy de acuerdo con los chupasangres!

—Lo sé. Pero estoy seguro de que lo estará con el tiempo. ¿Le gustaría conocer mi familia?

—¡Ellos pueden pirarse! ¿En qué estaba pensando el Rey?

—¡Tata!

—¿Qué?

—No tienes que gritar de ese modo. No es muy... cortés. No creo...

—Vlad de Magpyr —dijo Vlad, inclinándose.

—¡... va a morderme el cuello! —gritó Tata.[[19]](#footnote-19)

—Por supuesto que no —dijo Vlad—. Antes teníamos alguna clase de bandido. La Sra. Ogg es, sospecho, una comida a ser saboreada. ¿Más de estas cosas de ajo? Son algo picantes.

—¿Ustedes qué? —dijo Tata.

—¿Ustedes exactamente... mataron a alguien? —dijo Agnes.

—Por supuesto. Somos vampiros —dijo Vlad—. O, preferimos, vampyros. Con una ‘y’. Es más moderno. Ahora, vengan a conocer a mi padre.

—¿Usted realmente mató a alguien? —dijo Agnes.

[[20]](#footnote-20)—¡Correcto! ¡Así es! —gruñó Tata, marchándose—. Voy a buscar a Shawn y él va a volver con algo afilado y grande...

Vlad tosió silenciosamente. Tata se detuvo.

—Hay algunas otras cosas que las personas saben sobre los vampiros —dijo—. Y una es que ellos tienen considerable control sobre las mentes de criaturas inferiores. Así que olvídense todo sobre los vampiros, queridas damas. Ésa es una orden. Y vengan a conocer a mi familia.

Agnes parpadeó. Estaba consciente de que había habido... algo. Podía sentirle la cola, escabulléndose entre los dedos.

—Parece un buen joven —dijo Tata, con una voz suavemente aturdida.

—Yo... él... sí —dijo Agnes.

Algo surgió en su mente, como un mensaje en una botella escrito vagamente en alguna lengua extranjera. Trató, pero no pudo leerlo.

—Ojalá Yaya estuviera aquí —dijo por fin—. Ella sabría qué hacer.

—¿Sobre qué? —dijo Tata—. No es buena para las fiestas.

—Me siento un poco... rara —dijo Agnes.

—Ah, puede ser la bebida —dijo Tata.

—¡No he bebido nada!

—¿No? Bien, entonces allí está el problema. Vamos.

Entraron rápidamente en el salón. Aunque ahora era bien pasada la medianoche, el nivel de ruido se acercaba al umbral de dolor. Cuando la hora de la medianoche yace sobre el vaso como una gran cebolla de cóctel, siempre hay un borde adicional para la risa.

Vlad les hizo un gesto alentador y señaló hacia un grupo alrededor del Rey Verence.

—Ah, Agnes y Tata —dijo el Rey—. Conde, puedo presentarle...

—Gytha Ogg y Agnes Nitt, creo —dijo el hombre al que el Rey se estaba dirigiendo. Inclinó la cabeza. Por alguna razón, una diminuta parte de Agnes estaba esperando a un hombre de aspecto sombrío con unas excitantes entradas en el pelo y una capa de ópera. No podía pensar por qué.

Este hombre se veía... bien, como un caballero de recursos independientes y una mente curiosa, quizás esa clase de hombre que hace largas caminatas por la mañana y pasa las tardes mejorando su mente en su propia biblioteca privada o haciendo pequeños experimentos interesantes sobre chivirías y que nunca se preocupa por el dinero. Había algo satinado en él, y también una especie de entusiasmo urgente y hambriento, de la clase percibes cuando alguien acaba de leer un libro muy interesante y está decidido a contarle a alguien todo sobre él.

—Permítame que yo presente a la Condesa Magpyr —dijo—. Éstas son las brujas sobre las que te hablé, querida. Creo que ustedes han conocido a mi hijo. Y ésta es mi hija, Lacrimosa.

Agnes se cruzó con la mirada de una muchacha delga[[21]](#footnote-21)da en un vestido blanco, con pelo muy largo y largo, y demasiado maquillaje de ojos. Hay algo como el odio a primera vista.

—El Conde estaba diciéndome en este momento cómo está planeando mudarse al castillo y gobernar el país —dijo Verence—. Y yo le estaba diciendo que pienso que estaremos honrados.

—Bien hecho —dijo Tata—. Pero si no les molesta, no quiero perderme al hombre de las comadrejas...

—El problema es que las personas siempre piensan en los vampiros en relación con su dieta —dijo el Conde, mientras Tata se iba deprisa—. Es realmente bastante insultante. Usted come carne de animal y verduras, pero eso apenas le define, ¿verdad?

La cara de Verence estaba retorcida en una sonrisa, pero se veía vidriosa e irreal.

—¿Pero usted bebe sangre humana? —dijo.

—Por supuesto. Y a veces matamos personas, aunque absolutamente apenas en estos días. En todo caso, ¿dónde exactamente está el daño? Presa y cazador, cazador y presa. Las ovejas fueron diseñadas como cena para el lobo, el lobo como una manera de impedir la superpoblación de ovejas. Si usted revisa sus dientes, señor, usted verá que están diseñados para un especial tipo de dieta y, efectivamente, todo su cuerpo está construido para aprovecharla. Y también es así con nosotros. Estoy seguro de que las nueces y las coles no lo critican. Cazador y presa son sólo partes del gran ciclo de la vida.

—Fascinante —dijo Verence. Unas pequeñas perlas de sudor bajaban rodando por su cara.

—Por supuesto, en Uberwald todos comprenden esto instintivamente —dijo la Condesa—. Pero es un lugar bastante atrasado para los niños. Estamos por eso mirando hacia Lancre.

—Me alegra mucho escucharlo —dijo Verence.

—Y tan amable de su parte invitarnos —continuó ella—. De otro modo no podríamos haber venido, por supuesto.

—No exactamente —dijo el Conde, sonriendo a su esposa—. Pero tengo que admitir que la prohibición de entrar en lugares sin ser invitado ha probado ser curiosamente... durable. Debe ser algo relacionado con los antiguos instintos territoriales. Pero —añadió alegremente—, he estado trabajando sobre una técnica instructiva que estoy seguro resultará, dentro de algunos años...

—Oh, no nos hagas pasar a través de todas esas cosas aburridas otra vez —dijo Lacrimosa.

—Sí, supongo que puede parecer un poco tedioso —dijo el Conde, sonriendo a su hija con benevolencia—. ¿Tiene alguien algo más de ese maravilloso bocadillo de ajo?

Agnes notó que el Rey todavía parecía intranquilo. Lo que era raro, porque el Conde y su familia parecían completamente encantadores y lo que estaban diciendo tenía un sentido perfecto. Todo estaba perfectamente bien.

—Exactamente —dijo Vlad, a su lado—. ¿Baila usted, Srta. Nitt? — Del otro lado del salón, la Orquesta Sinfónica Ligera de Lancre (conduce

S. Ogg) estaba atacando alto y fuerte, al azar.

—Ur... —Lo detuvo a punto de convertirse en una risita tonta—. No realmente. No muy bien...

¿No escuchaste lo que estaban diciendo? ¡Ellos son vampiros!

—Cállate —dijo en voz alta.

—¿Perdone usted? —dijo Vlad, perplejo.

—Y ellos no son... bien, no son una muy buena orquesta...

¿No prestaste atención a lo que estaban diciendo en absoluto, pedazo de inútil?

—Son una orquesta muy mala —dijo Vlad.

—Bien, el Rey apenas compró los instrumentos el mes pasado y básicamente están tratando de aprender juntos...

¡Córtale la cabeza! ¡Dale una enema de ajo!

—¿Está usted bien? Usted sabe que realmente no hay ningún vampiro aquí, ¿verdad...?

¡Él te está controlando!, gritó Perdita. ¡Ellos están... afectando a las personas!

—Estoy un poco... desmayada por toda la emoción —masculló Agnes—. Creo que me iré a casa. —Algún instinto a nivel de la médula del hueso le hizo añadir—: Le pediré a Tata que venga conmigo.

Vlad le lanzó una mirada rara, como si ella no estuviera reaccionando de la manera correcta. Entonces sonrió. Agnes notó que tenía dientes muy blancos.

—No creo que alguna vez haya conocido a alguien como usted, Srta. Nitt —dijo—. Hay algo tan... interior sobre usted.

¡Ésa soy yo! ¡Ésa soy yo! ¡Él no puede actuar sobre mí! ¡Ahora salgamos ambas de aquí!, aulló Perdita.

—Pero nos encontraremos otra vez.

Agnes le hizo una inclinación de cabeza y se alejó tambaleante, agarrándose la cabeza. Se sentía como una pelota de algodón en la que, inexplicablemente, había una aguja.

Pasó junto a Poderoso Avenas, que había dejado caer su libro sobre el piso y estaba sentado gimiendo con la cabeza entre las manos. La levantó para mirarla.

—Er... señorita, ¿tiene usted cualquier cosa que pueda ayudar a mi cabeza? —dijo—. Es realmente... bastante doloroso...

—La Reina hace una especie de píldora para el dolor de cabeza de la corteza del sauce —jadeó Agnes, y siguió a toda velocidad.

Tata Ogg estaba de pie con aire taciturno con una pinta en la mano, una combinación hasta ahora sin precedentes.

—El malabarista de comadrejas no apareció —dijo—. Bien, voy a decir la palabra fuerte sobre él. Ha estado en el espectáculo por estos lares.

—¿Podrías... acompañarme a casa, Tata?

—Así que ha sido mordido en los esenciales, todo eso es parte del...

¿Te sientes bien?

—Me siento realmente horrible, Tata.

—Vámonos, entonces. Toda la buena cerveza ha desaparecido y no voy a quedarme si de todos modos no hay nada de qué reír.

El viento silbaba a través del cielo cuando caminaron de regreso a la cabaña de Agnes. A decir verdad, parecía más un silbido que viento. Los árboles sin hojas crujían mientras pasaban, con la débil luz de la luna llenando los aleros de los bosques con sombras peligrosas. Unas nubes se apilaban, y había más lluvia en el camino.

Agnes notó que Tata recogía algo mientras dejaban el pueblo detrás.

Era un palo. Ella nunca antes había sabido que una bruja llevara un palo por la noche.

—¿Por qué recogiste eso, Tata?

—¿Qué? ¿Oh? No lo sé, realmente. Es una vieja noche nerviosa, ¿verdad...?

—Pero nunca tuviste miedo de nada en Lan...

Algunas cosas se abrieron paso entre los arbustos y traquetearon sobre el camino adelante. Por un momento, Agnes pensó que eran caballos, hasta que los tocó la luz de la luna. Entonces se fueron, hacia las sombras del otro lado del camino. Escuchó el galope entre los árboles.

—No había visto ninguno de ésos por mucho tiempo —dijo Tata.

—Nunca había visto centauros en absoluto excepto en dibujos — dijo Agnes.

—Deben haber descendido de Uberwald —dijo Tata—. Es bueno verlos otra vez por aquí.

Agnes encendió apresuradamente las velas cuando entró en la cabaña, y deseó que hubiera cerrojos sobre la puerta.

—Sólo siéntate —dijo Tata—. Tomaré una taza de agua, conozco por aquí.

—Está bien, yo...

El brazo izquierdo de Agnes tembló. Ante su horror se dobló en el codo y movió su mano arriba y abajo enfrente de su cara, como guiada por una mente propia.

—Te sientes un poco acalorada, ¿verdad? —dijo Tata.

—¡Tomaré el agua! —jadeó Agnes.

Se precipitó a la cocina, agarrando la muñeca izquierda con la mano derecha. Se sacudió, y quedó libre, agarró un cuchillo del escurridor y lo clavó en la pared, arrastrándolo de modo moldeó letras burdas en el yeso blando:

VMPIR

Dejó caer el cuchillo, agarró el pelo de la parte de atrás de la cabeza de Agnes y empujó su cara hasta unas pulgadas de las letras.

—¿Estás bien allí? —dijo Tata desde la habitación contigua.

—Er, sí, pero creo que estoy tratando de decirme algo...

Un movimiento la hizo girar. Un pequeño hombre azul que llevaba una gorra azul la estaba mirando desde los estantes sobre la pileta. Le sacó la lengua, hizo un muy pequeño ademán obsceno y desapareció detrás de una bolsa de lavar cristales.

—¿Tata?

—¿Sí, querida?

—¿Hay cosas tales como ratones azules?

—No mientras estás sobria, querida.

—Creo... que me debo un trago, entonces. ¿Queda brandy?

Tata entró, descorchando el matraz.

—Lo rellené en la fiesta. Por supuesto, es sólo algo comprado, no podrías...

La mano izquierda de Agnes lo arrebató y lo vertió en su garganta. Entonces tosió tan fuerte que un poco le subió por la nariz.

—Espera, espera, no es tan débil —dijo Tata.

Agnes dejó caer el matraz en la mesa de la cocina.

—Correcto —dijo, y su voz le sonó muy diferente a Tata—. Mi nombre es Perdita y tomo posesión de este cuerpo ahora mismo.

Variopintenen notó el olor a madera quemada mientras regresaba a los establos pero supuso que era de la hoguera en el patio. Había dejado la fiesta temprano. Nadie quería hablar de halcones.

El olor era muy fuerte cuando hizo una corta visita a las aves y vio la pequeña llama en medio del piso. La miró por un segundo, entonces recogió un balde de agua y lo lanzó.

La llama continuó parpadeando suavemente sobre una piedra desnuda que estaba empapada de agua.

Variopintenen miró las aves. Ellas lo estaban mirando con interés; normalmente estarían frenéticas en presencia de fuego.

Variopintenen nunca fue de entrar pánico. La miró durante un rato, y luego tomó un trozo de madera y tocó suavemente la llama. El fuego saltó a la madera y continuó quemando.

El palo ni siquiera se chamuscó.

Encontró otra ramita y la frotó contra la llama, que se deslizó fácilmente del uno a la otra. Había una llama. Estaba claro que no iban a ser dos.

La mitad de las barras en la ventana se habían consumido, y había un poco de madera quemada en el extremo de los establos, donde habían estado los viejos compartimientos. Por arriba, a través del agujero carbonizado del techo, brillaban algunas estrellas a través de los jirones de la neblina.

Variopintenen vio que algo se había quemado aquí.

Ferozmente, por el aspecto. Pero también de una manera curiosamente local, como si todo el calor hubiera estado de algún modo contenido...

Extendió la mano hacia la llama danzante sobre el extremo del palo. Estaba caliente, pero... no tan caliente como debería estar.

Ahora estaba sobre su dedo. Hormigueaba. Mientras la movía a su alrededor, las cabezas de todas las aves giraban para mirarla.

Iluminado por ella, hurgó entre los restos carbonizados de los pajares. En las cenizas había trozos de cáscara de huevo.

Variopintenen los recogió y los llevó a la pequeña habitación atiborrada al final de los establos que servía de taller y dormitorio. Equilibró la llama sobre un platillo. Aquí, donde era más silencioso, podía escucharla hacer un leve ruido chisporroteante.

Bajo el débil brillo miró a lo largo de la una estantería repleta sobre su cama y tomó un inmenso volumen maltratado, en cuya tapa alguien había escrito la palabra ‘Avis’, siglos atrás.

El libro era un inmenso libro. El lomo había sido cortado y ensanchado torpemente varias veces para que se pudieran pegar más páginas.

Los halconeros de Lancre sabían mucho de aves. El reino estaba en una ruta migratoria principal entre el Eje y el Borde. Los halcones habían derribado muchas especies extrañas durante siglos y los halconeros habían tomado notas, muy minuciosamente. Las páginas estaban pobladas con dibujos y escritos muy apretados, con anotaciones copiadas y vueltas a copiar y actualizadas con el paso de los años. Una pluma ocasional cuidadosamente pegada a una página añadía grosor a la cosa.

Nunca nadie se había preocupado por un índice, pero algún halconero anterior había organizado considerablemente muchas de las anotaciones en orden alfabético.

Variopintenen echó un vistazo otra vez a la llama que ardía regularmente en su platillo, y entonces, moviendo las crujientes páginas con cuidado, fue hasta la ‘P’.

Después de revisar un poco, finalmente encontró lo que estaba buscando bajo la ‘F’.

Atrás, en el establo, en la sombra más profunda, algo se encogió.

Había tres estantes de libros en la cabaña de Agnes. Según los patrones brujeriles, ésa era una biblioteca gigante.

Dos figuras azules muy pequeñas estaban tendidas encima de los libros, mirando la escena con interés.

Tata Ogg retrocedió, agitando el atizador.

—Está bien —dijo Agnes—. Soy yo otra vez, Agnes Nitt, pero... Ella está aquí pero... más o menos la estoy conteniendo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! Muy bien, sólo cállate, y... Mira, ¡éste es mi cuerpo, tú eres sólo un invento de mi imagina...! ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Quizás no está muy tan claro... Permíteme sólo hablar con Tata, ¿quieres?

—¿Cuál eres ahora? —dijo Tata Ogg.

—Todavía soy Agnes, por supuesto. —Blanqueó los ojos—. ¡Muy bien! Soy Agnes actualmente aconsejada por Perdita, que también soy yo. En cierto modo. ¡Y no estoy demasiado gorda, muchas gracias!

—¿Cuántas de ti están ahí? —dijo Tata.

—¿Qué quieres decir, ‘espacio para diez’? —gritó Agnes—. ¡Cállate! Escucha, Perdita dice que había vampiros en la fiesta. La familia Magpyr, dice. Ella no puede comprender cómo actuamos. Estaban aplicando una especie de... influencia sobre todos. Incluyéndome a mí, que fue por eso que ella pudo estropearlo... ¡Sí, de acuerdo, lo estoy contando, gracias!

—¿Por qué no ella, entonces? —dijo Tata.

—¡Porque ella tiene una mente propia! Tata, ¿puedes recordar algo que en realidad dijeran?

—Ahora que lo mencionas, no. Pero parecían personas bastante buenas.

—¿Y recuerdas haber hablado con Igor?

—¿Quién es Igor?

Las diminutas figuras azules observaron, fascinadas, la siguiente media hora.

Tata se recostó al final y miró el techo durante un rato.

—¿Por qué deberíamos creerle? —dijo al final.

—Porque ella soy yo.

—Dicen que dentro de cada muchacha gorda hay una delgada y... —comenzó Tata.

—Sí —dijo Agnes amargamente—. Lo he escuchado. Sí. Ella es la muchacha delgada. Yo soy el montón de chocolate.

Tata se inclinó hacia la oreja de Agnes y levantó la voz.

—¿Cómo lo está pasando ahí dentro? Todo está bien, ¿verdad? La trata muy bien, ¿eh?

—Jajaja, Tata. Muy gracioso.

—¿Ellos estaban hablando de todas esas cosas sobre beber sangre y matar personas, y todos estaban asintiendo y diciendo, Bien, bien, qué fascinante?

—¡Sí!

—¿Y comiendo ajo?

—¡Sí!

—Eso no puede estar bien, ¿o sí?

—No lo sé, ¡quizás usamos ajo de una clase equivocada!

Tata se frotó la barbilla, dividida entre la revelación vampírica y la lujuriosa curiosidad sobre Perdita.

—¿Cómo funciona Perdita, entonces? —dijo.

Agnes suspiró.

—Mira, ¿conoces la parte de ti que quiere hacer todas las cosas que no te atrevería a hacer, y que piensa los pensamientos que no te

atreves a pensar?

La cara de Tata se quedó sin expresión. Agnes vaciló.

—¿Como... tal vez... quitarte toda la ropa y correr desnuda bajo la lluvia? —arriesgó.

—Oh, sí. Correcto —dijo Tata.

—Bien... supongo que Perdita es esa parte de mí.

—¿De veras? Yo siempre he sido esa parte de mí —dijo Tata—. Lo importante es recordar dónde dejaste tu ropa.

Agnes recordó demasiado tarde que Tata Ogg era en muchos sentidos una personalidad muy poco complicada.

—La verdad es que creo que sé qué quieres decir —continuó Tata en una voz más pensativa—. Hay veces cuando he querido hacer cosas y me he detenido... —Sacudió la cabeza—. Pero... vampiros... Verence no sería tan estúpido para enviar una invitación a los vampiros, ¿verdad? —Hizo una pausa para considerar la idea—. Sí, lo sería. Probablemente crea que es tender la mano de la amistad.

Se puso de pie.

—Correcto, no habrán partido aún. Vayamos directo a la jalea. Tú consigue ajo potente y algunas estacas, yo reuniré a Shawn y Jason y a los muchachos.

—No resultará, Tata. Perdita vio lo que pueden hacer. En el instante en que te acerques de ellos te olvidarás de todo. Ellos le hacen algo a tu mente, Tata.

Tata vaciló.

—No puedo decir que sé tanto sobre los vampiros —dijo.

—Perdita cree que también pueden saber qué estás pensando.

—Entonces éste es el tipo de cosas de Esme —dijo Tata—. Desordenar mentes y todo eso. Es lo que más le gusta.

—¡Tata, estaban hablando sobre quedarse! ¡Tenemos que hacer algo!

—Bien, ¿dónde está ella? —Tata casi gimió—. ¡Esme debería estar solucionándolo!

—¿Tal vez han llegado primero a ella?

—Tú no lo crees, ¿verdad? —dijo Tata, ahora muy nerviosa—. No puedo pensar en un vampiro metiéndole los dientes a Esme.

—No te preocupes, los perros no comen perros. —Fue Perdita quien lo espetó, pero fue Agnes quien recibió el golpe. No fue una bofetada de desaprobación propia de una dama. Tata Ogg había criado a algunos hijos robustos; el antebrazo Ogg era un poder por propio derecho.

Cuándo Agnes levantó la mirada de la alfombrita, Tata se estaba frotando la mano para revivirla. Lanzó una mirada solemne a Agnes.

—No diremos nada más sobre eso, ¿de acuerdo? —ordenó—. Generalmente no soy dada a fisicalidades de esa naturaleza pero ahorra muchas discusiones. Ahora, volveremos al castillo. Vamos a solucionar esto ahora mismo.

Variopintenen cerró el libro y miró la llama. Era verdad, entonces. Incluso había un dibujo de una exactamente como ella en el libro, minuciosamente dibujada por otro halconero real doscientos años atrás. Escribió que la había encontrado en las praderas altas, en primavera. Había ardido durante tres años y luego la había perdido en algún lugar.

Si la mirabas atentamente, incluso podías ver el detalle. No era exactamente una llama. Era más como una pluma brillante...

Bien, Lancre estaba en una de las principales rutas de migración, para aves de todas clases. Era la solamente una cuestión de tiempo.

Por eso... el nuevo polluelo estaba por aquí. Necesitaban tiempo para crecer, decía en el libro. Era raro que hubiera puesto un huevo aquí, porque en el libro decía que siempre salía del cascarón en los ardientes desiertos de Klatch.

Fue a mirar las aves en los establos. Todavía estaban muy alerta.

Sí, todo tenía sentido. Había entrado volando aquí, entre la comodidad de otras aves, y puso su huevo, exactamente como decía en el libro, y luego se había quemado para empollar la nueva ave.

Si Variopintenen tenía un defecto, consistía en su visión algo utilitaria del mundo de las aves. Había aves que uno cazaba, y había aves con las que uno cazaba. Oh, las había de otros tipos, piando lejos en los arbustos, pero ellas no contaban realmente. Se le ocurrió que si alguna vez había un ave con la que uno podía cazar, sería el ave fénix.

Oh, sí. Sería débil, y joven, y no habría ido lejos.

Hum... las aves tendían a pensar del mismo modo, después de todo.

Habría sido útil que hubiera un dibujo en el libro. A decir verdad, había varios, todos cuidadosamente detallados por antiguos halconeros que afirmaban que ése era el pájaro de fuego que habían visto.

Aparte del hecho de que todos tenían alas y pico, ninguno era remotamente parecido. Uno se parecía mucho a una garza. Otro parecía un ganso. Uno, y él se rascó la cabeza sobre éste, parecía ser un gorrión. Un poco enigmático, decidió, y lo dejó, y seleccionó un dibujo que parecía por lo menos ligeramente extranjero.

Echó un vistazo a los guantes de ave colgando de sus ganchos. Era bueno criar aves jóvenes. Podía lograr que comieran de su mano. Un poco más adelante, por supuesto, sólo comían su mano.

Sí. Atrápelo joven y entrénelo a la muñeca. Tendría que ser un ave de caza Campeón.

Variopintenen no podía imaginar a un ave fénix como presa. En primer lugar, ¿cómo podía cocinarlo?

... y en el rincón más oscuro de los establos, algo saltó a una percha...

Otra vez Agnes tenía que correr para mantener el ritmo mientras Tata Ogg entró a las zancadas en el patio, con los codos bombeando furiosamente. La anciana abordó a un grupo de hombres de pie alrededor de uno de los barriles y agarró a dos, derramando sus bebidas. Si no hubiera sido Tata Ogg, éste habría sido un desafío igual a lanzar un guante o, en círculos ligeramente menos elevados, hacer añicos una botella sobre el borde de una barra.

Pero los hombres parecían avergonzados y uno o dos de los otros en el círculo movieron los pies e hicieron un intento de esconder sus pintas detrás de la espalda.

—¿Jason? ¿Darren? Ustedes vienen conmigo —ordenó Tata—. Vamos a por los vampiros, ¿de acuerdo? ¿Alguna estaca afilada por aquí?

—No, Mam —dijo Jason, el único herrero de Lancre. Entonces levantó la mano—. Pero hace diez minutos el cocinero vino y dijo, ¿Alguien quiere todas estas cosas con ajo mordisqueadas que alguien ha estropeado?, y yo las comí, Mam.

Tata olfateó y luego dio un paso hacia atrás, abanicando su mano enfrente de la cara.

—Sí, eso debe servir bien —dijo—. Si les doy la señal, ustedes eructan enormemente, ¿comprenden?

—No creo que resulte, Tata —dijo Agnes, tan valientemente como se atrevió.

—No veo por qué, casi me está volteando a mí.

—Te lo dije, no llegarás lo bastante cerca, incluso si resultara en absoluto. Perdita podía sentirlo. Es como estar borracha.

—Estaré lista para ellos esta vez —dijo Tata—. He aprendido una cosa o dos de Esme.

—Sí, pero ella... —Agnes iba a decir ‘mejor ante ellos que tú’, pero lo cambió por—... no está aquí...

—Puede ser como dices, pero será mejor enfrentarlos ahora que explicarle a Esme que no lo hice. Vamos.

Agnes siguió a los Ogg, pero con mucha inquietud. No estaba segura qué tanto confiaba en Perdita.

Algunos invitados habían partido, pero el castillo había puesto un muy buen banquete y las personas de las Montañas del Carnero, de cualquier nivel social, nunca eran de pasar de largo ante una mesa cargada.

Tata echó un vistazo a la multitud y agarró a Shawn, que estaba pasando con una bandeja.

—¿Dónde están los vampiros?

—¿Qué, Mam?

—Ese Conde... Urraca...

—Magpyr —dijo Agnes.

—Él —dijo Tata.

—Él no es un... ha subido al... solar, Mam. Todos lo han hecho... ¿Qué es todo ese olor a ajo, Mam?

—Es tu hermano. Muy bien, continuemos avanzando.

El solar estaba en la cima del torreón. Era viejo, frío y con corrientes de aire. Verence había puesto vidrio en las ventanas inmensas, ante la insistencia de su reina, que significaba exactamente que ahora la inmensa habitación atraía las más astutas e insidiosas corrientes de aire. Pero era la habitación real —no tan pública como el gran salón, pero el sitio donde el Rey recibía a los visitantes cuando estaba siendo oficialmente informal.

La fuerza expedicionaria Tata Ogg subió la escalera de caracol. Avanzó a través de la buena y sin embargo gastada alfombra hasta el grupo instalado alrededor del fuego.

Ella respiró hondo.

—Ah, Sra. Ogg —dijo Verence, desesperadamente—. Reúnase con nosotros.

Agnes miró a Tata de soslayo, y vio que su cara se retorcía en una sonrisa extraña.

El Conde estaba sentado en la gran silla junto al fuego, con Vlad de pie a sus espaldas. Ambos se veían muy apuestos, pensó. Comparado con ellos, Verence parecía fuera de lugar, con sus ropas que nunca parecían caerle bien y una permanente expresión atormentada.

—El Conde estaba explicando en este momento cómo Lancre se convertirá en un ducado de sus tierras en Uberwald —dijo Verence—. Pero todavía seremos denominados como un reino, que yo pienso es muy razonable de su parte, ¿está de acuerdo?

—Una sugerencia muy atractiva —dijo Tata.

—Habrá impuestos, por supuesto —dijo el Conde—. No onerosos. No queremos sangre, ¡hablando figuradamente! —Sonrió por la broma.

—A mí me parece razonable —dijo Tata.

—Lo es, ¿verdad? —dijo el Conde—. Sabía que resultaría tan bien. Y estoy tan complacido, Verence, de ver su esencial actitud moderna. Las personas tienen ideas totalmente equivocadas sobre los vampiros, mire. ¿Somos asesinos perversos? —Sonrío a todos—. Bien, sí, por supuesto. Pero solamente cuando es necesario. Francamente, apenas podíamos esperar gobernar un país si fuéramos por allí matando a todos todo el tiempo, ¿verdad? ¡No quedaría nadie a quien gobernar, en primer lugar! —Se escuchó una risa cortés, la más alta la del Conde.

Para Agnes tenía sentido perfecto. El Conde era evidentemente un hombre justo. Alguien que no creía que sí merecía morir.

—Y somos sólo humanos —dijo la Condesa—. Bien... a decir verdad, no sólo humanos. Pero si usted nos pincha, ¿no sangramos? Que siempre parece un desperdicio.

Te han atrapado otra vez, dijo una voz en su mente.

La cabeza de Vlad se levantó. Agnes sintió que él la miraba fijamente.

—Estamos, sobre todo, actualizados —dijo el Conde—. Y nos gusta lo que usted ha hecho a este castillo, debo decir.

—¡Oh, esas antorchas allá en casa! —dijo la Condesa, blanqueando los ojos—. Y algunas de las cosas en los calabozos, bien, cuando las vi casi muero de vergüenza. Tan... de quince siglos atrás. Si una es un vampiro entonces una es —lanzó una pequeña risa de desaprobación—, un vampiro. Ataúdes, sí, por supuesto, pero no tiene ningún sentido merodear por allí como si una estuviera avergonzada de lo que es, ¿verdad? Todos tenemos... necesidades.

¡Todos ustedes están parados como conejos enfrente de un zorro!, rugió Perdita en las cavernas del cerebro de Agnes.

—¡Oh! —dijo la Condesa, batiendo las palmas—. ¡Veo que tiene un pianoforte!

Estaba bajo un lienzo en una esquina de la habitación donde había estado por cuatro meses hasta ahora. Verence lo había pedido porque escuchó que eran muy modernos, pero la única persona en el reino que estaría cerca de dominarlo era Tata Ogg quién, como ella decía, vendría ocasionalmente para un toque sobre los marfiles. Entonces había sido cubierto por orden de Magrat y se rumoreaba en el palacio que Verence había recibido un tirón de orejas por comprar lo que era efectivamente un elefante asesinado.

—A Lacrimosa le gustaría tocar para usted —ordenó la Condesa.

—Oh, Madre —dijo Lacrimosa.

—Estoy seguro de que nos encantará —dijo Verence. Agnes no habría notado el sudor que bajaba por su cara si Perdita no lo hubiera señalado: Él está tratando de luchar contra eso, dijo. ¿No estás contenta de tenerme?

Había algo de ajetreo mientras un fajo de partituras era sacado del taburete del piano y la dama joven se sentó para tocar. Miró furiosa a Agnes antes de empezar. Había alguna especie de química ahí, aunque del tipo que resultaba en que el edificio entero fuera evacuado.

Es un timo, dijo Perdita por dentro, después de las primeras notas. ¡Todos están mirando como si fuera maravilloso, pero es un barullo!

Agnes se concentró. La música era hermosa pero si realmente le prestaba atención, con Perdita codeándola, no estaba realmente allí en absoluto. Sonaba como alguien tocando escalas, mal y airadamente.

Puedo decirlo en cualquier momento, pensó. En cualquier momento que quiera, puedo despertarme.

Todos los demás aplaudieron cortésmente. Agnes trató de hacerlo, pero descubrió que su mano izquierda estaba repentinamente en huelga. Perdita se estaba poniendo más fuerte en su brazo izquierdo.

Vlad estuvo a su lado tan rápidamente que ni siquiera se dio cuenta de que se había movido.

—Usted es una... mujer fascinante, Srta. Nitt —dijo—. Un pelo tan encantador, ¿puedo decirlo? ¿Pero quién es Perdita?

—Nadie, realmente —masculló Agnes. Luchó contra el impulso de cerrar su mano izquierda en un puño. Perdita le estaba gritando otra vez.

Vlad acarició un mechón de su pelo. Era, lo sabía, un buen pelo. No era simplemente un pelo grande, era un pelo enorme, como si estuviera tratando de contrapesar su cuerpo. Era satinado, nunca se dividía, y se comportaba sumamente bien excepto la tendencia a comer peines.

—¿Comer peines? —dijo Vlad, enrollando el pelo alrededor de su dedo.

—Sí, él...

Él puede ver lo que estás pensando.

Vlad parecía perplejo otra vez, como alguien que trataba de percibir algún ruido apagado.

—Usted... puede resistir, ¿verdad? —dijo—. La estaba observando cuando Lacci estaba tocando el piano y fallando. ¿Tiene alguna sangre vampiro en usted?

—¿Qué? ¡No!

—Podría ser arreglado, jaja. —Sonrió. Era la clase de sonrisa que Agnes suponía era llamada contagiosa pero, entonces, también lo era el sarampión. Llenaba su porvenir inmediato. Algo estaba volcándose sobre ella como una esponjosa nube rosada que decía: todo está bien, todo está bien, esto es exactamente correcto...

—Mire a la Sra. Ogg allí —dijo Vlad—. Sonriendo como una calabaza, ¿verdad? Y es aparentemente una de las brujas más fuertes en las montañas. Es casi angustioso, ¿no cree?

Dile que sabes que él puede leer mentes, ordenó Perdita.

Y otra vez, la expresión perpleja y curiosa.

—Usted puede... —empezó Agnes.

—No, no exactamente. Sólo personas —dijo Vlad—. Uno aprende, uno aprende. Uno recoge cosas. —Se lanzó sobre un sofá, una pierna sobre el brazo, y la miró pensativo—. Las cosas estarán cambiando, Agnes Nitt. Mi padre tiene razón. ¿Por qué ocultarnos en castillos oscuros? ¿Porqué estar avergonzados? Somos vampiros. O, mejor dicho, vampyros. Padre es un poco entusiasta sobre la nueva ortografía. Dice que indica una ruptura radical con un pasado estúpido y supersticioso. En todo caso, no es nuestra culpa. Nacimos vampiros.

—Pensé que ustedes se volvían...

—¿... vampiros por ser mordidos? Oh cielos, no. Oh, podemos convertir a las personas en vampiros, es una técnica fácil, ¿pero cuál sería el punto? Cuando usted come... ahora, ¿qué es lo que usted come? Oh sí, chocolate... usted no quiere convertirlo en otra Agnes Nitt, ¿verdad? Menos chocolate por allí. —Suspiró—. Oh cielos, superstición, superstición por todos lados que miramos. ¿No es cierto que hemos estado aquí al menos diez minutos y su cuello está bastante libre de cualquier cosa excepto de una pequeña cantidad de jabón que usted no enjuagó?

La mano de Agnes voló a su garganta.

—Notamos estas cosas —dijo Vlad—. Y ahora estamos aquí para notarlas. Oh, Padre es poderoso a su manera, y un pensador muy avanzado, pero creo que ni siquiera él está consciente de las posibilidades. No puedo decirle qué bueno es estar fuera de aquel lugar, Srta. Nitt. Los lobizones... oh cielos, los lobizones... Personas maravillosas, no hay necesidad de que lo diga, y por supuesto el Barón tiene cierto estilo áspero, pero realmente... deles una buena cacería de venados, un sitio caliente frente al fuego y un buen hueso grande, y el resto del mundo puede seguir. Hemos hecho todo lo posible, realmente. Nadie ha hecho más que Padre para traer nuestra parte del país dentro del Siglo del Murciélago Frugívoro.

—Está casi terminado... —empezó Agnes.

—Quizás por eso está tan entusiasmado —dijo Vlad—. El sitio está sólo lleno de... bien, vestigios. Quiero decir... ¿centauros? ¡Realmente! No tiene sentido que sobrevivan. Están fuera de lugar. Y francamente todas las razas más bajas están tan malas. Los trolls son estúpidos, los enanos son engañosos, los duendes son malvados y los gnomos se pegan en los dientes. El tiempo en que eran se acabó. Terminados. Tenemos enormes esperanzas de Lancre. —Miró a su alrededor con desdén—. Después de un poco de redecoración.

Agnes volvió a mirar a Tata y a sus hijos. Estaban escuchando con mucha satisfacción la peor música desde que las gaitas de Shawn Ogg habían caído por la escalera.

—¿Y... ustedes están tomando nuestro país? —dijo—. ¿Así como así?

Vlad le sonrió, se puso de pie, y caminó hacia ella.

—Oh, sí. De manera incruenta. Bien... metafóricamente. Usted es realmente extraordinaria, Srta. Nitt. Las muchachas de Uberwald son tan parecidas a las ovejas. Pero usted... usted me está ocultando algo. Todo lo que siento me dice que usted está totalmente bajo mi poder... y con todo no lo está. —Rió entre dientes—. Esto es delicioso...

Agnes sentía su mente perturbada. La niebla rosa estaba soplando a través de su cabeza...

... y surgiendo de ella, mortal y mayormente oculta, estaba el iceberg de Perdita.

Mientras Agnes se retiraba dentro del color rosado sintió que el hormigueo se extendía por sus brazos y sus piernas. No era agradable. Era como intuir alguien está detrás de ti y luego sentirlo hacer un paso adelante.

Agnes lo habría alejado. Es decir Agnes habría titubeado y tratado de disuadirlo a su manera, pero si la presión hubiera llegado a empujón entonces habría empujado duro. Pero Perdita golpeó, y cuando su mano estaba a medio giro ella volvió la palma hacia afuera y curvó sus dedos para poner las uñas en juego...

Él agarró su muñeca, su mano se movió en una mancha.

—Bien hecho —dijo, riéndose.

La otra mano masculina salió disparada y golpeó su otro brazo mientras se balanceaba.

—¡Me gusta una mujer con espíritu!

Sin embargo, él se había quedado sin manos, y Perdita todavía tenía una rodilla de reserva. Los ojos de Vlad se cruzaron e hizo ese pequeño sonido mejor registrado como ‘ghni...’.

—¡Magnífico! —graznó mientras se doblaba.

Perdita se tranquilizó y corrió hasta Tata Ogg, agarrando el brazo de la mujer.

—¡Tata, nos vamos!

—¿Nosotras, querida? —dijo Tata calmadamente, sin siquiera un movimiento.

—¡Y Jason y Darren también!

Perdita no leía tanto como Agnes. Pensaba que los libros eran aburridos. Pero ahora realmente necesitaba saber: ¿qué usabas contra los vampiros?

¡Símbolos sagrados!, apuntó Agnes desde adentro.

Perdita miró a su alrededor desesperadamente. Nada en la habitación parecía particularmente sagrado. La religión, aparte de su uso como una especie de registrador cósmico, nunca había alcanzado gran popularidad en Lancre.

—La luz del día es siempre buena, mi querido —dijo la Condesa, que debía haber cogido el borde de su idea—. Tu tío siempre tenía grandes ventanas y fácilmente corría las cortinas, ¿verdad, Conde?

—Sí, efectivamente —dijo el Conde.

—Y cuando se trataba de agua corriente, él siempre mantenía el foso fluyendo perfectamente, ¿verdad?

—Alimentado por un torrente de montaña, creo —dijo el Conde.

—Y, para ser vampiro, siempre parecía tener tantos artículos ornamentales alrededor del castillo que podía quedar doblado o roto en la forma de algún símbolo religioso, según recuerdo.

—Lo hizo, indudablemente. Un vampiro de la vieja escuela.

—Sí. —La Condesa sonrió a su marido—. La estúpida escuela. —Se volvió hacia Perdita y la miró de arriba para abajo—. Así que creo que usted descubrirá que estamos aquí para quedarnos, mi querida. Aunque usted parece haber hecho una impresión sobre mi hijo. Venga aquí, muchacha. Déjeme echarle una buena mirada.

Incluso amortiguado dentro de su propia cabeza Agnes sentía que el peso de la voluntad del vampiro llegaba a Perdita como una barra de hierro, empujándola hacia abajo. Como el otro extremo de un subibaja,

Agnes surgió.

—¿Dónde está Magrat? ¿Qué ha hecho con ella? —dijo.

—Poniendo a la bebé a dormir, creo —dijo la Condesa, levantando las cejas—. Una adorable bebé.

—¡Yaya Ceravieja va a enterarse de esto, y usted deseará nunca haber nacido... o no-nacido o renacido o lo que usted sea!

—Esperamos con ansia encontrarnos con ella —dijo el Conde tranquilamente—. Pero aquí estamos, y parece que no veo a esta famosa dama con nosotros. ¿Quizás usted deba ir a por ella? Usted podría llevar a sus amigos. Y cuando usted la vea, Srta. Nitt, puede decirle que no hay razón para que brujas y vampiros peleen.

Tata Ogg se agitó. Jason se movió en su asiento. Agnes los puso de pie y los empujó hacia la escalera.

—¡Volveremos! —gritó.

El Conde asintió.

—Bien —dijo—. Somos famosos por nuestra hospitalidad.

Todavía estaba oscuro cuando Variopintenen partió. Si estuvieras cazando a un ave fénix, razonó, probablemente el mejor momento sería la oscuridad. La luz se veía mejor en la oscuridad.

Había empacado una jaula de alambres portátil después de considerar las barras carbonizadas de la ventana, y también había pasado un poco de tiempo en el guante.

Era básicamente una marioneta, hecho de tela amarilla con algunos trapos morados y azules clavados con tachuelas. No era, lo reconocía, muy parecido al dibujo del fénix, pero en su experiencia, las aves no eran observadores exigentes.

Las aves recién empolladas estaban preparadas para aceptar prácticamente cualquier cosa como su padre. Alguien que había empollado huevos bajo una gallina clueca sabía que los patitos podían ser obligados a pensar que eran pollitos, y el pobre William el ratonero era un buen ejemplo.

El hecho de que un ave fénix joven nunca viera a su padre y por lo tanto no supiera cuál era su supuesto aspecto podría ser una desventaja en conseguir su confianza, pero éste era territorio desconocido y Variopintenen estaba preparado para probar cualquier cosa. Como carnada, por ejemplo. Había empacado carne y cereal aunque el dibujo sugería indudablemente un ave con aspecto de ave, pero en caso de que necesitara comer materiales inflamables también puso bolas de naftalina y una pinta de aceite de pescado en una bolsa. Las redes estaban fuera de consideración, y no podía pensar en el adhesivo. Variopintenen también tenía su orgullo. De todos modos, probablemente no resultaría.

Ya que valía la pena probar cualquier cosa, también había adaptado un señuelo para patos, tratando de lograr un sonido descrito por el ya fallecido halconero ‘como el grito de un ratonero pero de un tono más bajo’. No le complacía demasiado el resultado pero, por otro lado, tal vez un ave fénix joven tampoco sabía cómo se espera que suene un ave fénix. Podría resultar, y si no lo intentaba, siempre estaría preguntándose.

Partió.

Pronto se escuchó un grito como de un pato en un poderoso tono bajo entre las colinas húmedas y oscuras.

La luz antes del amanecer era gris en el horizonte y una llovizna de aguanieve hacía centellear las hojas cuando Yaya Ceravieja dejó su cabaña. Había tanto que hacer.

Lo que había decidido llevar consigo estaba en un saco atado a través de su espalda con un cordel. Había dejado el palo de escoba en la esquina junto al fuego.

Calzó la puerta con una piedra para que no se cerrara y luego, sin mirar atrás ni una sola vez, partió a largos pasos por los bosques.

Abajo, en los pueblos, los gallos cacareaban su respuesta al amanecer escondido en algún lugar más allá de las nubes.

Una hora después, un palo de escoba se apoyó suavemente sobre el césped. Tata Ogg desmontó y se apuró hasta la puerta trasera.

Su pie tropezó con algo que la mantenía abierta. Le miró furiosa como si fuera algo peligroso, y luego lo rodeó y se introdujo en la penumbra de la cabaña.

Salió algunos minutos después; se veía preocupada.

Su siguiente movimiento fue hacia el barril del agua. Rompió la película de hielo con la mano y sacó un trozo, lo miró por un momento y luego lo arrojó.

Frecuentemente, las personas tenían ideas equivocadas sobre Tata Ogg, y ella se cuidaba de que lo hicieran. Una cosa en que se equivocaban a menudo era que ella nunca pensaba más allá del fondo del vaso.

En un árbol cercano, una urraca le parloteó. Le lanzó una piedra.

Agnes llegó media hora después. Prefería ir a pie siempre que fuera posible. Sospechaba que sobresalía por encima demasiado.

Tata Ogg estaba sentada en una silla justo dentro de la puerta, fumando su pipa. La sacó de la boca y la saludó con la cabeza.

—Se ha ido —dijo.

—¿Ido? ¿Justo cuando la necesitamos? —dijo Agnes—. ¿Qué quieres decir?

—No está aquí —amplió Tata.

—¿Tal vez sólo está fuera? —dijo Agnes.

—Se ha ido —dijo Tata—. Hace dos horas, si soy buen juez.

—¿Cómo lo sabes?

Alguna vez —probablemente incluso ayer— Tata habría aludido vagamente a poderes mágicos. Era una medida de su preocupación que, hoy, fuera directo a la jalea.

—Lo primero que hace por la mañana, con lluvia o con sol, es lavarse la cara en el barril del agua —dijo—. Alguien quebró el hielo hace dos horas. Puedes ver dónde se ha congelado otra vez.

—Oh, ¿eso es todo? —dijo Agnes—. Bien, quizás tenía asuntos...

—Ven y mira —dijo Tata, poniéndose de pie.

La cocina estaba impecable. Cada superficie plana había sido fregada. La chimenea había sido barrida y había un nuevo fuego preparado.

La mayoría de los elementos más pequeños de la cabaña había sido colocada sobre la mesa. Había tres tazas, tres platos, tres cuchillos, una cuchilla de carnicero, tres tenedores, tres cucharas, dos cucharones, un par de tijeras y tres candelabros. Una caja de madera estaba llena de agujas, hilos y alfileres...

Si había algo que fuera posible lustrar, había sido lustrado. Incluso alguien había logrado sacarle brillo a los viejos candelabros de peltre.

Agnes sintió el pequeño nudo de tensión crecer dentro de ella. Las brujas no poseían mucho. La cabaña poseía cosas. No eran suyas para llevárselas.

Esto parecía un inventario.

Detrás de ella, Tata Ogg estaba abriendo y cerrando cajones en el antiguo tocador.

—Ha dejado todo ordenado —dijo Tata—. Incluso le ha quitado todo el óxido a la tetera. La despensa está toda vacía excepto algún queso con tachuelas y bollos de suicidio. Es lo mismo en el dormitorio. Su tarjeta de ‘NO ESTOY MUERTA’ está colgando detrás de la puerta. Y el vadebajo está tan limpio que podrías tomar tu té en él, si tuvieras el capricho. Y ha sacado la caja del tocador.

—¿Qué caja?

—Oh, ella guarda cosas adentro —dijo Tata—. Memororabililia.

—¿Mem...?

—Ya sabes... recuerdos y losqueno. Cosas que son suyas...

—¿Qué es esto? —preguntó Agnes, sujetando una pelota de vidrio verde.

—Oh, se la pasó Magrat —dijo Tata, levantando una punta de la alfombra y mirando con atención por debajo—. Es un flotador que nuestro Wayne trajo de la playa una vez. Es una boya para las redes de pesca.

—No sabía que las boyas tenían pelotas de vidrio —dijo Agnes.

Gimió interiormente, y sintió que el rubor se desplegaba. Pero Tata no se había dado cuenta. Fue entonces cuando se dio cuenta de qué tan serio era esto. Tata normalmente saltaría sobre tal obsequio como un gato sobre una pluma. Tata podía encontrar una indirecta en ‘Buenos días’. Ciertamente podía encontrar una ‘insinuación’. Y las ‘boyas con pelotas de vidrio’ le habrían alcanzado para toda la semana. Estaría abordando a completos desconocidos y les diría, ‘Usted nunca adivinará qué dijo Agnes Nitt...’

Se arriesgó...

—Dije...

—No sé mucho sobre pesca, realmente —dijo Tata. Se enderezó, mordiendo la uña de su pulgar pensativamente—. Hay algo mal con todo esto —dijo—. La caja... no iba a dejar algo atrás...

—Yaya no se iría, ¿verdad? —dijo Agnes nerviosa—. Quiero decir, no realmente partir. Ella está siempre aquí.

—Como te dije anoche, ha estado muy ella últimamente —dijo Tata vagamente. Se sentó en la mecedora.

—Quieres decir que ella no ha sido ella misma, ¿verdad? —dijo Agnes.

—Sé exactamente qué quiero decir, muchacha. Cuando ella es ella misma contesta bruscamente a las personas, se enfurruña y se deprime. ¿Nunca escuchaste de personas que salen de sí mismas? Ahora cállate, porque estoy pensando.

Agnes bajó la mirada a la pelota verde en sus manos. Un flotador de pesca de vidrio, a quinientas millas del mar. Un ornamento, como una concha. No una bola de cristal. Podías usarla como una bola de cristal pero no era una bola de cristal... y supo por qué era importante.

Yaya era una bruja muy tradicional. Las brujas no habían sido siempre populares. Incluso podría haber momentos —hubo momentos, hace mucho— cuando era buena idea no anunciar qué eras, y por eso todas estas cosas en la mesa no traicionaban a su propietario en absoluto. Ya no había necesidad de eso, no la había habido en Lancre durante cientos de años, pero algunos hábitos pasan en la sangre.

A decir verdad, ahora las cosas funcionaban de otra manera. Ser una bruja era un negocio honorable en las montañas, pero sólo las jóvenes invertían en verdaderas bolas de cristal, y cuchillos coloreados, y velas que chorreaban. Las viejas... se mantenían con simples cubiertos de cocina, flotadores de pesca, trozos de madera, cuya completa condición corriente advertía sutilmente su estado. Cualquier tonta podía ser una bruja con un cuchillo de runas, pero se necesitaba destreza para ser una con un descarozador de manzana.

Un sonido que no había estado escuchando se detuvo repentinamente, y el silencio resonó.

Tata levantó la mirada.

—El reloj se ha parado —dijo.

—Ni siquiera está dando la hora correcta —dijo Agnes, girando para mirarlo.

—Oh, sólo lo tenía por el tictac —dijo Tata.

Agnes dejó la pelota de vidrio.

—Voy a mirar por allí un poco más —dijo.

Había aprendido a mirar cuando visitaba la casa de alguien, porque de alguna manera era una prenda de vestir y había crecido para ajustarse a su forma. Podría mostrar no exactamente lo que habían estado haciendo, sino en qué habían estado pensando. Podrías estar visitando a alguien que esperaba que supieras todo acerca de todo, y en esas circunstancias tomabas cada ventaja que podías.

Alguien le había dicho que la cabaña de una bruja era su segunda cara. Por cierto, había sido Yaya.

Debería ser fácil leer este lugar. Los pensamientos de Yaya tenían la fuerza de los golpes de un martillo y habían martilleado su personalidad en las paredes. Si su cabaña hubiera sido algo más orgánica habría tenido pulso.

Agnes paseó hasta el pequeño fregadero frío y húmedo. El lavabo de cobre había sido fregado. Un tenedor y un par de brillantes cucharas estaban a un costado, junto con la tabla de lavar y el cepillo. El balde de la basura brillaba, aunque los fragmentos de una taza rota en el fondo decían que los recientes quehaceres domésticos intensivos no habían pasado sin bajas.

Empujó la puerta al viejo cobertizo de las cabras. Yaya no tenía cabras por el momento, pero su equipo casero de apicultor estaba colocado prolijamente sobre un banco. Ella nunca había necesitado mucho. Si necesitabas humo y un velo para trabajar con tus abejas, ¿qué sentido tenía ser una bruja?

Abejas...

Un momento después estaba afuera en el jardín, con el oído apretado contra una colmena.

No había ninguna abeja volando tan temprano en el día, pero el sonido adentro era un rugido.

—Lo sabrán —dijo una voz detrás de ella. Agnes se puso de pie tan rápidamente que chocó su cabeza contra el techo de colmena.

—Pero no lo dirán —añadió Yaya—. Ella les habría dicho. Bien hecho al pensar en ellas, sin embargo.

Algo parloteó hacia ellas desde una rama cercana. Era una urraca.

—Buenos días, Señor Urraca —dijo Agnes automáticamente.

—Pírate, tú bastardo —dijo Tata, y se agachó por un [[22]](#footnote-22)palo para lanzarle. El ave se alejó hasta el otro lado del claro.

—Es de mala suerte —dijo Agnes.

—Lo será si tengo la oportunidad de acertarle —dijo Tata—. No puedo soportar esos pasteles agusanados.

—‘Uno para la pena’ —dijo Agnes, observando al ave saltar a lo largo de la rama.

—Siempre tengo la opinión de que probablemente habrá otro en un minuto —dijo Tata, dejando caer el palo.

—¿‘Dos para la alegría’? —preguntó Agnes.

—Es ‘Dos para el regocijo’.

—Lo mismo, supongo.

—No sé sobre eso —dijo Tata—. Estaba contenta cuando nació nuestro Jason, pero no puedo decir que estuviera riéndome en ese momento. Vamos, echemos otra mirada.

Dos urracas más se posaron en el antiguo techado de la cabaña.

—Es ‘Tres para una niña...’ —dijo Agnes nerviosamente.

—‘Tres para un funeral’, es lo que aprendí —dijo Tata—. Pero hay muchas rimas de urraca. Mira, toma tu palo de escoba y echa una mirada desde lo alto hacia las montañas, y yo...

—Espera —dijo Agnes.

Perdita estaba chillando para que le prestara atención. Escuchó.

Tres...

Tres cucharas. Tres cuchillos. Tres tazas.

La taza rota desechada.

Permaneció quieta, temerosa de que si se movía o respiraba algo horrible ocurriría.

El reloj se había parado...

—¿Tata?

Tata Ogg era bastante sabia para reconocer que algo estaba ocurriendo y no perdió tiempo con preguntas tontas.

—¿Sí? —dijo.

—Entra y dime a qué hora se paró el reloj, ¿quieres?

Tata asintió y salió al trote.

La tensión en la cabeza de Agnes se estiró e hizo un ruido como de una cuerda punteada. Le asombraba que el sonido no pudiera ser escuchado por todo el jardín. Si se movía, si trataba de forzar las cosas, se rompería.

Tata regresó.

—¿A las tres? —preguntó Agnes, antes de que abriera la boca.

—Un poco después.

—¿Cuánto tiempo después?

—Dos o tres minutos...

—¿Dos o tres?

—Tres, entonces.

Las tres urracas se posaron juntas en otro árbol y se persiguieron a través de las ramas, parloteando fuerte.

—Tres minutos después de las tres —dijo Agnes, y sintió que la tensión cedía y las palabras se formaban—. Tres, Tata. Estaba pensando en tres. Había otro candelabro afuera en el cobertizo de las cabras, y también algunos cubiertos. Pero ella sólo puso tres.

—Algunas cosas estaban en unas y en dos —dijo Tata, pero su voz estaba ribeteada con la duda.

—Entonces sólo tenía una o dos de ellas —dijo Agnes—. Había más cucharas y cosas afuera en el lavadero que había olvidado. Quiero decir

que por alguna razón ella no estaba poniendo más de tres.

—Sé a ciencia cierta que ella tenía cuatro tazas —dijo Tata.

—Tres —dijo Agnes—. Debe haber roto una. Los pedazos están en el bote de la basura.

Tata Ogg se quedó mirándola fijamente.

—Ella no es torpe, como regla —masculló. Miró a Agnes como si estuviera tratando de evitar algún pensamiento inmenso y horrible.

Una ráfaga agitó los árboles. Unas pocas gotas de lluvia salpicaron el jardín.

—Vayamos adentro —sugirió Agnes.

Tata sacudió la cabeza.

—Está más frío ahí adentro que aquí —dijo. Algo pasó rozando las hojas y aterrizó en el césped. Era una cuarta urraca—. ‘Cuatro para un nacimiento —añadió, aparentemente para sí misma—. Eso debe ser, efectivamente. Esperaba que ella no se diera cuenta, pero no puedes esconderle nada a Esme. Curtiré el cuero del joven Shawn cuando regrese a casa. ¡Juró que había entregado esa invitación!

—¿Quizás se la llevó con ella?

—¡No! ¡Si lo hubiera hecho, habría estado ahí anoche, puedes apostarlo! —respondió Tata.

—¿De qué no se daría cuenta? —preguntó Agnes.

—¡La hija de Magrat!

—¿Qué? ¡Bien, creo que ella se daría cuenta! ¡No puedes esconder a una bebé! Todos en el reino lo saben.

—¡Quiero decir que Magrat tiene una hija! ¡Ella es madre! —dijo Tata.

—Bien, ¡sí! ¡Así es como viene la cosa! ¿Entonces?

Estaban gritándose la una a la otra, y ambas se dieron cuenta al mismo tiempo.

Estaba lloviendo más fuerte ahora. Las gotas volaban del sombrero de Agnes cada vez que movía la cabeza.

Tata se recuperó un poco.

—Muy bien, supongo que entre las dos tenemos el sentido suficiente para salirnos de la lluvia.

—Y por lo menos podemos prender el fuego —dijo Agnes mientras entraba en el frío de la cocina—. Lo ha dejado todo preparado...

—¡No!

—¡No hay necesidad de gritar otra vez!

—Mira, no prendas el fuego, ¿correcto? —dijo Tata—. ¡No toques nada más que lo que tengas que tocar!

—Podría fácilmente entrar más astillas, y...

—¡Está dicho! ¡Ese fuego no fue preparado para que tú lo enciendas! ¡Y deja esa puerta en paz!

Agnes se detuvo en el acto de empujar la piedra.

—¡Sé sensata, Tata, entran la lluvia y las hojas!

—¡Déjalas!

Tata se desplomó en la mecedora, se levantó la falda y rebuscó en las profundidades de una larga pernera hasta que encontró el matraz de licor. Tomó un largo trago. Sus manos estaban temblorosas.

—No puedo empezar a ser una arpía a esta altura de la vida — farfulló—. No me quedará bien ninguno de mis sostenes.

—¿Tata?

—¿Sí?

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Hija? ¿No prender fuegos? ¿Arpías?

Tata devolvió el matraz en su sitio y buscó en la otra pierna, encontrando la pipa y la petaca de tabaco.

—No estoy segura si debería decirte —dijo.

Ahora Yaya Ceravieja estaba mucho más allá de los bosques locales y a gran altura, siguiendo una senda utilizada por quemadores de carbón y ocasionales enanos.

Lancre ya se estaba borrando. Podía sentir cómo perdía fuerza en su mente. Abajo, cuando las cosas estaban tranquilas, ella siempre era consciente del zumbido de las mentes a su alrededor. Humanos y animales, todos ellos revolviéndose juntos en un gran estofado mental. Pero aquí estaban principalmente los lentos pensamientos de los árboles, que eran francamente aburridos después de las primeras horas y podían ignorarse sin peligro. La nieve, todavía muy espesa en los huecos y sobre los lados de sombra de los árboles, se estaba disolviendo en una llovizna de lluvia.

Entró en un claro y una pequeña manada de venados sobre el borde opuesto levantó sus cabezas para mirarla. Lejos de sus costumbres, se detuvo y suavemente se deshizo, hasta que desde el punto de vista de los venados no había casi nadie ahí.

Cuando empezó a caminar otra vez hacia adelante, un venado salió de algunos arbustos, se paró y giró la cabeza para mirar hacia ella.

Ya lo había visto antes. Los cazadores hablaban de eso a veces. Podías seguirle la huella a una manada todo el día, deslizándote silenciosamente entre los árboles en busca de un tiro limpio, y, justo cuando estás apuntando, un venado sale justo enfrente, gira y te mira... y espera. Ésos eran los momentos cuando un cazador averiguaba qué bueno era...

Yaya chasqueó los dedos. Los venados se sacudieron y se alejaron galopando.

Ella trepó más alto, siguiendo el pétreo lecho de un arroyo. A pesar de la velocidad del agua, tenía un borde de hielo a lo largo de sus bancos. Donde caía en una serie de pequeñas cascadas, se volvió, y miró atrás y abajo, al tazón de Lancre.

Estaba lleno de nubes.

Algunos cientos de pies abajo, vio a una urraca negra y blanca deslizarse a través del techo del bosque.

Yaya le dio la espalda y trepó rápidamente sobre las heladas y empapadas rocas hasta el borde del páramo más allá.

Aquí arriba había más cielo. El silencio era monarca absoluto. Lejos, arriba, un águila revoloteaba.

Parecía ser la única otra vida. Nunca nadie llegaba hasta aquí. La aulaga y el brezo se extendían una milla entre las montañas, a salvo de cualquier sendero. Eran cosas enmarañadas y espinosas que desgarrarían en tiras la carne sin protección.

Se sentó sobre una roca y miró la ininterrumpida extensión durante un rato. Entonces metió la mano en el saco y sacó un grueso par de medias.

Y salió, adelante y arriba.

\* \* \*

Tata Ogg se rascó la nariz. Muy rara vez se veía abochornada, pero ahora había una pizca de vergüenza en ella. Era aun peor que Tata Ogg fastidiada.

—No estoy segura si éste es el momento correcto —dijo.

—Mira, Tata —dijo Agnes—, la necesitamos. Si hay algo que debería saber, entonces dímelo.

—Es este asunto con... ya sabes... tres brujas —dijo—. La doncella, la madre y...

—... la otra —dijo Agnes—. Oh sí, conozco eso. Pero eso es sólo un poco de superstición, ¿verdad? Las brujas no tienen que venir de a tres.

—Oh, no. Por supuesto que no —dijo Tata—. Puedes tener cualquier cantidad para arriba, oh, cuatro o cinco.

—¿Qué ocurre si hay mayor cantidad, entonces? ¿Algo terrible?

—Puñetero y grandioso jaleo, generalmente —dijo Tata—. Otra vez no demasiado. Y luego todas ellas salen y se enfurruñan. A las brujas no les gusta estar comprimidas, mucho. Pero tres... más bien... funciona bien. No tengo que hacerte un dibujo, ¿o sí?

—Y ahora Magrat es una madre —dijo Agnes.

—Ah, bien, allí es donde todo se pone resbaladizo —dijo Tata—. Esta cosa de doncella y madre... no es tan simple como pensabas, ¿lo ves? Ahora tú —pinchó a Agnes con su pipa—, eres una doncella. Lo eres, ¿verdad?

—¡Tata! ¡No es la clase de cosa de la que las personas hablan!

—Bien, sé que lo eres, porque pronto me enteraría si no lo eres — dijo Tata, la clase de persona que hablaba de esa clase de cosas todo el tiempo—. Pero eso no es muy importante, porque no se trata de detalles técnicos, ¿lo ves? Ahora yo, creo que nunca fui una doncella mentalmente. Oh, no necesitas ponerte toda roja de ese modo. ¿Qué dices sobre tu Tía May en Cascadas Creel? Le chorrean los niños y ella todavía es tímida con los hombres. Tienes el rubor de ella. Dile una broma picante y si eres rápida puedes cocinar la cena para seis sobre su cabeza. Cuando hayas estado por aquí durante un tiempo, señorita, verás que el cuerpo y la cabeza de algunas personas no siempre trabajan juntos.

—¿Y qué es Yaya Ceravieja, entonces? —preguntó Agnes, y añadió, un poco abiertamente porque la referencia al rubor se había ido a casa— : Mentalmente.

—Maldita sea si alguna vez lo averigüé —dijo Tata—. Pero creo que ella ve que hay un nuevo tres aquí. Esa condenada invitación debe haber sido el colmo. De modo que se fue. —Observó su pipa—. No puedo decir que me imagino siendo una vieja. No tengo la forma correcta y de todos modos no sé qué sonido hacen.

Agnes tuvo una horrible, repentina y muy clara imagen mental de la taza rota.

—Pero Yaya no es una... no era una... Quiero decir, no parecía una... —empezó.

—No tiene sentido en verse como un perro y decir que no es un perro porque los perros no se ven así —dijo Tata simplemente.

Agnes quedó silenciosa. Tata tenía razón, por supuesto. Tata era la mamá de alguien. Lo llevaba escrito por todos lados. Si usted la cortara por la mitad, la palabra ‘Mamá’ se quedaría entera. Algunas muchachas eran naturalmente... madres. Y algunas, añadió Perdita, era cortadas para ser doncellas profesionales. En cuanto a la tercera, continuó Agnes, ignorando su propia interrupción, quizás no fuera tan raro que las personas generalmente llamaran a Tata para los nacimientos y a Yaya para las muertes.

—¿Ella piensa que no la necesitamos más?

—Eso creo.

—¿Qué va a hacer, entonces?

—No lo sé. Pero si tuvieras tres, y ahora hubiera cuatro... bien, algo tiene que irse, ¿verdad?

—¿Y qué pasa con los vampiros? ¡Nosotras dos no podemos con ellos!

—Ella nos ha estado diciendo que hay tres de nosotras —dijo Tata.

—¿Qué? ¿Magrat? Pero ella es... —Agnes se detuvo—. Ella no es Tata Ogg —completó.

—Bien, tan seguro como el infierno que no soy una Esme Ceravieja, cuando se trata de eso —dijo Tata—. Las cosas mentales son su pasión. Meterse dentro de otras cabezas, poner su mente en algún otro lugar...

ésa es su fortaleza, muy bien. Ella borraría la sonrisa de la cara de ese

Conde. Desde el interior, si conozco a Esme.

Se sentaron y miraron con tristeza la fría chimenea.

—Tal vez no siempre fuimos muy simpáticas con ella —dijo Agnes. Seguía pensando en la taza rota. Estaba segura de que Yaya no lo había hecho accidentalmente. Ella podría haber pensado que lo hacía accidentalmente, pero tal vez todos tenían una Perdita dentro. Había caminado por esta cabaña en penumbras, que estaba tan en armonía con sus pensamientos para entonces como un perro con su amo, y había tenido tres en mente. Tres, tres, tres...

—Esme no prospera con buenos tratos —dijo Tata Ogg—. Le traes un pastel de manzana y se quejará sobre la masa.

—Pero las personas no le agradecen a menudo. Y ella hace mucho.

—Ella no está hecha para agradecimientos, tampoco. Mentalmente. Para decirte la franca verdad, siempre ha habido un poco de oscuridad en los Ceravieja, y es allí donde está el problema. Mira a la vieja Alison Ceravieja.

—¿Quién era?

—Su propia abuela. Dicen que fue hacia lo malo, un día sólo empacó y se fue hacia Uberwald. Y en cuanto a la hermana de Esme... —Tata paró, y reinició—. De todos modos, es por eso que siempre está parada detrás de sí y criticando lo que está haciendo. A veces creo que siente terror de que le salga mal sin que lo note.

—¿Yaya? Pero es tan virtuosa como...

—Oh, sí, lo es. Pero es así porque tiene a Yaya Ceravieja mirando sobre su hombro todo el tiempo.

Agnes echó otra mirada alrededor de la espartana habitación. Ahora la lluvia se estaba colando regularmente a través del techo. Imaginaba que podía escuchar a las paredes hundiéndose en la arcilla. Imaginaba que podía escucharlas pensar.

—¿Sabía que Magrat iba a llamar Esme a su bebé? —preguntó.

—Probablemente. Es asombroso lo que recoge.

—Tal vez no fue delicado, cuando lo piensas —dijo Agnes.

—¿Qué quieres decir? Yo me habría sentido honrada, si fuera yo.

—Quizás Yaya pensó que el nombre estaba siendo pasado. Heredado.

—Oh. Sí —dijo Tata—. Sí, puedo imaginar a Esme llegando a esa conclusión, cuando está en uno de sus humores tristes.

—Mi abuelita solía decir que si eres demasiado aguda te cortarás — dijo Agnes.

Se sentaron en el silencio gris durante un rato, y luego Tata Ogg dijo:

—Mi propia abuelita tiene un viejo dicho provinciano que siempre soltaba en momentos como éste...

—¿Qué decía?

—‘Pírate, diablillo, o te cortaré la nariz y se la daré al gato’. Por supuesto, no es muy útil para en este momento, lo admito.

Se escuchó un tintineo detrás de ellas.

Tata giró la cabeza y bajó la vista a la mesa.

—Falta una cuchara...

Se escuchó otro sonido discordante, esta vez junto a la puerta.

Una urraca detuvo su intento de recoger del umbral la cuchara robada, inclinó la cabeza y las miró con un pequeño ojo malicioso. Logró levantar vuelo antes de que el sombrero de Tata, girando como un plato, rebotara en la jamba.

—Los demonios picarán cualquier cosa que brille condenadamente bien... —empezó.

El Conde Magpyr miró por la ventana el brillo que señalaba la salida del sol.

—Allí la tienen, ¿la ven? —dijo, regresando a su familia—. Es la mañana, y aquí estamos.

—La has hecho nublada —dijo Lacrimosa hoscamente—. Apenas es soleada.

—Un paso cada vez, querida, un paso cada vez —dijo el Conde alegremente—. Sólo deseaba señalar el punto. Hoy, sí, está nublado. Pero podemos apoyarnos en eso. Podemos aclimatarnos. Y un día... la playa...

—Realmente eres muy inteligente, querido —dijo la Condesa.

—Gracias, mi amor —dijo el Conde, saludando su acuerdo privado— . ¿Cómo vas con ese corcho, Vlad?

—¿Es tan buena idea, Padre? —dijo Vlad, pasando apuros con una botella y un sacacorchos—. Pensé que no bebíamos... vino.

—Creo que es el momento de empezar.

—Asqueroso —dijo Lacrimosa—. ¡No voy a tocar eso, lo exprimen de vegetales!

—Frutas, creo que lo descubrirás —dijo el Conde tranquilamente. Tomó la botella de manos de su hijo y le sacó el corcho—. Un buen clarete, entiendo. ¿Probarás un poco, mi querida?

Su esposa sonrió nerviosa, respaldando a su marido pero ligeramente en contra de su mejor criterio.

—¿No, er, no sé, eh, no se supone que lo calentemos? —dijo.

—La temperatura de la habitación es lo indicado.

—Eso es repugnante —dijo Lacrimosa—. ¡No sé cómo pueden soportarlo!

—Pruébalo por tu padre, querida —dijo la Condesa—. Rápido, antes de que cuaje.

—No, mi querida. El vino se queda líquido.

—¿De veras? ¡Qué conveniente!

—¿Vlad? —dijo el Conde, sirviendo una copa. El hijo observaba nervioso.

—Quizás ayudaría si lo piensas como sangre de uva —dijo su padre, mientras Vlad tomaba el vino—. ¿Y tú, Lacci?

Ella cruzó sus brazos resueltamente.

—¡Huh!

—Pensaba que te gustaría esta clase de cosas, querida —dijo la Condesa—. Es la clase de cosas que hace tu pandilla, ¿verdad?

—¡No sé de qué estás hablando! —dijo la muchacha.

—Oh, quedarse levantados hasta después del mediodía y llevar ropa intensamente colorida, y darse nombres graciosos entre ustedes — dijo la Condesa.

—Me gusta Gertrude —se burló Vlad—. Y Pam. Ellos piensan que es súper.

Lacrimosa se volvió contra él furiosa, uñas afuera. Él agarró su muñeca, sonriendo.

—¡Nada de eso es asunto tuyo!

—Lady Strigoiul dijo que su hija ha empezado a llamarse Wendy — dijo la Condesa—. No puedo imaginar por qué querría hacerlo, cuando Hieroglyphica es un nombre tan bonito para una niña. Y si yo fuera su madre me encargaría de que por lo menos llevara un poco de delineador de ojos...

—Sí, pero nadie bebe vino —dijo Lacrimosa—. Sólo los verdaderos chiflados que se liman los dientes para dejarlos sin filo beben vino...

—Maladora Krvoijac lo hace —dijo Vlad—. O ‘Freda’, debería decir...

—¡No, ella no lo hace!

—¿Qué? ¡Tiene puesto un sacacorch[[23]](#footnote-23)os de plata sobre una cadena alrededor de su cuello y a veces incluso tiene un corcho dentro!

—¡Es sólo un artículo de moda! Oh, sé que ella dice que es aficionada a un trago de oporto, pero realmente hay sólo sangre en el

vaso. ¡Henry trajo una botella a una fiesta y se desmayó con el olor!

—¿Henry? —dijo la Condesa.

Lacrimosa bajó la mirada de mal humor.

—Graven Gierachi —dijo.

—El que se corta el cabello y finge que es contador —dijo Vlad.

—Sólo espero que alguien se lo haya dicho a su padre, entonces — dijo la Condesa.

—Tranquilícense —dijo el Conde—. Todo esto es sólo condicionamiento cultural, ¿comprenden? ¡Por favor! ¡He trabajado mucho para esto! Todo lo que queremos es una parte del día. ¿Es demasiado pedir? Y el vino es sólo vino. No hay nada místico sobre él. Ahora, levanten esas copas. Tú también, Lacci. ¿Por favor? ¿Para Papi?

—Y cuando se lo digas a ‘Cyril’ y a ‘Tim’ estarán muy impresionados —dijo Vlad a Lacrimosa.

—¡Cállate! —siseó—. ¡Padre, esto me hará vomitar!

—No, tu cuerpo se adaptará —dijo el Conde—. Lo he probado yo mismo. Un poco aguado, quizás, algo ácido, pero muy aceptable. ¿Por favor?

—Oh, bien...

—Bien —dijo el Conde—. Ahora, levanten las copas...

—Le sang nouveau est arrive —dijo Vlad.

—Carpe diem —dijo el Conde.

—Por la garganta —dijo la Conde[[24]](#footnote-24)sa.

—Las personas no me creerán cuando les cuente —dijo Lacrimosa.

Tragaron.

—Ya —dijo el Conde Magpyr—. No fue demasiado malo, ¿verdad?

—Un poco frío —dijo Vlad.

—Haré que instalen un calentador de vino —dijo el Conde—. No soy un vampiro irrazonable. Pero dentro de un año, hijos, pienso que puedo tenernos bastante curados de la xenofobia e inclusos capaces de una pequeña ensalada ligera...

Lacrimosa volvió la espalda teatralmente y hizo ruidos de vomitar dentro de un florero.

—... y entonces, Lacci, serás libre. No más días solitarios. No más...

Vlad estaba medio esperando, y mantuvo una expresión completamente en blanco mientras su padre sacaba una tarjeta de su bolsillo y la sostenía en alto.

—Ése es el símbolo de la doble serpiente del culto acuático de los Djelibeybianos —dijo tranquilamente.

—¿Lo ven? —dijo el Conde con excitación—. ¡Ustedes apenas se e[[25]](#footnote-25)stremecieron! ¡La sacrofobia puede ser derrotada! ¡Siempre lo he dicho! La manera puede haber sido difícil a veces...

—Odiaba la manera en que solías saltar en los corredores y esparcir agua bendita sobre nosotros —dijo Lacrimosa.

—No era bendita en absoluto —dijo su padre—. Estaba enérgicamente diluida. Suavemente devota en el peor de los casos. Pero les hizo fuertes, ¿verdad?

—Pesqué muchos resfriados, lo sé.

La mano del Conde volvió a salir de su bolsillo.

Lacrimosa lanzó un teatral suspiro de fatiga.

—La Cara-Que-Todo-Lo-Ve de los Jónicos —dijo cansadamente.

El Conde casi bailó una giga.

—¿Lo ven? ¡Ha resultado! ¡Ni siquiera hiciste una mueca de dolor! Y aparentemente cuando los símbolos sagrados patean lo hacen muy fuerte. ¿No valía la pena todo esto?

—Deberá haber algo realmente muy bueno para compensar todas esas almohadas de ajo sobre las que solías hacernos dormir.

Su padre la tomó por los hombros y la giró hacia la ventana.

—¿Será suficiente saber que el mundo es tu ostra?

Su frente se arrugó, perpleja.

—¿Por qué querría que sea una desagradable pequeña criatura de mar? —dijo.

—Porque se comen vivas —dijo el Conde—. Desafortunadamente dudo que podamos encontrar una rebanada de limón a quinientas millas de distancia, pero la metáfora bastará.

Se alegró, de mala gana.

—Bue-eno... —dijo.

—Bien. Me gusta ver sonreír a mi pequeña muchacha —dijo el Conde—. Ahora... ¿a quién tomaremos para desayuno?

—A la bebé.

—No, creo que no. —El Conde tiró del cordón de una campana junto a la chimenea—. Eso sería poco diplomático. Todavía no estamos totalmente ahí.

—Bien, esa disculpa que se ve muy pálida para una reina. Vlad debería haber sujetado a su niña gorda —dijo Lacrimosa.

—No empieces —advirtió Vlad—. Agnes es una... muchacha muy interesante. Siento que hay mucho en ella.

—Mucho de ella —dijo Lacrimosa—. ¿La estás guardando para más tarde?

—Vamos, vamos —dijo el Conde—. Su propia y querida madre no era un vampiro cuando la conocí...

—Sí, sí, nos has contado un millón de veces —dijo Lacrimosa, blanqueando los ojos con la impaciencia de alguien que ha sido adolescente durante ochenta años—. El balcón, el camisón, tú en tu capa, ella que grita...

—Las cosas eran más simples entonces —dijo el Conde—. Y también sumamente estúpidas. —Suspiró—. ¿Dónde diablos está Igor?

—Ejem. He estado intentando hablarte sobre él, querido —dijo la Condesa—. Creo que tendrá que irse.

—¡Eso está bien! —respondió Lacrimosa—. Honestamente, incluso mis amigos se ríen de él.

—Encuentro su actitud de más-gótico-que-usted sumamente irritante —dijo la Condesa—. Ese estúpido acento... ¿y sabes qué estaba haciendo en los viejos calabozos la semana pasada?

—Estoy seguro de que no podría adivinar —dijo el Conde.

—¡Tenía una caja de arañas y un látigo! Las estaba obligando a hacer telarañas por todo el lugar.

—Me preguntaba por qué siempre había tantas, debo admitir —dijo el Conde.

—Estoy de acuerdo, Padre —dijo Vlad—. Está bien para Uberwald, pero apenas querrías algo como él abriendo la puerta en una sociedad elegante, ¿verdad?

—Y apesta —dijo la Condesa.

—Por supuesto, partes de él han estado en la familia por siglos — dijo el Conde—. Pero debo admitir que está más allá de una broma. — Tiró del cordón otra vez.

—¿Ssí, amo? —dijo Igor, detrás de él.

El Conde giró en redondo.

—¡Te dije que no hicieras eso!

—¿Que no hissiera qué, amo?

—¡Aparecer detrás de mí de ese modo!

—Ess la única manera que conossco para aparesser, amo.

—Ve a buscar al Rey Verence, ¿quieres? Se reunirá con nosotros para una comida ligera.

—Ssí, amo.

Observaron al criado salir cojeando. El Conde sacudió la cabeza.

—Nunca se retirará —dijo Vlad—. Nunca aceptará una sugerencia.

—Y es tan pasado de moda tener un criado llamado Igor —dijo la Condesa—. Es realmente demasiado.

—Miren, es simple —dijo Lacrimosa—. Sólo llévenlo a los sótanos, enciérrenlo en la Doncella de Hierro, estírenlo sobre el potro sobre un fuego por uno o dos días, y entonces córtenlo finamente de los pies hacia arriba, así él podrá observar. Le estarán haciendo un favor, realmente.

—Supongo que es la mejor manera —dijo el Conde tristemente.

—Recuerdo cuando me dijiste que sacara a mi gato de su miseria — dijo Lacrimosa.

—Realmente quería que dejaras de hacerle lo que le estabas haciendo —dijo el Conde—. Pero... sí, tienes razón, tendrá que irse...

Igor hizo pasar al Rey Verence, que se quedó parado allí con la expresión suavemente desconcertada de alguien en presencia del Conde.

—Ah, su majestad —dijo la Condesa, avanzando—. Únase a nosotros en una comida ligera.

El pelo de Agnes se enganchaba en las ramas. Logró colocar una bota sobre una rama mientras se sostenía con todas las fuerzas de la rama más arriba, pero eso dejaba su otro pie parado sobre el palo de escoba, que estaba empezando a moverse de costado y obligándole a hacer lo que incluso las bailarinas no pueden hacer sin un poco de entrenamiento.

—¿No puedes verlo aún? —gritó Tata, desde muy abajo.

—Creo que éste es también un nido viejo... Oh, no...

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que mis calzones se han rajado...

—Siempre busco lo espacioso, para mí —dijo Tata.

Agnes puso la otra pierna sobre la rama, que crujió.

Pesada, dijo Perdita. ¡Yo podría haber trepado como una gacela!

—¡Las gacelas no trepan! —dijo Agnes.

—¿Qué es eso? —dijo la voz desde abajo.

—Oh, nada...

Agnes avanzó lentamente hacia adelante, y repentinamente su visión se llenó de alas negras y blancas. Una urraca se posó en una rama a un pie de su cara y le gritó. Otras cinco volaron desde otros árboles y se unieron al coro.

No le gustaban las aves, en todo caso. Estaban bien cuando estaban volando, y sus canciones eran bonitas, pero de cerca eran pequeñas bolas de agujas con la inteligencia de una mosca doméstica.

Trató de manotear a la más cercana, y revoloteó a una rama más alta mientras ella luchaba por recuperar el equilibrio. Cuando la rama dejó de mecerse se movió hacia adelante, cautelosamente, tratando de ignorar las aves enfurecidas, y miró dentro del nido.

Era difícil decir si eran los restos de uno viejo o el principio de uno nuevo, pero contenía un trozo de oropel, un pedazo de vidrio roto y, reluciendo incluso bajo este cielo hosco, algo blanco... con un borde brillante.

—‘Cinco para plata... seis para oro... —dijo, medio para sí misma.

—Es ‘cinco para cielo, seis para infierno’ —gritó Tata.

—Ya puedo alcanzarla, de todos modos...

La rama se rompió. Había muchas otras debajo, pero simplemente sirvieron de puntos de interés en el camino hacia abajo. La última lanzó a Agnes en un arbusto de acebos.

Tata tomó la invitación de su mano extendida. La lluvia había hecho correr la tinta, pero la palabra ‘Ceravieja’ era todavía muy legible. Rascó el borde de oro con su pulgar.

—Demasiado oro —dijo—. Bien, eso explica la invitación. Te dije que las aves robarán algo que emite destellos.

—No estoy lastimada en absoluto —dijo Agnes deliberadamente—.

Los acebos amortiguaron totalmente mi caída.

—Les retorceré los cuellos —dijo Tata. Las urracas en los árboles alrededor de la cabaña le gritaron.

—Creo que puedo haberme dislocado el sombrero, sin embargo — dijo Agnes, poniéndose de pie. Pero era inútil lanzar indirectas en busca de comprensión en un charco así que se rindió—. Muy bien, hemos encontrado la invitación. Fue todo un terrible error. Culpa de nadie. Ahora busquemos a Yaya.

—No si ella no quiere ser encontrada —dijo Tata, frotando el borde de la tarjeta pensativamente.

—Puedes hacer el Préstamo. Incluso si partió temprano, algunas criaturas la habrán visto...

—Yo no hago Préstamo, como regla —dijo Tata firmemente—. No tengo la autodisciplina de Esme. Me quedo... involucrada. Fui un conejo durante tres días enteros hasta que nuestro Jason fue a por Esme y me trajo de regreso. Mucho más tiempo y allí no habría una yo para volver.

—Los conejos parecen aburridos.

—Tienen sus cosas.

—Muy bien, entonces, echa una mirada en la pelota de vidrio de la boya —dijo Agnes—. Eres buena en eso, Magrat me lo dijo. —Al otro lado del claro, un ladrillo cayó de la chimenea de la cabaña.

—No aquí, entonces —dijo Tata, con un poco de renuencia—. Se me está poniendo la piel de gallina... Oh no, como si no tuviéramos suficiente... ¿Qué está haciendo él aquí?

Poderoso Avenas estaba avanzando a través del bosque. Caminaba torpemente, como hacen las personas de la ciudad cuando cruzan un lugar blando, lleno de baches, hojas mohosas y ramitas desparramadas, y tenía la mirada preocupada de alguien que está esperando ser atacado en cualquier momento por búhos o escarabajos.

En su extraña ropa negra y blanca se veía como una urraca humana.

Las urracas gritaban desde los árboles.

—‘Siete para un secreto que nunca será contado’ —dijo Agnes.

—‘Siete es un demonio’ —dijo Tata misteriosamente—. Tú tienes tu rima, yo tengo la mía.

Cuando Avenas vio a las brujas se animó muy ligeramente y se sopló la nariz.

—¡Qué desperdicio de piel! —farfulló Tata.

—Ah, Sra. Ogg... y Srta. Nitt —dijo Avenas, moviéndose lentamente alrededor de un poco de barro—. Er... ¿confío en que las encuentro bien?

—Hasta ahora —dijo Tata.

—Había, er, esperado ver a la Sra. Ceravieja.

Por un momento el único sonido fue el gorjeo de los cuervos.

—¿Esperado? —dijo Agnes.

—¿Sra. Ceravieja? —dijo Tata.

—Er, sí. Es parte de mi... se supone que... una de las cosas que nosotros... Bien, escuché que podría estar enferma, y visitar a los ancianos y enfermos es parte, er, de nuestros deberes pastorales... Por supuesto me doy cuenta de que técnicamente no tengo ningún deber pastoral, pero sin embargo, mientras estoy aquí...

La cara de Tata era una pintura, posiblemente una pintada por un artista con un muy extraño sentido del humor.

—Realmente siento mucho que ella no esté aquí —dijo, y Agnes sabía que ella estaba siendo totalmente honesta y absolutamente desagradable.

—Oh dioses. Iba a, er, darle algún... Iba a darle... er... ¿Está bien, entonces?

—Estoy segura de que ella estará mucho mejor por una visita suya —dijo Tata, y otra vez hubo una extraña y curvilínea especie de verdad en esto—. Sería la clase de cosas de la que hablaría por días. Usted

puede volver cuando quiera.

Avenas se veía desvalido.

—Entonces supongo es mejor que, er, regrese a mi, er, tienda — dijo—. ¿Puedo acompañarlas, damas, hasta el pueblo? Er, hay algunas cosas peligrosas en los bosques...

—Tenemos palos de escoba —dijo Tata firmemente. El sacerdote parecía alicaído, y Agnes tomó una decisión.

—Un palo de escoba —dijo—. Le caminaré... quiero decir, usted puede acompañarme de regreso. Si lo desea.

El sacerdote parecía aliviado. Tata resopló. Había cierta calidad Ceravieja en el soplido.

—Regreso a mi casa, entonces. Y sin perder tiempo —dijo ella.

—Yo no pierdo el tiempo —dijo Agnes.

—Sólo mira que no empieces —dijo Tata, y se fue a buscar su palo de escoba.

Agnes y el sacerdote caminaron en un silencio embarazoso durante un rato. Por fin Agnes dijo:

—¿Cómo está el dolor de cabeza?

—Oh, mucho mejor, gracias. Desapareció. Pero su majestad fue sumamente gentil en darme algunas pastillas de todos modos.

—Eso está bien —dijo Agnes. ¡Ella debería haberle dado una aguja! ¡Mira el tamaño de ese divieso!, dijo Perdita, una nacida para exprimir. ¿Por qué él no hace nada sobre eso?

—Er... yo no le gusto mucho, ¿verdad? —dijo Avenas.

—Apenas le he conocido. —Se estaba dando cuenta de unas vergonzosas corrientes de aire en las regiones inferiores.

—A muchas personas no les gusto tan pronto como me conocen — dijo Avenas.

—Supongo que eso ahorra tiempo —dijo Agnes, y maldijo. Perdita había metido esa frase, pero Avenas parecía no haberse dado cuenta. Suspiró.

—Me temo que tengo un poco de dificultad con las personas — continuó—. Temo que no estoy hecho para el trabajo pastoral.

No te involucres con este imbécil, dijo Perdita. Pero Agnes dijo:

—¿Usted quiere decir ovejas y esas cosas?

—Todo parecía mucho más claro en la universidad —dijo Avenas, quien como muchas personas rara vez prestaba mucha atención a lo que los demás decían cuando estaba desenrollando sus miserias—, pero aquí, cuando les cuento a las personas algunas de las historias más accesibles del Libro de Om dicen cosas como, ‘Eso no es correcto, los hongos no crecerían en el desierto’, o, ‘Ésa es una manera estúpida de llevar una viña’. Todos aquí son tan... literales.

Avenas tosió. Parecía que algo agobiaba su mente.

—Desafortunadamente, el Viejo Libro de Om es algo inflexible sobre el tema de las brujas —dijo.

—Realmente.

—Aunque habiendo estudiado el pasaje en cuestión en el original Segundo Texto Omniano IV, he promovido la teoría algo audaz de que la verdadera palabra en cuestión se traduce más con exactitud como cucarachas...

—¿Sí?

—Especialmente ya que continúa diciendo que pueden ser mata[[26]](#footnote-26)das por fuego o en ‘trampas de melaza’. También dice más adelante que producen sueños lujuriosos.

—No me mire —dijo Agnes—. Todo lo que usted está logrando es una caminata a casa.

Ante su asombro, y el deleite cacareado de Perdita, se ruborizó aun más que ella.

—Er, er, la palabra en cuestión en ese pasaje podría ser fácilmente leída en el contexto como ‘langostas hervidas’ —dijo apresuradamente.

—Tata Ogg dice que los Omnianos solían quemar a las brujas —dijo Agnes.

—Solíamos quemar prácticamente a todo el mundo —dijo Avenas tristemente—. Aunque algunas brujas sí fueron empujadas dentro de grandes barriles de melaza, creo.

También tenía una voz aburrida. Él parecía ser, tuvo que admitirlo, una persona aburrida. Era también una presentación casi demasiado perfecta, como si estuviera tratando de parecer aburrido. Pero una cosa había picado la curiosidad de Agnes.

—¿Por qué vino a visitar a Yaya Ceravieja?

—Bien, todos hablan muy... bien de ella —dijo Avenas, repentinamente escogiendo sus palabras como un hombre que saca ciruelas de una olla hirviendo—. Y dijeron que no había aparecido la noche pasada, que era muy extraño. Y pensé que debía ser difícil para una anciana dama vivir a solas. Y...

—¿Sí?

—Bien, entiendo que es muy vieja y nunca es demasiado tarde para considerar el estado de su alma inmortal —dijo Avenas—. Que ella debe tener, por supuesto.

Agnes le lanzó una mirada de soslayo.

—Ella nunca lo ha mencionado —dijo.

—Usted probablemente piensa que soy estúpido.

—Sólo pienso que usted es un hombre con una suerte asombrosa, Sr. Avenas.

Por otro lado... aquí había aquí alguien a quien le habían hablado sobre Yaya Ceravieja, y todavía había cruzado estos bosques que lo atemorizaban para verla, aunque fuera posiblemente una cucaracha o una langosta hervida. Nunca nadie en Lancre visitó a Yaya a menos que quisieran algo. Oh, a veces venían con pequeños regalos (porque algún día querrían algo otra vez), pero generalmente se aseguraban primero de que ella estuviera fuera. Había más en el Sr. Avenas que lo que veía el ojo. Tenía que haberlo.

Un par de centauros aparecieron de los arbustos delante de ellos y se alejaron a medio galope por el sendero. Avenas se agarró de un árbol.

—¡Estaban corriendo de un lado para el otro cuando me acerqué! — dijo—. ¿Son habituales?

—Nunca los he visto antes —dijo Agnes—. Creo que son de Uberwald.

—¿Y los pequeños duendes azules horribles? ¡Uno de ellos me hizo un ademán muy desagradable!

—No sé de ellos en absoluto.

—¿Y los vampiros? Quiero decir, sabía que cosas eran diferentes aquí, pero realmente...

—¡¿Vampiros?! —gritó Agnes—. ¿Usted vio a los vampiros? ¿Anoche?

—Bien, quiero decir, sí, los estudié detalladamente en el seminario, pero nunca pensé que los vería por allí hablando sobre beber sangre y cosas, realmente, estoy sorprendido de que el Rey lo permita...

—¿Y ellos no... afectaron su mente?

—Tenía esa migraña terrible. ¿Eso cuenta? Pensaba que eran los langostinos.

Un grito resonó a través del bosque. Parecía tener muchos componentes, pero principalmente sonaba como si un pavo fuera estrangulado en el otro extremo de un tubo de estaño.

—¿Y qué diablos fue eso? —gritó Avenas.

Agnes miró a su alrededor, perpleja. Había crecido en los bosques de Lancre. Oh, algunas veces encontrabas cosas extrañas, pasando, pero generalmente no contenían nada más peligroso que otras personas. Ahora, en esta luz sin brillo, incluso los árboles estaban empezando a parecer sospechosos.

—Vayamos hasta Malasno por lo menos —dijo, tirando de la mano de Avenas.

—¿Usted qué?

Agnes suspiró.

—Es el pueblo más cercano.

—¿Malasno?

—Mire, había un burro, y se paraba en medio del río, y no iba para atrás ni para adelante —dijo Agnes, tan pacientemente como le fue posible. Las personas de Lancre estaban acostumbradas a explicarlo—. Malasno. ¿Lo ve? Sí, sé que ‘Burro Desobediente’ podría haber sido más... aceptable, pero...

El horrible grito resonó alrededor de los bosques otra vez. Agnes pensó en todos los rumores sobre cosas que estaban en las montañas, y arrastró a Avenas detrás de ella como un carro malamente enganchado.

Entonces el sonido estaba justo enfrente de ellos y, a la vuelta del recodo, una cabeza emergió de un arbusto.

Agnes había visto dibujos de un avestruz.

Así que... empiece con uno de ellos, pero ponga la cabeza y el cuello en violento amarillo, y póngale a la cabeza un inmenso collarín de plumas rojas y moradas y dos grandes ojos redondos, cuyas pupilas se zangolotean como borrachas mientras la cabeza se mueve adelante y atrás...

—¿Es alguna clase de pollo local? —gorjeó Avenas.

—Lo dudo —dijo Agnes. Una de las plumas largas tenía un dibujo escocés.

El grito empezó otra vez, pero fue estrangulado a medio camino cuando Agnes se adelantó, agarró el cuello de la cosa y tiró.

Una figura se puso de pie desde el sotobosque, arrastrado por su brazo.

—¿Variopintenen?

Él le respondió con un cuac.

—Sáquese esa cosa de la boca —dijo Agnes—. Usted suena como el Sr. Punch.

Se quitó el silbato.

—Lo siento, Srta. Nitt.

—Variopintenen, ¿por qu[[27]](#footnote-27)é...? —y me doy cuenta de que podría no gustarme la respuesta— ¿por qué se está escondiendo en los bosques con su brazo vestido como Hetty la Gallina y haciendo ruidos horribles por un tubo?

—Tratando de atraer al ave fénix, señorita.

—¿El ave fénix? Ésa es un ave mítica, Variopintenen.

—Eso es correcto, señorita. Hay una en Lancre, señorita. Es muy joven, señorita. Así que pensé que podría atraerla.

Miró el guante intensamente colorido. Oh, sí, si criabas pollitos, tenías que dejarles saber qué clase de ave eran así que usabas una especie de guante-marioneta. Pero...

—¿Variopintenen?

—¿Sí, señorita?

—No soy una experta, por supuesto, pero creo recordar que de acuerdo con la leyenda comúnmente aceptada, el ave fénix nunca vería a su padre. Usted sólo puede tener un ave fénix a la vez. Es automáticamente un huérfano. ¿Lo ve?

—Hum, ¿puedo añadir algo? —dijo Avenas—. La Srta. Nitt tiene razón, tengo que decirlo. El ave fénix construye un nido y le prende fuego y la nueva ave surge de las cenizas. He leído eso. De todos modos, es una alegoría.

Variopintenen miró al ave fénix marioneta sobre su brazo y luego miró sus pies tímidamente.

—Lo siento, señorita.

—De modo que, mire, un ave fénix nunca puede ver a otra ave fénix —dijo Agnes.

—No sabía de eso, señorita —dijo Variopintenen, todavía mirando fijamente sus botas.

Una idea descendió sobre Agnes. Variopintenen estaba siempre afuera.

—¿Variopintenen?

—¿Sí, señorita?

—¿Ha estado en los bosques toda la mañana?

—Oh, sí, señorita.

—¿Ha visto a Yaya Ceravieja?

—Sí, señorita.

—¿Lo ha hecho?

—Sí, señorita.

—¿Dónde?

—En los bosques arriba hacia la frontera, señorita. Al clarear el día, señorita.

—¿Por qué no me dijo?

—Er... ¿usted quería saberlo, señorita?

—Oh. Sí, lo siento... ¿Qué estaba haciendo usted allá arriba?

Variopintenen sopló un par de graznidos en su señuelo de ave fénix como explicación.

Agnes agarró al sacerdote otra vez.

—Vamos, lleguemos al camino y busquemos a Tata...

Variopintenen fue dejado con su guante marioneta y su señuelo y su mochila y un sentimiento profundamente embarazoso. Había sido educado en el respeto a las brujas, y la Srta. Nitt era una bruja. El hombre con ella no era una bruja, pero sus modales lo ubicaban en esa clase de personas que Variopintenen encasillaba mentalmente como ‘mis superiores’, aunque en verdad ésta era una categoría bastante grande. No iba a oponerse a sus superiores. Variopintenen era hombre de sistema feudal.

Por otro lado, pensó mientras empacaba y se preparaba para seguir adelante, todos los libros que trataban sobre el mundo tendían a ser escritos por personas que sabían todo acerca de los libros más que sobre el mundo. Todas esas cosas sobre aves que salen del cascarón en las cenizas deben haber sido escritas por alguien que no sabía nada sobre aves. En cuanto a que solamente podía haber una única ave fénix, bien, eso había sido escrito obviamente por un hombre que debía salir más al aire fresco y conocer a algunas damas. Las aves venían de huevos. Oh, el fénix era una de esas criaturas que habían aprendido a usar magia, la había incorporado directamente a su misma existencia, pero la magia era cosa difícil y nada la usaba más de lo que necesitaba. Así que habría un huevo, definitivamente. Y los huevos necesitaban calor, ¿verdad?

Variopintenen había estado pensando mucho en esto durante la mañana, mientras patrullaba a través de los arbustos húmedos desilusionando a algunos patos. Nunca se había preocupado mucho por la historia, excepto la historia de la cetrería, pero sabía que alguna vez hubo lugares —y en algunos casos todavía existían— con un muy alto nivel de magia de fondo, que los hacía algo excitantes y no buenos para criar sus hijos.

Tal vez el fénix, como sea que se viera, era simplemente un ave que había resuelto la manera de incubar muy rápidamente.

Variopintenen había recorrido realmente un largo camino, y si hubiera tenido un poco más de tiempo habría resuelto el siguiente paso también.

Era bien pasado el mediodía cuando Yaya Ceravieja salió del páramo, y un espectador podría haberse preguntado por qué tardó tanto tiempo en cruzar una parcela tan pequeña.

Se hubieran preguntado aun más sobre el pequeño arroyo. Había cortado en la turba un surco cubierto de rocas que una mujer sana podía haber saltado, pero alguien había puesto una piedra ancha a través de él como un puente.

Ella lo miró durante un rato y luego metió la mano en su saco. Sacó una larga pieza de lienzo negro y se vendó los ojos. Entonces caminó a través de la piedra, haciendo pasos diminutos con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio. A medio camino cayó sobre sus manos y rodillas y se quedó allí, sin aliento, durante varios minutos. Entonces gateó hacia adelante otra vez, pulgada a pulgada.

Unos pies más abajo, el arroyo turboso resonaba con felicidad sobre las piedras.

El cielo destelló. Era un cielo con manchas azules y partes de nube, pero tenía un aspecto extraño, como si una imagen pintada sobre vidrio hubiera sido quebrada y luego los cascos unidos de manera equivocada. Una nube que corría desapareció contra alguna línea invisible y empezó a aparecer en otra parte del cielo.

Las cosas no eran lo que parecían. Pero entonces, como Yaya siempre decía, nunca lo fueron.

Agnes prácticamente tuvo que empujar a Avenas dentro de la casa de Tata Ogg, que estaba a decir verdad tan lejos del concepto de cabaña de bruja que, por así decirlo, se acercaba a ella desde el otro lado. Se inclinaba más a los alegres colores contrastantes que al negro, y olía a cera. No había cráneos ni velas extrañas, aparte de la rosada novedad que Tata había comprado una vez en Ankh-Morpork, y sólo sacada para mostrar a los invitados con el correcto sentido del humor. Había muchas mesas, principalmente para exhibir la enorme cantidad de dibujos e iconografías del inmenso clan Ogg. A primera vista parecían puestos al azar, hasta que descubrías la clave. En realidad, los dibujos eran avanzados o retrocedidos alrededor de la habitación cuando los miembros de la familia caían temporalmente en favor, o fuera de él, y cualquiera que terminaba en la pequeña mesa tambaleante cerca del tazón del gato tenía algún serio trabajo de pala que hacer. Lo que lo hacía peor no era que pudieras bajar la jerarquía porque habías hecho algo malo, sino porque todos los demás habían hecho algo mejor. Por eso, el espacio no ocupado con fotos familiares era ocupado con ornamentos, porque ningún Ogg que viajara a más de diez millas de Ankh-Morpork soñaría con regresar sin un regalo. Los Ogg adoraban a Tata Ogg y, bien, incluso había peores lugares que la mesa tambaleante. Un primo distante había terminado en el vestíbulo una vez.

La mayoría de los ornamentos eran baratijas compradas en las ferias, pero a Tata Ogg no le importaba, siempre que estuvieran llenas de color y fueran brillantes. Por eso había muchos perros con los ojos bizcos, pastoras rosadas, y tazones con lemas malamente escritos como ‘¡A la Mejor Mam del Mundo!’ y ‘Amamos a Nuestra Tata’. Una enorme jarra de cerveza de porcelana dorada que tocaba ‘Ich Bin Ein Rattarsedschwein’ de El Caballo Estudiante estaba colocada en un armario con frente de vidrio como un tesoro demasiado grandioso para la vista común, y un dibujo de Shirl Ogg había ganado un lugar permanente sobre el tocador.

Tata Ogg ya había despejado un espacio sobre la mesa para la pelota ver[[28]](#footnote-28)de. Levantó la mirada bruscamente cuando Agnes entró.

—Demoraron mucho tiempo. ¿Estuvieron perdiendo el tiempo? — dijo, con una voz para perforar armaduras.

—Tata, Yaya habría dicho eso —dijo Agnes, con reproche.

Tata tembló.

—Tienes razón, muchacha —dijo—. Encontrémosla rápidamente, ¿eh? Soy demasiado alegre para ser una vieja.

—¡Hay criaturas raras por todos lados! —dijo Agnes—. ¡Hay montones de centauros! ¡Tuvimos que zambullirnos en la zanja!

—Ah, noté que tenías hierba y hojas en el vestido —dijo Tata—. Pero fui demasiado educada para mencionarlo.

—¿Desde dónde vienen todos ellos?

—Bajan de las montañas, supongo. ¿Por qué trajiste a Sam Jabonoso contigo?

—Porque está cubierto de barro, Tata —dijo Agnes cortante—, y le dije que [[29]](#footnote-29)aquí podía lavarse.

—Er... ¿es ésta realmente la cabaña de una bruja? —dijo Avenas, mirando las filas montadas de Ogg.

—Oh dioses —dijo Tata.

—El Pastor Melchio dijo que son lavabos de depravación y exceso sexual. —El joven hizo un paso nervioso hacia atrás, golpeó una pequeña mesa y provocó que una bailarina azul a cuerda empezara una pirueta temblorosa con la melodía de ‘Tres Ratones Ciegos’.

—Bien, tenemos un lavabo muy bien —dijo Tata—. ¿Cuál es su mejor oferta?

—Supongo que debemos agradecer que sea un comentario Tata Ogg —dijo Agnes—. No lo dejes sin aliento, Tata. Ha sido una mañana ajetreada.

—Er, ¿dónde está la bomba? —dijo Avenas. Agnes señaló. Salió rápidamente, agradeciendo.

—Más mojado que un sándwich de tormenta —dijo Tata, sacudiendo la cabeza.

—Yaya fue vista más arriba del lago largo —dijo Agnes, sentándose a la mesa.

Tata levantó la mirada bruscamente.

—¿Sobre esa parte del páramo? —preguntó.

—Sí.

—Eso es malo. Es una tierra retorcida allá arriba.

—¿Retorcida?

—Toda arrugada.

—¿Qué? He estado allá. Sólo hay brezo y aulaga, y hay algunas cuevas viejas al final del valle.

—Oh, ¿de veras? Miraste las nubes, ¿verdad? Oh bien, hagamos un intento...

Cuando Avenas volvió, fregado y brillante, ellas estaban discutiendo. Parecían algo avergonzadas cuando lo vieron.

—Dije que se necesitaban tres de nosotras —dijo Tata, empujando la pelota de vidrio a un lado—. Especialmente si ella está allá. La tierra retorcida toca infierno alegre con las bolas de vidrio. Nosotras no tenemos el poder.

—¡No quiero volver al castillo!

—Magrat es buena en este tipo de cosas.

—¡Tiene una pequeña bebé que cuidar, Tata!

—Sí, en un castillo lleno de vampiros. Pienso en eso. Nadie sabe cuándo se pondrán hambrientos otra vez. Mejor que ambos estén fuera de él.

—Pero...

—Tú vas y le haces salir. Iría yo misma, pero dijiste que sólo me siento allí sonriendo.

Agnes de repente apuntó un dedo a Avenas.

—¡Usted!

—¿Yo? —tembló.

—Usted dijo que podía ver que eran vampiros, ¿verdad?

—¿Lo hice?

—Usted lo hizo.

—Es correcto, lo hice. Er... ¿y?

—¿Usted no encontró que su mente se ponía toda rosada y feliz?

—No creo que mi mente alguna vez haya sido rosada y feliz —dijo Avenas.

—Así que, ¿por qué ellos no llegaron a usted?

Avenas sonrió inquieto y rebuscó en su chaqueta.

—Estoy protegido por la mano de Om —dijo.

Tata inspeccionó el colgante. Mostraba una figura atada en cruz a la espalda de una tortuga.

—¿Eso dice? —dijo—. Es un buen truco, entonces.

—Exactamente como Om extendió su mano para salvar al profeta Brutha de la tortura, así abrirá sus alas sobre mí en el momento del juicio —dijo Avenas, pero sonó como si estuviera tratando de tranquilizarse a sí mismo, y no a Tata. Continuó—: Tengo un folleto si le gustase saber más —y esta vez el tono era mucho más seguro, como si la existencia de Om estuviera un poco indecisa mientras que la existencia de los folletos era obvia para cualquier persona de mente abierta y de pensamiento racional.

—No —dijo Tata. Dejó el medallón—. Bien, el Hermano Perdore nunca necesitó de ninguna joya mágica para luchar contra las personas, eso es todo lo que puedo decir.

—No, sólo solía respirar alcohol sobre todas ellas —dijo Agnes—. Bien, usted viene conmigo, Sr. Avenas. ¡No voy a enfrentarme con el Príncipe Baboso otra vez a solas! ¡Y tú puedes callarte!

—Er, no dije nada...

—No quise decir usted, quise decir... Mire, usted dijo que había estudiado a los vampiros, ¿verdad? ¿Qué es bueno para los vampiros?

Avenas pensó por un momento.

—Er... un buen ataúd seco, er, mucha sangre nueva, er cielos nublados... —Su voz fue desapareciendo cuando vio su expresión—. Ah... bien, eso depende exactamente de dónde son, recuerdo. Uberwald es un lugar muy grande. Er, cortarles la cabeza y clavarles una estaca en el corazón son generalmente eficaces.

—Pero eso funciona con todos —dijo Tata.

—Er... en Splintz se mueren si usted les pone una moneda en la boca y les corta la cabeza...

—No como las personas corrientes, entonces —dijo Tata, sacando una libreta.

—Er... en Klotz se mueren si usted les clava un limón en la boca...

—Parece más como eso.

—... después de que usted les corta la cabeza. Creo que en Glitz usted tiene que llenarles la boca con sal, martillar una zanahoria en ambas orejas, y luego cortarles la cabeza.

—Puedo ver que debe haber sido divertido averiguarlo.

—Y en el valle del Ah creen que es mejor cortarles la cabeza y hervirla en vinagre.

—Vas a necesitar que alguien lleve todas estas cosas, Agnes —dijo Tata Ogg.

—Pero en Kashncari dicen que usted debería cortarles los dedos del pie y clavarles un clavo a través del cuello.

—¿Y cortarles la cabeza?

—Aparentemente usted no tiene que hacerlo.

—Los dedos del pie son fáciles —dijo Tata—. El viejo Windrow allá en Malasno se cortó dos con una pala y ni siquiera lo estaba intentando.

—Y entonces, por supuesto, usted puede derrotarlos robándoles su media izquierda —dijo Avenas.

—¿Perdone? —dijo Agnes—. Creo que escuché mal.

—Hum, son patológicamente meticulosos, mire. Algunas de las tribus gitanas en Borogravia dicen que si usted les roba una media y la esconde en algún lugar, pasarán el resto de la eternidad buscándola. No pueden aguantar que las cosas estén fuera de lugar o que no estén.

—No lo habría anotado como una creencia muy generalizada —dijo Tata.

—Oh, en algunos pueblos dicen que usted incluso puede hacer que disminuyan la velocidad lanzándoles semillas de amapola —dijo Avenas—. Entonces tendrán un impulso terrible de contar todas las semillas. Los vampiros son muy secos de vientre, ¿sabe?

—No me gustaría encontrarme con uno que sea lo opuesto —dijo Tata.

—Sí, bien, no creo que tengamos tiempo de pedirle al Conde su dirección precisa —dijo Agnes rápidamente—. Vamos a entrar, ir a por Magrat y volver aquí, ¿de acuerdo? ¿Por qué es usted tan experto en vampiros, Avenas?

—Ya le dije, estudié estas cosas en la universidad. Tenemos que conocer al enemigo si vamos a combatir fuerzas malvadas... vampiros, demonios, bru... —paró.

—Continúe —dijo Tata Ogg, tan dulce como el arsénico.

—Pero con las brujas sólo se supone que debo mostrarles el error en sus métodos. —Avenas tosió nervioso.

—Eso es algo que espero con ansias, entonces —dijo Tata—. No tendré puesto mi corsé a prueba de fuego en adelante. Váyanse, entonces... ustedes tres.

—¿Somos tres? —preguntó Avenas.

Agnes sintió temblar su brazo izquierdo. Contra todo esfuerzo de voluntad, su muñeca se dobló, su palma se enrolló y sintió que dos dedos se esforzaban para estirarse. Sólo Tata Ogg lo notó.

—Como tener tu propio chaperón todo el tiempo, ¿verdad? —dijo.

—¿De qué estaba hablando ella? —dijo Avenas, mientras se dirigían

hacia el castillo. —Su mente está divagando —dijo Agnes, en voz muy alta.

Había carretas cubiertas, tiradas por bueyes, rugiendo calle arriba hacia el castillo. Agnes y Avenas se pararon a un lado y los observaron.

Los conductores no parecían interesados en los espectadores. Llevaban ropa apagada y mal confeccionada, pero un toque poco habitual era la bufanda que cada uno tenía en el cuello, envuelta tan tirante que podría haber sido una venda.

—Hay una peste de dolor de garganta en Uberwald o desagradables puntadas pequeñas debajo de ésos, apostaría —dijo Agnes.

—Er... conozco un poco sobre la manera en que se supone que ellos controlan a las personas —dijo Avenas.

—¿Sí?

—Parece absurdo, pero estaba en un viejo libro.

—¿Bien?

—Encuentran que las personas decididas son más fáciles de controlar.

—¿Decididas? —dijo Agnes con desconfianza. Pasaron más carros.

—No parece correcto, lo sé. Uno pensaría que las personas decididas serían más difíciles de afectar. Supongo que un blanco grande es más fácil de acertar. En algunos de los pueblos, aparentemente, los cazadores de vampiros se ponen completamente borrachos primero. Protección, ¿lo ve? Usted no puede darle un puñetazo a la niebla.

¿Así que somos niebla?, dijo Perdita. Eso es él, por su aspecto...

Agnes se encogió de hombros. Había cierta mirada bucólica en las caras de los conductores de carros. Por supuesto, también la tenías en Lancre, pero en Lancre estaba cubierta por una mezcla de astucia, sentido común y terquedad dura como roca. Aquí los ojos detrás de las caras tenían la mirada apagada.

Como ganado, dijo Perdita.

—Sí —dijo Agnes.

—¿Perdone? —dijo Avenas.

—Sólo pensaba en voz alta...

Y ella pensaba en la manera en que un hombre podía controlar tan fácilmente una manada de vacas, cualquiera de las cuales podría haberlo dejado como una pequeña depresión húmeda en el suelo si hubiera querido hacerlo. De algún modo, nunca llegaban a pensar en eso.

Suponiendo que ellas fueran mejores que nosotros, pensó. Suponiendo que, comparados con ellas, nosotros seamos...

¡Estás demasiado cerca del castillo!, interrumpió Perdita. Estás teniendo pensamientos de vaca.

Entonces Agnes se dio cuenta de que había un grupo de hombres marchando detrás de los carros. No se parecían a los conductores de los carros en absoluto.

Y éstos, dijo Perdita, son los arrieros del ganado.

Tenían uniformes, de alguna clase, con el escudo blanco y negro de los Magpyr, pero no era un grupo de hombres que se viera elegante en uniforme. Se veían como hombres que mataban a otras personas por dinero, y ni siquiera por mucho dinero. Se veían, en pocas palabras, como hombres que comerían un sándwich de cachorro alegremente. Varios miraron con lascivia a Agnes mientras pasaban, pero era solamente una mirada lasciva genérica, que era simplemente lasciva sobre la base de que ella tenía puesto un vestido.

Más carros venían detrás de ellos.

—Tata Ogg dice que debes tomarte tiempo junto al prepucio —dijo Agnes, y se precipitó hacia adelante mientras el último carro pasaba rugiendo.

—¿Eso dice?

—Eso me temo. Usted se acostumbra al final.

Agarró la parte trasera del carro y se impulsó arriba, haciéndole señas a él para que la siguiera.

—¿Está usted tratando de impresionarme? —dijo mientras ella lo alzaba abordo.

—No a usted —dijo. Y en ese momento se dio cuenta de que estaba sentada sobre un ataúd.

Había dos en el carro, rodeados de paja.

—¿Están mudando el mobiliario? —dijo Avenas.

—Er... creo que... podría... estar ocupado —dijo Agnes.

Casi chilló cuando él retiró la tapa. El ataúd estaba vacío.

—¡Usted idiota! ¡Suponga que había alguien ahí adentro!

—Los vampiros son débiles durante el día. Todos saben eso —dijo Avenas con reproche.

—Puedo... sentirlos aquí... en algún sitio —dijo Agnes. El traqueteo del carro cambió mientras pasaba sobre los adoquines del patio.

—Córrase del otro y echaré una mirada.

—Pero suponga...

La sacó del medio y levantó la tapa antes de que pudiera seguir protestando.

—No, ningún vampiro aquí, tampoco —dijo.

—¡Suponga que uno extienda la mano y le agarre a usted por la garganta!

—Om es mi escudo —dijo Avenas.

—¿De veras? Eso es bueno.

—Usted puede burlarse...

—No me he burlado.

—Puede hacerlo si quiere. Pero estoy seguro de que estamos haciendo lo correcto. ¿Acaso no derrotó Sonaton a la bestia de Batrigore en su misma cueva?

—No lo sé.

—Lo hizo. ¿Y acaso no venció el profeta Urdure al Dragón de Sluth en la Llanura de Gidral después de tres días de pelea?

—No sé si tenemos tanto tiempo...

—¿Y no fue verdad que los Hijos de Exequial derrotaron a las multitudes de Myrilom?

—¿Sí?

—¿Ha escuchado hablar de eso?

—No. Escuche, hemos parado. Particularmente no quiero que nos encuentren, ¿verdad? No en este momento. Y no junto a esos guardianes. No parecían buenos hombres en absoluto.

Intercambiaron una mirada significativa sobre los ataúdes, conscientes de cierta fatalidad sobre el futuro inmediato.

—Notarán que son más pesados, ¿verdad? —dijo Avenas.

—Esas personas que conducían los carros no parecían notar mucho.

Agnes miró el ataúd a su lado. Había un poco de suciedad en el fondo, pero por lo demás estaba muy limpio y tenía una almohada en el extremo de la cabeza. También había algunos bolsillos laterales en el forro.

—Es la manera más fácil de entrar —dijo—. Usted métase en éste, yo me meteré en ese. Y, mire... esas personas sobre las que usted acaba de hablarme... ¿Eran verdaderos personajes históricos?

—Indudablemente. Ellos...

—Bien, no trate de imitarles aún, ¿de acuerdo? De otro modo usted también será un personaje histórico.

Cerró la tapa, y todavía sentía que había un vampiro por aquí.

Su mano tocó el bolsillo lateral. Había algo blando y sin embargo con punta ahí. Sus dedos lo exploraron con horror fascinado y descubrieron que era una pelota de lana con un par de largas agujas de tejer clavadas, sugiriendo una forma muy doméstica de vudú o que alguien estaba tejiendo una media.

¿Quién tejía medias en un ataúd? Por otro lado, quizás incluso vampiros no podían dormir a veces, y se daban vueltas todo el día.

Se sujetó cuando el ataúd fue alzado y trató de ocupar su mente en pensar a dónde era llevado. Escuchó el sonido de pisadas sobre los adoquines, y luego el anillo de las losas sobre los escalones principales, resonando en el gran salón, un declive repentino.

Eso significaba los sótanos. Lógico, realmente, pero no bueno.

Estás haciendo esto para impresionarme, dijo Perdita. Lo estás haciendo para tratar de ser extrovertida y dinámica.

Cállate, pensó Agnes.

Una voz exterior dijo:

—Pónganloss ahí abajo y váyansse.

Ése era el que se llamaba Igor.

Agnes deseaba haber pensado en... un arma.

—Librarsse de mí, ¿verdad? —continuó la voz, contra un fondo de pisadas alejándose—. Todo essto va a terminar en lágrimass. Todo esstá bien para elloss, ¿pero quién tiene que barrer todo el polvo, eh? Esso ess lo que me gusstaría ssaber. ¿Quién tiene que ssacarless lass cabessas del pote de encurtidoss? ¿Quién tiene que encontrarloss bajo el hielo? Debo haber ssacado máss esstacass que tenido ssenass ssinuossass...

La luz entró cuando la tapa de ataúd fue retirada.

Igor miró a Agnes. Agnes miró a Igor.

Igor se descongeló primero. Sonrió —tenía una sonrisa geométricamente interesante, por la hilera de puntadas a través de ella— y dijo:

—Ssanto ssielo, alguien ha esstado esscuchando demassiadass hisstoriass. ¿Tiene algo de ajo?

—Misas —mintió Agnes.

—No funssiona. ¿Algo de agua bendita?

—Galones.

—Es...

Una tapa de ataúd pegó sobre la cabeza de Igor, haciendo un sonido curiosamente metálico. Él extendió la mano despacio para frotarse el punto, y luego dio media vuelta. Esta vez la tapa pegó en su cara.

—Oh... mierda —dijo, y se dobló. Avenas apareció, su cara resplandeciente de adrenalina y rectitud.

—¡Lo golpeé con todas mis fuerzas!

—¡Bueno, bueno, salgamos de aquí! ¡Ayúdeme!

—Mi ira descendió sobre él como...

—Era una tapa pesada y él no es tan joven —dijo Agnes—. Mire, solía jugar aquí, sé cómo llegar a la escalera de servicio...

—¿Él no es un vampiro? Se ve como uno. Es la primera vez que veo a un hombre hecho de retazos...

—Es un criado. Ahora, por favor vamos... —Agnes hizo una pausa— . ¿Puede usted hacer agua bendita?

—¿Qué, aquí?

—Yo quiero decir bendecirla, o dedicarla a Om, o... hacer que hierva en el infierno, quizás —dijo Agnes.

—Hay una pequeña ceremonia que puedo... —paró—. ¡Correcto! ¡Los vampiros pueden ser detenidos con agua bendita!

—Bien. Nos iremos por la cocina, entonces.

La inmensa cocina estaba casi vacía. Nunca había ajetreo en estos días, ya que la pareja real no era del tipo que requería tres platos de carne con cada comida, y por el momento allí estaba solamente la Sra. Ascórbico la cocinera que tranquilamente estiraba una masa.

—Nas tardes, Sra. Ascórbico —dijo Agnes, decidiendo que lo mejor era pasar y confiar en la autoridad del sombrero puntiagudo—. Acabamos de llegar por un poco de agua, no se preocupe, sé dónde está la bomba, pero si usted tiene un par de botellas vacías eso sería útil.

—Eso es correcto, querida —dijo la Sra. Ascórbico.

Agnes se detuvo y se volvió.

La Sra. Ascórbico era famosa por ser áspera, especialmente sobre el tema de soja, chuletas de nuez, comidas vegetarianas y cualquier verdura que no se pusiera amarilla cuando era hervida. Incluso el Rey vacilaba en poner el pie en su cocina pero, mientras que él sólo recibía un silencio furioso, mortales menores recibían la fuerza plena de su ira generalizada. La Sra. Ascórbico estaba permanentemente enfadada, de la misma manera que las montañas son permanentemente grandes.

Hoy llevaba un vestido blanco, un mandil blanco, una gran gorra redonda blanca y una venda blanca alrededor de la garganta. También parecía feliz, a falta una palabra mejor.

Agnes señaló con urgencia la bomba a Avenas.

—Busque algo para llenar —siseó, y luego dijo alegremente—, ¿Cómo usted se siente, Sra. Ascórbico?

—Muy amable de su parte por preguntar, señorita.

—¿Supongo que usted está ocupada con todas estas visitas?

—Sí, señorita.

Agnes tosió.

—Y, er, ¿qué les dio para el desayuno?

La inmensa frente rosa de la cocinera se arrugó.

—No puedo recordar, señorita.

—Bien hecho.

Avenas la codeó.

—He llenado un par de botellas vacías y dije el Rito de Purificación de Om sobre ellas.

—¿Y eso resultará?

—Usted debe tener fe.

La cocinera los estaba observando amablemente.

—Gracias, Sra. Ascórbico —dijo Agnes—. Por favor continúe con... lo que fuera que estaba haciendo.

—Sí, señorita. —La cocinera regresó a su rodillo.

Un montón de comidas en ella, Perdita dijo. Cocinera y despensa todo en uno.

—¡Eso fue de mal gusto! —dijo Agnes.

—¿Qué lo fue? —dijo el sacerdote.

—Oh... sólo una idea que tuve. Subamos por la escalera de servicio.

Eran de piedra desnuda, comunicándose con las partes públicas del torreón por medio de una puerta en cada nivel. Del otro lado de esas puertas todavía había piedra desnuda, pero totalmente una mejor clase de mampostería y tapices y alfombras. Agnes abrió una puerta.

Un par de personas de Uberwald deambulaban a lo largo del corredor más allá, llevando algo cubierto con un paño. No gastaron ni una mirada a los recién llegados mientras Agnes se dirigía a los departamentos reales.

Magrat estaba parada sobre una silla cuando entraron. Bajó la mirada hacia ellos mientras unas pequeñas estrellas y animales de madera pintada se enredaron alrededor de su brazo alzado.

—Malditas cosas —dijo—. Pensabas que era fácil, ¿verdad? Hola, Agnes. ¿Podrías sujetar la silla?

—¿Qué está haciendo? —dijo Agnes. Miró cuidadosamente. No había ninguna venda alrededor del cuello de Magrat.

—Trato de enganchar este móvil a la araña de luces —dijo Magrat— . Uh... ya está. ¡Pero se enreda todo el tiempo! Verence dice que es muy bueno que los niños pequeños vean muchos colores brillantes y formas. Acelera el desarrollo, dice. Pero no puedo encontrar a Millie en ningún lugar.

Hay un castillo lleno de vampiros, y está decorando el cuarto de juegos, dijo Perdita. ¿Qué pasa con este tronco?

De algún modo, Agnes no podía decidirse a soltar una advertencia. Aparte de cualquier otra cosa, la silla se veía tambaleante.

—La pequeña Esme tiene solamente dos semanas —dijo Agnes—. ¿No es un poco joven para la educación?

—Nunca demasiado temprano para empezar, dice él. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesitamos que usted venga con nosotros. Ahora mismo.

—¿Por qué? —dijo Magrat, y para alivio de Agnes se bajó de la silla.

—¿Por qué? ¡Magrat, hay vampiros en el castillo! ¡La familia Magpyr son vampiros!

—No seas tonta, son personas muy afables. Estaba hablando con la Condesa apenas esta mañana...

—¿Sobre qué? —exigió Agnes—. ¡Apuesto a que usted no puede recordarlo!

—Soy Reina, Agnes —dijo Magrat con tono de reproche.

—Lo siento, pero ellos afectan las mentes de las personas...

—¿La tuya?

—Hum, no, no la mía. Tengo... soy... parece que soy inmune — mintió Agnes.

—¿Y la de él? —dijo Magrat cortante.

—Estoy protegido por mi fe en Om —dijo Avenas.

Magrat levantó sus cejas a Agnes.

—¿Lo está?

Agnes se encogió de hombros.

—Aparentemente.

Magrat se inclinó más cerca.

—No está borracho, ¿o sí? Está sujetando dos botellas de cerveza.

—Están llenas de agua bendita —susurró Agnes.

—Verence dijo que el Omnianismo parece ser una religión muy sensata y estable —siseó Magrat.

Ambas miraron a Avenas, probándole mentalmente la medida de las palabras.

—¿Ya nos vamos? —dijo él.

—¡Por supuesto que no! —respondió Magrat, enderezándose—. Es absurdo, Agnes. Soy una mujer casada, soy Reina, tengo una bebé pequeña. ¡Y tú entras aquí diciéndome que tenemos vampiros! Que he traído invitados aquí y...

—Los invitados son vampiros, su majestad —dijo Agnes—. ¡El Rey los invitó!

—Verence dice que tenemos que aprender a tratar con toda clase de personas...

—Pensamos que Yaya Ceravieja está en serios problemas —dijo Agnes.

—¿Qué tan serios? —dijo Magrat.

—Tata Ogg está muy preocupada. Muy irritable. Dice que se necesitan de tres de nosotras para encontrar a Yaya.

—Bien, yo...

—Y Yaya ha tomado la caja, sea lo sea que signifique —dijo Agnes.

—¿Una que guarda en el tocador?

—Sí. Tata no me dijo mucho sobre qué había en ella.

Magrat abrió sus manos como un pescador de caña midiendo un pez de tamaño medio.

—¿La caja de madera lustrada? ¿De este tamaño?

—No lo sé, nunca la he visto. Tata parece pensar que era importante. No dijo qué había en ella —repitió Agnes, en el caso de que Magrat no hubiera escuchado la sugerencia.

Magrat se tomó las manos y bajó la cabeza, mordiéndose los nudillos. Cuando la levantó, su cara estaba llena de determinación. Señaló a Avenas.

—Usted busque una bolsa o algo y vacíela en el primer cajón ahí, y ponga la bacinilla, y el pequeño carro, oh, y los animales de peluche, y la bolsa de pañales, y la bolsa para pañales usados, y la bañera, y la bolsa con las toallas, y la caja de juguetes, y las cosas de cuerda, y la caja musical, y la bolsa con los pequeños trajes, oh, y el sombrero de lana, y tú, Agnes, encuentra algo que podamos convertir en un cabestrillo. ¿Subieron por la escalera de servicio? Bajaremos por el mismo camino.

—¿Para qué necesitamos un cabestrillo?

Magrat se inclinó sobre la cuna y recogió a la bebé, envuelta en una manta.

—No voy a dejarla aquí, ¿verdad? —dijo.

Se escuchó un cacareo desde la dirección de Poderoso Avenas. Ya tenía ambos brazos llenos, y un enorme conejo relleno entre sus dientes.

—¿Necesitamos todo eso? —dijo Agnes.

—Una nunca lo sabe —dijo Magrat.

—¿Incluso la caja de juguetes?

—Verence cree que ella podría desarrollar temprano —dijo Magrat.

—¡Apenas tiene un par de semanas!

—Sí, pero el estímulo en una edad temprana es vital para el desarrollo del cerebro en crecimiento —dijo Magrat, colocando a la bebé Esme sobre la mesa y envolviéndola en un traje—. También, tenemos que lograr su coordinación mano-ojo lo antes posible. No es bueno dejar que las cosas se deslicen. Oh, sí... si usted puede traer el pequeño tobogán también. Y los patos de goma amarillos. Y la esponja con forma de osito de peluche. Y el osito de peluche con forma de esponja.

Se escuchó otro estrépito desde el montón alrededor de Avenas.

—¿Por qué es tan importante la caja? —dijo Agnes.

—No es importante como tal —dijo Magrat. Miró sobre su hombro— . Oh, y ponga esa muñeca de trapo, ¿quiere? Estoy segura de que se está concentrando en ella. Oh, maldición... la bolsa roja tiene las medicinas adentro, gracias... ¿Qué fue lo que preguntaste?

—La caja de Yaya —sugirió Agnes.

—Oh, sólo es... importante para ella.

—¿Es mágica?

—¿Qué? Oh, no. No hasta donde yo sé. Pero todo lo de adentro le pertenece, mira. No a la cabaña —dijo Magrat, recogiendo su hija—. ¿Quién es una buena niña, entonces? ¡Tú lo eres! —Miró a su alrededor—. ¿Hemos olvidado algo?

Avenas escupió el conejo.

—Posiblemente el techo —dijo.

—Entonces, vámonos.

Las urracas volaban en bandada alrededor de la torre del castillo. La mayoría de las rimas de urraca terminaban alrededor de diez o doce, pero aquí había cientos de aves, suficientes para cumplir cualquier predicción posible. Hay muchas rimas sobre urracas, pero ninguna es muy confiable porque no son las que las urracas conocen.

El Conde estaba sentado en la oscuridad abajo, escuchando sus mentes. Las imágenes destellaban detrás de sus ojos. Ésta era la manera de dirigir un país, reflexionó. Las mentes humanas eran tan difíciles de leer, a menos que estuvieran tan cerca que podías ver las palabras sobrevolando por debajo de la vocalización. Pero las aves podían llegar a todas partes, ver a cada trabajador en los campos y a cada cazador en el bosque. Eran buenas oyentes también. Mucho mejores que los murciélagos o las ratas.

Una vez más, la tradición estaba patas arriba.

Ninguna señal de Yaya, sin embargo. Algún truco, quizás. No importaba. Al final ella lo encontraría. Ella no se escondería durante mucho tiempo. No estaba en su naturaleza. Los Ceravieja siempre resistirían y pelearían, incluso cuando sabían que serían derrotados. Tan predecibles.

Varias de las aves habían visto una pequeña figura ajetreada caminando con dificultad a través del reino, guiando a un burro cargado con equipo de cetrería. El Conde le había echado un vistazo a Variopintenen, encontró una mente atestada de punta con punta con halcones, y lo descartó. Él y sus tontas aves tendrían que irse eventualmente, por supuesto, porque ponía nerviosas a las urracas. Tomó nota para mencionarlo a los guardianes.

—¡Ooaauooow!

... pero probablemente no había una combinación de vocales que le hiciera justicia al grito que Tata Ogg lanzó a la vista de la pequeña bebé. Incluía sonidos solamente conocidos por los gatos.

—¿No es una pequeña preciosura? —canturreó Tata—. Probablemente tengo un dulce en algún lugar...

—No está sobre sólidos —dijo Magrat.

—¿Todavía te quedas levantada por la noche?

—Y días. Pero ha dormido bien hoy, gracias al cielo. Tata, dásela al Sr. Avenas y arreglemos esto ahora mismo.

El joven sacerdote tomó a la bebé nerviosamente, sujetándola, como hacen algunos hombres, como si fuera a romperse, o estallar por lo menos.

—Ya, ya, ya —dijo, vagamente.

—Ahora... ¿qué es esto sobre Yaya? —dijo Magrat.

Se lo dijeron, interrumpiéndose la una a la otra en los puntos importantes.

—¿La tierra retorcida más allá del final del bosque? —dijo Magrat, cuando casi habían terminado.

—Eso es correcto —dijo Tata.

—¿Qué es tierra retorcida? —preguntó Agnes.

—Hay mucha magia en estas montañas, ¿correcto? —dijo Tata—. Y todos saben que las montañas fueron hechas cuando unos pedazos de tierra chocaron, ¿correcto? Bien, cuando la magia queda atrapada... más bien... tienes un trozo de tierra donde el espacio está... más bien... estrujado, ¿correcto? Sería muy grande si pudiera pero es como una parte de madera nudosa en un árbol. O un pañuelo usado... todo doblado en pequeño pero todavía grande de una manera diferente.

—¡Pero he estado allá arriba y es sólo una parcela de páramo!

—Tiene que saber la dirección correcta —dijo Tata—. Condenadamente difícil de mirar en una bola de cristal, un lugar así. Todo se tambalea. Es como tratar de mirar algo desde cerca y desde lejos al mismo tiempo. Hace lagrimear a la bola de cristal.

Acercó la pelota verde a sí misma.

—Ahora, ustedes dos empujan y yo conduciré...

—Er, ¿usted va a hacer alguna magia? —dijo Avenas, detrás de ellas.

—¿Cuál es el problema? —dijo Tata.

—Quiero decir, ¿involucra, er... —se puso realmente rojo—... er... quitarse las prendas de vestir y bailar alrededor y convocar criaturas obscenas y salaces? Es que me temo que no podría ser parte de eso. El Libro de Om prohíbe frecuentar con falsos encantadores y engañosos adivinos, mire.

—Yo no frecuentaría falsos encantadores tampoco —dijo Tata—. Se les cae la barba.

—Nosotras somos legítimas —dijo Magrat.

—Y no convocamos a criaturas obscenas y salaces indudablemente —dijo Agnes.

—A menos que queramos hacerlo —dijo Tata Ogg, casi por lo bajo.

—Bien... muy bien, entonces —dijo Avenas.

Mientras desenrollaban el poder, Agnes escuchó a Perdita pensar, No me gusta Magrat. No es como solía ser. Bien, por supuesto que no lo es. Pero se está poniendo a cargo, no se está encogiendo ligeramente como solía hacerlo, no está MOJADA. Es porque es madre, pensó Agnes. Las madres están apenas ligeramente húmedas.

Ella no estaba, en realidad, mayormente a favor de la maternidad en general. Obviamente era necesaria, pero no era exactamente difícil. Incluso los gatos la lograban. Pero las mujeres actuaban como si les hubieran dado una medalla que les daba el derecho de mangonear a las personas. Era como si, sólo porque tenían la etiqueta que decía ‘madre’, todos los demás tenían una diminuta parte de la etiqueta que decía ‘hijo’...

Se encogió de hombros mentalmente, y se concentró en la tarea entre manos.

Una luz creció y se apagó dentro del globo verde. Agnes sólo había mirado la bola de cristal pocas veces antes, pero no recordaba que la luz latiera de este modo. Cada vez que se disolvía en una imagen, la luz parpadeaba y rebotaba hacia algún otro lugar... una poco de brezo... un árbol... nubes acumulándose...

Y entonces Yaya Ceravieja vino y se fue. La imagen vino y desapareció en un instante, y el brillo que llenó el globo con un carácter definitivo le dijo a Agnes, eso es todo, amigos.

—Estaba echada —dijo Magrat—. Todo estaba confuso.

—Entonces ella está en una de las cuevas. Una vez dijo que iba allá para estar sola con sus pensamientos —dijo Tata—. ¿Y vieron ese pequeño tic? Está tratando de mantenernos fuera.

—Las cuevas allá arriba son sólo agujeros en la roca —dijo Agnes.

—Sí... y no —dijo Tata—. ¿La vi sujetar una tarjeta en sus manos?

—¿La tarjeta de ‘No estoy muerta’? —dijo Magrat.

—No, la ha dejado en la cabaña.

—¿Justo cuando realmente la necesitamos, va a meterse en una cueva?

—¿Sabe que la necesitamos? ¿Sabía sobre los vampiros? —dijo Agnes.

—¿No podemos ir a preguntarle? —dijo Magrat.

—No podemos volar todo el camino —dijo Tata, rascándose la barbilla—. No se puede volar apropiadamente sobre la tierra retorcida. Los palos de escoba actúan raro.

—Entonces caminaremos el resto —dijo Magrat—. Faltan horas para la puesta de sol.

—Usted no está viniendo, ¿verdad? —dijo Agnes, aterrada.

—Sí, por supuesto.

—¿Pero y la bebé?

—Parece gustarle en el cabestrillo y la mantiene caliente y no es como si hubiera monstruos allá —dijo Magrat—. De todos modos, creo que es posible combinar la maternidad con una carrera.

—Pensé que usted había dejado la brujería —dijo Agnes.

—Sí... bien... sí. Asegurémonos de que Yaya está bien y arreglemos esto, y luego obviamente tendré otras cosas que hacer...

—¡Pero podría ser peligroso! —dijo Agnes—. ¿No lo crees, Tata?

Tata Ogg giró su silla y miró a la bebé.

—¿Cuchi-cuchi? —dijo.

La pequeña cabeza giró y Esme abrió sus ojos azules.

Tata Ogg la miró pensativa.

—Llevémosla con nosotros —dijo por fin—. Solía llevar a nuestro Jason a todos lados cuando era pequeñito. Les gusta estar con su

mamá.

Miró a la bebé largamente, otra vez.

—Sí —continuó—, creo que ésa sería una idea condenadamente buena.

—Er... creo que quizás haya poco que yo sería capaz de hacer — dijo Avenas.

—Oh, sería demasiado peligroso llevarle a usted —dijo Tata con desdén.

—Pero por supuesto mis plegarias irán con ustedes.

—Eso está bueno —resopló Tata.

La llovizna empapaba a Variopintenen mientras caminaba con dificultad de regreso al castillo. La humedad se había metido en el señuelo, y el ruido que hacía ahora sólo podía atraer a alguna criatura extraña y perdida, merodeando en antiguos estuarios. O posiblemente una oveja con una garganta muy dolorida.

Y entonces escuchó el parloteo de las urracas.

Ató el burro a un árbol joven y caminó hasta un claro. Las aves estaban gritando en los árboles a su alrededor, pero entrar en erupción a al ver a Rey Henry sobre su percha en el burro.

Encogida contra una roca musgosa había...

... una pequeña urraca. Estaba empapada y rara, como armada por alguien que había visto una urraca pero que no supiera cómo se suponía que funcionaba. Se debatió cuando lo vio, se escuchó un sacudir de plumas y, ahora, una versión más pequeña de Rey Henry estaba tratando de abrir sus alas harapientas.

Retrocedió. Sobre su percha, el águila encapuchada había girado su cabeza hacia la extraña ave...

... que ahora era una paloma. Un tordo. Un chochín...

Un repentino indicio de fatalidad llevó a Variopintenen a cubrirse los ojos, pero vio el destello a través de la piel de sus dedos, sintió el ruido sordo de la llama, y olió los pelos quemados en el dorso de su mano.

Algunas matas de hierba ardían en el borde de un círculo de tierra calcinada. Dentro de él algunos patéticos huesos brillaron en rojo y luego se desmoronaron en fina ceniza.

Lejos, en el bosque, las urracas gritaban.

El Conde Magpyr se agitó en la oscuridad de su habitación y abrió los ojos. Las pupilas se ampliaron para recibir más luz.

—Creo que ella ha ido a la tierra —dijo.

—Eso fue excepcionalmente rápido —dijo la Condesa—. Pensé que habías dicho que era muy poderosa.

—Oh, efectivamente. Pero humana. Y se está poniendo más vieja. Con la edad llega la duda. Es tan simple. Completamente sola en esa cabaña estéril, sin compañía excepto la luz de la vela... es tan simple abrir todas las pequeñas grietas y dejar que su mente gire sobre sí misma. Es como observar un incendio forestal cuando el viento cambia y de repente está rugiendo hacia todas las casas pensabas que estaban construidas tan sólidamente.

—Puesto tan gráficamente.

—Gracias.

—Tuviste tanto éxito en Escrow, lo sé...

—Un modelo para el futuro. Vampiros y humanos finalmente en armonía. No hay n[[30]](#footnote-30)ecesidad de esta animosidad, como he dicho siempre.

La Condesa caminó hasta la ventana y con cautela corrió la cortina. A pesar del cielo nublado, se filtró la luz gris.

—Tampoco hay ninguna necesidad de ser tan cautelosa sobre eso —dijo su marido, acercándose por detrás de ella y abriendo completamente la cortina. La Condesa se estremeció y giró la cara.

—¿Lo ves? Todavía inofensivo. Todos los días, en todos los sentidos, nos ponemos mejores y mejores —dijo el Conde Magpyr alegremente—. Autoayuda. Pensamiento positivo. Entrenamiento. Confianza. ¿Ajo? Un condimento agradable. ¿Limones? Simplemente un gusto adquirido. Vaya, ayer extravié una media y simplemente no me preocupo. ¡Tengo montones de medias! ¡Pueden conseguirse medias adicionales! —Su sonrisa perdió brillo cuando vio la expresión de su esposa.

—La palabra ‘pero’ está en la punta de tu lengua —dijo categóricamente.

—Sólo iba a decir que no había ninguna bruja en Escrow.

—¡Y el lugar es completamente el mejor por eso!

—Por supuesto, pero...

—Allí vienes otra vez, mi querida. No hay lugar para ‘peros’ en nuestro vocabulario. Verence tenía razón, bastante curiosamente. Hay un nuevo mundo que viene, y no habrá ningún espacio en él para esos pequeños gnomos horribles ni brujas ni centauros, ¡y especialmente no para los pájaros de fuego! ¡Al diablo con ellos! ¡Progresemos! ¡Son inadecuados para la supervivencia!

—Solamente heriste a esa ave fénix, sin embargo.

—Mi punto exactamente. Ella misma permitió ser lastimada, y por lo tanto la extinción la amenaza. No, mi querida, si no nos esfumamos con el mundo viejo debemos hacer el cambio hacia el nuevo. ¿Brujas? Me temo que las brujas están todas en el pasado ahora.

Los palos de escoba en ese momento aterrizaban justo más allá de la línea de árboles, al borde del páramo. Como Agnes había dicho, apenas tenía el tamaño para merecer el nombre. Podía escuchar el pequeño arroyo de montaña en el otro extremo.

—No puedo ver nada de aspecto retorcido —dijo Agnes. Sabía que decía algo estúpido, pero la presencia de Magrat le estaba crispando los nervios.

Tata miró el cielo. Las otras dos siguieron su mirada.

—Tienes que acostumbrar tu mirada, pero lo verás si observas — dijo—. Solamente puedes verlo si te paras sobre el páramo.

Agnes miró el cielo nublado entrecerrando los ojos.

—Oh... creo que puedo —dijo Magrat.

Apuesto a que ella no lo ve, dijo Perdita, Yo no puedo.

Y entonces Agnes lo vio. Era difícil de descubrir, como una unión entre dos láminas de vidrio, y parecían alejarse siempre que estaba segura de que podía verlo, pero había un... inconsistencia, apareciendo y desapareciendo al borde de la visión.

Tata se lamió un dedo y lo levantó al viento. Entonces señaló.

—Por este lado. Y cierren los ojos.

—No hay ningún sendero —dijo Magrat.

—Eso es correcto. Sujeta mi mano, Agnes sujetará la tuya. He andado de esta manera algunas veces. No es difícil.

—Es como una historia de niños —dijo Agnes.

—Sí, confiamos en nuestros huesos ahora, muy bien —dijo Tata—. Y... aquí nos vamos...

Agnes sintió el brezo cepillar sus pies mientras caminaba. Abrió los ojos.

El páramo se extendía a cada lado, incluso detrás de ellas. El aire era más oscuro, las nubes más pesadas, el viento más sostenido. Las montañas se veían muy lejos. Se escuchaba un trueno distante de agua.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Magrat.

—Todavía aquí —dijo Tata—. Recuerdo que mi papá decía que a veces unos venados o algo se adentraban en la tierra retorcida si eran perseguidos.

—Tendría que ser bastante desesperado —dijo Agnes. El brezo era más oscuro aquí, y rascaba tanto porque era casi espinoso—. Todo se ve tan... desagradable.

—La actitud juega una parte —dijo Tata. Tocó algo con su pie.

Era... bien, había sido una piedra parada, pensó Agnes, pero ahora era una piedra acostada. Unos líquenes crecían densamente sobre ella.

—El jalón. Es difícil salir otra vez si no sabes de él —dijo Tata—. Vamos hacia las montañas. ¿Está Esme bien envuelta, Magrat? La pequeña Esme, quiero decir.

—Está dormida.

—Sí —dijo Tata, en un tono de voz que Agnes pensó que era raro—. Menos mal, realmente. Vámonos. Oh, pensé que podíamos necesitar éstos...

Rebuscó en el depósito sin fondo de su pernera y sacó dos pares de medias tan gruesas que podían haberse puesto de pie solas.

—Lana de Lancre —dijo—. Nuestro Jason las teje en una noche y ya sabes qué dedos fuertes tiene. Podrías abrirte camino a patadas a través de una pared.

El brezo trató infructuosamente de atravesar la lana como cable mientras las mujeres caminaban presurosas sobre el páramo. Todavía había sol aquí, o por lo menos una mancha brillante en el cielo encapotado, pero la oscuridad parecía subir desde abajo del suelo.

Agnes... dijo la voz de Perdita, en la privacidad de su cerebro compartido.

¿Qué?, pensó Agnes.

Tata está preocupada por algo relacionado con la bebé y Yaya. ¿Te has dado cuenta?

Agnes pensó: sé que Tata no le quita los ojos a la pequeña Esme como si estuviera tratando de decidir algo, si eso es lo que quieres decir.

Bien, creo que tiene que ver con Préstamo...

¿Ella piensa que Yaya está usando a la bebé para tenernos vigiladas?

No lo sé. Pero algo está ocurriendo...

El rugido adelante se hizo más fuerte.

—Hay un pequeño arroyo, ¿verdad? —dijo Agnes.

—Eso es correcto —dijo Tata—. Justo aquí.

El páramo caía en picada. Miraron dentro del abismo, que no les devolvió la mirada. Era inmenso. Lejos, abajo, se veían aguas blancas. Un aire frío y húmedo les azotó las caras.

—Eso no puede estar bien —dijo Magrat—. ¡Eso es más ancho y más profundo que el Desfiladero Lancre!

Agnes miró abajo, entre la neblina. Tiene un par de pies de profundidad, le dijo Perdita. Puedo ver cada guijarro.

—Perdita piensa que es una... bien, una ilusión óptica —dijo Agnes en voz alta.

—Puede tener razón —dijo Tata—. Tierra retorcida, ¿la ves? Más grande por dentro.

Magrat recogió una roca y la arrojó hacia dentro. Rebotó unas pocas veces sobre la pared, dando volteretas, y luego no quedó nada más que un eco pétreo. El río estaba muy lejos abajo y ni siquiera se vio la salpicadura.

—Es muy realista, ¿verdad? —dijo débilmente.

—Podríamos usar el puente —dijo Tata, señalando.

Ellas miraron el puente. Tenía cierta calidad negativa. En otras palabras mientras que era posible hasta los límites de la probabilidad que si ellas trataban de cruzar el abismo caminando sobre el delgado aire esto podría resultar —por las corrientes ascendentes repentinas, o moléculas de aire atacadas repentinamente de locura al mismo tiempo— , si trataban de hacer lo mismo a través del puente sería sumamente ridículo.

No tenía argamasa. Habían levantado los pilares colocando rocas como una pirca, y luego una serie de grandes piedras planas cruzaban por arriba. El resultado habría sido llamado primitivo incluso por personas que eran demasiado primitivas para tener una palabra aún para ‘primitivo’. Crujía siniestramente en el viento. Podían escuchar las piedras rozar lentamente unas contra otras.

—Eso no está bien —dijo Magrat—. No resistiría un vendaval.

—No resistiría una calma total —dijo Agnes—. Creo que no es realmente real.

—Ah, puedo ver que eso haría el cruce un poco difícil, entonces — dijo Tata.

Es sólo una laja colocada sobre una zanja, insistió Perdita. Podría hacer volteretas sobre ella. Agnes parpadeó.

—Oh, comprendo —dijo—. Es alguna especie de prueba, ¿verdad? Lo es, ¿verdad? Estamos preocupadas, de modo que el miedo lo convierte en un profundo desfiladero. Perdita es siempre segura, de modo que apenas lo nota...

—Me gustaría notar que está ahí —dijo Magrat—. Es un puente.

—Estamos perdiendo tiempo —dijo Agnes. Caminó con grandes zancadas sobre las lajas de piedra y se detuvo a medio camino.

—Se mece un poco, pero no es demasiado malo —dijo hacia atrás— . Sólo tienen que...

La laja se movió debajo de ella, y la desplazó.

Ella extendió las manos y atrapó el borde de la piedra por absoluta suerte. Pero, aunque sus dedos eran fuertes, mucho de Agnes estaba oscilando debajo.

Miró hacia abajo. No quería hacerlo, pero era una dirección que ocupaba mucho espacio del mundo.

El agua está a un pie por debajo, realmente lo está, dijo Perdita. Todo lo que tienes que hacer es dejarte caer, y eres buena en eso...

Agnes miró hacia abajo otra vez. La caída era tan larga que probablemente nadie escucharía el salpicón. No sólo parecía hondo, se sentía hondo. El aire húmedo subió para rodearla. Podía sentir que el vacío le succionaba los pies.

—¡Magrat lanzó una piedra ahí abajo! —siseó.

Sí, y la vi caer algunas pulgadas.

—Ahora, estoy acostándome y Magrat sujeta mis piernas —dijo Tata Ogg en tono conversacional, justo por encima de ella—. Voy a agarrar tus muñecas y, ya sabes, creo que si haces un balanceo un poco de costado conseguirás poner tu pie sobre uno de los pilares de piedra y estarás tan bien como una moneda de nueve peniques.

—¡No tienes que hablarme como si yo fuera alguna clase de idiota asustada! —recriminó Agnes.

—Sólo estoy tratando de ser agradable.

—¡No puedo mover mis manos!

—Sí, tú puedes. Mira, ahora tengo tu brazo.

—¡No puedo mover mis manos!

—No te apures, tenemos todo el día —dijo Tata—. Cuando estés lista.

Agnes colgó durante un rato. Ni siquiera podía sentir sus manos ahora. Eso quería decir presumiblemente que no sentiría cuando resbalara.

Las piedras crujían.

—Br... ¿Tata?

—¿Sí?

—¿Puedes hablarme un poco más como si yo fuera alguna clase de idiota asustada?

—Está bien.

—Er... ¿por qué dicen bien como una moneda de nueve peniques? ¿En lugar de decir, por ejemplo, diez peniques?

—Interesante. Tal vez sea...

—¿Y puedes hablar más fuerte? ¡Perdita me está gritando que si me dejo caer dieciocho pulgadas estaré parada en el arroyo!

—¿Piensas que ella tiene razón?

—¡No sobre las dieciocho pulgadas!

El puente crujió.

—Las personas rara vez están seguras —dijo Tata—. ¿Estás pisando en algún lugar, querida? Es que yo no puedo levantarte, mira. Y mis brazos se están entumeciendo también.

—¡No puedo llegar al pilar!

—Entonces suéltate —dijo Magrat, desde algún sitio detrás de Tata.

—¡Magrat! —gritó Tata.

—Bien, es quizás es solamente un pequeño arroyo para Perdita. La tierra retorcida puede ser dos cosas al mismo tiempo, ¿verdad? Así que si es así cómo ella lo ve... bien, ¿no puedes dejar que ella continúe con esto? Permítele solucionarlo. ¿No puedes permitirle que tome el control?

—¡Solamente lo hace cuando estoy realmente bajo tensión! ¡Cállate!

—Yo sólo...

—¡No usted, ella! Oh, no...

Su mano izquierda, blanca y casi entumecida, soltó la piedra y lejos de las manos de Tata.

—¡No le permitan hacernos esto! —chilló Agnes—. ¡Caeré cientos de pies sobre rocas afiladas!

—Sí, pero ya que vas a hacerlo de todos modos, cualquier cosa merece un intento, ¿verdad? —dijo Tata—. Cerraría los ojos, en tu lugar...

La mano derecha se desprendió.

Agnes cerró los ojos. Cayó.

Perdita abrió los ojos. Estaba parada en el arroyo.

—¡Maldición! —Y Agnes nunca diría ‘maldición’ y por eso Perdita lo hacía en cada ocasión apropiada.

Extendió la mano hasta la laja justo encima de ella, se agarró, y se alzó. Entonces, captando la expresión de Tata Ogg, giró las manos hasta una nueva posición y levantó las piernas.

Esta estúpida de Agnes nunca se da cuenta de lo fuerte que es, pensó Perdita. Están todos esos músculos que teme usar...

Empujó suavemente hasta que los dedos del pie señalaron al cielo y quedó haciendo un pino sobre el borde. Ella sintió que el efecto era estropeado por la falda que le cubría los ojos.

—Todavía tienes ese desgarrón en tus calzones —dijo Tata bruscamente.

Perdita se volteó y quedó de pie.

Magrat tenía los ojos fuertemente cerrados.

—No hizo un pino sobre el borde, ¿verdad?

—Lo hizo —dijo Tata—. Ahora vemos, eh... Perdita, deja de presumir, hemos perdido demasiado tiempo. Devuelve su cuerpo a Agnes, sabes que es el suyo realmente.

Perdita hizo una voltereta lateral.

—Este cuerpo está desperdiciado —dijo—. ¡Y deberías ver la basura que come! ¿Sabes que todavía tiene dos estantes llenos de juguetes de peluche? ¿Y muñecas? ¡Y se pregunta por qué no puede salir con muchachos!

—Nada como ser mirado fijamente por un osito de peluche para sacar a un joven de su carrera —dijo Tata Ogg—. ¿Recuerdas a la vieja Sra. Mangas, Magrat? Solía necesitaba a dos de nosotras cuando tenía uno de sus desagradables números.

—¿Qué tiene que ver eso con los juguetes? —dijo Perdita con desconfianza.

—Y que es eso... Oh, sí —dijo Magrat.

—Ahora, recuerdo a ese viejo campanero abajo in Ohulan —dijo Tata, comenzando a caminar—. Tenía no menos de siete personalidades en su cabeza. Tres de ellas eran mujeres y cuatro hombres. Pobre viejo. Decía que él siempre era el raro. Decía que le dejaban todo el trabajo y respirar y comer, y ellos tenían toda la diversión. ¿Recuerdas? Decía que era un infierno cuando tomaba un trago y todos empezaban a pelear para saborearlo. A veces no podía escucharse pensar en su propia cabeza, decía... ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!

Agnes abrió los ojos. Le dolía la mandíbula.

Tata Ogg la estaba mirando desde muy cerca, mientras se frotaba la muñeca para recuperar la sensibilidad. Desde un par de pulgadas de distancia su cara parecía una amigable pila de vieja ropa sucia.

—Sí, ésta es Agnes —dijo, retrocediendo—. Su cara se pone más afilada cuando es la otra. ¿Lo ves? Te dije que ella sería la que volviera. Tiene más práctica.

Magrat soltó sus brazos. Agnes se frotó la barbilla.

—Eso dolió —dijo con voz llena de reproche.

—Sólo un poco de amor duro —dijo Tata—. No puedo tener a esa Perdita de un lado para el otro en momentos como éste.

—Tú sólo más o menos agarraste el puente y volviste directo arriba —dijo Magrat.

—¡La sentí parada sobre el suelo! —dijo Agnes.

—Y eso también, entonces —dijo Tata—. Vamos. No está lejos ahora. A veces. Y lo tomemos con calma, ¿de acuerdo? Algunas de nosotras podríamos tener más distancia que caer que otras.

Continuaron adelante, a pesar de una voz cada vez más insistente en la cabeza de Agnes que seguía diciéndole que era una cobarde estúpida y que por supuesto no se hubiera lastimado. Trató de ignorarla.

Las cuevas que Agnes recordaba no eran mucho más que unas salientes de roca. Éstas eran cavernas. La diferencia es básicamente una grandiosidad accidentada y poética. Éstas tenían mucho de ambas.

—La tierra retorcida es un poco como los icebergs —dijo Tata, conduciéndolas por una pequeña hondonada hasta una de las más grandes.

—¿Los nueve décimos de ella están bajo el agua? —preguntó Agnes. Su barbilla todavía dolía.

—Hay más en eso que lo que ve el ojo, quiero decir.

—¡Hay alguien ahí! —gritó Magrat.

—Oh, ésa es la bruja —dijo Tata—. Ella no es un problema.

La luz de la entrada cayó sobre una figura encorvada, sentada entre charcos de agua. Más de cerca, parecía una estatua, y quizás no tan humana como sugería la mirada al principio. El agua brillaba sobre ella; las gotas se formaban sobre el extremo de la larga nariz aguileña y caían en un charco con un plink ocasional.

—Vine aquí arriba una vez con un mago joven, cuando era niña — dijo Tata—. Nada le gustaba tanto como golpear las rocas con su pequeño martillo... bien, casi nada —añadió, con una sonrisa hacia el pasado y luego un suspiro feliz—. Dijo que la bruja era sólo un montón de algo de las rocas, dejado allí por el goteo del agua. Pero mi abuelita decía que era una bruja que se sentó aquí para pensar en algún gran hechizo, y se volvió piedra. Personalmente, mantengo una mente abierta.

—Es un largo camino para traer a alguien —dijo Agnes.

—Oh, había un montón de nosotros niños en casa y estaba lloviendo mucho, y necesita mucha privacidad para una muy buena geología —dijo Tata vagamente—. Pienso que su martillo todavía está por aquí en algún lugar. Se olvidó de él totalmente después de un rato. Miren cómo pisan, las rocas están muy resbaladizas. ¿Cómo lo está llevando la joven Esme, Magrat?

—Oh, está gorjeando. Tendré que alimentarla pronto.

—Tenemos que cuidarla —dijo Tata.

—Bien, sí. Por supuesto.

Tata unió sus manos con un golpe y las separó suavemente. El brillo entre ellas no era la luz llamativa que hacían los magos, sino una tenue luz granular. Era suficiente para asegurar que nadie cayera en un agujero.

—Probablemente haya algunos enanos en un lugar así —dijo Magrat, mientras continuaban su camino a lo largo de un túnel.

—No lo creo. No les gustan los lugares que no se quedan igual. Nadie viene aquí arriba ahora excepto animales y Yaya cuando quiere estar sola con sus pensamientos.

—Y tú cuando estaban golpeando rocas —dijo Magrat.

—¡Ja! Pero era diferente entonces. Había flores en el páramo y el puente era sólo unas piedras donde pisar. Es porque yo estaba enamorada.

—¿Quieres decir que realmente cambia por la manera en que sientes? —preguntó Agnes.

—Lo has descubierto. Es asombroso qué alto y rocoso puede ser el puente si estás de mal humor, lo sé.

—Me pregunto qué tan alto fue para Yaya, entonces.

—Probablemente las nubes pasarían por debajo, muchacha.

Tata se detuvo donde el sendero se bifurcaba, y luego señaló.

—Creo que ha ido por este camino. Esperen...

Ella extendió un brazo. La roca gimió, y una laja del techo cayó con ruido sordo, salpicando agua y guijarros.

—Así que tendremos que trepar sobre ésta, entonces —continuó Tata, en el mismo tono casual.

—Algo está tratando de hacernos salir —dijo Agnes.

—Pero no lo logrará —dijo Tata—. Y no creo que nos haga daño.

—¡Era una laja grande! —dijo Agnes.

—Sí. Pero no nos acertó, ¿verdad?

Había un río subterráneo más adelante, el agua completamente blanca corría con velocidad. Se volcaba por todas partes y casi por encima de un dique de madera, que terminaba en un largo tronco acogedor.

—¡Mira, esto no es seguro para la bebé! —dijo Agnes—. ¿Lo ven, ustedes dos? ¡Usted es su madre, Magrat!

—Sí, lo sé, estuve ahí —dijo Magrat, con calma exasperante—. Pero esto no se siente inseguro. Yaya está aquí en algún lugar.

—Eso es correcto —dijo Tata—. Realmente cerca ahora, creo.

—Sí, pero ella no puede controlar los ríos y las rocas... —comenzó Agnes.

—¿Aquí? No lo sé. Es un lugar muy... receptivo.

Cruzaron lentamente al otro lado del tronco, pasándose la bebé de la una a la otra.

Agnes se apoyó contra la pared de piedra.

—¿Cuánto más allá?

—Bien, técnicamente unas pocas pulgadas —dijo Tata—. Es útil saberlo, ¿verdad?

—¿Soy sólo yo —dijo Magrat—, o se está poniendo más caliente?

—Ahora eso —dijo Agnes, señalando hacia delante—, no lo creo.

Se había abierto una grieta al final de una pendiente en la roca. Una luz roja se derramaba. Mientras la miraban, una bola de llamas rodó hasta arriba y se reventó contra el techo.

—Oh cielos oh cielos —dijo Tata, que había tomado el turno de llevar a la bebé—. Y ni siquiera hay volcanes en ningún lugar cerca de aquí. ¿Qué puede estar pensando? —Fue hacia el fuego resueltamente.

—¡Cuidado! —gritó Agnes—. ¡Perdita dice que es real!

—¿Qué tiene eso que ver con el precio del pescado? —dijo Tata, y caminó dentro del fuego.

Las llamas se apagaron.

Las otras dos se quedaron de pie en la penumbra fría y húmeda.

Magrat se estremeció.

—Tata, estás llevando a la bebé.

—El daño que encuentras aquí es el que traes contigo —dijo Tata—. Y son los pensamientos de Yaya los que están dando forma a este lugar. Pero ella no levantaría una mano contra un niño. No podría hacerlo. No lo tiene dentro.

—¿Este lugar está reaccionando frente a lo que ella está pensando? —preguntó Agnes.

—Eso creo —dijo Tata, poniéndose en camino otra vez.

—¡Odiaría estar dentro de su cabeza!

—Casi lo estás —dijo Tata—. Vamos. Hemos pasado el fuego. No creo que habrá otra cosa.

La encontraron en una caverna. Había arena sobre el piso, suave y sin marcas excepto un juego de pisadas. Su sombrero había sido colocado prolijamente a su lado. Su cabeza descansaba sobre un saco enrollado. Sujetaba una tarjeta con manos rígidas.

Decía:

ME FUI

—Eso no ayuda mucho —dijo Magrat, y se sentó con la bebé sobre su regazo—. Después de todo esto, también.

—¿No podemos despertarla? —dijo Agnes.

—Es peligroso —dijo Tata Ogg—. ¿Tratar de hacerla volver cuando no está lista para hacerlo? Difícil.

—Bien, ¿podemos sacarla fuera de aquí por lo menos?

—No doblará esquinas redondas pero, ja, tal vez podamos usarla como puente —dijo Tata—. No, ella vino aquí por una razón...

Tiró del saco debajo de la cabeza de Yaya, que no se movió, y lo abrió.

—Manzana arrugada, botella de agua y un sándwich de queso que podrías usar para doblar herraduras —dijo—. Y su vieja caja.

La puso sobre el piso entre ellas.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Agnes.

—Oh, recuerdos. Memororabilia, como te dije. Esa clase de cosas — dijo Tata—. Ella siempre dice que está llena de las cosas para las que ya no tiene más uso. —Tamborileó sus dedos sobre la caja como acompañando una idea sobre el piano, y entonces la recogió.

—¿Deberías hacer eso? —dijo Agnes.

—No —dijo Tata. Levantó un manojo de papeles atados con una cinta y los dejó a un lado.

Todas vieron la luz brillando desde el fondo. Tata extendió la mano y sacó una pequeña botella de vidrio de medicina, fuertemente cerrada, y la levantó. Un pequeño resplandor dentro de ella era muy brillante en la penumbra de la cueva.

—He visto antes esta botella —dijo Tata—. Ella tiene toda clase de chucherías aquí. Sin embargo, nunca noté que brillara.

Agnes tomó la botella. Adentro había lo que parecía ser un trozo de helecho, o... no, era una pluma, muy negra excepto la misma punta, que era tan amarilla y brillante como la llama de una vela.

—¿Sabes qué es?

—No. Ella siempre está recogiendo cosas. Ha tenido la botella mucho tiempo, porque la he visto allí...

—Fi juando la rejofía... —Magrat se quitó un alfiler de la boca—. La vi recoger esa cosa hace muchos años —repitió—. Era también esta época del año. Regresábamos cruzando los bosques y hubo una estrella fugaz y esta especie de luz cayó de ella y fuimos a mirar y allí estaba. Parecía una llama pero ella pudo recogerla.

—Parece una pluma de pájaro de fuego —dijo Tata—. Solía haber viejas historias sobre ellos. Ellos pasan por aquí. Pero si tocas sus plumas es mejor que estés muy segura de ti misma, porque las viejas historias dicen que arden en presencia del mal...

—¿Pájaro de fuego? ¿Quieres decir un ave fénix? —dijo Agnes—. Variopintenen estaba siguiendo a uno.

—No he visto pasar uno por años —dijo Tata—. A veces verías dos

o tres a la vez cuando yo era niña, sólo luces volando a gran altura en el cielo. —No, no, el ave fénix... hay solamente uno, ésa es toda la cuestión

—dijo Agnes.

—Uno de cualquier cosa no es condenadamente útil —dijo Tata.

Yaya Ceravieja se lamió los labios, como alguien saliendo de un sueño muy profundo. Parpadeó.

—Ah, sabía que abriendo su caja resultaría —dijo Tata con felicidad.

Los ojos de Yaya Ceravieja se abrieron. Miró directo arriba por un momento, y luego los giró hacia Tata Ogg.

—W’t’r —masculló. Agnes le pasó rápidamente la botella del agua. Tocó los dedos de Yaya, y estaban tan fríos como la piedra.

La vieja bruja tomó un trago.

—Oh. Son ustedes tres —susurró—. ¿Por qué han venido aquí?

—Tú nos lo dijiste —dijo Agnes.

—¡No, no lo hice! —respondió Yaya con fuerza—. Te escribí una

nota, ¿verdad? —No, pero las cosas... —Agnes paró—. Bien, pensamos que querías que nosotros lo hiciéramos. —¿Tres brujas? —dijo Yaya—. Bien, no hay ninguna razón porque no. La doncella, la madre y la...

—Anda con cuidado —advirtió Tata Ogg.

—... la otra —dijo Yaya—. Es tu decisión, estoy segura. No es nada sobre lo que aventuraría alguna clase de opinión. Así que espero que tengan un poco de baile pendiente, y buenos días a todas. Tomaré mi almohada, muchas gracias.

—¿Sabes que hay vampiros en Lancre? —preguntó Tata.

—Sí. Fueron invitados.

—¿Sabes que están tomando posesión?

—Plaga.

—¿Entonces por qué escapaste aquí arriba? —dijo Agnes.

La temperatura de una profunda cueva debería permanecer constante, pero de repente ésta estaba mucho más fría.

—Puedo ir donde desee —dijo Yaya.

—Sí, pero deberías... —empezó Agnes. Ojalá pudiera morder la palabra atrás, pero era demasiado tarde.

—Oh, debería, ¿es eso? ¿Dónde dice que debería? No recuerdo que diga debería en ningún lugar. ¿Alguien va a decirme dónde dice debería? Hay muchas cosas que debería, me atrevo a decir. Pero no deben.

—¿Sabes que una urraca robó tu invitación? —dijo Tata—. Shawn la entregó bien, pero esos demonios ladrones se la llevaron hasta un nido.

Blandió la invitación aún ribeteada de oro, arrugada y manchada.

En el momento de silencio, Agnes imaginó que podía escuchar a las estalactitas crecer.

—Sí, por supuesto que la vi —dijo Yaya—. Resuelto eso para empezar. —Pero el momento había sido apenas ligeramente demasiado largo, y apenas ligeramente demasiado silencioso.

—¿Y sabes que Verence llamó a un sacerdote Omniano para hacer el Nombramiento de la joven Esme?

Otra vez... ligeramente demasiado largo, infinitesimalmente demasiado silencioso.

—Sabe que pongo mi mente en el trabajo —dijo Yaya. Echó un vistazo a la bebé sentada sobre el regazo de Magrat.

—¿Por qué tiene una cabeza puntiaguda? —preguntó.

—Es la pequeña capucha que Tata tejió para ella —dijo Magrat—. Se supone que se vea así. ¿Te gustaría sujetarla?

—Parece cómoda donde está —dijo Yaya tímidamente.

¡Ella no sabía el nombre de la bebé!, susurró Perdita. ¡Te lo dije! Tata cree que Yaya ha estado en la mente de la bebé, puedo deducirlo por la manera en que la ha estado mirando, pero si lo hubiera hecho ella sabría el nombre y ella no lo sabe, lo juro. No haría nada que pudiera lastimar a un niño...

Yaya se sacudió.

—De todos modos, si hubiera un problema, bien, tienes tus tres brujas. No dice en ningún lugar que una de ellas debería —inclinó la cabeza hacia Agnes— ser Yaya Ceravieja. Ustedes lo resuelven. He estado brujereando por estos lares demasiado tiempo y es el momento de... cambiar... hacer otra cosa...

—¿Vas a esconderte aquí arriba? —dijo Magrat.

—No voy a seguir repitiéndome, mi muchacha. Las personas ya no van a decirme qué debería hacer. Sé qué debería y qué no. Tu marido invitó a los vampiros al país, ¿verdad? Eso es moderno para ti. Bien, todos los demás saben que un vampiro no tiene ningún poder sobre ti a menos que lo invites, y si es un rey el que hace la invitación, entonces van a meterle sus dientes a todo el país. Y soy una mujer vieja que vive en los bosques, ¿y tengo que hacer todo mejor? ¿Cuando hay tres de ustedes? He tenido una vida de deberías, de puedes a no puedes, y ahora ha terminado, y les agradeceré que salgan de mi cueva. Y éste es el final.

Tata echó un vistazo a las otras dos y se encogió de hombros.

—Vamos, entonces —dijo—. Si hacemos buen paso podemos estar de regreso en los palos de escoba antes del anochecer.

—¿Eso es todo? —dijo Magrat.

—Las cosas llegan a un final —dijo Yaya—. Voy a descansar aquí arriba y luego seguiré mi camino. Hay muchos lugares donde ir.

Ahora oblígala a que te diga la verdad, dijo Perdita. Agnes se resignó. Debería había sido bastante malo.

—Así que ya nos vamos —dijo Tata—. Vámonos.

—Pero...

—No me vengas con peros —dijo Tata—. Como Yaya habría dicho.

—¡Eso es correcto! —dijo Yaya, recostándose.

Mientras regresaban en fila por las cuevas, Agnes escuchó que Perdita empezaba a contar.

Magrat se palmeó los bolsillos. Tata se palmeó las perneras.

—Oh, debo haberme deja... —dijo Magrat

—Vaya, dejé mi pipa allá atrás —dijo Tata, tan rápidamente que la frase sorprendió a la que venía de la otra.

Cinco segundos, dijo Perdita.

—No te vi sacarla —dijo Agnes.

Tata le lanzó una mirada penetrante.

—¿De veras? Entonces será mejor que vaya y la deje allí, ¿verdad? ¿Hay algo que hayas dejado también, Magrat? No importa, estoy segura de que lo encontraré, sea lo que sea.

—¡Bien! —dijo Magrat, mientras Tata regresaba a toda velocidad.

—Yaya no estaba diciendo la verdad, indudablemente —dijo Agnes.

—Por supuesto que no, nunca lo hace —dijo Magrat—. Ella espera a que tú misma lo averigües.

—Pero está en lo cierto respecto a que nosotras somos tres brujas.

—Sí, pero nunca pensé en volver, tengo otras cosas que hacer. Oh, quizás cuando Esme sea mayor, pensé que tal vez un poco de aromaterapia de medio tiempo o algo así, pero no la seria brujería de tiempo completo. Este asunto del poder-de-tres está... bien, está muy pasado de moda...

¿Y qué tenemos ahora?, intervino Perdita. La joven mujer sagaz pero técnicamente inexperta, la joven madre atormentada y la de cabello plateado... no me parece exactamente mítico, ¿verdad? Pero Magrat abrigó a su pequeña bebé tan pronto escuchó que Yaya estaba en problemas y ni siquiera se detuvo a preocuparse por su marido...

—Espera un momento... escucha —dijo Agnes.

—¿Para qué?

—Sólo escucha... el sonido resuena en estas cuevas...

Tata Ogg se sentó sobre la arena y se removió ligeramente para adaptarse firmemente. Sacó su pipa.

—Entonces —dijo la figura recostada—, aparte de todo eso, ¿cómo te sientes?

No hubo respuesta.

—Vi a la Sra. Paternóster esta mañana —continuó parloteando Yaya—. Es de Tajada. Sólo pasé un momento. Dice que la Sra. Hiedra lo está tomando bien.

Ella soltó una nube de humo.

—Le aclaré algunas cosas —dijo.

La figura en sombras todavía estaba en silencio.

—El Nombramiento salió bien. El sacerdote está tan mojado como una tortilla de nieve, sin embargo.

—No puedo derrotarlos, Gytha —dijo Yaya—. No puedo derrotarlos, y ése es un hecho.

Uno de los talentos escondidos de Tata Ogg era saber cuándo no decir nada. Dejaba un agujero en la conversación que la otra persona se sentía obligada a llenar.

—Tienen mentes como de acero. No puedo tocarlos. He estado intentándolo todo. ¡Cada truco que tengo! Me han estado buscando pero no pueden enfocar bien cuando estoy aquí. El mejor casi llegó hasta mí en la cabaña. ¡Mi cabaña!

Tata Ogg comprendió el horror. La cabaña de una bruja era su fortaleza.

—Nunca he sentido nada como eso, Gytha. Él ha tenido cientos de años para volverse bueno. ¿Notaste las urracas? Él las está usando como ojos. Y es inteligente también. No va a caer ante un sándwich de ajo, éste. Puedo entender todo eso. Estos vampiros han aprendido. Es lo que nunca han hecho antes. No puedo encontrar una manera de entrar en ellos, en ningún lugar. Son más poderosos, más fuertes, piensan rápidamente... Te lo digo, correr mente a mente con él es como escupir en una tormenta.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—¡Nada! ¡No hay nada que pueda hacer! ¿No puedes comprender lo que te he estado diciendo? ¿No sabes que he estado yaciendo aquí todo el día tratando de pensar en algo? Saben todo sobre la magia, el Préstamo es su segunda naturaleza, son rápidos, piensan que somos ganado que puede hablar... Nunca esperé algo así, Gytha. He pensado en eso una y otra vez, y no veo que haya nada que pueda hacer.

—Siempre hay una manera —dijo Tata.

—No puedo verla —dijo Yaya—. Eso es todo, Gytha. Mejor será que me acueste aquí hasta que el agua gotee sobre mí y me convierta en piedra como la vieja bruja en la puerta.

—Tú encontrarás una manera —dijo Tata—. Los Ceravieja no permiten ser derrotados. Es algo en la sangre, como he dicho siempre.

—Estoy derrotada, Gytha. Incluso antes de empezar. Tal vez otra persona tenga una manera, pero yo no. Estoy en contra de una mente que es mejor que la mía. Se trata de mantenerla lejos de mí pero no

puedo entrar. No puedo defenderme. El frío presentimiento de que Yaya Ceravieja lo decía de verdad se

deslizó sobre Tata Ogg. —Nunca pensé que te escucharía decir eso —farfulló. —Ya te vas. No tiene sentido mantener a la bebé en el frío. —¿Y tú qué vas a hacer? —Tal vez seguiré adelante. Tal vez me detendré aquí. —No puedes detenerte aquí para siempre, Esme. —Pregúntale eso a la que está junto a la puerta. Eso parecía ser todo lo que iba a ser. Tata salió, encontró a las

otras con aspecto ligeramente demasiado inocente en la siguiente

cueva, y se dirigió hacia el aire libre. —Encontraste tu pipa, entonces —dijo Magrat. —Sí, gracias. —¿Qué va a hacer ella? —preguntó Agnes. —Dímelo —dijo Tata—. Sé que estaban escuchando. No serían

brujas si no estuvieran escuchando de algún modo. —Bien, ¿qué podemos hacer nosotras que ella no pueda? Si está

derrotada, entonces nosotras también, ¿verdad? —¿Qué quiso decir Yaya, ‘de puedes a no puedes’? —dijo Magrat. —Oh, desde el primer momento en la mañana cuando puedes ver,

hasta el último momento en la noche cuando no puedes ver —dijo Tata. —Se siente realmente deprimida, ¿verdad? Tata se detuvo junto a la bruja de piedra. La pipa estaba en su

mano. Prendió un fósforo sobre la nariz aguileña. —Hay tres de nosotras —dijo—. El número correcto. Así que

empezaremos teniendo un correcto aquelarre... —¿No estás preocupada? —dijo Agnes—. Ella... se está rindiendo... —Entonces nosotras debemos continuar, ¿verdad? —dijo Tata.

Tata ubicó el caldero en medio del piso para el aspecto del asunto, aunque un aquelarre bajo techo no se sentía correcto, y uno sin Yaya Ceravieja se sentía peor.

Perdita dijo que las hacía parecer niñas sensibleras jugando. El único fuego en la habitación estaba en la negra e inmensa cocina de hierro, el último modelo, recientemente instalada para Tata por sus amantes hijos. Sobre ella, la tetera empezó a hervir.

—Haré el té, ¿de acuerdo? —dijo Magrat, levantándose.

—No, tú te sientas. Es trabajo de Agnes hacer el té —dijo Tata—. Tú eres la madre, así que es tu trabajo es volcar.

—¿Cuál es tu trabajo, Tata? —dijo Agnes.

—Lo bebo —dijo Tata inmediatamente—. Correcto. Tenemos que averiguar más mientras todavía estén actuando de manera amigable. Agnes, tú regresa al castillo con Magrat y la bebé. Ella necesita ayuda adicional de todos modos.

—¿Qué bien hará eso?

—Tú misma lo dijiste —dijo Tata—. Los vampiros no te afectan. Tan pronto como tratan de ver la mente de Agnes, se hunde y sale Perdita para arriba, como un subibaja. Justo cuando están mirando a Perdita, aquí viene Agnes otra vez. El joven Vlad te ha puesto el ojo definitivamente, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Sí, correcto —dijo Tata—. A los hombres siempre les gustan las mujeres que tienen un poco de misterio. Les gusta un desafío, ¿lo ves? Y mientras él tiene los ojos en ti, no pierdes de vista a Magrat, y lo vigilas a él, ¿comprendes? Todos tienen una debilidad. Tal vez no nos desharemos de estos vampiros caminando hasta las cortinas y diciendo, ‘Vaya, ¿no está sofocante aquí?’, pero tiene que haber alguna otra manera.

—¿Y si no la hay?

—Cásate con él —dijo Tata firmemente. Magrat abrió la boca. La tetera tembló en su mano.

—¡Eso es horrible! —dijo.

—Podría matarme —dijo Agnes. Por la mañana, dijo Perdita.

—No tiene que ser un matrimonio largo —dijo Tata—. Ponte una estaca puntiaguda en la liga y nuestro muchacho estará poniéndose frío incluso antes de que hayan terminado de cortar el pastel de bodas.

—¡Tata!

—O tal vez podría sólo más bien... hacerle cambiar de costumbres un poco —continuó Tata—. Es asombroso lo que puede hacer una esposa si conoce su propia mente, o mentes en tu caso, por supuesto. Mira al Rey Verence Primero, para empezar. Solía tirar todos los huesos por encima del hombro hasta que se casó y la Reina le hizo dejarlos sobre el costado del plato. Sólo llevaba un mes de casada con el primer Sr. Ogg cuando él ya salía del baño si yo necesitaba hacer pis. Tú puedes refinar a un marido. Tal vez podría dirigirlo en dirección del chorizo, la morcilla y el filete un poco crudo.

—Realmente no tienes ningún escrúpulo, ¿verdad, Tata? —dijo Agnes.

—No —dijo Tata simplemente—. Estamos hablando sobre Lancre. Si fuéramos hombres, estaríamos hablando de entregar nuestras vidas por el país. Como mujeres, podemos conversar sobre entregarnos.

—No quiero escuchar eso —dijo Magrat.

—No te estoy pidiendo que hagas lo que yo no haría —dijo Tata.

—¿De veras? Entonces ¿por qué...?

—Porque nadie quiere que yo lo haga —dijo Tata—. Pero si fuera cincuenta años más joven calculo que podría tener Sonny Jim mordiendo nabos antes de mediados de verano.

—¿Quieres decir que sólo porque ella es una mujer debe usar artimañas sexuales con él? —dijo Magrat—. Eso es tan... tan... bien, es tan Tata Ogg, eso es todo lo que puedo decir.

—Debería usar cualquier recurso que pueda tener a mano —dijo Tata—. No me importa qué dijo Yaya, siempre hay una manera. Como el héroe en Tsort o donde fuera que estuviera, que era totalmente invencible excepto el talón y alguien le clavó una lanza y lo mató...

—¿Qué estás esperando que ella haga, que lo clave por todos lados?

—Nunca entendí esa historia, de todos modos —dijo Tata—. Quiero decir, si yo supiera que tengo un talón que me mataría si alguien me clavara una lanza allí, entraría en la batalla llevando botas muy pesadas...

—Tú no sabes cómo es él —dijo Agnes, ignorando el desvío de la charla—. Me mira como si estuviera desvistiéndome con los ojos.

—Los ojos están permitidos —dijo Tata.

—¡Y se ríe de mí todo el tiempo! ¡Como si supiera que no me gusta y que aumenta la diversión!

—¡Ahora, tú te vas a ese castillo! —gruñó Tata—. ¡Por Lancre! ¡Por el Rey! ¡Por todos en el país! ¡Y si él se pone pesado, permite que Perdita tome el control, porque reconozco que hay algunas cosas en las que es mejor!

En el silencio horrorizado de escuchó un apagado tintineo desde el aparador de Tata.

Magrat tosió.

—Ex-actamente igual que en los viejos días —dijo—. Discutir todo el tiempo.

Tata se puso de pie y desenganchó una sartén de hierro fundido de la viga sobre la cocina.

—No puedes tratar a las personas de esta manera —dijo Agnes hoscamente.

—Yo puedo —dijo Tata, caminando de puntillas en dirección al aparador—. Soy la otra ahora, ¿lo ves?

Los ornamentos volaron y se hicieron añicos cuando dejó caer la sartén con fuerza, el fondo hacia arriba.

—¡Te atrapé, tú diablillo azul! —gritó—. ¡No creas que no te vi!

La sartén se levantó. Tata apoyó su peso sobre el asa pero todavía se movió despacio a lo largo del tocador, balanceándose ligeramente de un lado al otro, hasta que llegó al borde.

Algo rojo y azul cayó al piso y empezó a moverse hacia la puerta cerrada.

Al mismo tiempo Greebo pasó junto a Agnes, acelerando. Y entonces, justo cuando estaba a punto de saltar, cambió de idea. Sus cuatro patas extendieron las garras al mismo tiempo y se clavaron en las tablas del piso. Rodó, se enderezó con un salto, y empezó a lavarse.

La mancha roja y azul golpeó la puerta y se levantó, convirtiéndose en un hombre azul, de seis pulgadas de altura, con pelo rojo. Llevaba una espada casi de su mismo tamaño.

—¡Ach, hins tomaré su brebaje, tú dank vieja callyake! —gritó.

—Oh, es usted —dijo Tata, relajándose—. ¿Quiere un trago?

La espada bajó ligeramente, pero con una sugerencia de que podía ser levantada otra vez al momento.

—¿Qué será?

Tata se inclinó hacia el cajón junto a su silla y buscó entre las botellas.

—¿Barniz? De la mejor cosecha —dijo.

Los diminutos ojos del hombrecillo se iluminaron.

—¿El último martes?

—Correcto. Agnes, abre esa caja de costura y páseme un dedal, ¿quieres? Venga aquí, hombre —dijo Tata, descorchando la botella bien lejos del fuego y llenando el dedal—. Señoras, éste es... déjeme ver sus tatuajes... sí, éste es uno de los Nac mac Feegle. Los pequeños bastardos bajan y atacan mi alambique una vez al año. Creo que reconozco el dibujo.

—Pings, su graley yinl Suz es exactamente allí —dijo el hombre azul, tomando el dedal.

—¿Qué es él? —dijo Magrat.

—Son gnomos —dijo Tata.

El hombre bajó el dedal.

—¡Duendes!

—Duendes, si usted insiste —dijo Tata—. Viven arriba, en los altos páramos más allá de Uberwald...

—¡Ach! ¡Vaya, conoce la lengua correcta, usted anciana dama! ¡Cabrones! Yon puede sweal boggin viejos chupasangre dhu tae...

Tata asentía mientras escuchaba. A medio camino a través de la queja del hombrecillo llenó su dedal.

—Ah, muy bien —dijo, cuando terminó—. Bien, dice que los Nac mac Feegle ha sido obligados a salir por los vampiros, ¿lo ven? Han estado sacando a toda la... —Sus labios se movieron mientras probaba varias traducciones—... gente vieja...

—¡Eso es muy cruel! —dijo Magrat.

—No... quiero decir... razas viejas. Las personas que viven en... los rincones. Ya sabes, los que no ves mucho a tu alrededor... centauros, duendes, gnomos...

—¡Duendes!

—Sí, correcto... los están sacando del país.

—¿Por qué harían eso?

—Probablemente ya no es moderno —dijo Tata.

Agnes miró fijo al duende. Sobre una escala de lo etéreo de uno a diez, él se veía como si estuviera en alguna otra escala, probablemente una enterrada en el lodo de un profundo océano. Ahora podía ver que el color azul de su piel estaba formado por tatuajes y pintura. Su pelo rojo estaba parado en todos ángulos. Su única concesión a la temperatura era un taparrabo de cuero. Él vio que ella lo miraba.

—¡Yist, aleje sus ojos, qué está mirando usted! ¡Bigjobs!

—Er, lo siento —dijo Agnes.

—Buena lengua, ¿verdad? —dijo Tata—. Una pizca de brezo y porquerías. Pero cuando tienes a los Nac mac Feegle de tu lado, lo estás haciendo bien.

El duende agitó el dedal vacío hacia Tata.

—¡Un poco de puñetera ‘limonada’ quiero yo!

—Ah, no puedo engañarle, usted quiere la cosa legítima —dijo Tata. Retiró un almohadón y sacó una botella de vidrio negro con el corcho sujeto con un alambre.

—No le estás dando eso, ¿verdad? —dijo Magrat—. ¡Es tu whisky medicinal!

—Y siempre le dices a las personas que es estrictamente para uso externo solamente —dijo Agnes.

—Ah, los Nac mac Feegle son una raza testaruda —dijo Tata, entregando la botella al hombre diminuto. Ante el asombro de Agnes, él la agarró —era más grande que él— con insolente facilidad—. Con esto usted se va, hombre. Compártalo con sus compañeros, porque sé que andan por aquí en algún lugar.

Se escuchó un tintineo desde el tocador. Las brujas levantaron la mirada. Cientos de duendes habían simplemente aparecido entre los ornamentos. La mayoría de ellos llevaban sombreros puntiagudos que se curvaban tanto que la punta estaba señalando prácticamente hacia abajo, y todos llevaban espadas.

—Es asombroso cómo pueden desaparecer así en primer plano — dijo Tata—. Eso es l[[31]](#footnote-31)o que los ha mantenido a salvo todos estos años. Eso y matar a la mayoría de las personas que los veían, por supuesto.

Greebo, muy tranquilamente, fue a sentarse bajo la silla.

—Entonces... ustedes caballeros han sido desalojados por los vampiros, ¿verdad? —dijo Tata, mientras la botella se movía a través de la multitud. Un rugido se levantó.

—¡Maldición!

—¡Ach, yon weezit eran demonios!

—¡Arnoch, un tickut duro!

—¡Bigjobs!

—Me atrevería a decir que ustedes pueden parar en Lancre —dijo Tata, encima del estrépito.

—Espera un momento, Tata... —comenzó Magrat.

Tata agitó una mano hacia ella apresuradamente.

—Está esa isla en el lago —continuó, levantando su voz—. Donde las garzas anidan. El sitio justo, ¿eh? Muchos peces, un montón de caza en el valle.

Los duendes azules se apiñaron. Entonces uno de ellos levantó la mirada.

—¿Promesa? Usted no está mintiéndonos, ¡pobre de nosotros!

—Oh, ustedes serían dejados en paz —dijo Tata—. Pero sin robar el ganado, ¿eh?

—¿Éstos roban ganado? —dijo Agnes—. ¿Ganado vacuno de tamaño grande? ¿Cuántos de ellos?

—Cuatro.

—¿Cuatro?

—Uno debajo de cada pie. Les visto hacerlo. Ves una vaca en un campo, haciendo sus propias cosas, al siguiente minuto una carrera en el pasto, algún pequeño cabrón que grita, ‘Hup, hup, hup’, ¡y la pobre bestia que pasa voom! Sin mover las patas —dijo Tata—. Son más fuertes que las cucarachas. Si pisoteas a un duende, es mejor que tengas buenas suelas gruesas.

—¡Tata, no puedes darles la isla! ¡No te pertenece! —dijo Magrat.

—No pertenece a nadie —dijo Tata.

—¡Pertenece al Rey!

—Ah. Bien, lo que es suyo es tuyo así que les das la isla y Verence puede firmar un pedazo de papel más adelante. Vale la pena —añadió Tata—. Un contrato de no robar nuestras vacas bien vale la pena. De otro modo verás vacas zumbando velozmente por todas partes. Hacia atrás, a veces.

—¿Sin mover las patas? —dijo Agnes.

—¡Correcto!

—Bien... —empezó Magrat.

—Y serán útiles —añadió Tata, bajando la voz—. Lo que más les gusta es pelear.

—¡Oiga, nos peleamos por la bebida!

—Lo que más les gusta es beber —se corrigió Tata.

—¡No, una buena pelea!

—Lo que más les gusta es beber y pelear —dijo Tata.

—Y robar vacas.

—Y robar vacas —dijo Tata—. Lo que más les gusta es beber, pelear y robar vacas. Escucha, Magrat, yo mejor los tendría aquí meando hacia afuera, que afuera meando hacia aquí. Hay más de ellos y nos dejarán los tobillos mojados.

—¿Pero qué pueden hacer ellos? —dijo Magrat.

—Bien... Greebo está atemorizado —dijo Tata.

Greebo era dos ojos preocupados, uno amarillo, uno blanco perla, en las sombras. Las brujas estaban impresionadas. Greebo había traído un alce una vez. Prácticamente no había nada que no atacara, incluyendo la arquitectura.

—Creería que ellos no tienen problemas con los vampiros, entonces —dijo Agnes.

—¡Ach, no podemos salir volando! ¿Ustedes piensan que somos flores de las hadas del bosque? —dijo con desdén un hombre azul.

—Ellos no pueden volar —dijo Tata.

—Es una isla muy bonita, aun así... —farfulló Magrat.

—Muchacha, tu marido está haciendo lío por ahí con la política, por eso estamos en este problema, y para tomar tienes que dar. Ahora él está enfermo y tú eres Reina de modo que puedes hacer como quieras, ¿correcto? No hay nadie que pueda decirte qué hacer, ¿no es así?

—Sí, supon..

—Así que maldita sea les das la isla a ellos y entonces ellos tendrán algo por qué luchar. De otro modo sólo seguirán adelante hacia cualquier lugar y robarán todo nuestro ganado en el camino. Lo disfrazas con charla elegante, y tienes política.

—¿Tata? —dijo Agnes.

—¿Sí?

—No te enfades, ¿pero no crees que Yaya está haciendo esto a propósito? ¿Quedándose atrás, quiero decir, para que tengamos que formar un tres y trabajar juntas?

—¿Por qué haría eso?

—Para que desarrollemos perspicacia y trabajemos juntas y aprendamos lecciones valiosas —dijo Magrat.

Tata se quedó quieta con la pipa a medio camino a sus labios.

—No —dijo—, no creo que Yaya estuviera pensando así, porque eso es basura sentimental. Oigan, ustedes tipos... aquí está la llave de la alacena de bebidas en el lavadero. Váyanse y diviértanse, no toquen la cosa en las botellas verdes porque es... Oh, espero que estén bien.

Hubo un borrón azul, y la habitación quedó limpia.

—Tenemos cosas que Yaya no tenía —dijo Tata.

—¿Sí? —dijo Agnes.

—Magrat tiene una bebé. Yo no tengo escrúpulos. Y ambas te tenemos a ti.

—¿Qué bien seré yo?

—Bien, en primer lugar... estás en dos mentes sobre todo...

Se escuchó un tintineo de vidrios desde el lavadero, y un grito de:

—¡Ach, ya skivens! ¡Estás mirando a un tipo de confianza!

—¡Crives! ¿Sezu? ¡Infierno! ¡Todos me tienen harto! ¡Gude! ¡Ahora, todos sujeten sus brazos!

—¡Toma esto, para que no te tomes mis tragos! —Algún otro vidrio se rompió.

—Volveremos todas al castillo —dijo Tata—. En nuestros términos. Enfrentaremos a este conde. Y llevaremos ajo y limones y todas las otras cosas. Y algo del agua bendita del Sr. Avenas. No pueden decirme que toda esa basura junta no resultará.

—¿Y nos permitirán entrar? —dijo Agnes.

—Tendrán mucho en que pensar —dijo Tata—. Qué dicen de una turba en las puertas. Podemos deslizarnos por la parte posterior.

—¿Qué turba? —dijo Magrat.

—Organizaremos una —dijo Tata.

—No organizas una turba, Tata —dijo Agnes—. Una turba es algo que ocurre espontáneamente.

Los ojos de Tata Ogg brillaron.

—Hay setenta y nueve Ogg por estos lares —dijo—. Espontáneo será, entonces.

Su mirada fija se posó por un momento en el bosque de imágenes familiares, y luego se quitó una bota y dio golpes en la pared junto a ella. Después de unos segundos escucharon un portazo y pisadas que pasaban enfrente de la ventana.

Jason Ogg, herrero y cabeza masculina del clan Ogg, asomó la cabeza alrededor de la puerta principal.

—¿Sí, Mam?

—Habrá una turba espontánea asaltando el castillo en, oh, una media hora —dijo Tata—. Pasa la voz.

Sí, Mam.

—Dile a todos que yo dije que no es obligatorio para ellos estar ahí, por supuesto —añadió Tata. Jason le echó un vistazo a la jerarquía de Ogg. Tata no tenía nada más que añadir a esa frase. Todos sabían que a veces la caja del gato necesitaba forro.

—Sí, Mam. Les diré que dijiste que no tienen que venir si no quieren hacerlo.

—Buen muchacho.

—¿Es de antorchas encendidas o, ya sabes, guadañas y esas cosas?

—Eso es siempre difícil —dijo Tata—. Pero diría ambos.

—¿Tronco demoledor, Mam?

—Er... no, no lo creo.

—¡Bien! Es mi puerta, después de todo —dijo Magrat.

—¿Algo especial para que las personas griten, Mam?

—Oh, aullidos generales, creo.

—¿Algo para lanzar?

—Sólo rocas en esta ocasión —dijo Tata.

—¡No muy grandes! —dijo Magrat—. Un poco de la sillería alrededor de la puerta principal es muy frágil.

—Está bien, nada más duro que arenisca, ¿comprendes? Y dile a nuestro Kev que saque un barril de mi cerveza Número Tres —dijo Tata—. Mejor será que le agregue una botella de brandy para mantener lejos el frío. Puede pasar a través de tu abrigo cuando estás sin hacer nada fuera de un castillo cantando y saludando. Y envía a nuestro Nev hasta lo de Pobrepollito y que le diga que la Sra. Ogg le presenta sus cumplidos y que queremos media docena de quesos grandes y diez docenas de huevos, y dile a la Sra. Carter si será tan amable de permitirnos tomar una jarra grande de esas cebollas en escabeche que hace tan bien. Es una lástima que no tengamos tiempo de asar algo, pero supongo que tienes que aguantar esa clase de contrariedades cuando estás siendo espontáneo. —Tata Ogg le hizo un guiño a Agnes.

—Sí, Mam.

—¿Tata? —dijo Magrat, cuando Jason había partido aprisa.

—¿Sí, querida?

—Hace un par de meses, cuando Verence sugirió ese impuesto sobre las exportaciones de licor, hubo una gran multitud protestando en el patio, y él dijo, ‘Oh, bien, si ésa es la voluntad del pueblo...’

—Bien, era la voluntad del pueblo —dijo Tata.

—Oh. Correcto. Bien.'

—Sólo que a veces ellos temporalmente olvidan cuál es su voluntad —dijo Tata—. Ahora, puedes dejar a la joven Esme al lado con la esposa de Jason...

—La voy a llevar conmigo —dijo Magrat—. Está bastante feliz en mi espalda.

—¡Usted no puede hacer eso! —dijo Agnes.

—Tú no te atrevas a discutir conmigo, Agnes Nitt —dijo Magrat, enderezándose—. Y ni una sola palabra de ti, Tata.

—Ni lo soñaría —dijo Tata—. Los Nac mac Feegle siempre llevan a sus bebés a la batalla, también. Ahora que lo pienso, para usarlos como armas cuando se necesite.

Magrat se relajó un poco.

—Dijo su primera palabra esta mañana —dijo, orgullosa.

—¿Qué, a los catorce días? —dijo Tata desconfiada.

—Sí. Fue ‘blup’.

—¿Blup?

—Sí. Lo fue... más una burbuja que una palabra, supongo.

—Organicemos las cosas —dijo Tata, poniéndose de pie—. Somos un aquelarre, señoras. Somos un trío. Extraño a Yaya tanto como ustedes, pero tenemos que solucionar las cosas como ella lo haría. —

Respiró hondo un par de veces—. No puedo seguir soportando esto. —Suena mejor de la manera en que ella lo dice —dijo Agnes. —Lo sé.

Variopintenen comía su comida en el comedor de los criados junto a la cocina, y comía a solas. Había personas nuevas por allí, pero Variopintenen no les prestaba mucha atención a los no-halconeros en general. Siempre había otras personas en el castillo, y tenían trabajos que hacer, y si presionaban a Variopintenen reconocería vagamente el hecho de que si dejaba su ropa sucia en un saco junto a la puerta de la cocina todas las semanas estaría lavada y seca dos días después. Estaban sus comidas. La caza que dejaba sobre la laja fría en la larga despensa las proveerían. Y todo así.

Estaba regresando a los establos cuando una de las sombras lo

empujó hacia la oscuridad, con una mano apretada contra su boca. —¿Mpf? —Soy yo. La Sra. Ogg —dijo Tata—. ¿Está usted bien,

Variopintenen? —Mpf —y con esto Variopintenen se las ingenió para indicar que

estaba bien excepto que el pulgar de alguien no le dejaba respirar. —¿Dónde están los vampiros? —¿Mpf? Tata aflojó la mano. —¿Vampiros? —jadeó el halconero—. ¿Los que caminan por allí

lentamente? —No, ésa es la... comida —dijo Tata—. ¿Algún cabrón susurrante por allí también? ¿Algún soldado? Se escuchó un ruido suave desde algún lugar en las sombras, y

alguien dijo:

—Maldición, he dejado caer la bolsa de los pañales. ¿Viste dónde rodó?

—Er, hay algunas nuevas damas y caballeros —dijo Variopintenen— . Andan por las cocinas. Hay algunos hombres con cotas de malla, también.

—¡Maldición! —dijo Tata.

—Está la pequeña puerta del salón principal —dijo Magrat—. Pero siempre está cerrada por dentro.

Agnes tragó.

—Muy bien. Entraré y la abriré, entonces.

Tata le tocó el hombro.

—¿Estarás bien?

—Bien, ellos no pueden controlarme...

—Pueden agarrarte, sin embargo.

Vlad no quiere lastimarte, dijo Perdita. Viste la manera en que nos miraba...

—Yo... creo que estaré bien —dijo Agnes.

—Conoces mejor tus propias mentes, estoy segura —dijo Tata—. ¿Tienes el agua bendita?

—Esperemos que resulte mejor que el ajo —dijo Agnes.

—Buena suerte. —Tata inclinó su cabeza—. Suena como si la turba llegara a la puerta espontáneamente. ¡Vete!

Agnes salió corriendo hacia la lluvia, alrededor del castillo hasta la puerta de la cocina. Estaba abierta de par en par. Se metió en el corredor más allá de la cocina cuando una mano la agarró del hombro, y luego en un borrón de velocidad dos jóvenes aparecieron de pie enfrente de ella.

Estaban vestidos con algo como los jóvenes aficionados a la ópera que había visto en Ankh-Morpork, excepto que sus elegantes chalecos habrían sido considerados demasiado rebuscados por los miembros más serios de la comunidad, y usaban el pelo largo como un poeta que espera que el pelo largo y suelto románticamente compensara una desgraciada incapacidad de encontrar una rima para ‘narciso’.

—¿Por qué estás tan apurada, muchacha? —dijo uno.

Agnes retrocedió.

—Mire —dijo—, estoy muy ocupada. ¿Podemos acelerar esto? ¿Podemos prescindir de todas las miradas lascivas y cosas como ‘Me gusta una muchacha con espíritu’? ¿Podemos ir directo a la parte donde me suelto de su mano y lo pateo en las...

Uno de ellos la abofeteó duro en la cara.

—No —dijo.

—¡Le diré a Vlad sobre ustedes! —gritó Perdita en la voz de Agnes.

El otro vampiro vaciló.

—¡Ja! ¡Sí, él me conoce! —dijeron Agnes y Perdita juntas—. ¡Ja!

Uno de los vampiros la miró de arriba a abajo.

—Qué, ¿usted? —dijo.

—Sí, ella —dijo una voz.

Vlad caminó hacia ellos, los pulgares metidos en los bolsillos de su chaleco.

—¿Demone? ¿Carmesí? Vengan aquí, ¿por favor?

Lo dos fueron y se quedaron de pie mansamente enfrente de él. Se vio un borrón, y luego sus pulgares volvieron a su chaleco y los dos vampiros estaban medios arrugados y cayendo al piso.

—Ésta es esa clase de cosas que no hacemos a nuestros invitados —dijo Vlad, caminando sobre el cuerpo tembloroso de Demone y extendiendo sus manos hacia Agnes—. ¿La lastimaron? Diga una palabra y los enviaré con Lacrimosa. Acaba de descubrir que ustedes tienen una cámara de tortura aquí. ¡Y pensar que creíamos que Lancre estaba atrasado!

—Oh, esa cosa vieja —dijo Agnes débilmente. Carmesí estaba haciendo ruidos borboteantes. Ni siquiera le vi mover las manos, dijo Perdita—. Er... ha estado ahí por siglos...

—Oh, ¿de veras? Ella dijo que no había suficientes correas y hebillas. Sin embargo, ella es... ingeniosa. Sólo diga una palabra.

Di la palabra, dijo Perdita. Habría dos de ellos menos.

—Er... no —dijo Agnes. Ah... cobardía moral de niña gorda—. Er... ¿quiénes son?

—Oh, trajimos algunos del clan en los carros. Pueden ser útiles, dijo Padre.

—¿Oh? ¿Son parientes? —Yaya Ceravieja habría dicho que sí, susurró Perdita.

Vlad tosió suavemente.

—Por sangre —dijo—. Sí. En cierto modo. Pero... subordinados. Venga por aquí.

Tomó su brazo suavemente y la condujo por el corredor, pisando pesadamente sobre la mano temblorosa de Carmesí mientras lo hacía.

—¿Usted quiere decir que el vampirismo es como... las ventas en pirámide? —dijo Agnes. Estaba sola con Vlad. Indudablemente, esto tenía ventaja sobre estar sola con los o[[32]](#footnote-32)tros dos, pero de alguna manera en un momento como éste parecía esencial escuchar el sonido de su propia voz, aunque fuera para recordar que estaba viva.

—¿Perdone? —dijo Vlad—. ¿Quién vende pirámides?

—No, quiero decir... usted muerde cinco cuellos, ¿y en el tiempo de dos meses usted obtiene un lago de sangre de su propiedad?

Sonrió, pero un poco cautelosamente.

—Puedo ver que tenemos mucho que aprender —dijo—. Comprendí cada palabra en esa frase, pero no la frase misma. Estoy seguro de que hay mucho que usted podría enseñarme. Y, efectivamente, yo podría enseñarle a usted...

—No —dijo Agnes, rotundamente.

—Pero cuando nosotros... Oh, ¿qué está haciendo ese imbécil ahora?

Una nube de polvo avanzaba desde la dirección de la cocina. En medio de ella, sujetando un balde y una pala, estaba Igor.

—¡Igor!

—¿Ssí, amo?

—Estás poniendo polvo otra vez, ¿verdad?

—Ssí, amo.

—¿Y por qué estás poniendo polvo, Igor? —dijo Vlad glacialmente.

—Usstedess tienen que tener polvo, amo. Ess tradi...

—Igor, Madre te lo dijo. No queremos polvo. No queremos inmensos candelabros. No queremos los ojos recortados en todos los dibujos, ¡y ciertamente no queremos tu condenada caja de malditas arañas y tu pequeño y estúpido látigo!

Igor se miró los pies en el silencio resonante y muy caliente.

—... telarañass ess lo que la gente esspera, amo... —farfulló.

—¡No las queremos!

—... al viejo Conde le gusstaban miss arañass... —dijo Igor, con una voz como la de un insecto pequeño que sin embargo no sería aplastado.

—Es ridículo, Igor.

—... él ssolía dessir, ‘Buena telaraña hoy, Igor...’

—Mira, sólo... vete, ¿quieres? Mira si puedes solucionar ese olor horrible del vestidor. Madre dice que la hace lagrimear. ¡Y ponte de pie derecho y camina apropiadamente! —le gritó Vlad—. ¡Nadie se impresiona con una cojera!

Agnes vio que Igor, mientras retrocedía, se detenía por un momento, y esperó que él dijera algo. Pero entonces continuó su caminar tambaleante.

—Es como un niño grande —dijo Vlad, sacudiendo la cabeza—. Siento mucho que haya tenido que ver eso.

—Sí, creo que también lo siento —dijo Agnes.

—Va a ser reemplazado. Padre lo ha estado manteniendo por sentimentalismo solamente. Me temo que haya venido con el viejo castillo, con el techo que cruje y el extraño olor a mitad de la escalera principal que, tengo que decirlo, no es tan malo como el que hemos notado aquí. Oh cielos... mire esto, ¿quiere? Volvemos la espalda durante cinco minutos...

Había una inmensa vela, muy chorreada de cera, encendida en un alto candelabro negro.

—¡El Rey Verence tenía todas esas lámparas de aceite, una encantadora luz moderna, e Igor ha estado por aquí reemplazándolas por velas otra vez! Ni siquiera sabemos de dónde las consigue. Lacci cree que guarda la cera de sus oídos...

Ahora estaban en la larga habitación junto al gran salón. Vlad levantó el candelabro para que el brillo de la llama iluminara la pared.

—Ah, han puesto las imágenes. Usted debería conocer a la familia...

La luz cayó en el retrato de un hombre alto y delgado, de pelo gris, traje de noche y una capa de borde rojo. Parecía muy distinguido de cierta manera distante. Tenía sobre el labio inferior el atisbo de un canino alargado.

—Mi tío abuelo —dijo Vlad—. El último... titular.

—¿Qué son esa faja y la estrella que lleva? —dijo Agnes. Podía escuchar los sonidos de la turba, lejanos pero haciéndose más fuertes.

—La Orden de Gvot. Construyó nuestra casa familiar. El Castillo Novalatierra, lo llamamos. ¿No sé si ha escuchado hablar de él?

—Es un nombre extraño.

—Oh, solía reírse sobre eso. Los cocheros locales solían advertir a los visitantes, mire. ‘No vaya cerca del castillo’, decían. ‘Incluso si implica pasar una noche arriba de un árbol, nunca vaya al castillo’, les decían a las personas. ‘Sea lo que sea que usted haga, no ponga un pie en ese castillo’. Él decía que era la publicidad maravillosa. A veces teníamos todos los dormitorios ocupados antes de las 9 p.m. y otras personas estarían golpeando la puerta para entrar. Los viajeros se desviaban millas de su camino para ver de qué se trataba todo ese escándalo. No lo veremos otra vez, con un poco de suerte. Casi jugaba con la multitud, me temo. Se levantaba de la tumba tan a menudo que tenía un ataúd con una tapa giratoria. Ah... Tía Carmilla...

Agnes miró a una mujer muy severa en un ajustado vestido negro y lápiz labial color ci[[33]](#footnote-33)ruela profundo.

—Le dijeron que se bañara en la sangre de hasta doscientas vírgenes a la vez —dijo Vlad—. No lo creo. Lacrimosa dice que si usas más de ochenta vírgenes incluso la bañera más grande rebalsará.

—Estos pequeños detalles son importantes —dijo Agnes, animada por la excitación del terror—. Y, por supuesto, es tan difícil encontrar el jabón.

—Asesinada por una turba, me temo.

—Las personas pueden ser tan desagradecidas.

—Y éste... —la luz pasó a lo largo del salón—... es mi abuelo...

Una cabeza calva. Ojos de mirada fija con bordes oscuros. Dos dientes como agujas, dos orejas como alas de murciélago, uñas que no habían sido recortadas por años...

—Pero la mitad de la imagen es sólo lienzo desnudo —dijo Agnes.

—La historia familiar es que el viejo Magyrato tuvo hambre —dijo Vlad—. Un enfoque muy directo para cosas, mi abuelo. ¿Ve los tintes rojizos y marrones justo aquí? Muy al viejo estilo. Y aquí... bien, algún antepasado distante, es todo lo que sé.

Esta imagen era principalmente barniz oscuro. Había un indicio de un pico sobre una figura encorvada.

Vlad se volteó, rápidamente.

—Hemos hecho un largo camino, por supuesto —dijo—. Evolución, dice Padre.

—Se ven muy... poderosos —dijo Agnes.

—Oh, sí. Sumamente poderosos, y con todo sumamente tontos — dijo Vlad—. Mi padre piensa que la estupidez está de alguna manera incorporada en el vampirismo, como si el deseo por la sangre fresca estuviera relacionado con ser tan tonto como una tabla: Padre es un vampiro muy poco habitual. Él y Madre nos criaron... de manera diferente.

—De manera diferente —dijo Agnes.

—Los vampiros no son muy familiares. Padre dice que eso es natural. Los humanos están criando a sus sucesores, mire, pero nosotros vivimos un tiempo muy largo de modo que un vampiro está criando a sus competidores. No hay mucho sentimiento familiar, usted podía decir.

—Realmente. —En las profundidades de su bolsillo los dedos de Agnes rodearon la botella de agua bendita.

—Pero Padre dijo que la autoayuda era la única escapatoria. Romper el ciclo de la estupidez, dijo. Pequeños trozos de ajo fueron puestos en nuestra comida para que nos acostumbráramos a él. Probó la exposición temprana a varios símbolos religiosos... oh cielos, debemos haber tenido en la habitación infantil el papel tapiz más raro en el mundo, ni hablar del alegre friso de Gertie el Ajo Bailador... y tengo que decir que su eficacia no es tan buena en todo caso. Nos hizo salir a jugar incluso en pleno día. Lo que no nos mata nos hace fuertes, diría...

El brazo de Agnes giró. El agua bendita se disparó de la botella y le dio a Vlad directamente en el pecho.

Él abrió los brazos de par en par y gritó mientras el agua le caía en cascada y se volcaba dentro de sus zapatos.

Ella nunca había esperado que fuera tan fácil.

Él levantó la cabeza y le hizo un guiño.

—¡Mire este chaleco! ¿Quiere mirar este chaleco? ¿Sabe qué le hace el agua a la seda? ¡Nunca la puede quitar! No importa qué haga, siempre queda una marca. —Miró su expresión congelada y suspiró.

—Supongo es mejor que saquemos algunas cosas de nuestro pecho, ¿verdad? —dijo. Miró la pared y bajó un hacha muy grande y con punta. La apuntó bruscamente hacia ella.

—Tome esto y córteme la cabeza, ¿quiere? —dijo—. Mire, aflojaré mi corbata. No queremos sangre sobre ella, ¿verdad? Allí. ¿Lo ve?

—¿Usted está tratando de decirme que también fue criado con esto? —dijo ferozmente—. ¿Qué era, una pequeña práctica de hacha ligera después del desayuno? ¿Cortarse la cabeza un poco cada día y la cosa real no dolerá...?

Vlad blanqueó los ojos.

—Todos saben que cortarle la cabeza a un vampiro es internacionalmente aceptable —dijo—. Estoy seguro de que Tata Ogg se estaría meneando ahora mismo. Vamos, hay muchos músculos en esos brazos algo gruesos, yo...

Ella se volvió.

Él extendió la mano alrededor de ella desde atrás y le sacó el hacha de los brazos.

—... estoy seguro —terminó—. También somos sumamente rápidos.

Probó la hoja con el pulgar.

—Desafilada, veo. Mi querida Srta. Nitt, podría ser más problemático de lo que parece tratar de librarse de nosotros, ¿lo ve? Ahora, el viejo Magyrato no habría hecho la clase de propuesta que estamos haciendo a Lancre. Santo cielo, no. ¿Estamos devastando todo el país? ¿No? ¿Entrando a la fuerza en los dormitorios? Ciertamente no.

¿Qué es un poco sangre, por el bien de la comunidad? Por supuesto Verence tendrá que ser degradado un poco pero, enfrentémoslo, el hombre es más un oficinista que un rey. Y... nuestros amigos pueden encontrarnos agradecidos. ¿Qué sentido tiene resistir?

—¿Los vampiros son siempre agradecidos?

—Podemos aprender.

—Ustedes están diciendo que a cambio de no ser malvados en realidad sólo serán malos, ¿es eso?

—Lo que estamos diciendo, mi querida, es que nuestro tiempo ha llegado —dijo una voz detrás de ellos.

Ambos se volvieron.

El Conde había entrado en la galería. Llevaba un batín. A cada lado, venía caminando un hombre armado.

—Oh cielos, Vlad... ¿Jugando con tu comida? Buenas noches, Srta. Nitt. Parece que tenemos una turba en las puertas, Vlad.

—¿De veras? Eso es excitante. Nunca he visto una verdadera turba.

—Ojalá que tu primera hubiera sido una mejor —dijo al Conde, y sorbió—. No hay ninguna pasión en ella. Sin embargo, sería demasiado fatigoso dejarles continuar durante toda la cena. Les diré que se vayan.

Las puertas del salón se abrieron sin ayuda aparente.

—¿Iremos a mirar? —dijo Vlad.

—Er, yo creo que iré a empolvarme, sólo me iré y... será sólo un minuto —dijo Agnes, retrocediendo.

Salió a toda velocidad por el pequeño corredor que conducía a la pequeña puerta, y descorrió los cerrojos.

—Justo a tiempo —dijo Tata, entrando rápidamente—. Está muy húmedo aquí afuera.

—Se han ido a mirar la turba. ¡Pero hay otros vampiros aquí, no sólo los guardianes! ¡El resto debe haber venido en los carros! Son como... no totalmente criados pero reciben órdenes.

—¿Cuántos hay? —dijo Magrat.

—¡No lo he averiguado! ¡Vlad está tratando de conocerme mejor!

—Buen plan —dijo Tata—. Mira si habla en sueños.

—¡Tata!

—Veamos a su señoría en acción, ¿quieren? —dijo Tata—. Podemos deslizarnos dentro de la vieja casa de guardia al lado de la puerta y echar un vistazo.

—¡Quiero llegar a Verence! —dijo Magrat.

—Él no se va a ningún lugar —dijo Tata, entrando a las zancadas en la pequeña habitación junto a la puerta—. Y no creo que estén planeando matarlo. De todos modos, él tiene un poco de protección ahora.

—Creo que éstos son realmente nuevos vampiros —dijo Agnes—. No son realmente como del tipo viejo.

—Entonces los enfrentamos aquí y ahora —dijo Tata—. Eso es lo que Esme haría, efectivamente.

—¿Pero somos nosotras suficientemente fuertes? —dijo Agnes. Yaya no habría preguntado, dijo Perdita.

—Estamos tres de nosotras, ¿verdad? —dijo Tata. Sacó un matraz y lo descorchó—. Y un poco de ayuda. ¿Alguien más quiere un poco?

—¡Eso es brandy, Tata! —dijo Magrat—. ¿Quieres enfrentar a los vampiros borracha?

—Suena muchísimo mejor que enfrentarlos sobria —dijo Tata, tomando un trago y estremeciéndose—. Sólo una sensata parte del consejo que Agnes recibió del Sr. Avenas, calculo. Los cazadores de vampiros tienen que estar un poco alegres, dijo. Bien, siempre escucho el buen consejo...

\* \* \*

Incluso dentro de la carpa de Poderoso Avenas la vela se inclinaba en el viento. Se sentó sobre la cama de campamento cautelosamente, porque los movimientos repentinos la hacían plegarse con salvajismo de uñas negras, y hojeó sus libretas en un estado de creciente pánico.

No había venido aquí a ser un experto en vampiros. ¡‘Criaturas Vengativas e Impías’ había sido una conferencia de una hora del sordo Diácono Thrope, cada quincena, por gracia de Om, que ni siquiera había contado en el puntaje del examen final! Habían pasado veinte veces más tiempo en Teología Comparativa, y ahora mismo deseaba, realmente deseaba, que hubieran encontrado tiempo de decirle, por ejemplo, dónde estaba exactamente el corazón y cuánta fuerza se necesitaba para clavarle una estaca.

Ah... aquí estaban, una página de garabatos, guardadas sólo porque las notas para su ensayo sobre Vidas de los Profetas, de Thrum, estaban del otro lado.

... La sangre es la vida... los vampiros son serviles con el que los convirtió en vampiros... bisulfito de alilo, ingrediente activo en el ajo... porfiria, ¿falta de? ¿Reacción aprendida?... tierra nativa muy importante... tanto como sea posible beberá de una víctima de modo que sea el esclavo de todos... ‘succión grupal’... la sangre como sacramento impío... los vampiros controlan: murciélagos, ratas, criaturas de la noche, el clima... contrario a la leyenda, la mayoría de las víctimas simplemente se ponen pasivas, NO vampiros... los vampiros sufren terribles tormentos y ansias de sangre... medias... ajo, iconos sagrados... ¿luz del sol mortal...? matar vampiro, libera todas las víctimas... resistencia física &...

¿Por qué nadie les había dicho que esto era importante? Había cubierto media página con u[[34]](#footnote-34)n dibujo del Diácono Thrope, quien era prácticamente una vida inmóvil.

Avenas dejó caer el libro en su bolsillo y agarró su medallón esperanzadamente. Después de cuatro años de universidad teológica no estaba en absoluto seguro de lo que creía, y esto era en parte porque la Iglesia se había dividido tan frecuentemente que algunas veces el plan de estudios entero cambiaba en el tiempo de una tarde. Pero también...

Habían sido advertidos sobre eso. No lo esperen, habían dicho. No le pasa a nadie excepto a los profetas. Om no trabaja de ese modo. Om trabaja desde adentro.

Pero había esperado que, sólo una vez, Om se hiciera conocido de alguna manera obvia e inequívoca que no pudiera ser confundido con el viento o una conciencia culpable. Sólo una vez le gustaría que las nubes se abrieran durante diez segundos y una voz gritara:

¡SÍ, PODEROSO-LOABLE-ERES-QUE-EXALTAS-A-OM AVENAS! ¡TODO ES COMPLETAMENTE VERDADERO! ¡A PROPÓSITO, FUE UN TRABAJO MUY MEDITADO ÉSE QUE USTED ESCRIBIÓ SOBRE LA CRISIS DE LA RELIGIÓN EN UNA SOCIEDAD PLURALISTA!

No era que careciera de fe. Pero la fe no era suficiente. Hubiera querido información.

Ahora mismo se conformaría con un manual confiable sobre eliminación de vampiros.

Se puso de pie. Detrás de él, calladamente, la terrible cama de campamento se cerró.

Había encontrado información, y la información no había ayudado.

¿Acaso no había obligado Jotto al Leviatán de Terror a arrojarse a la tierra y a los mares a volverse rojos de sangre? ¿Acaso no había causado Orda, fuerte en su fe, una repentina hambruna a través de todo el país de Smale?

Indudablemente, sí. Lo creía completamente. Pero una parte de él tampoco podía olvidar haber leído acerca de las diminutas criaturas que causaron las extrañas mareas rojas de la costa de Urt y el efecto que aparentemente tuvieron sobre la vida marítima local, y acerca de los extraños ciclos de viento que mantenían las nubes de lluvia lejos de Smale, a veces por años.

Esto había sido... preocupante.

Porque era tan bueno en lenguas antiguas le habían permitido estudiar en las nuevas bibliotecas que estaban surgiendo alrededor de la Ciudadela, y había sido terreno fresco para la preocupación, porque el buscador de la verdad había encontrado verdades a cambio. El Tercer Viaje del Profeta Cena, por ejemplo, parecía una excepcional traducción del Testamento de Arena en el Libro Laotano del Todo. Sobre un mismo estante encontró cuarenta y tres relatos extraordinariamente similares de una gran inundación, y en cada uno de ellos un hombre muy parecido al Obispo Horn había salvado a los elegidos de la humanidad en un bote mágico. Los detalles variaban, por supuesto. A veces el bote estaba hecho de madera, a veces de hojas de plátano. A veces las noticias de la tierra firme eran traídas por un cisne, a veces por una iguana. Por supuesto, en las crónicas de otras religiones estas historias eran simples cuentos populares y mitos, mientras que el viaje detallado en el Libro de Cena era verdad sagrada. Pero sin embargo...

Avenas había continuado hasta ser ordenado completamente, pero había progresado desde Ligera[[35]](#footnote-35)mente Reverendo a Bastante Reverendo como un joven preocupado. Habría querido discutir sus conclusiones con alguien, pero ocurrían tantos cismas que nadie permanecería quieto el tiempo suficiente para escuchar. El golpeteo de clérigos mientras clavaban sus propias versiones de la verdad de Om sobre las puertas del templo era ensordecedor, y por un breve momento incluso se había contemplado comprando un rollo de papel y un martillo propio y poniendo su nombre en la lista de espera de las puertas, pero se había rechazado.

Porque sabía que tenía dos ideas sobre todas las cosas.

En un momento había considerado pedir ser exorcizado pero se había echado atrás porque la Iglesia usaba tradicionalmente métodos bastante terminales y en todo caso los hombres graves, que rara vez sonreían, no se asombrarían de escuchar que el espíritu invasor que deseaba exorcizar era él mismo.

Llamaba a las voces las Buenas Avenas y las Malas Avenas. El problema era que cada una de ellas estaba de acuerdo con la terminología pero la aplicaba de manera diferente.

Incluso cuando era pequeño había una parte de él que pensaba que el templo era un tonto lugar aburrido, y trataba de hacerlo reír cuando se suponía que estaba escuchando los sermones. Había crecido con él. Era el Avenas que leía ávidamente y que siempre recordaba esos pasajes que ponían la duda sobre la verdad literal del Libro de Om, y lo codeaba y decía, si esto no es verdad, ¿qué puedes creer?

Y la otra mitad de él diría: debe haber otras clases de verdad.

Y él respondería: ¿otras clases que la clase que es realmente verdad, quieres decir?

Y él diría: ¡define realmente!

Y él gritaría: bien, realmente los Omnianos te habrían torturado hasta morir, no hace mucho, por pensar así, incluso. ¿Recuerdas eso? ¿Recuerdas cuántos murieron por usar el cerebro que, tú pareces creer, les dio su dios? ¿Qué clase de verdad disculpa todo ese dolor?

Nunca había resuelto cómo traducir la respuesta en palabras. Y entonces empezaban los dolores de cabeza, y las noches insomnes. La Iglesia se dividía constantemente en estos días, y ésta era seguramente la última, empezando una guerra dentro de la cabeza de uno.

¡Pensar que había sido enviado aquí por su salud, porque el Hermano Melchio estaba preocupado por sus manos temblorosas y la manera en que hablaba solo!

No se ajustó las bolas, porque no estaba seguro de cómo se hacía eso y nunca se había atrevido a preguntar, pero se ajustó el sombrero y salió a la noche salvaje bajo las nubes gruesas y poco comunicativas.

Las puertas de castillo se abrieron y el Conde Magpyr salió, flanqueado por sus soldados.

Eso no estaba de acuerdo con la correcta tradición narrativa. Aunque las personas de Lancre eran técnicamente nuevas en todo esto, adentro y abajo, a nivel genético, sabían que cuando la turba está en la puerta los sometidos a la turba deberían estar gritando desafíos en un laboratorio en llamas o comprometidos en una pelea con algún héroe medio colgando de las almenas.

No debía estar encendiendo un cigarro.

Se quedaron en silencio, las guadañas y las horcas levantadas medio temblorosas. El único sonido era el crepitar de las antorchas.

El Conde sopló un anillo de humo.

—Buenas noches —dijo, mientras se alejaba—. Ustedes deben ser la turba.

Alguien en el fondo de la turba, que no estaba actualizado, lanzó una piedra. El Conde Magpyr la atrapó sin mirar.

—Las horcas son buenas —dijo—. Me gustan las horcas. Como horcas son aceptables indudablemente. Y las antorchas, bien, se da por entendido. Pero las guadañas... no, no, me temo que no. Simplemente no resultarán. No son una buena arma de turba, tengo que decirles. Créanme. Una simple hoz es mucho mejor. Si empiezan a mover las guadañas a su alrededor, alguien podría perder una oreja. Traten de aprender.

Caminó hasta un hombre muy grande que sostenía una horca.

—¿Y cuál es su nombre, joven?

—Br... Jason Ogg, señor.

—¿El herrero?

—¿Sísseñor?

—¿Esposa y familia todos bien?

—Sísseñor.

—Bien hecho. ¿Tiene todo lo que necesita?

—Er... sísseñor.

—Buen hombre. Continúe. Si usted pudiera mantener el ruido bajo hasta después de la cena estaría agradecido, pero por supuesto aprecio que usted tenga un esencial papel tradicional que jugar. Haré que los criados traigan algunos jarros de ponche caliente en breve. —Sacudió la ceniza de su cigarro—. Oh, puedo presentarle al Sargento Kraput, conocido por sus amigos como ‘Bill el Corrupto’, creo, y este caballero que se limpia los dientes con su cuchillo es el Cabo Svitz, que tengo entendido que no tiene ningún amigo en absoluto. Supongo que es débilmente posible que haga algunos aquí. Ellos y sus hombres, que supongo podrían ser llamados soldados en una especie de manera informal, así como vienen se van, corte-y-puñalada —aquí el Cabo Svitz miró y sacudió un pedazo de ración anónima de una muela amarillenta— , entrarán en servicio en, oh, aproximadamente una hora. Simplemente por razones de seguridad, ustedes comprenden.

—Y entonces los destriparemos como a una almeja y los rellenaremos con paja —dijo el Cabo Svitz.

—Ah. Eso es lenguaje militar técnico del cuál sé poco —dijo el Conde—. Realmente espero que no haya groserías.

—Yo no —dijo el Sargento Kraput.

—Qué bribones son —dijo el Conde—. Buenas noches a todos ustedes. Vengan, caballeros.

Retrocedió hacia el patio. Las puertas, cuya madera era tan pesada y estaba tan endurecido con la edad que era como el hierro, se cerraron.

Del otro lado de ella había silencio, seguido por el perplejo mascullar de jugadores a los que les han confiscado la pelota.

El Conde inclinó la cabeza hacia Vlad y separó las manos teatralmente.

—¡Ta-da! Y así es como lo hacemos...

—¿Y piensa que lo haría dos veces? —dijo una voz desde los escalones.

Los vampiros miraron las tres brujas.

—Ah, Sra. Ogg —dijo el Conde, despidiendo a los soldados impacientemente—. Y su majestad. Y Agnes... Ahora... ¿era tres para una niña? ¿O tres para un funeral?

La piedra crujió bajo los pies de Tata mientras Magpyr caminaba hacia adelante.

—¿Ustedes piensan que soy estúpido, queridas damas? —dijo—. ¿Ustedes pensaban realmente que les permitiría andar por allí si hubiera la mínima posibilidad de que pudieran dañarnos?

Un relámpago crepitó a través del cielo.

—Puedo controlar el clima —dijo el Conde—. Y a las criaturas menores que, permítanme decirles, incluyen a los humanos. Y con todo ustedes conspiran y creen que pueden tener alguna clase de... ¿duelo? ¡Qué idea tan encantadora! Sin embargo...

Las brujas fueron levantadas de sus pies. El aire caliente se rizó alrededor de ellas. Un creciente viento afuera hacía que las antorchas de los atacantes lanzaran llamas como banderas.

—¿Qué nos pasó con eso de aprovechar el poder las tres juntas? — siseó Magrat.

—¡Eso dependía de que él permaneciera quieto! —dijo Tata.

—¡Detenga esto inmediatamente! —gritó Magrat—. ¡Y cómo se atreve a fumar en mi castillo! ¡Eso puede tener un efecto muy serio sobre las personas a su alrededor!

—¿Alguien va a decir, ‘Usted nunca se saldrá con la suya’? —dijo el Conde, ignorándola. Subió por los escalones. Ellas se movieron impotentes delante de él, como globos. Las puertas de salón se cerraron de golpe detrás de él.

—Oh, alguien debería —dijo.

—¡Usted no se saldrá con la suya!

El Conde sonrió.

—Y ni siquiera le vi mover los labios...

—¡Idos de aquí y regresad a la tumba de donde venís, injusto vengativo!

—¿De dónde diablos vino él? —dijo Tata, mientras Poderoso Avenas caía al suelo enfrente de los vampiros.

Se estaba deslizando a lo largo de la galería del trovador, le dijo Perdita a Agnes. A veces no prestas atención.

El abrigo del sacerdote estaba cubierto de polvo y su cuello roto, pero sus ojos ardían con fanatismo sagrado.

Puso algo enfrente de la cara del vampiro. Agnes le vio echar un rápido vistazo a un pequeño libro en su otra mano.

—Er... ‘Salid de aquí, gusanos de Rheum, y no provoquéis...’

—¿Excúseme? —dijo el Conde.

—‘... más problemas que...’

—¿Podría sólo señalar algo?

—‘... vuestros espíritus que os preocupan, vos...’ ¿Qué?

El Conde tomó la libreta de la mano repentinamente dócil de Avenas.

—Esto es de Malleus Maleficarum, de Ossory —dijo—. ¿Por qué parece tan sorprendido? ¡Ayudé a escribirlo, pequeño hombre tonto!

—Pero... usted... ¡pero eso fue hace cientos de años! —logró articular Avenas.

—¿Y qué? Y colab[[36]](#footnote-36)oré en Auriga Clavorum Maleficarum, Torquus

Simiae Maleficarum... todo el maldito Arca Instrumentorum, de hecho. Ninguna de esas estúpidas ficciones resulta sobre los vampiros, ¿ni siquiera lo sabía? —El Conde casi gruñía—. Oh, recuerdo a sus profetas. Eran locos ancianos barbudos con los hábitos higiénicos de un armiño pero, por todo lo que está enloquecido, ¡tenían pasión! Ellos no tenían pequeñas mentes sagradas llenas de preocupación y desasosiego. Decían las palabras idiotas como si creyeran en ellas, con globos de espuma sagrada borboteando de la comisura de la boca. ¡Ahora bien, ellos eran verdaderos sacerdotes, con los estómagos llenos de fuego y bilis! Usted es una broma.

Arrojó la libreta a un lado y tomó el colgante.

—Y ésta es la tortuga sagrada de Om, que según creo debería hacer que me encoja de miedo. Ay, ay. Ni siquiera una muy buena réplica. Confección barata.

Avenas encontró una reserva de fuerzas. Logró decir:

—¿Y cómo lo sabría usted, asqueroso demonio?

—No, no, eso es para demonios —suspiró el Conde.

Devolvió la tortuga a Avenas.

—Un esfuerzo loable, no obstante —dijo—. Si alguna vez quiero una buena taza de té, un bollo y posiblemente también una alegre canción, seguramente frecuentaré su misión. Pero, por el momento, usted está en mi camino.

Golpeó tan duro al sacerdote que se deslizó bajo la larga mesa.

—Vaya con la devoción —dijo—. Lo único que queda es que aparezca Yaya Ceravieja. Debería ser en apenas un minuto ahora. Después de todo, ¿pensaban ustedes que ella confiaría en que lo hicieran bien?

El sonido del inmenso llamador de hierro de la puerta resonó a través del salón.

El Conde asintió con felicidad.

—Y ésa será ella —dijo—. Por supuesto lo será. La puntualidad es todo.

El viento entró rugiendo en cuando las puertas fueron abiertas, arrastrando ramitas y lluvia, y a Yaya Ceravieja, como hojas. Estaba empapada y cubierta de barro, su vestido roto en algunos lugares.

Agnes se dio cuenta de que realmente nunca antes había visto a Yaya Ceravieja mojada, incluso después de la peor tormenta, pero ahora estaba empapada. El agua chorreaba de ella y dejaba un rastro en el piso.

—¡Señorita Ceravieja! Tan amable de su parte por venir —dijo el Conde—. Una larga caminata en una noche oscura. Siéntese junto al fuego por un rato y descanse.

—No descansaré aquí —dijo Yaya.

—Al menos tome una bebida o algo de comer, entonces.

—No comeré ni beberé aquí.

—Entonces, ¿qué hará usted?

—Sé muy bien por qué he venido.

Se ve pequeña, dijo Perdita. Y cansada, también.

—Ah, sí. La parte de la batalla. El gran juego. La marca Ceravieja. Y... déjeme ver... su lista de compras hoy será... ‘si gano espero que usted libere a todos y se vaya a Uberwald’, ¿tengo razón?

—No. Espero que usted muera —dijo Yaya.

Ante su horror, Agnes vio que la anciana se tambaleaba ligeramente.

El Conde sonrió.

—¡Excelente! Pero... sé cómo piensa usted, Señorita Ceravieja. Usted siempre tiene más de un plan. Usted está de pie allí, claramente a un paso del colapso, y sin embargo... No estoy completamente seguro de creer lo que estoy viendo.

—No me importa un bledo si usted está seguro —dijo Yaya—. Pero usted no se atreverá a dejarme salir de aquí, lo sé. Porque usted no puede estar seguro dónde iré, o lo que haré. Podría estar observándole desde cualquier par de ojos. Podría estar detrás de cualquier puerta. Tengo algunos favores que podría convocar. Podría venir desde cualquier dirección, en cualquier momento. Y soy buena en malicia.

—¿Y qué? Si yo fuera tan descortés, podría matarla ahora mismo. Una simple flecha bastaría. ¿Cabo Svitz?

El mercenario hizo un gesto de que era tan bueno como alguna vez llegaría a ser un saludo, y levantó su ballesta.

—¿Usted está seguro? —dijo Yaya—. ¿Su simio está seguro de que tendrá tiempo para un segundo tiro? ¿Que yo todavía estaré aquí?

—Usted no es una cambiadora de forma, Señora Ceravieja. Y por el aspecto usted no está en posición de correr.

—Ella está hablando sobre moverse hacia la cabeza de otra persona —dijo Vlad.

Las brujas se miraron unas a otras.

—Lo siento, Esme —dijo Tata Ogg, por fin—. No pude dejar de pensar. Creo que no estoy lo bastante borracha.

—Oh, sí —dijo el Conde—. El famoso truco del Préstamo.

—Pero usted no sabe dónde, usted no sabe qué tan lejos —dijo Yaya cansadamente—. Usted ni siquiera sabe qué clase de cabeza. Usted ni siquiera sabe si tiene que ser una cabeza. Todo lo que usted sabe sobre mí es lo que usted puede tomar de las mentes de otras personas, y ellas no saben todo de mí. No muy profundo.

—Y así que su identidad es colocada en otro lugar —dijo el Conde—. Primitivo. Los he conocido, ya sabe, en mis viajes. Ancianos extraños con cuentas y plumas que podían poner su identidad dentro de un pez, o un insecto... incluso un árbol. Y como si importara. La madera se quema. Lo siento, Señorita Ceravieja. Como suele repetir tanto el Rey Verence, hay un nuevo orden mundial. Nosotros lo somos. Usted es historia...

Se estremeció. Las tres brujas cayeron al suelo.

—Bien hecho —dijo—. Un aviso. Lo sentí. Realmente lo sentí. Nunca nadie en Uberwald ha logrado superarlo.

—Puedo hacer mejor que eso —dijo Yaya.

—No creo que usted pueda —dijo el Conde—. Porque si pudiera ya lo habría hecho. No hay piedad para el vampiro, ¿eh? ¡El grito de las turbas a través de todos los siglos!

Caminó hacia ella.

—¿Usted realmente piensa que somos como algunos duendes endogámicos o humanos lerdos, y que podemos ser intimidados por unos modales firmes y un poco de engaño? Estamos fuera del ataúd ahora, Señorita Ceravieja. He tratado de ser comprensivo con usted, porque realmente tenemos mucho en común, pero ahora...

El cuerpo de Yaya saltó hacia atrás como una muñeca de papel atrapada por una ráfaga de viento.

El Conde se acercó hacia ella, las manos en los bolsillos de su chaqueta. Retrocedió un paso momentáneamente.

—Oh cielos, apenas lo sentí —dijo—. ¿Ése fue su mejor tiro?

Yaya se tambaleó, pero levantó una mano. Una pesada silla junto a la pared se alzó y cayó al otro lado de la habitación.

—Para un humano eso fue muy bueno —dijo el Conde—. Pero creo que usted no puede continuar enviándolo.

Yaya se estremeció y levantó la otra mano. Una inmensa araña de luces empezó a balancearse.

—Oh cielos —dijo el Conde—. Todavía no es bastante bueno. Casi no lo suficientemente bueno.

Yaya retrocedió.

—Pero le prometeré esto —dijo el Conde—. No la mataré. Por el contrario...

Unas manos invisibles la tomaron y la estrellaron contra la pared.

Agnes dio un paso adelante, pero Magrat apretó su brazo.

—No piense en esto como una pérdida, Yaya Ceravieja —dijo el Conde—. Usted vivirá para siempre. Yo lo llamaría una ganga, ¿verdad?

Yaya logró soltar un resoplido de desaprobación.

—Yo lo llamaría poco ambicioso —dijo. Su cara se retorció de dolor.

—Adiós —dijo el Conde.

Las brujas sintieron el golpe mental. El salón vaciló.

Pero hubo otra cosa, en un terreno fuera del espacio normal. Algo brillante y plateado, resbalando como un pez...

—Se ha ido —susurró Tata—. Envió su identidad a algún otro lugar...

—¿Dónde? ¿Dónde? —siseó Magrat.

—¡No lo pienses! —dijo Tata.

La expresión de Magrat se congeló.

—Oh, no... —empezó.

—¡No lo pienses! ¡No lo pienses! —dijo Tata urgentemente—. ¡Elefantes rosados! ¡Elefantes rosados!

—Ella no iría...

—¡Lalalala! ¡Be-ie-ee-ie-oh! —gritó Tata, arrastrando a Magrat hacia la puerta de la cocina—. ¡Vamos, vámonos! ¡Agnes, ahora están ustedes dos!

La puerta se cerró de golpe detrás de ellas. Agnes oyó que los cerrojos se deslizaban. Era una puerta gruesa y eran cerrojos grandes; los constructores del Castillo de Lancre no habían comprendido el concepto de tablas de menos de tres pulgadas de grosor o cerraduras que no pudieran soportar las embestidas.

La situación, para una persona extraña, habría parecido muy egoísta. Pero, de manera lógica, tres brujas en peligro habían sido reducidas a una bruja en peligro. Tres brujas habrían perdido demasiado tiempo preocupándose unas de otras y por lo que iban a hacer. Una

bruja era su propio jefe.

Agnes sabía todo esto, y todavía le parecía egoísta.

El Conde estaba caminando hacia Yaya. Por el rabillo del ojo Agnes podía ver que Vlad y su hermana se estaban acercando. Había una puerta maciza detrás de ella. A Perdita no se le ocurría ninguna idea.

Así que gritó.

Ése era un talento. Tener dos mentes no era un talento, era simplemente una aflicción. Pero el alcance de la voz de Agnes podía derretir la cera de los oídos en su punto más alto.

Empezó alto y vio que lo había juzgado correcto. Justo después del punto donde los murciélagos y las termitas se caían de las vigas, y los perros ladraban abajo en el pueblo, Vlad puso las manos sobre sus orejas.

Agnes tragó para tomar aliento.

—¡Otro paso y lo haré más alto! —gritó.

El Conde levantó a Yaya Ceravieja como si fuera una muñeca.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo—. Y tarde o temprano usted se quedará sin aliento. Vlad, ella te siguió hasta aquí, puedes quedarte con ella, pero es tu responsabilidad. Tienes que alimentarla y limpiar su jaula.

El vampiro más joven se acercó cautelosamente.

—Mire, usted no está siendo sensata realmente —siseó.

—¡Bien!

Y entonces estaba a su lado. Pero Perdita lo había estado esperando incluso cuando Agnes no, y mientras él llegaba su codo ya estaba bien a tiro y le dio en el estómago antes de que pudiera detenerlo.

Se acercó mientras él se doblaba, notando que la incapacidad de aprender era un rasgo vampiro difícil de quitar.

El Conde colocó a Yaya Ceravieja sobre la mesa.

—¡Igor! —gritó—. ¿Dónde estás, estúpido...?

—¿Ssí, amo?

El Conde giró en redondo.

—¿Por qué siempre apareces detrás de mí de esa manera?

—El viejo Conde ssiempre... essperaba esso de mí, amo. Ess una cuesstión professional.

—Bien, no lo hagas más.

—Ssí, amo.

—Y esa voz ridícula, también. Vete a tocar la campana de la cena.

—Ssí, amo.

—¡Y ya te he dicho sobre esa manera de caminar! —gritó el Conde, mientras Igor cruzaba el salón cojeando—. ¡Ni siquiera es divertida!

Igor pasó junto a Agnes, ceceando horriblemente por lo bajo.

Vlad alcanzó a Agnes antes de que ella se acercara a la mesa, y ella estaba ligeramente feliz porque no sabía qué haría cuando llegara allí.

—Usted debe irse —jadeó—. No permitiría que él la lastimara, por supuesto, pero Padre puede ponerse... irritable.

—No sin Yaya.

Una voz apagada en su cabeza dijo: Déja... me...

Ésa no fui yo, dijo Perdita. Creo que ésa era ella.

Agnes miró el cuerpo boca abajo. Yaya Ceravieja parecía mucho más pequeña cuando estaba inconsciente.

—¿Le gustaría quedarse a cenar? —dijo el Conde.

—¿Usted va a... después de toda esta charla, usted va a... chuparle la sangre?

—Somos vampiros, Srta. Nitt. Es cosa de vampiros. Un poco... un sacramento, podría decir.

—¿Cómo puede? ¡Es una anciana!

Giró sobre sí y de repente estaba cerca de ella.

—La idea de un aperitivo más joven es atractiva, créame —dijo—. Pero Vlad se enfurruñaría. De todos modos, la sangre desarrolla... un carácter, exactamente como sus viejos vinos. Ella no será matada. No de ese modo. A la altura de su vida yo le daría la bienvenida a un poco de inmortalidad.

—¡Pero ella odia a los vampiros!

—Eso podría enfrentarla con un problema cuando esté por aquí, ya que será algo servil. Oh cielos... —El Conde extendió la mano y levantó a Avenas desde abajo de la mesa por un brazo—. ¡Qué pálida representación! Recuerdo a los Omnianos cuando estaban llenos de seguridad y fuego, y conducidos por hombres que eran corajudos e implacables, aunque increíblemente locos. Cómo perderían las esperanzas de toda esta leche y cosas de agua. Lléveselo con usted, por favor.

—¿La veré otra vez mañana? —dijo Vlad, probándole a Agnes que los machos de todas las especies podían poseer un gen de estupidez.

—¡Usted no podrá convertirla en un vampiro! —dijo, ignorándolo.

—Ella no podrá evitarlo —dijo el Conde—. Está en la sangre, si elegimos ponerlo ahí.

—Ella resistirá.

—Eso sería digno de ver.

El Conde dejó caer a Avenas al piso otra vez.

—Váyase ahora, Srta. Nitt. Lleve a su sensiblero sacerdote. Mañana, bien, usted podrá recuperar a su vieja bruja. Pero será nuestra. Hay una jerarquía. Todos lo saben... quién sabe algo sobre los vampiros.

Detrás de él Avenas estaba vomitando.

Agnes pensó en las personas de ojos huecos que ahora trabajaban en el castillo. Nadie se merecía eso.

Agarró al sacerdote por la espalda de su chaqueta y lo alzó como una bolsa.

—Adiós, Srta. Nitt —dijo el Conde.

Arrastró al blando Avenas hasta las puertas principales. Ahora estaba lloviendo mucho fuera, una grandiosa y pesada lluvia inmisericorde cayendo del cielo como barras de acero. Se mantuvo cerca de la pared por el leve refugio que ofrecía y lo apoyó bajo el chorro de una gárgola.

Él se estremeció.

—Oh, esa pobre anciana —gimió, desplomándose hacia atrás de modo que una estrella aplanada de lluvia se volcó de su cabeza.

—Sí —dijo Agnes. Las otras dos habían salido corriendo. Habían compartido un pensamiento... y Perdita también. Habían sentido la conmoción mientras Yaya liberaba su mente y... Bien, la bebé incluso se llamaba Esme, ¿verdad? Pero... no podía imaginar la voz de Yaya en su cabeza. Tenía que estar en algún lugar cerca...

—Realmente hice un lío terrible de todo, ¿verdad? —dijo Avenas.

—Sí —dijo Agnes vagamente. No, enviar su identidad hacia la bebé tenía esa especie de rectitud, un toque de folclore, un aro romántico, y era por eso que Tata y Magrat probablemente lo creerían, y por eso que Yaya no lo haría. Yaya no tenía romanticismo en su alma, pensó Agnes. Pero tenía una muy buena idea de cómo manipular el romanticismo en las otras personas.

Entonces... ¿en qué otro lugar estaba? Algo había ocurrido. Ella había puesto su propia esencia en algún lugar a salvo, y sin importar lo que le había dicho al Conde no podía haberla puesto muy lejos. Tenía que estar en algo vivo, pero si estuviera en un humano el propietario ni siquiera lo sabría...

—Si sólo hubiera usado el exorcismo correcto —masculló Avenas.

—No hubiera resultado —dijo Agnes cortante—. No creo que sean vampiros muy religiosos.

—Es probablemente sólo una vez en la vida que un sacerdote tiene una oportunidad así...

—Usted era sólo la persona equivocada —dijo Agnes—. Si un folleto hubiera servido para asustarlos, entonces usted habría sido el mejor hombre para el trabajo.

Miró a Avenas. También Perdita.

—El Hermano Melchio va a ponerse muy brusco sobre esto —dijo, poniéndose de pie—. Oh, míreme, todo cubierto de barro. Er... ¿por qué está mirándome de ese modo?

—Oh... sólo una idea rara. ¿Los vampiros todavía no le afectan la cabeza?

—¿Qué quiere decir?

—¿No le afectan la mente? ¿No saben qué está pensando?

—¡Ja! La mayor parte del tiempo ni siquiera yo sé qué estoy pensando —dijo Avenas abatido.

—¿De veras? —dijo Agnes. ¿De veras?, dijo Perdita.

—Él tenía razón —masculló Avenas, sin escucharla—. He abandonado a todos, ¿verdad? Debería haberme quedado en la universidad y tomado ese puesto de traductor.

Ni siquiera había truenos ni relámpagos con la lluvia. Era sólo copiosa, constante y sombría.

—Pero estoy... listo para intentarlo otra vez —dijo Avenas.

—¿Lo está? ¿Por qué?

—¿Acaso no regresó Kazrin tres veces al valle de Mahag, y arrebató la copa de Hiread de los soldados de los Oolites mientras dormían?

—¿Lo hizo?

—Sí. Estoy... estoy seguro de ello. ¿Y acaso no le dijo Om al Profeta Brutha, ‘Estaré contigo en los sitios oscuros’?

—Imagino que sí.

—Sí. Debe haberlo hecho.

—Y —dijo Agnes—, sobre esa base usted regresaría.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hiciera, ¿para qué sirvo? ¿Para qué sirvo de todos modos?

—No creo que sobrevivamos una segunda vez —dijo Agnes—. Nos dejaron ir esta vez porque era la cosa más cruel para hacer. ¡Maldición! Tengo que decidir qué hacer ahora, y no debería ser yo. ¡Soy la doncella, por amor de los dioses! —Vio su expresión y añadió, por razones que encontraría difíciles de explicar en ese momento—: Un término técnico para el miembro joven de un trío de brujas. No debería tener que decidir cosas. ¡Sí, sé que es mejor que hacer el té!

—Br... No dije nada sobre hacer el té...

—No, lo siento, fue otra persona. ¿Qué quiere ella que yo haga?

Especialmente porque ahora crees que sabes dónde se está escondida, dijo Perdita.

Se escuchó un crujido, y oyeron que las puertas de salón se abrían. La luz se volcó hacia afuera, unas sombras bailaron en la neblina levantada por la lluvia torrencial, se escuchó un salpicón y las puertas se cerraron otra vez. Mientras se cerraban, se escucharon risas.

Agnes se acercó presurosa hasta el pie de los escalones, con el sacerdote chapoteando a su lado.

Ya había un amplio charco de barro en este extremo del patio. Yaya Ceravieja estaba tendida allí, el vestido roto, el pelo deshaciéndose de su rodete duro como la roca.

Tenía sangre en el cuello.

—Ni siquiera la encerraron en un sótano o algo —dijo Agnes, hirviendo de rabia—. ¡Sólo la arrojaron como... a un hueso!

—Supongo que piensan que ella está encerrada, pobre alma —dijo Avenas—. Pongámosla a cubierto, por lo menos...

—Oh... sí... por supuesto.

Agnes levantó las piernas de Yaya y se asombró de que alguien tan delgado pudiera ser tan pesado.

—¿Quizás haya alguien en el pueblo? —dijo Avenas, tambaleándose bajo su extremo de la carga.

—No es una buena idea —dijo Agnes.

—Oh, pero seguramente...

—¿Qué les diría? ¿‘Ésta es Yaya, podremos dejarla aquí, oh, y cuando ella despierte será un vampiro’?

—Ah.

—No es como si las personas estuvieran tan felices de verla de todos modos, a menos que estén enfermas...

Agnes miró a su alrededor a través de la lluvia.

—Vamos, vayamos a los establos, hay cobertizos y esas cosas...

El Rey Verence abrió los ojos. El agua caía a raudales por la ventana de su dormitorio. No había ninguna luz excepto la que se deslizaba bajo la puerta, y sólo pudo distinguir las formas de sus dos guardianes, cabeceando en sus sillas.

Un vidrio tintineó. Uno de los Uberwaldianos fue y abrió la ventana, miró la noche borrascosa, no encontró nada de interés y volvió a su asiento.

Todo se sentía muy... agradable. A Verence le parecía que estaba tendido en una buena bañera caliente, que era muy relajante y cómoda. Las preocupaciones del mundo pertenecían a otra persona. Se movía como un feliz flotador sobre el cálido mar de la vida.

Podía escuchar voces muy apagadas, venían desde algún sitio aparentemente debajo de su almohada.

—¿De acuerdo, gi' tae yon helan bigjobs?

—¡Ach, parece fácil!

—¿Lo levantamos?

—Ahora, a la cuenta de tres... ¡uno, dos, TRES!

—¡Arriba! ¡Arriba!

Algo corrió sobre el piso. La silla de un hombre se sacudió hacia arriba en el[[37]](#footnote-37) aire y se movió a toda velocidad hacia la ventana.

—¡Arriba! —La silla y su ocupante atravesaron el vidrio.

El otro guardián logró ponerse de pie, pero algo estaba creciendo en el aire enfrente de él. Para Verence, un alumno del Gremio de Tontos, se veía mucho como una pirámide humana muy alta formada por acróbatas muy pequeños.

—¡Hup! ¡Hup!

—¡Arriba!

—¡Hup!

Creció hasta la altura de la cara del guardián. La única figura en la cima gritó:

—¿Qué estás mirando, tú chymie? ¡A ver si te gusta! —y se lanzó directamente a un punto entre los ojos del hombre. Se escuchó el ruido de algo quebrado, y el hombre se desplomó hacia atrás.

—¡Hup! ¡Hup!

—¡Arriba!

La pirámide viviente se disolvió hasta el nivel del piso. Verence escuchó diminutas pisadas apagadas y de repente había un hombrecillo profusamente tatuado con un sombrero puntiagudo azul parado en su barbilla.

—¡Hola, reycito! Cómo está su cabeza, ¿eh?

—Bien hecho —murmuró Verence—. ¿Hace cuánto tiempo que usted es una alucinación? Muy bien.

—No puedo decirle lo que no sé, ¿está listo?

—Ésa es la manera —dijo Verence en tono soñador.

—¡Todosarriba!

—¡Arriba! ¡Arriba!

Verence se sintió levantado de la cama. Cientos de manos pequeñas lo pasaban de una a otra y fue deslizado a través de la ventana y afuera sobre el vacío.

Era una pared empinada y, se dijo a sí mismo en tono soñador, no tenía derecho a bajarla tan despacio, a los gritos de ‘¡A la una! ¡A las dos! ¡Arriba!’ Unas manos diminutas tomaron su cuello, su camisa de dormir, sus medias...

—Buen espectáculo —murmuró, mientras se deslizaba suavemente hasta el fondo y entonces, a seis pulgadas por encima del nivel del suelo, fue llevado hacia la noche.

Había una luz ardiendo en la lluvia. Agnes golpeó en la puerta, y la madera mojada dio paso a la ligeramente mejor vista de Variopintenen el halconero.

—¡Tenemos que entrar! —dijo.

—Sí, Srta. Nitt.

Se quedó atrás obedientemente mientras entraban a Yaya en la pequeña habitación.

—¿Ha sido herida, señorita?

—¿Usted sabe que hay vampiros en el castillo? —dijo Agnes.

—¿Sí, señorita? —dijo Variopintenen. Su voz sugería que acababan de decirle un hecho y estaba esperando con educado interés que le dijeran si éste era un hecho bueno o un hecho malo.

—Mordieron a Yaya Ceravieja. Necesitamos dejarla acostada en algún lugar.

—Está mi cama, señorita.

Era pequeña y angosta, diseñada para personas que se acostaban porque estaban cansadas.

—Podría sangrar un poco sobre ella —dijo Agnes.

—Oh, yo sangro todo el tiempo sobre ella —dijo Variopintenen alegremente—. Y sobre el piso. Tengo cualquier cantidad de vendas y ungüento, si fuera necesario.

—Bien, no hará daño —dijo Agnes—. Er... Variopintenen, usted sabe que los vampiros chupan la sangre de las personas, ¿verdad?

—¿Sí, señorita? Tendrán que formar fila detrás de las aves por la mía, entonces.

—¿No le preocupa?

—La Sra. Ogg me hizo un inmenso tarro de ungüento, señorita.

Eso parecía ser todo. Siempre que ellos no tocaran sus aves, Variopintenen no se preocupaba mucho por quién dirigía el castillo. Durante cientos de años los halconeros habían simplemente continuado con las cosas importantes, como la cetrería, que necesitaba mucho entrenamiento, y le dejaba el reinar a los aficionados.

—Está empapada —dijo Avenas—. Por lo menos envolvámosla en una manta o algo.

—Y usted necesitará alguna soga —dijo Agnes.

—¿Soga?

—Se despertará.

—¿Usted quiere decir... que deberíamos atarla?

—Si un vampiro quiere convertirlo en un vampiro, ¿qué ocurre?

Las manos de Avenas agarraron su colgante de tortuga para consuelo mientras trataba de recordar.

—Yo... creo que ellos ponen algo en la sangre —dijo—. Creo que si ellos quieren convertirlo a uno en un vampiro ellos lo consiguen. Eso es todo lo que hay sobre eso. No creo que uno pueda luchar contra eso cuando está en la sangre. No se puede decir que uno no quiere asociarse. No creo que sea un poder que uno pueda resistir.

—Ella es buena resistiendo —dijo Agnes.

—¿Así de buena? —dijo Avenas.

Una de las personas de Uberwald caminaba pesadamente a lo largo del corredor. Se detuvo cuando escuchó un sonido, miró a su alrededor, no vio nada que aparentemente hubiera hecho un ruido, y se puso en marcha otra vez.

Tata Ogg salió de las sombras, y luego le hizo señas a Magrat para que la siguiera.

—Lo siento, Tata, es muy difícil mantener a un bebé en silencio...

—¡Shh! Hay un poco de ruido que viene desde la cocina. ¿Qué podrían querer cocinar los vampiros?

—Son esas personas que han traído con ellos —siseó Magrat—. Han estado mudando nuevo mobiliario. Tienen que ser alimentados, supongo.

—Sí, como ganado. Creo que lo mejor es salir tan frescas —dijo Tata—. Estos tipos no parecen que fueran amantes del pensamiento original ¿Lista? —Tomó distraídamente un trago de la botella que llevaba—. Sólo sígueme.

—Pero mira, ¿y qué pasa con Verence? No puedo dejarlo. ¡Es mi marido!

—¿Qué le harán que puedas evitar si estás aquí? —dijo Tata—. Mantén a la bebé a salvo, eso es lo importante. Lo ha sido siempre. De todos modos... te lo dije, él tiene protección. Me aseguré de eso.

—Qué, ¿mágica?

—Es mucho mejor que eso. Ahora, sólo sígueme y actúa presumida. Debes haber aprendido, siendo una reina. No les permitas pensar que no tienes el derecho de estar donde estás.

Entró a grandes zancadas en la cocina. Las personas miserablemente vestidas le lanzaron una mirada de ojos apagados, como perros que esperan ver si se aproximaba una paliza. Sobre la inmensa cocina, en lugar de la acostumbrada selección de ollas relucientes de limpieza de la Sra. Ascórbico, había un gran caldero ennegrecido. El contenido era de un gris básico. Tata no lo habría revuelto por mil dólares.

—Sólo estamos pasando —dijo bruscamente—. Continúen con lo que estaban haciendo.

Todas las cabezas giraron para mirarlas. Pero hacia la parte posterior de la cocina una figura se levantó del viejo sillón donde la Sra. Ascórbico daba audiencia a veces, y caminó hacia ellas.

—Oh, maldición, es uno de los puñeteros parásitos —dijo Tata—. Está entre nosotras y la puerta...

—¡Damas! —dijo el vampiro, haciendo una reverencia—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Sólo estábamos saliendo —dijo Magrat arrogante.

—Posiblemente no —dijo el vampiro.

—Excúseme, joven —dijo Tata, en su suave voz de vieja chismosa— , pero ¿de dónde es usted?

—De Uberwald, señora.

Tata asintió y miró un trozo de papel que había sacado de su bolsillo.

—Eso está bien. ¿De qué parte?

—Klotz.

—¿De verdad? Eso está bien. Excúseme —Le volvió la espalda y se escuchó un breve twang de elástico antes de que girara otra vez, toda sonrisas.

—Sólo que me gusta interesarme en las personas —dijo—. Klotz, ¿eh? ¿Cuál es el nombre de ese río allí? ¿El Hum? ¿El Eh?

—El Ah —dijo el vampiro.

La mano de Tata se disparó hacia adelante y calzó algo amarillo entre los dientes del vampiro. Él la agarró pero, mientras era arrastrada hacia adelante, lo golpeó arriba de la cabeza.

Cayó de sus rodillas, agarrándose la boca y tratando de gritar a través del limón que acababa de morder.

—Parece una superstición rara, pero allí la tienes —dijo Tata, mientras empezaba a echar espuma alrededor de los labios.

—Tienes que cortarle la cabeza también —dijo Magrat.

—¿De veras? Bien, vi una cuchilla de carnicero allí atrás...

—¿Y si sólo nos vamos? —sugirió Magrat—. ¿Antes de que otra persona venga, quizás?

—Muy bien. No es un vampiro importante, de todos modos —dijo Tata con desdén—. Ni siquiera viste un chaleco muy interesante.

La noche era plata con la lluvia. Cabezas abajo, las brujas corrieron a través de las tinieblas.

—¡Tengo que cambiar a la bebé!

—Desearía un impermeable —farfulló Tata—. ¿Ahora?

—Es un poco urgente...

—Muy bien, entonces, aquí dentro...

Buscaron refugio en los establos. Tata espió en la noche con atención y cerró la puerta silenciosamente.

—Está muy oscuro —susurró Magrat.

—Yo siempre podía cambiar a los bebés por el tacto cuando era joven.

—Preferiría no tener que hacerlo. Hey... hay una luz...

El débil resplandor de una vela era apenas visible en el otro extremo de los compartimientos.

Igor cepillaba los caballos hasta que brillaban. Su hablar entre dientes mantenía ritmo con los golpes del cepillo. Parecía tener algo en mente.

—Voss tonta, ¿eh? ¿Passoss tontoss? ¿Qué diabloss ssabe él? ¡Afissionado al látigo y pressumido! Igor deja de hasser esso, Igor deja de hasser aquello... todoss essoss chicoss pavoneándosse por aquí, tratando de empujarme... hay una confabulassión en esstass cossass. ¡El viejo amo lo ssabía! Un ssirviente no ess un essclavo...

Echó un vistazo a su alrededor. Un trozo de paja se movió empujado por el viento.

Empezó a cepillar otra vez.

—¡Huh! Bussca esto, bussca lo otro... nunca una pissca de resspeto, oh no...

Igor se detuvo y se quitó otro trozo de paja de la manga.

—... y otra cosa...

Se escuchó un crujido, una ráfaga de aire, el caballo se encabritó en su compartimiento e Igor quedó tendido en el suelo, sintiendo que su cabeza estaba atrapada en un torno.

—Ahora, si juntara mis rodillas —dijo una alegre voz femenina encima de él—, es muy probable que pudiera hacer descender su cerebro por la nariz. Pero sé que eso no va a ocurrir, porque estoy segura de que somos todos amigos aquí. Diga que sí.

—Sss.

—Es lo mejor que vamos a conseguir, supongo.

Tata Ogg se levantó y sacudió la paja de su vestido.

—He estado en pajares más limpios —dijo—. Levántese, Sr. Igor. Y si usted está pensando en algo ingenioso, mi colega ahí sostiene una horca y no es muy buena para apuntar de modo que ¿sabe a qué parte de usted podría darle?

—¿Ess esso un bebé lo que ella lleva?

—Somos muy modernas —dijo Tata—. Tenemos montones de dinero y todo eso. Y ahora tomaremos su coche, Igor.

—¿Lo haremos? —dijo Magrat—. ¿Adónde nos vamos?

—Es una noche terrible. No quiero tener a la bebé afuera, y no sé dónde estaríamos seguras cerca de por aquí. Tal vez podamos llegar a las llanuras antes de mañana.

—¡Yo no dejaré Lancre!

—Salva a la niña —dijo Tata—. Asegúrate de que habrá un futuro. Además... —dijo algo a Magrat que Igor no captó.

—No podemos estar seguras de eso —dijo Magrat.

—Tú conoces la manera en que Yaya piensa —dijo Tata—. Querrá que nosotras mantengamos segura a la bebé —añadió en voz alta—. Así que enganche los caballos, Sr. Igor.

—Ssí, sseñora —dijo Igor mansamente.

—¿Está usted pateando mi balde, Igor?

—No, ess un plasser ressibir órdeness en una voss clara y firmemente autoritaria, sseñora —dijo Igor, tambaleándose por las bridas—. Nada de essa bassura de ‘Sseríass tan amable...’. A un Igor le gussta ssaber dónde esstá parado.

—¿Ligeramente inclinado? —dijo Magrat.

—¡El viejo amo ssolía assotarme todoss loss díass! —dijo Igor con orgullo.

—¿Le gustaba eso? —dijo Magrat.

—¡Por ssupuessto que no! ¡Pero era apropiado! Él era un caballero, cuyass botass yo no meressía lamer...

—¿Pero usted lo hacía, sin embargo? —dijo Tata.

Igor asintió.

—Todass lass mañanass. Ssolían tomar un adorable brillo, también.

—Bien, ayúdenos a salir y veré que usted sea azotado con un cordón perfumado —dijo Tata.

—Grassias lo missmo, pero me esstoy yendo de todoss modoss — dijo Igor, ajustando una correa—. Esstoy enfermo hassta aquí arriba con esste grupo. ¡Elloss deberían esstar hassiéndolo! ¡Sson una dessgrassia para la esspessie!

Tata se secó la cara.

—Me gusta un hombre que dice lo que piensa —dijo—, que siempre está preparado a prestarle una toalla... ¿dije toalla? Quiero decir una mano.

—¿Vas a confiar en él? —dijo Magrat.

—Soy un buen juez de caracteres, yo —dijo Tata—. Y siempre puede confiar en un hombre que tiene puntadas todo alrededor de su cabeza.

—¡Vamos, vamos, vamos!

—¡Sólo podemos ser miles!

—¡Bigjobs!

Un zorro espió cautelosamente alrededor de un árbol.

A través de los bosques barridos por la lluvia un hombre se movía a toda velocidad mientras estaba aparentemente acostado. Llevaba un gorro de dormir, cuyo pompón rebotaba en el suelo.

Para cuando el zorro se dio cuenta de qué estaba ocurriendo era demasiado tarde. Una pequeña figura azul saltó del hombre acelerado y cayó en su hocico, pegándole entre los ojos con la cabeza.

—¿Lo ves? ¡Saca los huesos de esta yan!

El Nac mac Feegle saltó abajo mientras el zorro se desplomaba, agarró su cola con una mano y corrió detrás de los otros, agitando el brazo en el aire triunfalmente.

—¡Hurra! ¡Tenemos cena esta noche!

Habían empujado la cama hasta el centro de la habitación. Ahora Agnes y Avenas se sentaron a cada lado, escuchando los sonidos distantes de Variopintenen alimentando las aves. Se escuchaba el sonido de latas y el ocasional gañido cuando trataba de quitar un ave de su nariz.

—¿Perdone? —dijo Agnes.

—¿Excúseme?

—Pensé que usted susurraba algo —dijo Agnes.

—Estaba, er, diciendo una breve plegaria —dijo Avenas.

—¿Ayudará? —dijo Agnes.

—Er... me ayuda a mí. El Profeta Brutha dijo que Om ayuda a aquellos que se ayudan.

—¿Y lo hace?

—Para serle sincero, hay varias opiniones sobre su significado.

—¿Cuántas?

—Unas ciento sesenta, desde el cisma del 23 de febrero a las 10.30

a.m. Fue cuando los Chelonianisis Libremente ReUnidos (Asamblea del Distrito del Eje) se dividió de los Chelonianisis Libremente ReUnidos (Asamblea del Distrito del Borde). Fue algo bastante serio.

—¿Con derramamiento de sangre? —dijo Agnes. No estaba muy interesada, pero mantenía su mente lejos de lo que podía estar despertándose en un minuto.

—No, pero hubo puñetazos y derramaron tinta sobre un diácono.

—Puedo ver que fue muy malo.

—También hubo algunos serios tirones de barbas.

—Cielos. —Maniáticos sectarios, dijo Perdita.

—Usted se está riendo de mí —dijo Avenas solemnemente.

—Bien, eso suena un poco... trivial. ¿Ustedes están discutiendo siempre?

—El profeta Brutha dijo, ‘Dejad que haya diez mil voces’ —dijo el sacerdote—. A veces pienso que quiso decir que era mejor discutir entre nosotros que poner a los no creyentes al fuego y a la espada. Es todo muy complicado. —Suspiró—. Hay cien caminos hacia Om. Desafortunadamente a veces pienso que alguien dejó un rastrillo tendido a través de muchos de ellos. El vampiro tenía razón. Hemos perdido el fuego...

—Pero ustedes solían quemar a las personas con él.

—Lo sé... lo sé...

Agnes vio un movimiento por el rabillo del ojo.

El vapor subía desde abajo la manta con que habían abrigado a Yaya Ceravieja.

Cuando Agnes bajó la vista los ojos de Yaya se abrieron de golpe y giraron de un lado al otro.

Su boca se movió una o dos veces.

—¿Y cómo está, Srta. Ceravieja? —dijo Poderoso Avenas, con voz alegre.

—¡Fue mordida por un vampiro! ¿Qué clase de pregunta es ésa? — siseó Agnes.

—¿Una que es mejor que ‘Qué es usted’? —susurró Avenas.

La mano de Yaya tembló. Abrió la boca otra vez, arqueó el cuerpo contra la soga y luego se desplomó sobre la almohada.

Agnes le tocó la frente, y quitó la mano bruscamente.

—¡Se está quemando! ¡Variopintenen! ¡Traiga un poco de agua!

—¡Ya voy, señorita!

—Oh, no... —susurró Avenas. Señaló las sogas. Se estaban desatando, moviéndose sigilosamente unas sobre otras como serpientes.

Yaya medio rodó, medio cayó de la cama, aterrizando en sus manos y rodillas. Agnes fue a recogerla y recibió un codazo que la envió al otro lado de la habitación.

La vieja bruja arrastró la puerta y gateó afuera hacia la lluvia. Hizo una pausa, jadeando, mientras las gotas la mojaban. Agnes juró que algunas chisporrotearon.

Las manos de Yaya resbalaron. Cayó en el barro y forcejeó por enderezarse.

Una luz verde azulada se derramó por la puerta abierta del establo. Agnes volvió la mirada hacia adentro. Variopintenen estaba mirando un tarro, en donde un punto de luz blanca estaba rodeado por una pálida llama azul que se extendía mucho más allá del pote, y se rizaba y palpitaba.

—¿Qué es eso?

—¡Mi pluma de ave fénix, señorita! ¡Está quemando el aire!

Afuera, Avenas habían alzado a Yaya y había puesto su hombro bajo uno de sus brazos.

—Ella dijo algo —dijo—. ‘Yo soy’, creo...

—¡Ella podría ser un vampiro!

—Acaba de decirlo otra vez. ¿No la escuchó?

Agnes se acercó, y de repente la mano floja de Yaya estaba agarrando su hombro. Podía sentir el calor a través de su vestido empapado y distinguió la palabra en el silbido de la lluvia.

—¿Hierro? —dijo Avenas—. ¿Dijo hierro?

—Está la forja de castillo en la puerta al lado —dijo Agnes—. Llevémosla ahí.

La forja estaba oscura y fría, su fuego sólo se encendía cuando había trabajo que hacer. Llevaron a Yaya adentro; resbaló de su abrazo y cayó de manos y rodillas sobre las losas.

—Pero el hierro es inútil contra los vampiros, ¿verdad? —dijo Agnes—. Nunca escuché que las personas usaran hierro...

Yaya hizo un ruido entre un bufido y un gruñido. Se arrastró a través del piso, dejando un rastro de barro, hasta que llegó al yunque.

Era sólo un gran trozo largo de hierro para acomodar los poco experimentados aporreos de metal ocasionalmente necesarios para mantener el castillo en funcionamiento. Todavía arrodillada, Yaya se

agarró de él con ambas manos y apoyó la frente.

—Yaya, qué puede... —empezó Agnes.

—Vete donde están... las otras —graznó Yaya Ceravieja—. Se necesitarán tres... brujas si esto sale... mal... ustedes tendrán que enfrentar... algo terrible...

—¿Qué cosa terrible?

—Yo. Sal ahora.

Agnes retrocedió. Sobre el hierro negro, junto a los dedos de Yaya, unas pequeñas motas de óxido estaban chispeando y saltando.

—¡Es mejor que me vaya! ¡Manténgala vigilada!

—Pero qué pasa si...

Yaya lanzó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

—¡Vete! —gritó.

Agnes se puso blanca.

—¡Usted escuchó lo que dijo! —gritó, y corrió afuera a la lluvia.

La cabeza de Yaya se desplomó contra el hierro otra vez. Alrededor de sus dedos unas chispas rojas bailaban sobre el metal.

—Señor sacerdote —dijo en un áspero susurro—. En alguna parte en este lugar hay un hacha. ¡Tráigala aquí!

Avenas miró a su alrededor desesperadamente. Había un hacha, una pequeña de doble filo, junto a una muela.

—Er, he encontrado una —arriesgó.

La cabeza de Yaya se sacudió hacia atrás. Sus dientes estaban apretados, pero logró decir:

—¡Afílela!

Avenas echó un vistazo a la muela y se lamió los labios nerviosamente.

—¡Afílela ahora mismo, dije!

Se quitó la chaqueta, se enrolló las mangas, levantó el hacha y puso un pie sobre el pedal de la rueda.

Unas chispas saltaron de la hoja cuando la rueda giró.

—Luego encuentre algo de madera y... corte una punta. Y encuentre... un martillo...

El martillo fue fácil. Había un estante de herramientas junto a la rueda. Unos segundos de desesperado rebuscar entre los escombros junto a la pared produjeron un poste de cerca.

—Señora, ¿qué está queriendo que yo...?

—Algo... aparecerá... en este momento —jadeó Yaya—. Asegúrese... de saber bien... qué es...

—Pero usted no espera que yo degüelle...

—Le estoy ordenando a usted, hombre religioso. ¿En qué cree usted... realmente? ¿Qué pensaba que... era todo esto? ¿Cantar canciones? Tarde o temprano... todo vuelve... a la sangre...

Su cabeza colgó contra el yunque.

Avenas miró sus manos otra vez. Alrededor de ellas el hierro era negro, pero apenas un poco más allá de sus dedos había un pálido brillo en el metal, y el óxido todavía chisporroteaba. Tocó el yunque cautelosamente, entonces retiró la mano y se chupó los dedos.

—La Srta. Ceravieja está un poco mal, ¿verdad? —dijo Variopintenen, entrando.

—Creo que usted podría decirlo indudablemente, sí.

—Oh cielos. ¿Quiere un poco de té?

—¿Qué?

—Es una noche terrible. Si vamos a quedarnos levantados pondré la tetera.

—¿Usted se da cuenta, hombre, que ella podría levantarse de allí como un vampiro sanguinario?

—Oh. —El halconero bajó la mirada a la figura quieta y al yunque humeante—. Es buena idea enfrentarla con una taza de té dentro suyo, entonces —dijo.

—¿Usted comprende qué está ocurriendo aquí?

Variopintenen lanzó otra lenta mirada a la escena.

—No —dijo.

—En tal caso...

—No es mi trabajo comprender este tipo de cosas —dijo el halconero—. No fui entrenado. Probablemente necesita mucho entrenamiento, comprender esto. Ése es su trabajo. Y el trabajo de ella. ¿Usted puede comprender qué sucede cuando un ave que ha sido entrenada caza una presa y todavía volverá a la muñeca?

—Bien, no...

—Allí lo tiene, entonces. Así que eso está bien. Una taza de té, ¿verdad?

Avenas se rindió.

—Sí, por favor. Gracias.

Variopintenen salió apresuradamente.

El sacerdote se sentó. Si se sabía la verdad, no estaba seguro de comprender qué estaba ocurriendo. La anciana había estado ardiendo y en dolor, y ahora... el hierro se estaba poniendo caliente, como si el dolor y el calor estuvieran saliendo. ¿Alguien podía hacer eso? Bien, por supuesto, los profetas podían, se dijo concienzudamente, pero era porque Om les había dado el poder. Pero a decir de todos la anciana no creía en nada.

Estaba muy quieta ahora.

Los otros habían hablado de ella como si fuera alguna gran maga, pero la figura que había visto en el salón era sólo sido una anciana cansada y extenuada. Había visto a personas abajo en el hospicio en Aby Dyal, tiesas y retraídas hasta que el dolor era demasiado grande y todo lo que quedaba era una plegaria y entonces... ni siquiera eso. Parecía ser donde ella estaba ahora.

Estaba realmente quieta. Avenas sólo había visto una quietud así cuando el movimiento ya no era una alternativa.

\* \* \*

Hacia arriba de la ventosa montaña y hacia abajo por la cañada llena de juncos corrían los Nac mac Feegle, que parecían no tener ningún concepto de cautela. El progreso era un poco más lento ahora, porque algunos de la partida se apartaban ocasionalmente para tener una pelea o una cacería improvisada, y además del Rey de Lancre había ahora, balanceándose a través del brezo, el zorro, un ciervo aturdido, un jabalí, y una comadreja que había sido sospechada de mirar a un Nac mac Feegle de una manera rara.

Verence veía, aturdido, que estaban dirigiéndose hacia un banco al borde de un campo, desolado y abandonado, cubierto con algunos antiguos árboles espinosos.

Los duendes pararon con una sacudida cuando la cabeza del Rey estuvo a unas pulgadas de un gran agujero de conejo.

—¡No va a caber!

—¡Empujemos, ahora!

La cabeza de Verence fue golpeada esperanzadamente contra la tierra mojada una o dos veces.

—¡Córtenle las orejas!

—¡Bigjobs!

Uno de los duendes sacudió la cabeza.

—¿No podremos hacerlo, entonces? Otra manera es y’ole carlin’ll hae todas las agallas fae garters...

Inusitadamente, los Nac mac Feegle se quedaron silenciosos por un momento. Entonces uno de ellos dijo:

—Nadie tiene tantas agallas, correcto.

—Y además, ella nos dará agua de vida. Lo prometimos. No puedes fallarle a una bruja.

—Todos en ello, entonces...

Verence fue dejado caer en el suelo. Se escuchó un breve sonido de alguien cavando, y el barro llovió sobre él. Entonces fue recogido otra vez y llevado por un agujero más agrandado, con la nariz rozando las raíces de árbol en el techo. Detrás de él se escuchaba el sonido de alguien que rápidamente rellenaba un túnel.

Entonces sólo quedó un banco donde vivían los conejos obviamente, cubierto con árboles espinosos. Invisible en la noche borrascosa, una nube de humo ocasional se movía entre los troncos.

Agnes se apoyó contra la pared del castillo, que estaba chorreando agua, y trató de recuperar el aliento. Yaya no le había dicho que se fuera. La orden había golpeado su cerebro como un balde de hielo. Incluso Perdita lo había sentido. Era impensable no obedecer.

¿Adónde se habría ido Tata? Agnes sintió un urgente deseo de estar cerca de ella. Tata Ogg irradiaba un campo constante de todo-estarábien. Si habían salido por la cocina podía estar en cualquier lugar...

Escuchó el coche salir traqueteando a través del arco que conducía a las cuadras. Era apenas una forma vislumbrada, envuelta en rocío de lluvia, mientras rebotaba a través de los adoquines del patio. Una figura junto al conductor, sujetando un saco sobre su cabeza contra el viento y la lluvia, podía haber sido Tata. Apenas importaba. Nadie habría visto a Agnes correr por los charcos agitando una mano.

Se dirigió hacia el arco mientras el coche desaparecía colina abajo. Bien, estaban tratando de alejarse, ¿verdad? Y robar el coche de un vampiro tenía cierto estilo Tata Ogg...

Alguien agarró sus dos brazos desde atrás. Instintivamente trató de golpear para atrás con los codos. Era como tratar de moverse contra una roca.

—Vaya, Srta. Agnes Nitt —dijo Vlad fríamente—. ¿Un agradable paseo para tomar un poco de lluvia?

—¡Han huido de usted! —escupió.

—¿Eso cree usted? Padre podría enviar ese coche directamente al desfiladero en un momento si quisiera hacerlo —dijo el vampiro—. Pero no lo hará. Preferimos el toque personal.

—El enfoque en-su-cuello —dijo Agnes.

—Ja, sí. Pero él está realmente tratando de ser razonable. ¿De modo que no puedo convencerla de que se haga una de nosotros, Agnes?

—¿Qué, alguien que vive tomando la vida de otras personas?

—Habitualmente ya no vamos tan lejos como eso —dijo Vlad, arrastrándola hacia adelante—. Y cuando lo hacemos... bien, nos aseguramos de que sólo matamos a personas que merecen morir.

—Oh, bien, eso está muy bien, entonces, ¿verdad? —dijo Agnes—. Estoy segura de que confiaría en el criterio de un vampiro.

—Mi hermana puede ser un poco demasiado... rigurosa a veces, lo admito.

—¡He visto a las personas que trajeron con ustedes! ¡Prácticamente mugen!

—Oh, ellos. Los empleados domésticos. ¿Bien? No es muy diferente de las vidas que habrían tenido en todo caso. Mejor, a decir verdad. Están bien alimentados, protegidos...

—... ordeñados.

—¿Y eso es malo?

Agnes trató de liberarse de su abrazo. Justo aquí no había ninguna pared de castillo. No había habido necesidad. El Desfiladero Lancre era toda la pared que alguien podía necesitar, y Vlad la estaba llevando directamente a la caída vertical.

—¡Qué palabras tan estúpidas! —dijo.

—¿Lo son? Tengo entendido que usted ha viajado, Agnes —dijo Vlad, mientras ella forcejeaba—. De modo que sabrá que muchas personas llevan pequeñas vidas, siempre bajo el látigo de algún rey o gobernante o amo que no vacila en sacrificarlos en una batalla o que los despiden cuando ya no pueden trabajar.

Pero pueden escapar, dijo Perdita de pronto.

—¡Pero pueden escapar!

—¿De veras? ¿A pie? ¿Con una familia? ¿Y sin dinero? Normalmente nunca lo intentan siquiera. La mayoría de las personas aguantan la mayoría de las cosas, Agnes.

—Eso es de lo más desagradable, cínico...

Exacto, dijo Perdita.

—... exac... ¡No!

Vlad levantó las cejas.

—Usted tiene una mente tan extraña, Agnes. Por supuesto, usted no es una del... rebaño. Espero que ninguna bruja lo sea. Ustedes las personas tienden a conocer su propia mente. —Le sonrió con muchos dientes, y en un vampiro esto no era agradable—. Ojalá yo pudiera. Vamos.

No había forma de resistirlo, a menos que quisiera ser arrastrada por el suelo.

—Padre está muy impresionado con ustedes brujas —dijo, sobre su hombro—. Dice que debemos hacerlas a todas vampiros. Dice que ustedes están a medio camino de todos modos. Pero prefiero que usted venga a ver qué maravilloso podría ser.

—Lo haría preferido, ¿verdad? ¿Me gustaría estar ansiando sangre todo el tiempo?

—Usted ansía chocolate todo el tiempo, ¿verdad?

—¡Cómo se atreve!

—La sangre tiende a ser baja en carbohidratos. Su cuerpo se adaptará. Las libras sólo disminuirán...

—¡Eso es asqueroso!

—Usted tendrá completo control sobre usted misma...

—¡No estoy escuchando!

—Todo que necesita es un pequeño pinchazo...

—¡No va a ser el suyo, señor!

—¡Ja! ¡Maravilloso! —dijo Vlad y, arrastrando a Agnes con él, se lanzó al Desfiladero Lancre.

Yaya Ceravieja abrió los ojos. Por lo menos, tenía que suponer que estaban abiertos. Había sentido que los párpados se movían.

La oscuridad yacía enfrente de ella. Era terciopelo negro, sin estrellas, un agujero en el espacio. Pero había luz detrás de ella. Estaba de pie con la espalda hacia la luz, podía sentirla, verla sobre sus manos. Estaba pasando, definiendo la oscuridad que era la profunda, larga y densa sombra de ella sobre...

... la arena negra. Crujía bajo sus botas cuando se movía.

Ésa era una prueba. Todo era una prueba. Todo era una competencia. La vida te la ponía enfrente todos los días. Te mirabas a ti misma todo el tiempo. Tenías que escoger. Nunca te decían si habías acertado. Oh, algunos de los sacerdotes decían que recibías puntuaciones después, pero ¿qué sentido tenía?

Ojalá su mente estuviera trabajando más rápido. No podía pensar apropiadamente. Sentía la cabeza llena de niebla.

Éste... no era un lugar real. No, ésa no era la manera correcta de pensarlo. No era un lugar acostumbrado. Podría ser más real que

Lancre. A través de él, su sombra se extendía, esperando...

Echó un vistazo a la figura alta y silenciosa a su lado.

BUENAS NOCHES.

—Oh... usted otra vez.

OTRA ELECCIÓN, ESMERELDA CERAVIEJA.

—¿Luz y oscuridad? Nunca es tan simple como eso, usted lo sabe, ni siquiera para usted.

Muerte suspiró. NI SIQUIERA PARA MÍ.

Yaya trató de ordenar sus ideas.

¿Cuál luz y cuál oscuridad? No estaba preparada para esto. Esto no se sentía correcto. Ésta no era la lucha que había esperado. ¿La luz de quién? ¿La mente de quién era ésta?

Pregunta absurda. Era siempre ella.

Nunca pierdas tu concepto sobre eso...

Entonces... luz detrás de ella, oscuridad enfrente...

Siempre había dicho que las brujas estaban de pie entre la luz y la oscuridad.

—¿Estoy muriendo?

SÍ.

—¿Moriré?

SÍ.

Yaya volvió a pensarlo.

—Pero desde su punto de vista, todos están muriendo y todos morirán, ¿verdad?

SÍ.

—De modo que realmente usted no está siendo de mucha ayuda, estrictamente hablando.

LO SIENTO, PENSÉ QUE USTED QUERÍA LA VERDAD. ¿QUIZÁS USTED ESTABA ESPERANDO JALEA Y HELADO?

—Ja...

No había movimiento en el aire, ningún sonido sino su propia respiración. Sólo la luz blanca y brillante de un lado, y la pesada oscuridad del otro... esperando.

Yaya había escuchado a personas que casi habían muerto pero que habían regresado, posiblemente por un hábil puñetazo en el lugar correcto, o por quitar algún bocado caprichoso que había bajado por el camino equivocado. A veces hablaban sobre ver una luz

Allí es donde debería ir, le dijo un pensamiento. Pero... ¿era la luz el camino de entrada, o el de salida?

Muerte chasqueó sus dedos.

Una imagen apareció sobre la arena enfrente de ellos. Se vio a sí misma, arrodillada enfrente del yunque. Admiró el efecto dramático. Siempre tuvo una vena teatral, aunque nunca lo admitiría, y apreciaba de una manera incorpórea la fuerza con la que había clavado su dolor en el hierro. Alguien había estropeado ligeramente el efecto poniendo una tetera sobre un extremo.

Muerte extendió la mano hacia abajo y tomó un puñado de arena. Lo levantó, y dejó que resbalara entre sus dedos.

ESCOJA, dijo. USTED ES BUENA ESCOGIENDO, CREO.

—¿Hay algún consejo que usted pueda darme? —dijo Yaya.

ESCOJA BIEN.

Yaya se volvió para enfrentar la absoluta brillantez blanca, y cerró los ojos.

Y caminó hacia atrás.

La luz disminuyó hasta un diminuto punto distante y desapareció.

De repente la negrura estaba todo alrededor, cerrándose como arenas movedizas. Parecía no haber ningún camino, ninguna dirección. Cuando se movió no sintió el movimiento.

No había ningún sonido excepto el leve goteo de arena dentro de su cabeza.

Y entonces, voces desde su sombra.

—... por ti, algunos que podían haber vivido murieron...

Las palabras la azotaron súbitamente, dejando líneas lívidas a través de su mente.

—Algunos vivieron, que seguramente habrían muerto —dijo.

La oscuridad le tiró de las mangas.

—... mataste...

—No. Mostré el camino.

—... ¡ja! Son sólo palabras...

—Las palabras son importantes —susurró Yaya en la noche.

—... tomaste el derecho de juzgar a otros...

—Tomé el deber. Lo confesaré.

—... conozco cada pensamiento malvado que alguna vez has tenido...

—Lo sé.

—... los que nunca te atreverías a decirle a nadie...

—Lo sé.

—... todos los pequeños secretos, que nunca serán dichos...

—Lo sé.

—... qué tan a menudo anhelabas aceptar la oscuridad...

—Sí.

—... toda la fortaleza que podías tener...

—Sí.

—... acepta la oscuridad...

—No.

—... entrégate a mí...

—No.

—... Lilith Ceravieja lo hizo. Alison Ceravieja lo hizo...

—¡Eso nunca ha sido demostrado!

—... entrégate a mí...

—No. Te conozco. Te he conocido siempre. El Conde te dejó salir para atormentarme, pero siempre he sabido que estabas ahí. He luchado contra ti todos los días de mi vida y no conseguirás la victoria ahora.

Abrió los ojos y miró dentro de la negrura.

—Sé quién eres ahora, Esmerelda Ceravieja —dijo—. Tú no me asustas más.

Lo último que quedaba de la luz desapareció.

Yaya Ceravieja colgó en la oscuridad por un tiempo que no pudo medir. Era como si el vacío absoluto hubiera succionado todo el tiempo y dirección en él. No había ningún lugar donde ir, porque no había ningún lugar.

Después de cierto tiempo sin ninguna medida, empezó a escuchar otro sonido, el más débil de los susurros al borde del oído. Se movió hacia él.

Unas palabras estaban surgiendo a través de la negrura como movedizos peces dorados.

Se esforzó hacia ellas, ahora que había una dirección.

Las astillas de luz se convirtieron en sonidos.

‘... y os pido vuestra infinita compasión de ver vuestro camino claro para intervenir aquí posiblemente...

No era normalmente la clase de palabras que asociaría con luz. Quizás era la manera en que eran dichas. Pero tenían un eco extraño, una segunda voz, tejida en la primera voz, pegada a cada sílaba...

... ¿qué compasión? ¿Cuántas personas rezaron ante el riesgo? Qué estúpido me veo, arrodillado de este modo...

Ah... una mente, partida por la mitad. Había más Agnes en el mundo que las que Agnes soñara, se dijo Yaya. Todo lo que la muchacha había hecho era darle un nombre a la cosa, y en cuanto le dabas un nombre a una cosa le dabas una vida...

Había otra cosa cerca, un destello de algunos fotones de ancho, que se apagó cuando lo buscó otra vez. Alejó su atención por un momento, y entonces regresó. Otra vez, la diminuta chispa se apagó.

Algo estaba escondiéndose.

La arena dejó de correr. El tiempo había terminado.

Ahora, a averiguar qué era.

Yaya Ceravieja abrió los ojos, y había luz.

El coche se detuvo crujiendo sobre el camino de montaña. El agua corría a raudales alrededor de las ruedas.

Tata salió y avanzó hacia Igor, que estaba de pie donde no había camino. El agua era espuma donde había estado.

—¿Podemoss crussar? —dijo Igor.

—Probablemente, pero estará peor más abajo, donde realmente hay una mala correntada —dijo Tata—. Las llanuras han estado aisladas todo el invierno antes de ahora...

Miró hacia el otro lado. El camino zigzagueaba más allá en las montañas, inundado pero aparentemente sano.

—¿Dónde está el pueblo más cercano en esa dirección? —dijo—. Uno con un buen edificio de piedra. Slake, ¿verdad? Hay una posada de coches allá.

—Esso ess correcto. Sslake.

—Bien, no vamos a ir a ninguna parte a pie en este clima —dijo Tata—. Tendrá que ser Slake, entonces.

Se metió en el coche y sintió que daba media vuelta.

—¿Hay problemas? —dijo Magrat—. ¿Por qué vamos cuesta arriba?

—El camino ha sido arrastrado —dijo Tata.

—¿Nos estamos dirigiendo a Uberwald?

—Sí.

—Pero hay lobizones y vampiros y...

—Sí, pero no en todas partes. Debemos estar seguros sobre el camino principal. De todos modos, no hay muchas alternativas.

—Supongo que tienes razón —dijo Magrat de mala gana.

—Y podría ser peor —dijo Tata.

—¿Cómo?

—Bien... podría haber serpientes aquí con nosotros.

Agnes vio las rocas pasar a toda velocidad, miró hacia abajo y vio la espuma del río crecido.

El mundo giró a su alrededor cuando Vlad se detuvo en el aire. El agua caía sobre sus pies.

—Dejemos que haya... ligereza —dijo—. Le gustaría ser tan ligera como el aire, ¿verdad, Agnes?

—Nosotras... tenemos palos de escoba... —jadeó Agnes. Su vida acababa de cruzar delante de sus ojos, ¿y no era aburrida?, añadió Perdita.

—Cosas estúpidas, incómodas e inútiles —dijo—. Y no pueden hacer esto...

Las paredes del desfiladero pasaron como un borrón. El castillo desapareció. Las nubes la empaparon. Entonces se desenrollaron como un vellón blanco-plata, bajo la fría luz silenciosa de la luna.

Vlad no estaba a su lado. Agnes disminuyó la velocidad en su ascenso, extendió los brazos para sujetar lo que no estaba ahí, y empezó a caer.

Él apareció, riéndose, y la agarró alrededor de la cintura.

—... ¿pueden? —dijo.

Agnes no podía hablar. Su vida pasando enfrente de sus ojos en un sentido se había encontrado con la vida que pasaba enfrente de sus ojos en dirección contraria, y ahora le faltaron las palabras hasta que pudo determinar cuándo era ahora.

—Y usted no ha visto nada aún —dijo Vlad. Hilachas de nube se retorcían detrás de ellos mientras aceleraba hacia adelante.

Las nubes desaparecieron por debajo. Podían haber sido tan delgadas como el humo pero su presencia, su imitación de suelo, había sido un consuelo. Ahora eran un borde que se alejaba, y lejos abajo estaban las llanuras iluminadas por la luna.

—Ghjgh —gorjeó Agnes, demasiado tensa y aterrorizada para gritar siquiera. ¡Wheee!, coreó Perdita, adentro.

—¿Ve eso? —dijo Vlad, señalando—. ¿Ve la luz toda alrededor del Borde?

Agnes miró, porque ahora cualquier cosa era mejor que mirar hacia abajo.

El sol estaba bajo el Disco. Alrededor del Borde oscuro, sin embargo, se hacía camino hacia arriba a través de la cascada interminable, creando una banda brillante entre el océano nocturno y las estrellas. Era, efectivamente, hermoso, pero Agnes sintió que era más posible que la belleza estuviera en la mirada del espectador si los pies del espectador estaban sobre algo sólido. A diez mil pies de altura, el ojo del espectador tiende a lagrimear.

Perdita pensó que era hermoso. Agnes se preguntó que si ella terminaba como un círculo de manchas rosadas sobre las rocas, Perdita todavía estaría ahí.

—Todo lo que usted quiera —susurró Vlad—. Para siempre.

—Quiero bajar —dijo Agnes.

Él cayó.

La forma de Agnes tenía esto. Era buena para caer. Automáticamente se volvió boca abajo, el pelo corriendo detrás de ella, y flotó en el viento a velocidad.

Curiosamente, el terror se había ido. Había sido miedo de una situación fuera de su control. Ahora, con los brazos extendidos, la falda fustigando sus piernas, los ojos lagrimeando en el aire helado, ella podía ver lo que tenía en el porvenir incluso si no tenía bastante para sujetarse.

Quizás podía caer en un banco de nieve, o en el agua profunda...

Podría haber merecido un intento, dijo Perdita. No parece completamente malo.

—Cállate.

Sólo que sería bonito si pudieras dejar de verte como si llevaras alforjas bajo tu falda...

—Cállate.

Y sería bonito si no golpearas las rocas como un globo lleno de agua...

—Cállate. De todos modos, puedo ver un lago. Creo que puedo lograr una especie de ángulo hacia él.

A esta velocidad será como golpear el suelo.

—¿Cómo lo sabes? Yo no lo sé. ¿De modo que cómo lo sabes tú?

Todos lo saben.

Vlad apareció junto a Agnes, acostado sobre el aire como si fuera un sofá.

—¿Disfrutando? —dijo.

—Hasta aquí está bien —dijo Agnes, sin mirarlo.

Sintió que tocaba su muñeca. No hubo sensación real de presión, pero la caída se detuvo. Se sentía tan ligera como el aire otra vez.

—¿Por qué está haciendo esto? —dijo—. ¡Si usted va a morderme, entonces termine con esto!

—¡Oh, pero no podría soportarlo!

—¡Usted lo hizo a Yaya! —dijo Agnes.

—Sí, pero cuando es en contra de la voluntad de alguien... bien, terminan tan... dóciles. Un poco más que comida pensante. Pero alguien que acepta la noche por propia voluntad... ah, es completamente otra cosa, mi querida Agnes. Y usted es demasiado interesante para ser una esclava.

—Dígame —dijo Agnes, mientras una cumbre pasaba flotando—, ¿ha tenido muchas novias?

Él se encogió de hombros.

—Una o dos. Muchachas de pueblo. Doncellas.

—¿Y qué les pasó, puedo preguntar?

—No me mire de ese modo. Todavía encontramos empleo para ellas en el castillo.

Agnes lo aborrecía. Perdita simplemente lo odiaba, que es el polo opuesto de amar y tan atractivo.

... pero Tata dijo que en el peor de los casos... y que luego él confiará en ti... y ya tienen a Yaya...

—Si soy una vampiro —dijo—, no distinguiré el bien del mal.

—Eso es un poco infantil, ¿verdad? Son sólo maneras de mirar la misma cosa. Usted no tiene que hacer siempre lo que el resto del mundo quiere que usted haga.

—¿Todavía estás jugueteando con ella?

Lacrimosa estaba caminando hacia ellos sobre el aire. Agnes vio a los otros vampiros detrás de ella.

—Muérdela o déjala ir —continuó la muchacha—. Santos dioses, ella es tan deforme. Vamos, Padre quiere que vengas. Ellos van hacia nuestro castillo. ¿No es demasiado estúpido?

—Esto es asunto mío, Lacci —dijo Vlad.

—Cada muchacho debe tener un pasatiempo, pero... realmente — dijo Lacrimosa, blanqueando sus ojos bordeados de negro.

Vlad sonrió a Agnes.

—Venga con nosotros —dijo.

Yaya dijo que tienes que estar con las otras, señaló Perdita.

—Sí, pero ¿cómo las encontraré cuando estemos ahí? —dijo Agnes en voz alta.

—Oh, las encontraremos —dijo Vlad.

—Quiero decir...

—Venga. No tratamos de lastimar a sus amigas...

—Mucho —dijo Lacrimosa.

—O... podríamos dejarla aquí —dijo Vlad, sonriendo.

Agnes miró a su alrededor. Se habían posado sobre la punta de una montaña, encima de las nubes. Se sentía caliente y ligera, lo que estaba mal. Ni siquiera sobre un palo de escoba nunca se había sentido de este modo, siempre había sido consciente de la gravedad succionando hacia abajo, pero con el vampiro sujetando su brazo cada parte de ella sentía que podía flotar para siempre.

Además, si no iba con ellos sería un muy largo camino o uno sumamente breve hasta el suelo.

Además, encontraría a las otras dos, y no podías hacer eso cuando estabas muerta en alguna grieta en algún lugar.

Además, incluso si él tenía colmillos pequeños y un gusto terrible en chalecos, Vlad realmente parecía atraído hacia ella. Ni siquiera era que tuviera un cuello muy interesante.

Reconcilió ambas mentes.

—Si le ataras un trozo de cordel supongo que podríamos remolcarla como una especie de globo —dijo Lacrimosa.

Además, siempre estaba la posibilidad de que, en algún momento, pudiera encontrarse en una habitación con Lacrimosa. Cuando eso ocurriera, no necesitaría ajo, ni una estaca, ni un hacha. Sólo un poco de charla sobre personas que eran demasiado desagradables, demasiado maliciosas, demasiado delgadas. Sólo cinco minutos a solas.

Y quizás un alfiler, dijo Perdita.

Bajo el agujero de conejo, bien debajo del banco, había una amplia cámara, de techo bajo. Las raíces de los árboles serpenteaban entre las piedras de la pared.

Había muchas de estas cosas alrededor de Lancre. El reino había estado allí los muchos años, desde que el hielo se retiró. Las tribus habían saqueado, techado, construido y muerto. Las paredes de arcilla y los techados de caramillo de las casas donde vivir se había podrido tiempo atrás y se habían perdido, bajo los bancos desiguales, las moradas de los muertos sobrevivieron. Nadie sabía ahora quién estaba enterrado allí. Ocasionalmente, al romper los túmulos, una madriguera de tejón revelaría un trozo de hueso o restos de una armadura oxidada. Los Lancrastianos no cavaban; creían a su manera provinciana poco complicada que era mala suerte que un vengativo espíritu subterráneo les arrancara la cabeza.

A lo largo de los años, habían aparecido una o dos de las viejas carretillas, sus piedras inmensas atrajeron su propio folclore. Si dejabas tu caballo sin herraduras junto a una de ellas toda la noche y pusieras unas monedas de seis peniques sobre la piedra, por la mañana las monedas de seis peniques habrían desaparecido y nunca verías tu caballo otra vez, tampoco...

Sobre el piso de tierra bajo el banco ardía un fuego misteriosamente, llenando la carretilla con humo que escapaba a través de varias grietas escondidas.

Detrás, había una roca con forma de pera.

Verence trató de incorporarse, pero su cuerpo no quiso obedecer.

—No sé si podré curarle —dijo la roca.

Estiró las piernas. Se dio cuenta de que la roca era una mujer, o por lo menos una femenina, azul como los otros duendes pero al menos de un pie de altura y tan gorda que era casi esférica. Se veía exactamente como las pequeñas estatuillas de la época de hielo y mamut, cuando lo que los hombres realmente buscaban en una mujer era cantidad. Por pudor, o simplemente para señalar el ecuador, llevaba lo que Verence sólo pudo definir como un tutú. El efecto total le recordó un trompo giratorio que tuvo cuando era niño.

—La Kelda dice —dijo una voz cascada junto a su oreja—, que usted... debe estar... listo.

Verence giró la cabeza hacia el otro lado y trató de enfocar los ojos en un pequeño duende arrugado justo enfrente de su nariz. Su piel estaba descolorida. Tenía una larga barba blanca. Caminaba con dos palos.

—¿Listo? ¿Para qué?

—Bien. —El duende viejo golpeó sus palos en el suelo—. ¡Craik'n shaden ach, Feegle!

Los hombres azules corrieron hacia Verence desde las sombras. Cientos de manos lo agarraron. Sus cuerpos formaron una pirámide humana, poniéndole derecho contra la pared. Algunos se agarraron a las raíces de árbol que hacían un bucle a través del techo, tironeando de su camisa de dormir para mantenerle vertical.

Una multitud de otros cruzó corriendo el piso con una ballesta de tamaño normal y la apoyaron sobre una piedra cerca de él.

—Er... digo... —murmuró Verence.

La Kelda anadeó hacia las sombras y regresó con los puños regordetes apretados. Fue hasta el fuego y los sostuvo sobre las llamas.

—¡Uno! —dijo el duende viejo.

—Digo, eso está apuntado directo a mi...

—¡Uno! —gritaron los Nac mac Feegle.

—¡... dos!

—¡Dos!

—Hum, está, er, bien...

—¡Tres!

La Kelda dejó caer algo sobre el fuego. Una llama blanca rugió hacia arriba, resaltando la habitación en blanco y negro. Verence parpadeó.

Cuando logró ver otra vez había una flecha de ballesta clavada en la pared justo junto a su oreja.

La Kelda gruñó alguna orden, mientras la luz blanca todavía bailaba alrededor de las paredes. El duende barbudo hizo sonar sus palos otra vez.

—Ahora usted debe irse. ¡Ahora!

Los Feegle soltaron a Verence. Hizo algunos pasos tambaleantes y se desplomó sobre el piso, pero los duendes no lo estaban mirando.

Miró hacia arriba.

Su sombra se enroscó sobre la pared donde había estado fija. Se retorció por un momento, tratando de agarrar la flecha con manos insustanciales, y entonces se esfumó.

Verence levantó su mano. También parecía haber una sombra ahí, pero por lo menos ésta se veía como si fuera de clase regular.

El duende viejo renqueó hacia él.

—Todo bien ahora —dijo.

—¿Usted le disparó a mi sombra? —dijo Verence.

—Sí, usted podría llamarla sombra —dijo el duende—. Es la influencia que ellos pusieron sobre usted. Pero estará más fuerte y aboot enseguida.

—¿Aboot?

—Aboot el lugar —dijo el duende con calma—. Todo bien, su majestad. Soy el Hombre de Gran Aggie. Usted podría llamarme el primer ministro, me atrevo a decir. ¿Tomará un enorme trago y un bannock tostado mientras espera?

Verence se frotó la cara. Ya se sentía mejor. La niebla se estaba yendo.

—¿Cómo puedo devolverle el favor? —dijo.

Los ojos del duende brillaban con felicidad.

—Oh, hay una diminuta cosa pequeñita de la querida Ogg dijo que usted podía darnos, apenas importante en absoluto —dijo.

—Lo que sea —dijo Verence.

Un par de duendes llegó tambaleándose bajo un pergamino enrollado, que fue abierto enfrente de Verence. De repente, el duende viejo sujetaba una pluma.

—Se llama una firma —dijo, mientras Verence miraba la letra diminuta—. Y asegúrese de que pone sus iniciales en todas las sub-cláusulas y codicilos. Nosotros los Nac mac Feegle somos gente simple —añadió—, pero escribimos documentos muy com-pli-cados.

Poderoso Avenas parpadeó a Yaya por encima de sus manos en plegaria. Ella vio sus ojos deslizarse de soslayo al hacha, y luego a ella.

—Usted no la alcanzaría a tiempo —dijo Yaya, sin moverse—. Debería haberla tenido en la mano ya si iba a usarla. La plegaria está muy bien. Puedo ver dónde puede ayudarlo a mantener bien su mente. Pero un hacha es un hacha sin importar en qué crea.

Avenas se relajó un poco. Había esperado un salto a la garganta.

—Si Variopintenen ha hecho algo de té, estoy muerta de sed —dijo Yaya. Se apoyó contra el yunque, jadeando. Por el rabillo del ojo vio que su mano se movía despacio.

—Traeré... le preguntaré... yo...

—Hombre con la cabeza bien atornillada, ese halconero. Un bollo no vendría mal.

La mano de Avenas alcanzó el asa del hacha.

—Todavía no lo suficientemente rápida —dijo Yaya—. Quédese con ella, sin embargo. El hacha primero, la plegaria después. Usted parece un sacerdote. ¿Cuál es su dios?

—Er... Om.

—¿Eso es un dios él o una diosa ella?

—Un él. Sí. Un él. Definitivamente un él. —Era un asunto sobre el cual la Iglesia no se había dividido, extrañamente—. Er... no le molesta, ¿verdad?

—¿Por qué debería molestarme?

—Bien... sus colegas siempre me dicen que los Omnianos solían quemar a las brujas...

—Nunca lo hicieron —dijo Yaya.

—Me temo que tengo que admitir que los registros muestran...

—Nunca quemaron a las brujas —dijo Yaya—. Probablemente quemaron a algunas ancianas que hablaron en voz alta o que no pudieron escapar. No buscaría a brujas a quienes hayan ‘quemado’ — añadió, cambiando de posición—. Podría buscar brujas quemando, sin embargo. No todas somos buenas.

Avenas recordó al Conde hablando sobre colaborar en el Arca Instrumentorum...

¡Esos libros eran antiguos! Pero también lo eran los vampiros, ¿verdad? ¡Y eran prácticamente canónicos! El helado cuchillo de la duda se clavó más profundo en su cerebro. ¿Quién sabía quién escribía realmente las cosas? ¿En qué podías confiar? ¿Dónde estaban las escrituras sagradas? ¿Dónde estaba la verdad?

Yaya logró ponerse de pie y se tambaleó hasta el banco, donde Variopintenen había dejado su pote de la llama. Lo examinó cuidadosamente.

Avenas agarró más fuerte el hacha. Tenía que admitir que era ligeramente más reconfortante que la plegaria en ese momento. Quizás podía empezar con las pequeñas verdades. Como: tenía un hacha en su mano.

—Quie... quiero estar seguro —dijo—. ¿Es usted... es usted un vampiro?

Yaya Ceravieja pareció no escuchar la pregunta.

—¿Dónde está Variopintenen con ese té? —dijo.

El halconero entró con una bandeja.

—Es bueno verla levantada, Señorita Ceravieja.

—No antes de tiempo.

El té se derramó cuando tomó la taza ofrecida. Su mano estaba temblorosa.

—¿Variopintenen?

—¿Sí, Señorita?

—De modo que usted tiene un ave de fuego aquí, ¿verdad?

—No, Señorita.

—Lo vi afuera cazándola.

—Y la encontré, señorita. Pero estaba muerta. No había nada más que tierra quemada, Señorita.

—Es mejor que me diga todo sobre ella.

—¿Es éste el momento correcto? —dijo Avenas.

—Sí —dijo Yaya Ceravieja.

Avenas se sentó y escuchó. Variopintenen era un original narrador de cuentos y muy bueno en una manera muy específica. Si hubiera tenido que narrar la saga de la Guerra de Tsortean, por ejemplo, habría sido en relación con las aves observadas, cada cormorán anotado, cada pelícano puesto en una lista, cada cuervo del campo de batalla taxonómicamente ubicado, ninguna golondrina de mar olvidada. Algunos hombres con armadura habrían estado involucrados en cierta etapa, pero sólo porque los cuervos se posaban sobre ellos.

—El ave fénix no pone huevos —dijo Avenas, en un momento. Eso fue en un punto algunos momentos después del momento cuando le preguntó al halconero si había estado bebiendo.

—Es un ave —dijo Variopintenen—. Eso es lo que las aves hacen. Nunca he visto un ave que no ponga huevos. Recogí la cáscara del huevo.

Salió hacia los establos. Avenas sonrió nerviosamente a Yaya Ceravieja.

—Probablemente un poco de cáscara de pollo —dijo—. He leído acerca del ave fénix. Es una criatura mítica, un símbolo, es...

—No puede decirlo con seguridad —dijo Yaya—. Nunca he visto uno tan cerca.

El halconero regresó, suje[[38]](#footnote-38)tando una pequeña caja. Estaba llena de vellones de lana, en medio de los cuales había una pila de fragmentos de huevos. Avenas tomó un par. Eran de un gris-plata y muy ligeros.

—Los encontré en las cenizas.

—Nunca nadie ha afirmado haber encontrado cáscaras de ave fénix antes —dijo Avenas acusadoramente.

—No sabía eso, señor —dijo Variopintenen inocentemente—. De otra manera no habría mirado.

—¿Alguien más alguna vez miró, me pregunto? —dijo Yaya. Toqueteó los fragmentos—. Ah... —dijo.

—Pensé que tal vez las aves fénix solían vivir en algún lugar muy peligroso... —empezó Variopintenen.

—Cualquier lugar lo es cuando usted es recién nacido —dijo Yaya—. Puedo ver que ha estado pensando, Variopintenen.

—Gracias, Señorita Ceravieja.

—Lástima que usted no pensó más allá —continuó Yaya.

—¿Señorita?

—Hay partes de más de un huevo aquí.

—¿Señorita?

—Variopintenen —dijo Yaya pacientemente—, esta ave fénix puso más de un huevo.

—¿Qué? ¡Pero no puede! De acuerdo con la mitología... —dijo Avenas.

—Oh, mitología —dijo Yaya—. La mitología es sólo cuentos los populares de las personas que ganaron porque tenían espadas más grandes. Son exactamente las personas para señalar los puntos más sutiles de la ornitología, ¿verdad? De todos modos, uno de algo no va a durar muy mucho tiempo, ¿verdad? Los pájaros de fuego tienen enemigos, lo mismo que todo lo demás. Ayúdeme a levantarme, Señor Avenas. ¿Cuántas aves hay en los establos, Variopintenen?

El halconero miró sus dedos por un momento.

—Cincuenta.

—¿Las ha contado últimamente?

Se quedaron de pie y observaron mientras caminaba de poste a poste. Entonces se quedaron de pie y miraron mientras regresaba y las contaba otra vez. Entonces pasó un poco de tiempo mirando sus dedos.

—¿Cincuenta y uno? —dijo Yaya servicial.

—No lo comprendo, Señorita.

—Es mejor que usted las cuente por tipos, entonces.

Esto produjo una cuenta de diecinueve halcones de cresta colgante donde debía haber habido dieciocho.

—Quizás uno voló adentro porque vio a los otros —dijo Avenas—. Como las palomas.

—No trabaja de ese modo, señor —dijo el halconero.

—Uno de ellos no estará atado —dijo Yaya—. Créame.

Lo encontraron atrás, ligeramente más pequeño que los otros halcones, colgando mansamente de su percha.

Pocas aves podían posarse más mansamente que el halcón de cresta colgante de Lancre, un carnívoro permanentemente al acecho de la alternativa vegetariana. Pasaba la mayor parte de su tiempo dormido en todo caso, pero cuando se veía forzado a encontrar comida solía sentarse sobre una rama fuera del viento en algún lugar y esperaba hasta que algo moría. Cuando estaban en los establos, estos halcones se posaban inicialmente en el palo como otras aves y entonces, sujetos de las garras, se quedaban dormidos tranquilamente cabeza abajo. Variopintenen los criaba porque sólo eran encontrados en Lancre y le gustaba el plumaje, pero todos los halconeros con reputación coincidían en que para los propósitos de caza la única manera confiable en que se podía ganar la presa con un halcón de Lancre era usándolo en una honda.

Yaya extendió la mano hacia él.

—Buscaré un guante para usted —dijo Variopintenen, pero ella lo desechó.

El ave saltó a su muñeca.

Yaya abrió la boca, y por un momento unos pequeños hilos de verde y azul ardieron como gas de pantano a lo largo de su brazo.

—¿Está usted bien? —dijo Avenas.

—Nunca estuve mejor. Necesitaré esta ave, Variopintenen.

—Está oscuro, Señorita.

—Eso no importará. Pero necesitará una capucha.

—Oh, nunca encapucho a los halcones de Lancre, Señorita. Nunca dan problemas.

—Esta ave... esta ave —dijo Yaya—, es un ave que creo que nunca nadie ha visto antes alguna vez. Encapúchela.

Variopintenen vaciló. Recordó el círculo de tierra abrasada y, antes de eso, algo que buscaba una forma en que pudiera sobrevivir...

—Es un halcón de Lancre, ¿verdad, Señorita?

—¿Y qué le hace preguntar eso? —dijo Yaya despacio—. Después de todo, usted es el halconero por estos lares.

—Porque encontré... en los bosques... vi...

—¿Qué vio usted, Variopintenen?

Variopintenen se rindió ante su mirada. ¡Pensar que había tratado de capturar a un ave fénix! Por lo menos lo peor que las otras aves podían hacerle sería lastimarle. Suponiendo que la estuviera sujetando... Fue vencido por un ardiente deseo muy definitivo de poner esta ave fuera de aquí.

Extrañamente, sin embargo, las otras aves no estaban perturbadas en absoluto. Cada cabeza encapuchada estaba girada hacia la pequeña ave sobre la muñeca de Yaya Ceravieja. Cada cabeza ciega y encapuchada.

Variopintenen recogió otra capucha. Mientras la ajustaba sobre la cabeza del ave pensó, por un momento, que había un destello de oro debajo.

Lo descartó por no ser asunto suyo. Había sobrevivido por varios años con felicidad en el castillo sabiendo dónde estaban sus asuntos, y repentinamente vio muy claro que no estaban aquí, gracias al cielo.

Yaya respiró hondo varias veces.

—Correcto —dijo—. Ahora subiremos al castillo.

—¿Para qué? ¿Por qué? —dijo Avenas.

—Santo cielo, hombre, ¿por qué piensa usted?

—Los vampiros se han ido —dijo el sacerdote—. Mientras usted estaba... poniéndose mejor. El Sr. Vario... tenen lo averiguó. Sólo dejaron a los soldados y a los, er, sirvientes. Hubo mucho ruido y el coche se fue también. Hay guardianes por todas partes.

—¿Cómo salió el coche, entonces?

—Bien, era el coche de los vampiros y su criado lo estaba conduciendo, pero Jason Ogg dijo que vio a la Sra. Ogg también.

Yaya se apoyó contra la pared.

—¿Adónde fueron?

—Pensé que usted podía leer sus mentes o algo así —dijo Avenas.

—Joven, ahora mismo creo que no puedo leer mi propia mente.

—Mire, Yaya Ceravieja, es obvio para mí que usted todavía está débil por la pérdida de sangre...

—Usted no se atreva a decirme qué soy —dijo Yaya—. Usted no se atreva. Ahora, ¿dónde los habría llevado Gytha Ogg?

—Creo...

—Uberwald —dijo Yaya—. Allí sería.

—¿Qué? ¿Cómo puede saberlo?

—Porque no hay ningún lugar seguro en el pueblo, no iría hasta la tierra retorcida en una noche así y también con una bebé para llevar, y dirigirse a las llanuras sería totalmente tonto porque no hay ninguna protección y no me sorprendería si el camino hubiera desaparecido ya.

—¡Pero eso será directamente en el peligro!

—¿Más peligroso que aquí? —dijo Yaya—. En Uberwald saben sobre vampiros. Están acostumbrados a ellos. Hay lugares seguros. Posadas muy fuertes a lo largo del camino del coche, para empezar. Tata es práctica. Pensará en eso, lo apuesto. —Hizo una mueca de dolor, y añadió—: Pero terminarán en el castillo de los vampiros.

—¡Oh, seguramente no!

—Puedo sentirlo en mi sangre —dijo Yaya—. Ése es el problema con Gytha Ogg. Demasiado práctica. —Hizo una pausa—. ¿Usted mencionó guardianes?

—Se han encerrado en el torreón, señora —dijo una voz en la entrada. Era Shawn Ogg, con el resto de la turba detrás de él. Avanzó torpemente, una mano enfrente de él.

—Eso es una bendición, entonces —dijo Yaya.

—Pero no podemos entrar, Señorita —dijo Shawn.

—¿Y entonces? ¿Pueden salir?

—Bien... no, no realmente. Pero las armas están ahí. ¡Todas nuestras armas! ¡Y ellos se están emborrachando!

—¿Qué es eso que tienes en la mano?

Shawn bajó la vista.

—Es el Cuchillo de Ejército Lancrastiano —dijo—. Er... dejé mi espada en la armería también.

—¿Tiene una herramienta para extraer soldados de castillos?

—Er... no.

Yaya miró desde más cerca.

—¿Qué es la cosa enroscada? —dijo.

—Oh, es el Dispositivo Graduable para Ganar Peleas Ontológicas — dijo Shawn—. El Rey lo pidió.

—Funciona, ¿verdad?

—Er... si lo juguetea apropiadamente.

—¿Y esto?

—Es la Herramienta para Extraer la Verdad Esencial de una Declaración en Particular —dijo Shawn.

—Verence pidió ese también, ¿verdad?

—Sí, Yaya.

—Útil para un soldado, ¿verdad? —dijo Avenas. Echó un vistazo a Yaya. Había cambiado tan pronto como los otros habían entrado. Antes estaba inclinada y cansada. Ahora estaba de pie, alta y arrogante, sostenida por un andamio de orgullo.

—Oh, sí, señor, porque cuando del otro lado están gritando, ‘Les vamos a cortar los hue... las lenguas’ —se corrigió Shawn, ruborizado—, y cosas como ésas...

—¿Sí?

—Bien, usted puede decir si ellos van a tener razón —dijo Shawn.

—Necesito un caballo —dijo Yaya.

—Está el viejo caballo de arado de Pobrepollito... —comenzó Shawn.

—Demasiado lento.

—Yo... er... tengo una mula —dijo Avenas—. El Rey fue sumamente amable al dejarme ponerla en los establos.

—Ni una cosa ni la otra, ¿verdad? —dijo Yaya—. Le va bien a usted. Alcanzará para mí, entonces. Vaya por ella y saldré a buscar a las muchachas.

—¿Qué? Pensé que usted la quería para que la llevara a su cabaña! ¿A Uberwald? ¿Sola? ¡No podría permitirle hacer eso!

—No le estoy pidiendo que me permita hacer nada. Ahora, vaya y tráigala, de otro modo Om estará enfadado, supongo.

—¡Pero usted apenas puede tenerse en pie!

—¡Indudablemente puedo! Vaya ya.

Avenas se volvió hacia los Lancrastianos reunidos por apoyo.

—Ustedes no dejarían a una pobre anciana marcharse para enfrentar a esos monstruos en una noche de tormenta como ésta, ¿verdad?

Lo miraron con seriedad durante un rato sólo en caso de que algo curiosamente desagradable fuera a pasarle.

Entonces, alguien cerca del fondo dijo:

—Entonces, ¿por qué debería importarnos qué les pasa a unos monstruos?

Y Shawn Ogg dijo:

—Ésa es Yaya Ceravieja, sí señor.

—¡Pero es una anciana! —insistió Avenas.

La multitud retrocedió unos peldaños. Avenas era evidentemente un hombre peligroso para estarle cerca.

—¿Saldrían ustedes solos en una noche así? —dijo.

La voz en el fondo dijo:

—Depende si sé dónde está Yaya Ceravieja.

—No creas que no escuché eso, Bestiality Carter —dijo Yaya, pero había apenas una pizca de la satisfacción en su voz—. Ahora, ¿estamos trayendo su mula, Sr. Avenas?

—¿Está usted segura de que usted puede caminar?

—Por supuesto que no puedo.

Avenas se rindió. Yaya sonrió triunfante a la multitud y caminó a las zancadas a través de ellos y hacia los establos, con él trotando detrás de ella.

Cuando dio la vuelta a la esquina a toda velocidad casi chocó con ella, parada tan tiesa como una barra.

—¿Hay alguien observándome? —dijo.

—¿Qué? No, creo que no. Aparte de mí, por supuesto.

—Usted no cuenta —dijo Yaya.

Se relajó, y casi se desplomó. Él la sujetó, y ella le golpeó sobre el brazo. El halcón aleteó desesperadamente.

—¡Suélteme! ¡Sólo perdí pie, eso es todo!

—Sí, sí, por supuesto. Usted sólo perdió pie —dijo con dulzura.

—Y no trate de complacerme, tampoco.

—Sí, sí, muy bien.

—Es sólo que no tiene sentido permitir que las cosas se deslicen, si usted lo sabe.

—Como hizo su pie justo entonces...

—Exactamente.

—Así que quizás tomaré su brazo, porque está muy embarrado.

Apenas podía distinguir su cara. Era una imagen, pero no la que uno colgaría sobre la chimenea. Alguna clase de debate bramaba en su interior.

—Bien, si usted piensa que usted va a caerse... —dijo.

—Eso es correcto, eso es correcto —dijo Avenas, agradecido—. Ya que lo dice casi me lastimé el tobillo allí detrás.

—Siempre he dicho que las personas jóvenes de hoy no tienen resistencia —dijo Yaya, como probando una idea.

—Eso es correcto, no tenemos resistencia.

—Y su vista probablemente no sea tan buena como la mía debido a demasiada lectura —dijo Yaya.

—Ciego como un murciélago, eso es correcto.

—Muy bien.

Y entonces, con diferentes intenciones y tambaleándose ocasionalmente, llegaron a los establos.

La mula sacudió la cabeza a Yaya Ceravieja cuando llegaron a su box. Conocía un problema cuando lo veía.

—Es un poco arisca —dijo Avenas.

—¿Lo es? —dijo Yaya—. Entonces veremos qué podemos hacer.

Caminó insegura hasta la criatura y tiró de una de sus orejas al nivel de su boca. Susurró algo. La mula parpadeó.

—Eso está arreglado, entonces —dijo—. Ayúdeme a subir.

—Sólo permítame ponerle la brida...

—Joven, puedo no estar temporalmente bien, pero cuando necesite una brida sobre alguna criatura pueden ponerme en cama con una pala. Ayúdeme a subir, y gentilmente vuelva su cara mientras lo hace.

Avenas se rindió y formó un estribo con sus manos para ayudarle a subir a la silla de montar.

—¿Por qué no voy con usted?

—Hay sólo una mula. De todos modos, usted sería un obstáculo. Estaría preocupada por usted todo el tiempo.

Se deslizó suavemente del otro lado de la silla de montar y aterrizó en la paja. El halcón aleteó hacia arriba y se posó sobre una viga, y si Avenas hubiera estado prestando atención se habría preguntado cómo podía volar con tanta confianza un ave con capucha.

—¡Maldición!

—¡Señora, sé algo de medicina! ¡Usted no está en estado de montar nada!

—No en este momento, lo admito —dijo Yaya, su voz ligeramente amortiguada. Se sacó un poco de paja de la cara y agitó una mano desenfrenadamente para que la ayudara—. Pero usted sólo espere hasta que encuentre mis pies...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Suponga que monto y usted viene detrás de mí? Usted no puede pesar más que el armonio, y pude hacerlo muy bien.

Yaya lo miró con seriedad. Parecía borracha, en la etapa cuando las cosas hasta ahora insensatas parecían una buena idea, como otro trago. Entonces pareció llegar a una decisión.

—Oh... si usted insiste...

Avenas encontró un trozo de soga y, después de algunas dificultades causadas por la firme creencia de Yaya de que le estaba haciendo alguna especie de favor, consiguió atarla en una posición sentada.

—Sólo mientras usted comprenda que no le obligué con el hacha a venir y que no necesito su ayuda —dijo Yaya.

—Hacha.

—Pregunte, entonces —dijo Yaya—. Una cierta inclinación a lo rural allí.

Avenas miró hacia adelante durante un rato. Entonces desmontó, bajó a Yaya, la apoyó mientras ella protestaba, desapareció en la noche, volvió en pocos minutos llevando el hacha de la forja, usó más soga para atársela a la cintura, y montaron otra vez.

—Usted está aprendiendo —dijo Yaya.

Mientras partían, ella levantó un brazo. El halcón aleteó hacia abajo y se posó en su muñeca.

El aire en el coche que se mecía estaba adquiriendo una marcada personalidad.

Magrat olfateó.

—Estoy segura de que cambié a Esme no hace mucho tiempo...

Después de una búsqueda infructuosa sobre la bebé miraron bajo el asiento. Greebo estaba dormido con las patas en el aire.

—¿No es exactamente un caso? —dijo Tata—. No puede ver una puerta abierta cruzarla, bendito sea. Y le gusta estar cerca de su mamá.

—¿Podríamos abrir una ventana? —dijo Magrat.

—Entrará la lluvia.

—Sí, pero el olor saldrá. —Magrat suspiró—. Sabes, hemos dejado al menos una bolsa de juguetes. Verence era muy aficionado a esos móviles.

—Todavía pienso que es un poco temprano para empezar con la educación de la pequeña criatura —dijo Tata, mucho más para quitar la mente de Magrat de los peligros actuales que por un deseo de dar un voto a favor de la ignorancia.

—El ambiente es tan importante —dijo Magrat seriamente.

—¿Escuché que te dijo que leyeras libros para mejorar y que escucharas música refinada mientras estabas embarazada? —dijo Tata, mientras el coche aceleraba sobre un charco.

—Bien, los libros estaban bien, pero el piano no resultó apropiado... y todo lo que podía escuchar era a Shawn practicando el solo de trompeta —dijo Magrat.

—No es su culpa si nadie quiere participar —dijo Tata. Se sujetó cuando el coche se tambaleó—. Buena velocidad tiene esta cosa.

—Ojalá tampoco hubiéramos olvidado la bañera —reflexionó Magrat—. Y creo que dejamos la bolsa con la granja de juguete. Y estamos escasas de pañales...

—Le echemos una mirada —dijo Tata.

La bebé Esme fue pasada al otro lado del coche bamboleante.

—Sí, echemos una mirada sobre ti... —dijo Tata.

Los pequeños ojos azules enfocaron sobre Tata Ogg. La cara rosada en la inclinada cabeza le lanzó una pequeña mirada especulativa, averiguando si servía como bebida o servicio.

—Eso es bueno, a esta edad —dijo Tata—. Enfocar de ese modo. Anormal en una bebé.

—Si está en esta edad —dijo Magrat misteriosamente.

—Cállate, ahora. Si Yaya está ahí no está interfiriendo. Nunca interfiere. De todos modos, no sería su mente ahí dentro, no es así cómo funciona.

—¿Cómo es, entonces?

—Tú la has visto hacerlo. ¿Qué crees?

—Diría... todas las cosas que la hacen ser ella —arriesgó Magrat.

—Eso es más o menos correcto. Las envuelve todas y las pone en algún lugar seguro.

—Sabes cómo puede ser silenciosa incluso en su propia manera especial.

—Oh, sí. Nadie puede ser silencioso como Esme. Apenas puedes escucharte pensar por el silencio.

Rebotaron en sus asientos cuando el coche saltó dentro y fuera de un bache.

—¿Tata?

—¿Sí, amor?

—Verence estará bien, ¿verdad?

—Sí. Confiaría en los pequeños demonios con cualquier cosa excepto un barril de stingo o una vaca. Incluso Yaya dice que la Kelda es condenadamente buena...

—¿La Kelda?

—Una especie de dama sabia. Creo que la actual se llama Gran Aggie. No ves muchas de sus mujeres. Algunos dicen que hay solamente una a la vez, y es la Kelda y tiene cien hijos de una vez.

—Eso suena... muy... —empezó Magrat.

—Nah, calculo que son un poco como los enanos y no hay casi ninguna diferencia excepto bajo el taparrabo —dijo Tata.

—Espero que Yaya sepa —dijo Magrat.

—Y no lo dirá —dijo Tata—. Dice que son asuntos suyos.

—¿Y... él estará bien con ellos?

—Oh, sí.

—Él es muy... amable, lo sabes. —La frase de Magrat colgó en el aire.

—Eso está bien.

—Y un buen rey, también.

Tata asintió.

—Sólo deseo que las personas lo tomen... más seriamente — continuó Magrat.

—Es una lástima —dijo Tata.

—Trabaja realmente duro. Y se preocupa por todo. Pero las personas sólo parecen ignorarlo.

Tata se preguntaba cómo decirlo.

—Podía tratar de tener una corona más pequeña —arriesgó, mientras el coche rebotaba sobre el otro surco—. Hay muchos enanos arriba en Cabeza de Cobre que se alegrarían de hacerle una más pequeña para él.

—Es la corona tradicional, Tata.

—Sí, pero si no fuera por sus orejas sería un cuello para el pobre hombre —dijo Tata—. Podría tratar de bramar un poco más también.

—Oh, no podría hacerlo, ¡odia gritar!

—Es una lástima. A las personas les gusta ver un poco de bramido en un rey. También el eructo raro es siempre popular. Incluso un poco de excesos en la bebida ayudaría, si pudiera manejarlo. Ya sabes, beber como loco y esas cosas.

—Creo que él piensa que no es lo que las personas quieren. Está muy consciente de las necesidades del ciudadano de hoy.

—Ah, bien, puedo ver dónde está el problema, entonces —dijo Tata—. Las personas necesitan algo hoy pero generalmente necesitan otra cosa mañana. Sólo dile que se concentre en bramar y en la juerga.

—¿Y eructar?

—Es opcional.

—Y...

—¿Sí, querida?

—Él estará bien, ¿verdad?

—Oh, sí. Nada va a pasarle. Es como esas cosas del ajedrez, ¿lo ves? Dejar que la Reina presente pelea, porque si pierdes el rey has perdido todo.

—¿Y nosotras?

—Oh, estamos siempre bien. Recuérdalo. Nosotras les pasamos a las otras personas.

Muchas personas le estaban pasando al Rey Verence. Yacía en una especie de cálido y vacío aturdimiento, y cada vez que abría los ojos era para ver decenas de Feegle mirándole a la luz de la lumbre. Oía eventualmente trocitos de conversación o, más correctamente, discusión.

—¿... él es nuestro rey ahora?

—Sí, algo así.

—¿Ese pedazo de tonto?

—¡Hushagob! El hombre está enfermo, ¿no lo sabes?

—¡Sí, mucken! ¡Nació enfermo, imhoe!

Verence sintió una pequeña y sin embargo fuerte patada sobre su pie.

—¿Oiga, reycito? ¿Quiere un palo la[[39]](#footnote-39)rgo, o qué, bigjobs?

—Sí, bien hecho —masculló.

El Feegle interrogador escupió cerca de su oreja.

—Ach, no daría skeppens por él...

Hubo un silencio repentino, una verdadera rareza en cualquier espacio que contuviera al menos un Feegle. Verence giró los ojos de soslayo.

Gran Aggie había emergido del humo.

Ahora que podía verla claramente, la regordeta criatura parecía una versión rechoncha de Tata Ogg. Y tenía algo sobre los ojos. Verence era técnicamente un gobernante absoluto y continuaría siéndolo siempre que no cometiera el error de pedirle repetidamente a los Lancrastianos que hicieran algo que no querían hacer. Era consciente de que el comandante en jefe de sus fuerzas armadas se inclinaba más a recibir órdenes de su mamá que de su rey.

Mientras que Gran Aggie ni siquiera tenía que decir algo. Todos sólo la miraban, y luego se iban y hacían las cosas.

El hombre de Gran Aggie apareció a su lado.

—Usted está queriendo salvar a su dama y a su bebé, piensa Gran Aggie —dijo.

Verence asintió. No se sentía suficientemente fuerte para hacer otra cosa.

—Pero usted todavía está muy furioso por perder su sangre, cree Gran Aggie. Las criaturas pusieron algo en su mordida que le pone obediente.

Verence estuvo absolutamente de acuerdo. Cualquier cosa que dijera alguien estaba bien para él.

Otro duende apareció por el humo, llevando un tazón de cerámica. Unas blancas burbujas rebalsaban por encima.

—Usted no puede reinar echado así —dijo el hombre de Gran Aggie—. De modo que ella ha hecho algo de brose para usted...

El duende bajó el tazón, que se veía como si estuviera lleno de nata, aunque unas líneas oscuras se movían en espiral sobre la superficie. Su portador retrocedió con reverencias.

—¿Qué hay adentro? —graznó Verence.

—Leche —dijo inmediatamente el hombre de Gran Aggie—. Y un poco de infusión de Gran Aggie. Y hierbas.

Verence comprendió la última palabra afortunadamente. Compartía con su esposa la curiosa pero inquebrantable convicción de que cualquier cosa con hierbas era seguro, sano y nutritivo.

—De modo que usted tomará un enorme trago —dijo el viejo duende—. Y entonces le conseguiremos una espada.

—Nunca he usado una espada —dijo Verence, tratando de sentarse—. Yo... yo creo que la violencia es el último recurso...

—Ah, bien, tan pronto como le traigamos su balde y su pala —dijo el hombre de Gran Aggie—. Ahora usted sólo beba, rey. Pronto verá las cosas de manera diferente.

Los vampiros planeaban cómodamente sobre las nubes iluminadas por la luna. No había tormenta aquí arriba y, para sorpresa de Agnes, tampoco sentía frío.

—¡Pensaba que ustedes se convertían en murciélagos! —gritó a Vlad.

—Oh, podríamos si quisiéramos hacerlo. —Rió—. Pero es demasiado melodramático para Padre. Dice que no debem[[40]](#footnote-40)os ajustarnos a estereotipos groseros.

Una muchacha planeó junto a ellos. Se parecía a Lacrimosa; es decir, se veía como alguien que admiraba la manera en que Lacrimosa se veía y por eso había tratado de parecerse a ella. Apuesto a que no es una morena natural, dijo Perdita. Y si yo usara tanto rimel al menos trataría de no parecerme a Harry el Panda Feliz.

—Ésta es Morbidia —dijo Vlad—. Aunque ha estado llamándose Tracy últimamente, para ser súper. Mor... Tracy, ésta es Agnes.

—¡Qué nombre tan bueno! —dijo Morbidia—. ¡Qué inteligente de su parte tenerlo! Vlad, todos quieren parar en Escrow. ¿Podemos?

—Es mi verdadero... —empezó Agnes empezó, pero sus palabras fueron llevadas por el viento.

—Pensaba que íbamos al castillo —dijo Vlad.

—Sí, pero algunos de nosotros no hemos comido por días y esa anciana ni siquiera fue apenas un refrigerio y el Conde todavía no permitirá que comamos en Lancre y dice que está bien y no es alejarnos mucho de nuestro camino.

—Oh. Bien, si Padre lo dice...

Morbidia hizo una curva alejándose.

—No hemos estado en Escrow por semanas —dijo Vlad—. Es un pequeño pueblo agradable.

—¿Ustedes van a comer allí? —preguntó Agnes.

—No es lo que usted piensa.

—Usted no sabe qué pienso.

—Puedo adivinarlo, sin embargo. —Le sonrió—. ¿Me pregunto si Padre dijo que sí porque quería que usted viera? Es tan fácil tener miedo de lo que no se conoce. Y entonces, quizás, usted podría ser una especie de embajadora. Usted podía decirle a Lancre cómo es realmente la vida bajo los Magpyr.

—¿Personas arrastradas fuera de sus camas, sangre sobre las paredes, esa clase de cosas?

—Allí viene otra vez, Agnes. Es sumamente injusto. En cuanto las personas descubren que eres un vampiro actúan como si fueras alguna clase de monstruo.

Giraron suavemente a través del aire de la noche.

—Padre está muy orgulloso de su trabajo en Escrow —dijo Vlad—. Pienso que usted quedará impresionada. Y entonces quizás yo pueda atreverme a esperar...

—No.

—Estoy siendo realmente bastante comprensivo sobre esto, Agnes.

—¡Ustedes atacaron a Yaya Ceravieja! Ustedes la mordieron.

—Simbólicamente. Para darle la bienvenida en la familia.

—Oh, ¿de veras? Oh, eso lo hace mejor, ¿verdad? ¿Y ella será una vampiro?

—Indudablemente. Una buena, sospecho. Pero eso sólo es horroroso si usted cree que ser un vampiro es algo malo. Nosotros no pensamos así. Con el tiempo, usted llegará a comprender que tenemos razón —dijo Vlad—. Sí, Escrow sería bueno para usted. Para nosotros. Veremos qué puede hacerse...

Agnes se quedó mirándolo fijamente.

Sonríe bien... ¡Él es un vampiro! Muy bien, pero aparte de eso... Oh, aparte de eso, ¿eh? Tata te diría que le saques el máximo provecho. Eso podría resultar para Tata, pero ¿puede imaginarte besando eso? Sí, puedo. Lo admito, sonríe bien, y se ve bien con esos chalecos, pero mira lo que es... ¿Lo notas? ¿Notar qué? Hay algo diferente en él. Sólo está tratando de convencernos, eso es todo. No... hay algo... nuevo...

—Padre dice que Escrow es una comunidad modelo —dijo Vlad—. Muestra qué ocurre si la antigua enemistad es dejada de lado, y los humanos y los vampiros aprenden a vivir en paz. Sí. No está lejos ahora. Escrow es el futuro.

Una baja neblina derivaba entre los árboles, enrollándose en pequeñas lenguas mientras las pezuñas de la mula la perturbaban. La lluvia goteaba de las ramas. Se escuchaba incluso algún trueno sordo ahora, no del tipo que rompe el cielo sino del otro tipo, el que anda por el horizonte y chismorrea con las demás tormentas.

Poderoso Avenas habían intentado conversar consigo mismo unas pocas veces, pero el problema con una conversación era que la otra persona tenía que participar. Ocasionalmente escuchaba un ronquido desde atrás. Cuando se volvía para mirar, el halcón sobre el hombro de ella aleteaba sobre su cara.

A veces el ronquido paraba con un gruñido, y una mano le tocaba un hombro y señalaba una dirección que se parecía mucho a la otra dirección.

Lo hizo ahora.

—¿Qué está cantando? —preguntó Yaya.

—No estaba cantando muy fuerte.

—¿Cómo se llama?

—Se llama ‘Om Está En Su Templo Sagrado’.

—Bonita melodía —dijo Yaya.

—Mantiene mi espíritu animado —admitió Avenas. Una rama mojada le abofeteó la cara. Después de todo, pensó, podría tener una vampiro detrás de mí, no importa lo buena que sea.

—Usted se reconforta en ella, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Incluso la parte sobre ‘golpeando el mal con tu espada’? Eso me preocuparía, si yo fuera un Omniano. ¿Usted recibe sólo un pequeño golpecito por una mentira piadosa pero hablan con afectación sobre el homicidio? Ése es el tipo de cosas que me mantienen despierta por la noche.

—Bien, en realidad... para ser honesto, no debería estar cantándola en absoluto. La Asamblea de Ee la quitó del cancionero por ser incompatible con los ideales del moderno Omnianismo.

—¿Esa línea sobre aplastar a los infieles?

—Ésa, sí.

—Usted la cantó de todos modos, sin embargo.

—Es la versión que me enseñó mi abuela —dijo Avenas.

—¿Estaba ansiosa por aplastar infieles?

—Bien, principalmente creo que estaba a favor de aplastar a la Sra. Ahrim, su vecina, pero usted tiene la idea correcta, sí. Pensaba que el mundo sería un mejor lugar con un poco más de aplastar y golpear.

—Probablemente cierto.

—No tanto golpear y apretujar como a ella le hubiera gustado, sin embargo, creo —dijo Avenas—. De mente un poco jueza, mi abuela.

—Nada malo en eso. Juzgar es humano.

—Preferimos dejarlo a Om en última instancia —dijo Avenas y, aquí en la oscuridad, esa declaración sonó perdida y completamente sola.

—Ser humano significa juzgar todo el tiempo —dijo la voz detrás de él—. Esto y aquello, bueno y malo, haciendo elecciones todos los días... eso es humano.

—¿Y está usted tan segura de tomar las decisiones correctas?

—No. Pero hago lo mejor que puedo.

—Y espera piedad, ¿eh?

Un dedo huesudo lo pinchó en la espalda.

—La piedad es cosa buena, pero juzgar viene primero. De otro modo, usted no sabe qué misericordioso es usted. De todos modos, siempre escuché que ustedes Omnianos eran aficionados a golpear y aplastar.

—Ésos fueron... días diferentes. Usamos aplastantes discusiones ahora.

—¿Y debates largamente mordaces, supongo?

—Bien, hay dos lados en cada cuestión...

—¿Qué hace usted cuando uno de ellos está equivocado?

La respuesta regresó como una flecha.

—Quise decir que tenemos prohibido ver las cosas desde el punto de vista de la otra persona —dijo Avenas pacientemente.

—¿Usted quiere decir que desde el punto de vista de un torturador, la tortura está bien?

—Señorita Ceravieja, usted es una disputante natural.

—¡No, no lo soy!

—Usted indudablemente se divertiría en el Sínodo, de todos modos. Se sabe que han discutido por días acerca de cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler.

Casi podía sentir la mente de Yaya trabajando. Por fin dijo:

—¿Qué tamaño de alfiler?

—No sé eso, me temo.

—Bien, si es un alfiler de costura corriente, entonces habrá dieciséis.

—¿Dieciséis ángeles?

—Eso es correcto.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás les gusta bailar.

La mula tomó su camino bajando de un banco. La neblina se estaba poniendo más espesa aquí.

—¿Usted ha contado dieciséis? —dijo Avenas al final.

—No, pero es una respuesta tan buena como cualquiera que reciba. Y sobre eso discuten sus hombres santos, ¿verdad?

—No habitualmente. En este momento hay un violento debate muy interesante sobre la naturaleza del pecado, por ejemplo.

—¿Y qué piensan ellos? Contra él, ¿verdad?

—No es tan simple como eso. No es un asunto de negro y blanco. Hay demasiados tonos de gris.

—Nop.

—¿Excúseme?

—No hay grises, solamente blanco que se ha ensuciado. Me sorprende que usted no lo sepa. Y pecado, joven, es cuando usted trata a las personas como cosas. Incluyéndose a usted mismo. Eso es pecado.

—Es mucho más complicado que eso...

—No. No lo es. Cuando las personas dicen que las cosas son mucho más complicadas que eso, quiere decir que se preocupan porque no les gustará la verdad. Personas como cosas, allí es donde empieza.

—Oh, estoy seguro de que hay peores crímenes...

—Pero ellos comienzan con la idea de las personas como cosas...

La voz de Yaya se apagó. Avenas dejó que la mula siguiera caminando durante varios minutos, y luego un bufido le dijo que Yaya había despertado otra vez.

—¿Usted es fuerte en su fe, entonces? —dijo, como si no pudiera dejar el tema.

Avenas suspiró.

—Trato de serlo.

—Pero usted leyó muchos libros, creo. ¿Es difícil tener fe, verdad, cuando ha leído demasiados libros?

Avenas se alegró de que ella no pudiera ver su cara. ¿Estaba la anciana leyendo su mente a través de su nuca?

—Sí —dijo ella.

—¿Todavía la tiene, sin embargo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Si yo no la tuviera, no tendría nada.

Esperó durante un rato, y luego probó un contraataque.

—¿Usted misma no es creyente, entonces, Señorita Ceravieja?

Hubo unos momentos de silencio mientras la mula seguía su camino sobre raíces musgosas. Avenas creyó escuchar, detrás de ellos, el sonido de un caballo, pero entonces se perdió en el susurro del viento.

—Oh, calculo que creo en el té, los amaneceres, esa clase de cosas —dijo Yaya.

—Me refería a religión.

—Conozco a algunos dioses por estos lares, si es lo que usted quiere decir.

Avenas suspiró.

—Muchas personas encuentran en la fe un gran consuelo —dijo. Ojalá fuera una de ellas.

—Bien.

—¿De veras? De algún modo pensé que usted discutiría.

—No es mi lugar decirles qué deben creer, si actúan honestamente.

—¿Pero no es algo a lo que usted se sienta atraída, quizás, en las horas más oscuras?

—No. Ya tengo una botella de agua caliente.

El halcón aleteó. Avenas miró en la neblina húmeda y oscura. Repentinamente se sentía enfadado.

—Y usted cree que la religión es eso, ¿verdad? —dijo, tratando de controlarse.

—Generalmente no pienso en ella en absoluto —dijo la voz detrás de él.

Sonó más apagada. Sintió que Yaya se agarraba de su brazo...

—¿Está usted bien? —dijo.

—Ojalá esta criatura fuera más rápido... No soy completamente yo misma.

—Podemos parar para descansar.

—¡No! ¡No estamos lejos ahora! Oh, he sido tan estúpida...

Se escuchó el trueno. Sintió que su mano se aflojaba, y la escuchó golpear el suelo.

Avenas saltó abajo. Yaya Ceravieja estaba tendida torpemente sobre el musgo, los ojos cerrados. Tomó su muñeca. Había un pulso ahí, pero era horriblemente débil. Se sentía fría, helada.

Cuando le palmeó las mejillas ella abrió los ojos.

—Si usted plantea el tema de la religión en este momento —dijo resollando—, le daré un escon... —Sus ojos se cerraron otra vez.

Avenas se sentó para recuperar la respiración. Frío... sí, había algo frío sobre toda ella, como si ella siempre alejara el calor. Cualquier tipo de calor.

Escuchó el sonido del caballo otra vez, y el apagado tintineo de un arnés. Se detuvo un poco más allá.

—¿Hola? —dijo Avenas, poniéndose de pie. Se esforzó por ver al jinete en la oscuridad, pero sólo había una tenue forma más allá, sobre el sendero.

—¿Está usted siguiéndonos? ¿Hola?

Avanzó algunos pasos y distinguió al caballo, la cabeza inclinada contra la lluvia. El jinete era sólo una sombra más oscura en la noche.

Repentinamente inundado de temor, Avenas corrió y patinó hacia la forma silenciosa de Yaya. Luchó para quitarse el abrigo empapado y lo puso sobre ella, por lo que pudiera servir, y miró desesperadamente a su alrededor por algo que pudiera hacer un fuego. Fuego, ésa era la cosa. Traía la vida y alejaba la oscuridad.

Pero los árboles eran altos abetos empapados con helechos húmedos entre los negros troncos. No había nada que pudiera arder aquí.

Rebuscó apresuradamente en su bolsillo y encontró una caja encerada con sus últimos fósforos adentro. Incluso algunas ramitas secas o una mata de hierba serviría, cualquier cosa que secaría otro puñado de ramas...

La lluvia rezumó a través de su camisa. El aire estaba lleno de agua.

Avenas se encorvó para que su sombrero lo protegiera de las gotas, y sacó el Libro de Om por el consuelo que le ofrecía. En momentos de problemas, seguramente Om señalaría el camino.

... Ya tengo una botella de agua caliente...

—Maldita sea —dijo, por lo bajo.

Abrió el libro al azar, prendió un fósforo y leyó:

... y en ese tiempo, en la tierra de los Cyrinitas, hubo una multiplicación de camellos...

El fósforo se apagó con un siseo.

Ninguna ayuda allí, ninguna pista. Trató otra vez.

... y levantó la mirada a Gul-Arah, y la lamentación del desierto, y montó entonces...

Avenas recordó la sonrisa burlona del vampiro. ¿En qué palabras podía confiar? Prendió el tercer fósforo con manos temblorosas, abrió el libro otra vez y leyó, bajo la débil luz movediza:

... y Brutha dijo a Simony, ‘Donde haya oscuridad haremos una gran luz...

El fósforo murió. Y hubo oscuridad.

Yaya Ceravieja gimió. En la parte posterior de la mente de Avenas pensó que ella podía escuchar el sonido de pezuñas, acercándose despacio.

Avenas se arrodilló en el barro y probaron una plegaria, pero no llegó ninguna voz en respuesta desde el cielo. Nunca había sucedido. Le habían dicho que nunca esperara una. Om ya no trabajaba así. A solas de todos los dioses, le habían enseñado, Om entregaba las respuestas directo en la profundidad de la cabeza. Desde el profeta Brutha, Om era el dios silencioso. Es lo que dijeron.

Si no tenías fe, entonces no eras nada. Estaba sólo la oscuridad.

Se estremeció en la penumbra. ¿Era el dios silencioso, o no había nadie que hablara?

Trató de rezar otra vez, más desesperadamente ahora, fragmentos de una plegaria infantil, perdiendo el control de las palabras e incluso de su dirección, de modo que salieron tambaleantes y volaron alto hacia el universo dirigidas simplemente a El Ocupante.

La lluvia chorreaba de su sombrero.

Se arrodilló y esperó en la oscuridad mojada, y escuchó a su propia mente, y recordó, y sacó el Libro de Om otra vez.

E hizo una gran luz.

El coche pasó con estruendo a través de los pinos junto a un lago, golpeó una raíz, perdió una rueda y patinó hasta detenerse volteado de costado mientras los caballos escapaban.

Igor se levantó, se tambaleó hasta el coche y levantó una puerta.

—Lo ssiento mucho —dijo—. Me temo que essto passa ssiempre cuando el amo no esstá abordo. ¿Esstán todass bien allí abajo?

Una mano lo agarró por la garganta.

—¡Usted podía habernos advertido! —gruñó Tata.

—¡Fuimos lanzadas de un lado para el otro! ¿Dónde diablos estamos? ¿Es esto Slake?

Un fósforo se prendió e Igor encendió una antorcha.

—Esstamoss sserca del casstillo —dijo.

—¿De quién?

—De los Magpyr.

—¿Estamos cerca del castillo de los vampiros?

—Ssí. Creo que el viejo amo hisso algo al camino aquí. Lass ruedass ssiempre sse ssalen, tan sseguro como que doss máss doss sson cuatro. Atrae a loss vissitantess, dessía.

—¿No se le ocurrió mencionarlo? —dijo Tata, trepando afuera y dando una mano a Magrat.

—Lo ssiento. Ha ssido un día ajetreado...

Tata tomó la antorcha. Las llamas iluminaron un burdo cartel clavado en un árbol.

—‘¡¡No se acerque al castillo!!’ —leyó Yaya—. Bien para ellos por poner una flecha que señala el camino, también.

—Oh, lo hisso el amo —dijo Igor—. De otro modo lass perssonass no lo hubieran notado.

Tata miró con atención en la penumbra.

—¿Y quién está en el castillo ahora?

—Algunoss ssirvientess.

—¿Nos dejarán entrar?

—Esso no ess problema. —Igor rebuscó en su fétida camisa y sacó una llave muy grande sobre un cordel.

—¿Vamos a entrar en su castillo? —dijo Magrat.

—Parece que es el único lugar en los alrededores —dijo Tata Ogg, continuando el sendero—. El coche está destrozado. Estamos a millas de cualquier otro lugar. ¿Quieres tener a la bebé afuera toda la noche? Un castillo es un castillo. Tendrá cerraduras. Todos los vampiros están en Lancre. Y...

—¿Bien?

—Es lo que Esme hubiera hecho. Lo siento en la sangre.

Un poco más lejos algo aulló. Tata miró a Igor.

—¿Lobizón? —dijo.

—Esso ess correcto.

—No es una buena idea perder el tiempo por aquí, entonces.

Señaló un cartel pintado sobre una roca.

—‘No tome essta ruta rápida al Casstillo’ —leyó en voz alta—. Tienes que admirar una mente así. Definitivamente un estudioso de la naturaleza humana.

—¿No tendría que haber muchos caminos para llegar? —dijo Magrat mientras pasaba un cartel que decía: ‘No vaya cerca del Parque Coach, 20 gds a la izquierda’.

—¿Igor? —dijo Tata.

—Loss vampiross ssolían luchar entre elloss —dijo Igor—. Hay ssólo un camino para llegar.

—Oh, muy bien, si debemos hacerlo —dijo Magrat—. Usted tome la mecedora, y la bolsa de pañales usados. Y los peluches. Y la cosa que gira y gira y hace ruidos cuando ella tira del cordel...

Un cartel cerca del puente levadizo decía, ‘Queda la alternativa de no assercarsse al Casstillo’, y Tata Ogg rió y rió.

—El Conde no va a estar muy feliz por usted, Igor —dijo, mientras él abría las puertas.

—A la mierda con él —dijo—. Voy a empacar miss cossass y marcharme a Blintss. Ssiempre hay trabajo para un Igor allá arriba. Máss relámpagoss por año, máss que en cualquier otro lugar en lass montañass, dissen.

Tata Ogg se secó los ojos.

—Buen trabajo, ya estamos empapadas —dijo—. Muy bien, entremos. Y usted, Igor, si no ha sido ssinssero, perdone, sincero con nosotras, tendré sus pelotas como ligas.

Igor bajó la mirada tímidamente.

—Oh, esso ess máss de lo que un hombre podría essperar possiblemente —murmuró.

Magrat soltó una risita; Igor empujó la puerta y se metió adentro apresuradamente.

—¿Qué? —dijo Tata.

—¿No has notado las miradas que te ha estado echando? —dijo Magrat, mientras seguían a la figura tambaleante.

—¿Qué, él? —dijo Tata.

—Podría estar llevando una antorcha por ti —dijo Magrat,

—¡Pensé que era sólo para ver dónde iba! —dijo Tata, con un poco de pánico en la voz—. ¡Quiero decir, ni siquiera tengo mis mejores calzones ni nada!

—Creo que es un poco romántico, en realidad —dijo Magrat.

—Oh, no lo sé, realmente no lo sé —dijo Tata—. Quiero decir, es halagador y todo eso, pero creo que no podría estar saliendo realmente con un hombre con cojera.

—¿Cojera qué?

Tata Ogg siempre se había considerado a sí misma imposible de conmover, pero no hay tal cosa. Las conmociones pueden venir de direcciones inesperadas.

—Soy una mujer casada —dijo Magrat, sonriendo ante su expresión. Y se sentía bien, sólo una vez, poner una pequeña tachuela en el despreocupado sendero de Tata a través de la vida.

—Pero es... quiero decir, es Verence, ya lo sabes, muy bien en el...

—Oh, sí. Todo está... bien. Pero ahora comprendo a qué te referías en tus bromas.

—¿Qué, todas ellas? —dijo Tata, como alguien que ha encontrado todos los ases retirados de su mazo favorito de naipes.

—Bien, no uno sobre el sacerdote, la anciana y el rinoceronte.

—¡Debería esperarlo! —dijo Tata—. ¡No comprendí ése hasta los cuarenta!

Igor regresó cojeando.

—Esstán ssólo loss ssirvientess —dijo—. Usstedess podrían quedarsse en miss habitassioness en la vieja torre. Hay puertass gruessass.

—A la Sra. Ogg realmente le gustaría —dijo Magrat—. Estaba diciéndome recién qué buenas piernas tiene usted, verdad, Tata...

—¿Ussted quiere unass? —dijo Igor seriamente, encabezando la marcha hacia arriba de los escalones—. Tengo muchass y puedo arreglarme con el esspassio en el refrigerador.

—¿Usted qué? —dijo Tata, parando en seco.

—Ssoy ssu hombre si hay algún órgano que ussted nessessite — dijo Igor.

Se escuchó una tos estrangulada desde Magrat.

—¿Usted tiene... partes de personas guardadas sobre hielo? —dijo Tata, horrorizada—. ¿Partes de personas extrañas? ¿Cortadas? ¡No voy a dar otro paso!

Ahora Igor parecía horrorizado.

—No ecsstrañoss —dijo—. Familia.

—¿Usted cortó en pedazos a su familia? —Tata retrocedió un paso.

Igor agitó sus manos frenéticamente.

—¡Ess una tradissión! —dijo—. ¡Cada Igor ha dejado ssu cuerpo a la familia! ¿Por qué dessechar buenoss órganoss? Mire a mi Tío Igor, murió de búfaloss, de modo que había un corassón perfectamente bueno y algunoss riñoness ssobrantess allí, ademáss que todavía tenía lass manoss del Abuelo y eran unass manoss condenadamente buenass, permítame dessirle. —Resopló—. Ojalá yo lass tuviera, era un gran ssirujano.

—Bi-en... sé que cada familia dice cosas como, ‘Tiene los ojos de su padre’... —empezó Tata.

—No, mi primo ssegundo Igor loss ressibió.

—Pero... pero... ¿quién corta y cose? —dijo Magrat.

—Yo lo hago. Un Igor aprende ssirugía de mantenimiento en la rodilla de ssu padre —dijo Igor—. Y luego practica en loss riñoness de ssu abuelo.

—Excúseme —dijo Tata—. ¿De qué dijo usted que murió su tío?

—Búfaloss —dijo Igor, abriendo otra puerta.

—¿Se metió corriendo entre ellos?

—Una manada le atacó. Un ecsstraño acssidente. No hablamoss ssobre esso.

—Perdone, ¿usted está diciéndonos que hace cirugía sobre usted mismo? —dijo Magrat.

—No ess tan difíssil cuando ussted ssabe qué esstá hassiendo. Algunass vessess ussted nessessita un esspejo, por ssupuessto, y ayuda ssi alguien puede poner un dedo ssobre el nudo.

—¿No es doloroso?

—Oh, no, ssiempre less digo que lo ssaquen jussto antess de apretar el hilo.

La puerta se abrió con un gemido. Era un ruido largo, quejumbroso y torturado. De hecho, había más gemido que puerta, y continuaba unos segundos después de que la puerta se había parado.

—Eso suena horrible —dijo Tata.

—Grassiass. Llevó díass ponerla en el tono correcto. Gemidoss assí no ssusseden por ssí missmoss.

Se escuchó un ladrido desde la oscuridad y algo saltó sobre Igor, arrojándolo al piso.

—¡Ssal de mí, tú gran babosso!

Era un perro. O varios perros mezclados, por así decir, en uno. Había cuatro patas, y eran casi todos de la misma longitud aunque Magrat notó no del mismo color. Había una cabeza, aunque la oreja izquierda era negra y puntiaguda mientras la derecha era marrón y blanca y caída. Era un animal muy entusiasta en el departamento de baba.

—Ésste ess Ssobrass —dijo Igor, forcejeando por ponerse de pie bajo una granizada de garras excitadas—. Ess una cossa vieja y tonta.

—Sobras... sí —dijo Tata—. Buen nombre. Buen nombre.

—Tiene ssetenta y ocho añoss —dijo Igor, dirigiéndose abajo por una escalera de caracol—. Algunass partess de él.

—Puntadas muy prolijas —dijo Magrat—. Se ven bien en él, también. Contento como perro con dos... Oh, veo que tiene dos...

—Tenía una de repuessto —dijo Igor, caminando con Sobras saltando a su lado—. Penssé, ess tan feliss con una, pienssa qué contento esstará con doss...

La boca de Tata Ogg ni siquiera podía entreabrirse.

—¡Ni siquiera piensas decir algo, Gytha Ogg! —reclamó Magrat.

—¿Yo? —dijo Tata inocentemente.

—¡Sí! Y estabas por hacerlo. ¡Podía verlo! Sabes que él estaba hablando de colas, no... de otra cosa.

—Oh, penssé en esso hasse mucho —dijo Igor—. Ess obvio. Evita el dessgasste, ademáss que ussted puede ussar uno mientrass esstá reemplassando el otro. Lo ecsperimenté ssobre mí missmo.

Sus pasos resonaban sobre la escalera.

—Ahora, ¿de qué estamos hablando aquí, exactamente? —dijo Tata, con un tranquilo tono de voz, algo como estoy-sólo-preguntandopor-interés.

—Corassoness —dijo Igor.

—Oh, dos corazones. ¿Tiene usted dos corazones?

—Ssí. El otro pertenessía a pobre Ssr. Sswinetss, abajo en el asserradero, pero la essposa dijo que no era útil para él desspuéss del acssidente, ssin una cabeza para acompañarlo.

—Usted es un poco un hombre realizado por esfuerzo propio en silencio, ¿verdad? —dijo Magrat.

—¿Quién hizo su cerebro? —dijo Tata.

—No sse puede hasser sserebro a uno missmo —dijo Igor.

—Es que... usted tiene todas esas puntadas...

—Oh, pusse una placa de metal en mi cabessa —dijo Igor—. Y un alambre por mi cuello hassta miss botass. Me harté de todoss essoss relámpagoss. Aquí llegamoss. —Abrió otra gimiente puerta—. Mi pequeño rincón.

Era una habitación abovedada, fría y húmeda, claramente vivida por alguien que no pasaba mucho tiempo social allí. Había una chimenea con una canasta para perro enfrente de ella, y una cama con un colchón y una manta. Unas burdas alacenas cubrían una pared.

—Hay un posso allí bajo essa tapa —dijo—, y hay un retrete crussando allí...

—¿Qué hay por esa puerta? —dijo Tata, señalando una con cerrojos pesados.

—Nada —dijo Igor.

Tata le lanzó una mirada. Pero los cerrojos estaban muy firmes sobre este lado.

—Esto parece una cripta —dijo—. Con una chimenea.

—Cuando el viejo Conde esstaba vivo le gusstaba calentarsse una noche antess de ssalir —dijo Igor—. Díass doradoss, eran. No daría doss peniquess por esste montón. ¿Ssabe? Querían que yo me desshissiera de Ssobrass.

Sobras saltó y trató de lamer la cara de Tata.

—Vi a Lacrimossa patearlo una vess —dijo Igor sombríamente. Se frotó las manos—. ¿Puedo ofresserless damass algo para comer?

—No —dijeron Tata y Magrat al mismo tiempo.

Sobras trató de lamer a Igor. Era un perro con mucha lengua para compartir.

—Ssobrass, hasste el muerto —dijo Igor. El perro se dejó caer y dio la vuelta con las patas en el aire.

—¿Ve? —dijo Igor—. ¡Él recuerda!

—¿No estaremos acorralados aquí abajo si vienen los Magpyr? — preguntó Magrat.

—No vienen aquí abajo. No ess basstante moderno para elloss — dijo Igor—. Y essperarían afuera si lo hassen.

Magrat echó un vistazo a la puerta con cerrojos. No se veía la clase de salida que alguien querría tomar.

—¿Y qué hay de las armas? —dijo—. No pensaría que haya alguna cosa anti-vampiros en el castillo de un vampiro, ¿verdad?

—Vaya, ssiertamente —dijo Igor.

—¿La hay?

—Tantass como ussted quiera. El viejo amo era muy afissionado a esso. Cuando essperábamoss vissitantess, él ssiempre dessía, ‘Igor, assegúrate de que lass ventanass esstén limpiass y que haya montoness de limoness y partess de ornamento que puedan sser convertidoss en ssímboloss religiossoss alrededor del lugar’. Lo disfrutaba cuando lass perssonass jugaban ssegún lass reglass. Muy jussto, el viejo amo.

—Sí, pero eso significaría que él moriría, ¿verdad? —dijo Tata. Abrió una alacena y una pila de limones arrugados cayó.

Igor se encogió de hombros.

—Ussted gana algunoss, ussted pierde algunoss —dijo—. El viejo amo esstaba acosstumbrado a esso: ‘Igor, el día en que loss vampiross ganen todo el tiempo, ess el día en que sseremos derrotadoss máss allá del regresso’. La verdad ess que sse molesstó cuando lass perssonas le robaron lass mediass. Dijo, ‘Mierda, eran de sseda, diess dólaress el par en Ankh-Morpork’.

—Y probablemente gastó mucho dinero en papel secante, también —dijo Tata. Otra alacena reveló un estante de estacas, con un mazo y un simple diagrama anatómico con una X sobre el área del corazón.

—El mapa fue idea mía, Sseñora Ogg —dijo Igor orgulloso—. El viejo amo sse hartó de perssonass que ssólo martillaban la esstaca en cualquier lugar. Él dessía que no le importaba morir, era cassi un desscansso, pero sse oponía a versse como un colador.

—Usted es un tipo brillante, ¿verdad, Igor? —dijo Tata.

Igor sonrió radiante.

—Tengo un buen sserebro en mi cabessa.

—Lo eligió usted mismo, ¿verdad? No, solamente bromeaba. Usted no puede hacer cerebros.

—Tengo un primo disstante en la Universsidad Invissible, ssabe.

—¿De veras? ¿Qué hace allí?

—Flota en un pote —dijo Igor orgulloso—. ¿Quiere que le muesstre el ssótano del agua bendita? El viejo amo reunió una muy buena colecssión.

—¿Perdone? ¿Un vampiro coleccionaba agua bendita? —dijo Magrat.

—Creo que estoy empezando a comprender —dijo Tata—. Era deportista, ¿correcto?

—¡Ecssactamente!

—Y un buen deportista siempre le da una honesta oportunidad a la valiente presa —dijo Tata—. Incluso si implica tener un sótano de Chateau Nerf del Papa. Suena un pájaro inteligente, su viejo muchacho. No como este nuevo. Él es sólo inteligente.

—No te sigo —dijo Magrat.

—Ser matado es nada para un vampiro —dijo Tata—. Ellos siempre encuentran una manera de volver. Todos lo saben, quien sabe algo sobre los vampiros. Si no son demasiado difíciles de matar y es toda una aventura para las personas, bien, no como cuando sólo les clavan una estaca, o los tiran al río y se van a casa. Entonces tiene un buen descanso de una década o algo así, muerto, y regresa de la tumba y allá va otra vez. De ese modo nunca queda totalmente borrado y los muchachos del pueblo tienen un poco de ejercicio saludable.

—Los Magpyr nos perseguirán —dijo Magrat, abrazando a la bebé— . Verán que no estamos en Lancre y sabrán que no podíamos habernos ido a las llanuras. Encontrarán el coche destrozado, también. Nos encontrarán, Tata.

Tata miró la selección de potes y botellas, y las estacas prolijamente ordenadas por orden de tamaño.

—Les tomará un ratito —dijo—. Tenemos tiempo para... prepararnos.

Dio media vuelta con una botella de agua bendita en una mano, una ballesta cargada con una flecha de madera y una bolsa de limones mustios en la boca.

—Eg too lo e igo —dijo.

—¿Perdona? —dijo Magrat.

Tata escupió los limones.

—Ahora probaremos las cosas a mi manera —dijo—. No soy buena pensando como Yaya pero soy puñeteramente muy buena actuando como yo. La cabezología es para ellos que pueden manejarla. Vamos a patear algún murciélago.

El viento gemía a través de los páramos al borde de Lancre, y siseaba en el brezo.

Alrededor de unos viejos montículos, medio enterrado en las zarzas, sacudió las ramas mojadas de un espinoso árbol solo, e hizo trizas el humo que trepaba a través de las raíces.

Se escuchó un grito solo.

Por debajo, los Nac mac Feegle estaban haciendo todo lo posible, pero fuerza no es lo mismo que peso y masa e incluso con los duendes colgando de cada miembro y la misma Gran Aggie sentada sobre el pecho de Verence era todavía difícil de controlar.

—¿Creo que tal vez la bebida era un pequeñito demasiado pesada?

—dijo el hombre de Gran Aggie, mirando los ojos inyectados de sangre y la boca echando espuma de Verence—. Estoy diciendo, tal vez era un error darle cincuenta veces más de lo que nosotros tomamos. No está acostumbrado...

Gran Aggie se encogió de hombros.

En la esquina opuesta de la carretilla media docena de duendes venían retrocediendo por el agujero que habían abierto a la siguiente cámara, arrastrando una espada. Para ser de bronce, estaba muy bien conservada —los antiguos jefes de Lancre contaban con ser enterrados con sus armas para luchar contra sus enemigos en el siguiente mundo, y ya que no te convertías en jefe del antiguo Lancre sin enviar una gran cantidad de enemigos al siguiente mundo, les gustaba tener armas que pudieran confiar que durarían.

Bajo la dirección del viejo duende, la manipularon hábilmente al alcance de la temblorosa mano de Verence.

—¿Están ustedes listos? —dijo el hombre de Gran Aggie—. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Los Feegle saltaron en todas direcciones. Verence se puso de pie casi verticalmente, rebotó contra el techo, agarró la espada, tajó locamente hasta que hizo un agujero al mundo exterior, y escapó en la noche.

Los duendes apiñados alrededor de las paredes de la carretilla giraron sus ojos hacia su Kelda.

Gran Aggie asintió.

—Gran Aggie dice que será mejor que ustedes vean que no sufra daño —dijo el duende viejo.

Mil pequeñas armas pero muy afiladas se agitaron en el aire lleno de humo.

—¡Cabrones!

—¡Los mataremos!

—¡Nac mac Feegle!

Unos segundos después la cámara estaba vacía.

\* \* \*

Tata cruzaba el salón principal del castillo, cargada con estacas, y paró en seco.

—¿Qué diablos es esa cosa? —dijo—. ¡Ocupa toda una pared entera!

—Oh, ésse era el orgullo y plasser del viejo Conde —dijo Igor—. Él no era muy moderno, ssiempre lo dessía, pero el Ssiglo del Murssiélago Frugívoro tenía ssuss compenssassioness. Algunass vesses jugaba con él por horass enterass...

Era un órgano, o posiblemente lo que un órgano esperaba ser cuando creciera, porque dominaba la inmensa habitación. Amante de la música hasta la médula, Tata no pudo evitar acercarse trotando para inspeccionarlo. Era negro, sus tubos estaban enmarcados y encerrados en intrincados calados de ébano, con botones y teclado hechos de elefante muerto.

—¿Cómo funciona? —dijo.

—Con poder del agua —dijo Igor orgulloso—. Hay un río ssubterráneo. Hissieron éste esspessialmente ssobre un disseño del propio amo...

Tata corrió los dedos sobre una lámina de latón atornillada encima del teclado.

Decía: ‘ESCUCHAR A LAS CRIATURAS DE LA NOCHE... QUÉ MARAVILLOSA MÚSICA HACEN. Manuf. por Bergholt Stuttley Johnson, Ankh-Morpork.'

—Es un Johnson —susurró—. No he puesto mis manos sobre un Johnson por años... —Miró desde más cerca—. ¿Qué es esto? ¿‘Grito 1’? ¿‘Trueno 14’? ¿‘Aullido de lobo 5’? ¡Hay todo un juego de botones marcados ‘Pisos chirriantes’! ¡Usted no puede tocar música sobre esta cosa!

—Oh, ssí. Pero el viejo amo esstaba máss interessado en... loss efectoss.

Todavía había una hoja de música cubierta de polvo sobre el pie, que alguien había estado llenando cuidadosamente, con muchas tachaduras.

—‘El Regreso De La Novia De La Venganza Del Hijo De Conde Magpyr’ —leyó Tata en voz alta, notando que ‘Desde 20,000 brazas (?)’ había sido escrito posteriormente y luego tachado—. ‘Sonata Para Tormenta, Trampillas Y Mujeres Jóvenes En Ropa Escasa’. Un poco artista también, entonces, su viejo amo.

—De una... manera esspessial —dijo Igor con nostalgia.

Tata caminó hacia atrás.

—Magrat va a estar segura, ¿verdad? —dijo, recogiendo las estacas otra vez.

—Ess una puerta a prueba de turbass —dijo Igor—. Y Ssobrass ess nueve-treinta-y-ocho Rottweiler.

—¿Qué partes, como tema de interés?

—Dos patas, una oreja, un montón de tripass y la mandíbula inferior —dijo Igor inmediatamente mientras salían deprisa otra vez.

—Sí, pero tiene un cerebro de spaniel —dijo Tata.

—Esstá en loss huessoss —dijo Igor—. Ssujeta gente con ssuss mandíbulass y loss muerde y less mueve lass colass.

—¿Les mueve las colas a las personas hasta matarlas?

—Algunass vessess lass ahoga con la baba —dijo Igor.

Los tejados de Escrow se destacaron de la oscuridad mientras los vampiros volaban más bajo. Algunas ventanas brillaban con la luz de alguna vela cuando los pies de Agnes tocaron el suelo.

Vlad cayó a su lado.

—Por supuesto, usted no puede verlo en su mejor aspecto en este clima —dijo—. Un poco de muy buena arquitectura en la plaza del pueblo, y un muy buen edificio municipal. Padre pagó el reloj.

—Realmente.

—Y el campanario, naturalmente. Trabajo local, por supuesto.

—Los vampiros tienen mucho efectivo, ¿verdad? —dijo a Agnes. El pueblo parecía bastante grande, y tal como los pueblos rurales abajo en las llanuras tenían cierta cantidad de tallas de pan de jengibre sobre los aleros.

—Bien, la familia siempre ha poseído la tierra —dijo Vlad, ignorando el sarcasmo—. El dinero se acumula, ya lo sabe. A través de los siglos. Y obviamente no hemos disfrutado una vida social particularmente activa.

—Ni gastado mucho en comida —dijo Agnes.

—Sí, sí, muy bueno...

Una campana empezó a sonar, en algún lugar encima de ellos.

—Ahora usted verá —dijo Vlad—. Y comprenderá.

\* \* \*

Yaya Ceravieja abrió los ojos. Había unas llamas rugiendo justo enfrente de ella.

—Oh —dijo—. De modo que es eso, entonces...

—Ah. Está sintiéndose mejor, ¿verdad? —dijo Avenas.

Giró la cabeza a su alrededor. Entonces bajó la vista al vapor que se levantaba de su vestido.

Avenas se agachó entre las ramas de dos abetos y echó otra brazada de madera muerta en las llamas. Siseó y farfulló.

—¿Cuánto tiempo estuve... descansando? —dijo Yaya.

—Casi media hora, diría. —Sombras rojas y negras bailaban entre los árboles. La lluvia se había convertido en aguanieve, pero se volvía vapor por arriba.

—Hizo bien en encender un fuego en estas tinieblas —dijo Yaya.

—Agradezco a Om por eso —dijo Avenas.

—Muy amable de su parte, estoy segura. Pero tenemos que... continuar. —Yaya trató de ponerse de pie—. No es lejos ahora. Todo en bajada...

—La mula escapó —dijo Avenas.

—Tenemos pies, ¿verdad? Me siento mejor por el... descanso. El fuego ha puesto un... poco de vida en mí.

—Está demasiado oscuro y demasiado lluvioso. Espere hasta mañana.

Yaya se levantó.

—No. Encuentre una rama o algo para que pueda apoyarme. Vamos.

—Bien... hay una arboleda de avellanos a lo largo de la pendiente, pero...

—Eso mismo, un buen trozo de avellano. Bien, no se quede parado allí. Me siento mejor cada minuto. Váyase.

Él desapareció en las mojadas sombras.

Yaya sacudió la falda enfrente de las llamas para hacer circular un poco de aire caliente, y algo pequeño y blanco saltó de las cenizas, bailando en el fuego y la aguanieve.

Lo recogió del musgo donde había aterrizado.

Eran un trozo de papel delgado, la esquina carbonizada de una página. Sólo pudo distinguir, en la luz roja, las palabras ‘... de Om... ayuda a... Ossory golpeó...’ El papel estaba pegado a una tira quemada de cuero de encuadernación.

Lo miró durante un rato, y luego lo dejó caer cuidadosamente en las llamas mientras el sonido de ramas que crujían indicaba el regreso de Avenas.

—¿Puede siquiera encontrar el camino en todo esto? —dijo, pasándole un largo palo de avellano.

—Sí. Usted camine a mi lado, y tengo este bastón. Entonces es sólo una caminata en los bosques, ¿eh?

—Usted no se ve mejor.

—Joven, si vamos a esperar hasta que yo me vea interesante estaremos aquí por años.

Levantó una mano y el halcón bajó volando desde las sombras.

—Es bueno que usted pudiera encender un fuego, a pesar de todo —dijo, sin volverse.

—Siempre encontré que si pongo mi confianza en Om un camino será hallado —dijo Avenas, apurando detrás de ella.

—Calculo que Om ayuda a los que se ayudan —dijo Yaya.

A través del pueblo de Escrow las ventanas brillaron cuando se encendieron las lámparas y se escuchó el sonido cerrojos quitados de las puertas. Por encima de todo, la campana continuaba tocando a través de la niebla.

—Normalmente nos congregamos en la plaza del pueblo —dijo Vlad.

—¡Es la mitad de la noche! —dijo Agnes.

—Sí, pero no ocurre muy a menudo, y nuestro acuerdo dice nunca más de dos veces al mes —dijo Vlad—. ¿Ve usted qué próspero es el lugar? Las personas están seguras en Escrow. Han visto la razón. No hay contraventanas sobre las ventanas, ¿lo ve? No tienen que atrancar sus ventanas u ocultarse en el sótano, lo cuál tengo que admitir es lo que hacen las personas en... áreas menos ordenadas de nuestro país. Cambiaron el miedo por seguridad. Ellos... —tropezó, y se apoyó contra una pared. Entonces se frotó la frente—. Lo siento. Me sentí un poco... extraño. ¿Qué estaba diciendo?

—¿Cómo saberlo? —respondió Agnes cortante—. Usted estaba hablando sobre qué felices son todos porque los vampiros los visitan, o algo así.

—Oh, sí. Sí. Por la cooperación, no la enemistad. Porque... —sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la cara—... porque... bien, lo verá... ¿Hace algo de frío aquí?

—Sólo está húmedo —dijo Agnes.

—Vayamos a la plaza —farfulló Vlad—. Estoy seguro de que me sentiré mejor.

Estaba más adelante. Habían encendido algunas antorchas. Las personas se habían congregado allí, la mayoría con mantas sobre los hombros o con un abrigo sobre la ropa de noche, esperando en grupos como personas que habían escuchado la alarma de incendios pero no habían visto el humo.

Vieron a Vlad; se escucharon algunas toses y otros se movieron.

Otros vampiros estaban bajando a través de la neblina. El Conde aterrizó suavemente e inclinó la cabeza hacia Agnes.

—Ah, Srta. Nitt —dijo vagamente—. ¿Estamos todos aquí, Vlad?

La campana se detuvo. Un momento después bajó Lacrimosa.

—¿Todavía la tienes a ella? —le dijo a Vlad, levantando las cejas—. Oh, bien...

—Sólo tendré una breve charla con el Alcalde —dijo el Conde—.

Aprecia que se le mantenga informado.

Agnes observó que se acercaba a un hombre pequeño y regordete que, a pesar de haber salido de cama en la mitad de una noche lluviosa, parecía haber tenido la previsión de ponerse la cadena de oro del cargo.

Notó que los vampiros tomaban posiciones en una línea enfrente del campanario, separados unos cuatro o cinco pies. Bromeaban y se llamaban unos a otros, excepto Lacrimosa, que estaba mirando directamente hacia ella.

El Conde estaba sumergido en conversaciones con el Alcalde, que miraba sus pies.

Ahora, a través de la plaza, las personas estaban empezando a formar líneas. Un par de niños pequeños se soltaron de las manos de sus padres y se persiguieron de un lado para el otro entre las líneas, riendo.

Y la sospecha brotó lentamente en Agnes como una gran rosa negra, bordeada de rojo.

Vlad debió sentir que su cuerpo se ponía tenso, porque su mano apretó su brazo.

—Sé qué está pensando... —empezó.

—Usted no sabe qué estoy pensando pero le diré qué estoy pensando —dijo, tratando de quitar el temblor de su voz—. Usted es...

—Escuche, podría ser mucho peor, solía ser mucho peor...

El Conde se acercó presuroso.

—Buenas noticias —dijo—. Tres niños acaban de cumplir doce. — Sonrió a Agnes—. Tenemos una pequeña... ceremonia, antes de la lotería principal. Un rito de tránsito, algo así. Creo que lo esperan con ansia, a decir verdad.

Te está observando para ver cómo reaccionas, dijo Perdita. Vlad es sólo estúpido y Lacrimosa tejería tu pelo en una toalla de cara si tuviera la oportunidad pero éste irá directo a tu garganta si parpadeas en un mal momento... de modo que no parpadees en un mal momento, gracias, porque incluso los inventos de la imaginación quieren vivir...

Pero Agnes sentía el terror creciendo a su alrededor. Y era el malo, la clase mala de terror, un sentimiento anestesiante, frío y enfermo que la congelaba donde estaba parada. Tenía que hacer algo, hacer algo, romper su horrible dominio.

Vlad fue el que habló.

—No es nada dramático —dijo rápidamente—. Una pequeña gota de sangre... Padre fue a la escuela y les explicó todo sobre la ciudadanía...

—¡Qué bien! —gruñó—. ¿Reciben una insignia? —Debe haber sido Perdita detrás de eso; no podía imaginar a Agnes con tan mal gusto, ni siquiera por el sarcasmo.

—Ja, no. Pero qué buena idea —dijo el Conde, sonriéndole rápidamente—. Sí... quizás una insignia, o una placa pequeña. Algo para ser atesorado en la vida posterior. Tomaré nota mental sobre esto. Y entonces... empecemos. Ah, el Alcalde ha reunido a los niños queridos...

Se escuchó un grito en algún lugar al fondo de la multitud y, por un momento, Agnes divisó a un hombre que trataba de empujar hacia adelante. El Alcalde cabeceó hacia un par de hombres cercanos. Corrieron hacia la multitud. Hubo una refriega en las sombras. Creyó escuchar el grito de una mujer, repentinamente amortiguado. Una puerta se cerró de golpe.

Cuando el Alcalde regresó, se cruzó la mirada de Agnes. Ella apartó la mirada; no quería ver esa expresión. Las personas eran buenas imaginando infiernos, y algunos que habitaban mientras estaban vivos.

—¿Continuamos? —dijo el Conde.

—¿Soltará mi brazo, Vlad? —dijo Agnes dulcemente.

Sólo están esperando que reacciones, susurró Perdita. Oh, dijo Agnes dentro de su cabeza, ¿entonces sólo debo permanecer de pie aquí, observando? ¿Como todos los demás? Creía haberlo señalado.

¿Qué les han estado haciendo? ¡Son como cerdos haciendo cola para la Vigilia del Puerco! Creo que ellos vieron la razón, dijo Agnes. Oh bien... sólo borra esa sonrisa de la cara de Lacrimosa, es todo lo que pido...

Podían moverse muy rápido. Ni siquiera un grito resultaría. Podría meter un buen golpazo, y eso sería todo. Y quizás despertaría como vampiro, y no sabría la diferencia entre el bien y el mal. Pero ése no era el punto. El punto era aquí y ahora, porque aquí y ahora lo hizo.

Podía ver cada gota de humedad colgando en el aire, oler el humo de madera de los fuegos apagados, escuchar las ratas en los techados de las casas. Sus sentidos estaban trabajando tiempo extra, para sacar partido de los últimos segundos

—¡No veo por qué! —La voz de Lacrimosa cortó a través de la neblina como una sierra.

Agnes parpadeó. La muchacha se había acercado a su padre y lo miraba.

—¿Por qué siempre empiezas tú? —exigió.

—¡Lacrimosa! ¿Qué se te ha metido? ¡Soy la cabeza del clan!

—Oh, ¿de veras? ¿Para siempre?

El Conde parecía asombrado.

—Bien, sí. ¡Por supuesto!

—¿Así que siempre seremos empujados por ti, para siempre? ¿Seremos sólo tus niños para siempre?

—Mi querida, ¿qué piensas que...?

—¡Y no me hables con esa voz! ¡Eso sólo resulta en la carne! ¿De modo que seré enviada a mi habitación por ser desobediente para siempre?

—Te hemos permitido tener tu propio estante...

—¡Oh, sí! ¿Y por eso tengo que asentir y sonreír y ser buena con la carne?

—¡No te atrevas a hablarle a tu padre de ese modo! —gritó la Condesa.

—¡Y no hables de Agnes de ese modo! —agregó Vlad.

—¿Usé la palabra Agnes? ¿Hice referencia a ella de alguna manera? —dijo Lacrimosa, fríamente—. Creo que no. No soñaría con mencionarla en absoluto.

—¡No puedo tolerar estas discusiones! —gritó el Conde.

—Eso es todo, ¿verdad? —dijo Lacrimosa—. ¡No discutimos! Sólo hacemos lo que tú dices, para siempre.

—Estuvimos de acuerdo...

—No, tú estuviste de acuerdo, y nadie desacuerda contigo. ¡Vlad tenía razón!

—¿De veras? —dijo el Conde, volviéndose a su hijo—. Exactamente acerca de qué, ¿por favor?

La boca de Vlad abrió y se cerró una o dos veces mientras montaba una frase coherente apresuradamente.

—Debo haber mencionado que todo el asunto de Lancre podría ser considerado poco inteligente...

—Oh —dijo la Condesa—. ¿Sabes tanto sobre inteligencia de repente y apenas tienes doscientos?

—¿Poco inteligente? —dijo el Conde.

—¡Yo diría estúpido! —dijo Lacrimosa—. ¿Pequeñas insignias? ¿Obsequios? ¡Nosotros no damos nada! ¡Somos vampiros! Tomamos lo que queremos, de este modo...

Extendió la mano, agarró a un hombre que estaba cerca de ella, y se volvió, con la boca abierta y el pelo al viento.

Y se detuvo, como si hubiera quedado congelada.

Entonces se encogió, una mano en la garganta, y mirando a su padre.

—¿Qué... hiciste? —jadeó—. Mi garganta... se siente... ¡Tú hiciste algo!

El Conde se frotó la frente y pellizcó el caballete de su nariz.

—Lacci...

—¡Y no me llames así! ¡Sabes cómo lo odio!

Se escuchó un breve grito de uno de los vampiros menores detrás de ellos. Agnes no podía recordar su nombre, era probablemente Fenrir

o Maledicta o algo, pero sí recordó que prefería ser conocido como Gerald. Cayó de rodillas, agarrándose la garganta. Ninguno de los otros vampiros parecía muy feliz, tampoco. Unos estaban de rodillas y gimiendo, ante la perplejidad de los ciudadanos.

—Yo no... me siento muy bien —dijo la Condesa, tambaleándose ligeramente—. Dije que creía que el vino no era una buena idea...

El Conde se volvió y miró a Agnes. Dio un paso hacia atrás.

—Es usted, ¿verdad? —dijo.

—¡Por supuesto que lo es! —gimió Lacrimosa—. Tú sabes que la anciana puso su identidad en algún lugar, ¡y debe haber sabido que a Vlad se le caía la baba por ese bulto!

Ella no está aquí, ¿verdad? dijo Perdita. ¿No lo sabes?, pensó Agnes, retrocediendo otra vez. Bien, no creo que esté, ¿pero soy yo haciendo el pensamiento? Mira, ella ha escondido su identidad en ese sacerdote, lo sabemos. No, no lo sabemos, tú sólo pensaste que sería inteligente que lo hiciera porque todos pensarían que se estaba escondiendo en la bebé.

—¿Por qué no sólo regresa gateando a su ataúd y se pudre, pequeño gusano legamoso? —dijo Agnes. No era uno bueno, pero los insultos improvisados rara vez están bien hechos.

Lacrimosa saltó hacia ella, pero algo más estaba mal. En lugar de volar a través del aire como la muerte de terciopelo se tambaleó como un ave con un ala fracturada. Pero la furia le permitió levantarse enfrente de Agnes, una garra extendida para clavarse...

Agnes la golpeó tan duro como pudo y sintió a Perdita detrás del golpe también. No debía haber sido posible acertarle, la muchacha era bastante veloz para correr alrededor de Agnes tres veces antes de que pudiera hacerlo, pero le dio.

Las personas de Escrow observaron a un vampiro tambalearse hacia atrás, sangrando.

El Alcalde levantó la cabeza.

Agnes se agazapó, los puños levantados.

—No sé adónde se fue Yaya Ceravieja —dijo—. Tal vez está aquí conmigo, ¿eh? —Un destello de loca inspiración la golpeó y añadió, en los tonos agudos de Yaya—: ¡Y si usted me golpea otra vez le morderé las botas y todo el camino hacia arriba!

—Un buen intento, Srta. Nitt —dijo el Conde, acercándose a las zancadas—. Pero no lo creo...

Se detuvo, agarrando la cadena de oro que repentinamente estaba alrededor de su cuello.

Detrás de él, el Alcalde tiraba de ella con todo su peso, forzando al vampiro al suelo.

Los ciudadanos se miraron unos a otros, y todos se movieron inmediatamente.

Los vampiros se alzaron en el aire, tratando de ganar altura, pateando las manos que querían agarrarlos. Las antorchas fueron quitadas de paredes. La noche se llenó, repentinamente, de gritos.

Agnes levantó la mirada hacia Vlad, que estaba mirando horrorizado. Lacrimosa estaba rodeada por un cerrado anillo de personas.

—Es mejor que usted corra —dijo—, o ellos...

Se volvió y corrió, y lo último que ella vio fueron dientes.

La senda de bajada era peor que la de subida. En cada hueco había brotado un manantial, y cada sendero era un riachuelo.

Mientras Yaya y Avenas se tambaleaban desde barro a lodo, Avenas reflexionaba en la historia en el Libro de Om —la historia, realmente— sobre el profeta Brutha y su viaje con Om a través del desierto en llamas, que había terminado por cambiar el Omnianismo para siempre. Había reemplazado espadas por sermones, que al menos causaban menos muertes excepto en el caso de los verdaderamente largos, y había quebrado la Iglesia en mil pedazos que habían empezado a discutir entre sí y finalmente produjo a Avenas, que discutía consigo mismo.

Avenas se preguntaba qué tan lejos a través del desierto habría llegado Brutha si hubiera estado tratando que sostener a Yaya Ceravieja. Había algo inflexible en ella, algo duro como la roca. Sentía con culpa que aproximadamente a la mitad del camino el bendito profeta podría haber cedido a la tentación... bien, al menos de decir algo desagradable, o lanzar un suspiro significativo. La anciana se había puesto muy cascarrabias después de recibir calor. Parecía tener algo en mente.

La lluvia había parado pero el viento era fuerte, y todavía caían ocasionales ráfagas de granizo.

—No falta mucho ahora —jadeó él.

—Usted no lo sabe —dijo Yaya, chapoteando a través del barro negro y turboso.

—No, usted tiene toda la razón —dijo Avenas—. Sólo lo dije para animarnos.

—No dio resultado —dijo Yaya.

—Señorita Ceravieja, ¿le gustaría que la deje aquí? —dijo Avenas.

Yaya resopló.

—No me preocupa —dijo.

—¿Le gustaría que lo haga? —dijo Avenas.

—No es mi montaña —dijo Yaya—. No sería la que le dice a las personas dónde deberían estar.

—Me iré si usted quiere —dijo Avenas.

—Nunca le pedí que viniera —dijo Yaya simplemente.

—¡Usted estaría muerta si no hubiera venido!

—Eso no es asunto suyo.

—Por los dioses, Señorita Ceravieja, usted me juzga mal.

—Su dios, Señor Avenas, juzga a todos. Eso es lo que hacen los dioses generalmente, y es por eso que no me llevo bien con ellos. Y ellos ponen reglas todo el tiempo.

—Tiene que haber reglas, Señorita Ceravieja.

—¿Y qué es lo primero que su Om requiere, entonces?

—Que los creyentes no deben venerar a ningún otro dios sino a Om —dijo Avenas inmediatamente.

—¿Oh, sí? Eso son los dioses para usted. Muy egocéntricos, como regla.

—Creo que es para conseguir la atención de las personas —dijo Avenas—. Hay muchos mandamientos sobre llevarse bien con las otras personas, si a eso quiere llegar.

—¿De veras? ¿Y suponga que alguien no quiere creer en Om y trata de vivir apropiadamente?

—De acuerdo con el profeta Brutha, vivir apropiadamente es creer en Om.

—¡Oho, eso es inteligente! Lo tiene de ida y de vuelta —dijo Yaya—. Se necesitaba un buen pensador para llegar a eso. Bien hecho. ¿Qué otras cosas ingeniosas dijo?

—No dice las cosas para ser inteligente —dijo Avenas con calor—. Pero, ya que pregunta, en su carta a los Simonitas dijo que es a través de otras personas que nos hacemos verdaderas personas.

—Bien. Tiene razón en ésa.

—Y dijo que debíamos llevar la luz a los lugares oscuros.

Yaya no dijo nada.

—Pensé que lo había mencionado —dijo Avenas—, porque cuando usted estaba... ya sabe, arrodillada, allá en la forja... dijo algo muy similar...

Yaya se detuvo tan repentinamente que Avenas casi se cae encima.

—¿Hice qué?

—Usted estaba farfullando y...

—¿Estuve hablando en mi... sueño?

—Sí, y usted dijo algo de que la oscuridad estaba donde la luz tenía que estar, que recuerdo porque en el Libro de Om...

—¿Usted escuchaba?

—No, no estaba escuchando, pero no pude evitarlo, ¿verdad? Y usted sonaba como si estuviera discutiendo con alguien...

—¿Puede recordar todo lo que dije?

—Creo que sí.

Yaya se tambaleó un poco, y paró en un charco del agua negra que empezó a cubrir sus botas.

—¿Puede olvidarlo? —dijo.

—¿Perdone?

—Usted no sería tan desconsiderado para pasarle a alguien más las divagaciones de una pobre mujer que estaba probablemente perdida, ¿verdad? —dijo Yaya lentamente.

Avenas pensó por un momento.

—¿Qué divagaciones eran ésas, Señorita Ceravieja?

Yaya pareció relajarse aliviada.

—Ah. Buena cosa ha preguntado, realmente, considerando que no había ninguna.

Unas burbujas negras surgieron del lodo alrededor de Yaya Ceravieja mientras los dos se observaban. Se había declarado una especie de tregua.

—¿Me pregunto, joven, si usted sería tan amable de sacarme de aquí?

Esto llevó algo de tiempo e involucró una rama de un árbol cercano y, a pesar de los mejores esfuerzos de Avenas, el primer pie de Yaya salió sin la bota. Y en cuanto una bota dice adiós en un pozo de lodo, es seguro que la otra se sale por fraternal solidaridad.

Yaya terminó sobre lo que estaba comparativamente seco y comparativamente firme, llevando un par de las medias de aspecto muy pesado, unas que nunca antes Avenas había visto. Parecía que no se arrugarían bajo el golpe de un martillo.

—Eran buenas botas —dijo Yaya, mirando las burbujas—. Oh, bien, continuemos.

Se tambaleó un poco cuando se puso en camino otra vez, pero para admiración de Avenas logró permanecer erguida. Él empezaba a formarse ahora otra opinión de la anciana, que causaba que una nueva opinión surgiera cada media hora, y era éste: ella necesitaba alguien a quien golpear. Si no tenía nadie a quien golpear, probablemente se golpearía ella misma.

—Lástima su pequeño libro de palabras sagradas... —dijo, cuando estaba más allá en el sendero.

Hubo una larga pausa antes de que Avenas respondiera.

—Puedo conseguir otro fácilmente —dijo con voz sin tono.

—Debe ser difícil, no tener su libro de palabras.

—Es solamente papel.

—Pediré al Rey que le consiga otro libro de palabras.

—Yo no lo molestaría.

—Cosa terrible haber tenido que quemar todas esas palabras, sin embargo.

—Las que valen no se queman.

—Usted no es demasiado estúpido, a pesar de que lleva un sombrero extraño —dijo Yaya.

—Sé cuándo me están presionando, Señorita Ceravieja.

—Bien hecho.

Siguieron caminando en silencio. Una llovizna de granizo rebotaba del sombrero puntiagudo de Yaya a la amplia ala del de Avenas.

Entonces Yaya dijo:

—Es inútil que trate de hacerme creer en Om, sin embargo.

—Om prohíbe que lo intente, Señorita Ceravieja. Ni siquiera le he dado a usted un folleto, ¿verdad?

—No, pero usted está tratando de hacerme pensar, ‘Oh oh, qué buen joven, su dios debe ser algo especial si los buenos jóvenes como él ayudan a las ancianas como yo’, ¿verdad?

—No.

—¿De veras? Bien, no está resultando. Hay personas en las que usted puede creer, a veces, pero no dioses. Y le diré esto, Señor Avenas...

Él suspiró.

—¿Sí?

Se volvió para enfrentarlo, repentinamente viva.

—Sería lo mismo para usted si no creyera —dijo, pinchándolo con un dedo afilado—. Este Om... ¿alguien lo ha visto?

—Se dice que tres mil personas presenciaban su manifestación en el Gran Templo cuando hizo el Convenio con el profeta Brutha y lo salvó de la muerte por tortura sobre la tortuga de hierro...

—Pero apuesto a que ahora están discutiendo sobre qué vieron en realidad, ¿eh?

—Bien, efectivamente, sí, hay muchas opiniones...

—Correcto. Correcto. Eso son las personas para usted. Ahora si yo lo hubiera visto, realmente allí, muy vivo, estaría en mí como una fiebre. Si pensara que hay algún dios que realmente le importan dos bledos las personas, que las observa como un padre y las cuida como una madre... bien, usted no me atraparía diciendo cosas como, ‘Hay dos costados en cada cuestión’, y ‘Debemos respetar las creencias de las otras personas’. Usted no me encontraría siendo generalmente buena en la esperanza de que todo resultaría bien al final, no si esa llama estuviera ardiendo en mí como una espada inolvidable. Y dije ardiendo, Señor Avenas, porque eso sería. Usted dice que ustedes ya no queman gente ni sacrifican personas, pero eso es lo que verdadera fe significaría, ¿lo ve? Sacrificar su propia vida, un día a la vez, a la llama, declarar la verdad, trabajar por eso, respirar el alma de eso. Eso es religión. Cualquier otra cosa es sólo... es sólo ser bueno. Y una manera de mantenerse en contacto con los vecinos.

Se relajó ligeramente, y continuó con una voz más calma:

—De todos modos, es lo que yo sería, si realmente creyera. Y no creo que sepa lo que hacen ahora mismo, porque parece que si usted ve el mal tiene que retorcerse las manos y decir, ‘Oh cielos, debemos debatirlo’. Ésas son mis dos banderas, Señor Avenas. Usted es feliz dejando las cosas como están. No persiga la fe, porque nunca la atrapará. —Y añadió, casi como una acotación al margen—. Pero, quizás, usted pueda vivir lleno de fe.

Sus dientes castañetearon cuando una ráfaga del viento helado azotó el vestido mojado contra sus piernas.

—¿Tiene otro libro de palabras sagradas sobre usted? —preguntó.

—No —dijo Avenas, todavía impactado. Pensó: mi dios, si alguna vez ella encuentra una religión, ¿qué saldrá de estas montañas y se extenderá por las llanuras? Mi dios... sólo dije, ‘Mi dios’...

—¿Un libro de himnos, tal vez? —insistió Yaya.

—No.

—¿Un delgado volumen de plegarias, apropiadas para cada oportunidad?

—No, Yaya Ceravieja.

—Maldición. —Yaya se desplomó hacia atrás, doblándose lentamente como un vestido vacío.

Él corrió hacia ella y la atrapó antes de que aterrizara en el barro. Una delgada mano blanca agarró su muñeca tan fuerte que soltó un aullido. Entonces ella se relajó, y quedó colgando.

Algo hizo que Avenas mirara hacia arriba.

Una figura encapuchada montaba sobre un caballo blanco un poco más allá, perfilado en el más pálido fuego azul.

—¡Váyase! —gritó—. ¡Usted se va ya mismo o... o...!

Bajó el cuerpo sobre algunas matas de hierba, agarró un puñado de barro y lo lanzó en la penumbra. Corrió detrás, golpeando locamente una forma que repentinamente no era nada más que sombras y neblina.

Corrió de regreso, recogió a Yaya Ceravieja, la tiró sobre sus hombros y corrió, cuesta abajo.

La neblina detrás de él modeló una forma sobre un caballo blanco.

Muerte agitó la cabeza.

NO FUE NI SIQUIERA QUE HUBIERA DICHO ALGO, dijo.

Olas de negro calor se rompieron sobre Agnes, y luego hubo un hoyo, y una caída en la oscuridad caliente, sofocante.

Sintió el deseo. La estaba tirando hacia adelante como una corriente.

Bien, pensó en sueños, por lo menos perderé un poco de peso...

Sí, dijo Perdita, pero todo el delineador de ojos que tendrás que usar debe añadir algunas libras...

El hambre la llenaba ahora, acelerándola. Y había luz detrás, brillando más allá de ella. Sintió que la caída

gradualmente disminuía la velocidad como si golpeara plumas invisibles, y luego el mundo giró y estaba subiendo otra vez, más rápido que un águila, hacia un círculo de blanco frío en expansión...

Posiblemente no eran palabras las que escuchó. No había ningún sonido sino un apagado ruido a velocidad. Pero estaban las sombras de las palabras, el efecto que dejan en la mente después de que han sido dichas, y sintió su propia voz entrar corriendo para llenar la forma que había aparecido allí. Yo... no puedo... permitir... esto...

La luz estalló.

Y alguien estaba a punto de clavar una estaca a través de su corazón.

—¿Stdt? —dijo, alejando la mano con un golpe. Farfulló por un momento y luego escupió el limón que tenía en la boca—. ¡Hey, pare eso! —dijo otra vez, esta vez con toda la autoridad pudo reunir—. ¿Qué diablos está haciendo usted? ¿Parezco un vampiro?

El hombre con la estaca y el mazo vaciló, y luego señaló el costado de su cuello.

Agnes llevó la mano hasta el suyo, y encontró dos verdugones.

—¡Debe haber errado! —dijo, alejando la estaca e incorporándose— . ¿Quién me quitó la media? ¿Quién me quitó la media izquierda? ¿Es vinagre hirviendo lo que puedo oler? ¿Qué hacen todas estas semillas de amapola volcadas en mi sostén? ¡Si no fue una mujer la que me quitó la media habrá un serio problema, se los aseguro!

Las personas alrededor de la mesa se miraron unas a otras, repentinamente inseguras ante su rabia. Agnes echó un vistazo arriba cuando algo rozó su oreja. Había estrellas y cruces y círculos y diseños más complicados que reconoció como símbolos religiosos colgando sobre ella. Nunca se había sentido inclinada a creer en la religión, pero sabía cómo se veía.

—Y ésta es sólo una exhibición de muy mal gusto —dijo.

—No actúa como un vampiro —dijo un hombre—. No se ve como uno. Y luchó contra los otros.

—¡Vimos al que la mordió! —dijo una mujer.

—Mala puntería con mala luz —dijo Agnes, sabiendo que no lo había sido así. Sentía un hambre que brotaba. No era como el negro impulso que había sentido en la oscuridad, sino agudo y urgente a pesar de todo. Tuvo que rendirse.

—Mataría por una taza de té —añadió.

Eso pareció resolverlo. El té no era el líquido habitualmente asociado con los vampiros.

—Y por amor a la moral permítanme sacudir algunas de estas semillas de amapola —continuó, ajustando su pecho—. Me siento como pan integral.

Se corrieron cuando balanceó sus piernas para bajar de la mesa, que significó que pudo ver el vampiro tendido sobre el piso. Casi pensó en él como el otro vampiro.

Era un hombre que llevaba un abrigo largo y un chaleco estrafalario, ambos cubiertos de barro y sangre; había una estaca a través de su corazón. Una mayor identificación, sin embargo, tendría que aguardar hasta encontrar donde habían puesto su cabeza.

—Veo que ustedes agarraron uno, entonces —dijo, tratando de no vomitar.

—Agarramos dos —dijo el hombre con el martillo—. Le prendimos fuego al otro. Mataron al Alcalde y al Sr. Vlack.

—¿Usted quiere decir que el resto escapó? —dijo Agnes.

—Sí. Todavía son fuertes pero no pueden volar mucho.

Agnes señaló el vampiro sin cabeza.

—Er... ¿es ése Vlad? —dijo.

—¿Cuál era?

—El que... me mordió. Que trató de morderme —se corrigió.

—Podemos verificar. Piotr, muéstrale la cabeza.

Un joven fue obedientemente a la chimenea, se puso un guante, levantó la tapa de una gran cacerola y levantó una cabeza por el pelo.

—Ése no es Vlad —dijo Agnes, tragando. No, dijo Perdita, Vlad era más alto.

—Se estarán dirigiendo de regreso a su castillo —dijo Piotr—. ¡A pie! ¡Usted debió verlos tratando de volar! Fue como observar pollos en pánico.

—El castillo... —dijo Agnes.

—Tendrán que llegar antes del amanecer —dijo Piotr, con algo de satisfacción—. Y no pueden cortar camino por los bosques, por los lobizones.

—¿Qué? Pensaba que los lobizones y los vampiros se llevarían bien —dijo Agnes.

—Oh, tal vez lo parece —dijo Piotr—. Pero se están vigilando todo el tiempo para ver quién parpadea primero. —Miró a su alrededor en la habitación—. No les importamos a los lobizones —continuó, con el acuerdo general—. Nos dejan tranquilos la mayor parte del tiempo porque no corremos lo bastante rápido para ser interesantes.

Miró a Agnes de arriba para abajo.

—¿Qué le hizo usted a los vampiros? —dijo.

—¿Yo? No hice... no lo sé —dijo Agnes.

—Ni siquiera pudieron mordernos apropiadamente.

—Y se estaban peleando como niños cuando partieron —dijo el hombre con el mazo.

—Usted tiene un sombrero puntiagudo —dijo Piotr—. ¿Les lanzó un hechizo?

—Yo... no lo sé. Realmente no. —Y entonces la honestidad natural se encontró con la brujería. Un aspecto de la brujería es la astucia, y rara vez es poco sabio tomar el crédito de misteriosos eventos fortuitos—. Podría haberlo hecho —añadió.

—Bien, nosotros vamos tras ellos —dijo Piotr.

—¿No se habrán puesto bien?

—Podemos cortar camino por los bosques.

La sangre teñía la lluvia que se deslizó por la herida sobre el hombro de Jason Ogg. Se dio unos toquecitos con un paño.

—Calculo que estaré martillando con la izquierda por una semana o dos —dijo, haciendo una mueca de dolor.

—Tienen muy buen campo de fuego —dijo Shawn, que se había refugiado detrás del barril de cerveza usado recientemente para mojar la cabeza de la bebé—. Quiero decir, es un castillo. Un ataque frontal simplemente no resultará.

Suspiró, y protegió la vela para evitar que el viento la apagara. Habían probado un ataque frontal sin embargo, y la única razón de que nadie hubiera muerto era que la bebida parecía estar corriendo libremente dentro del torreón. Como estaban las cosas, una o dos personas estarían cojeando durante un tiempo. Entonces habían intentado lo que Jason persistió en llamar un ataque de dorsal, pero había huecos de flecha incluso sobre la cocina. Un hombre arrastrándose hasta los muros muy lentamente —un ataque sigiloso, como lo había pensado Shawn— había resultado, pero ya que todas las puertas estaban sólidamente trancadas esto había significado que se paró allí sintiéndose un tonto.

Estaba tratando de encontrar alguna ayuda en los antiguos diarios militares del General Tacticus, cuya inteligente campaña había sido tan exitosa que había dado su propio nombre al detallado procedimiento de esfuerzo marcial, y en este momento había encontrado una sección titulada Qué Hacer Si Un Ejército Ocupa Un Terreno Bien Armado Y Fortificado Y El Otro No, pero debido a que la primera frase decía ‘Esfuérzate por ser el que está adentro’, casi había perdido valor.

El resto de las milicias de Lancre se escondía detrás de contrafuertes y carros boca abajo, esperando que él los dirija.

Se escuchó un respetuoso sonido metálico cuando Jim Gran Bistec, que estaba actuando como reemplazo de otros dos soldados de medio tiempo, saludó a su comandante.

—Calculo —arriesgó—, que zi ponemoz grandez fuegoz delante de laz puertaz podríamoz ahumarloz.

—Buena idea —dijo Jason.

—Ésa es la puerta del Rey —protestó Shawn—. Ya ha sido un poco hiriente conmigo por no limpiar el hoyo del retrete esta semana...

—Puede enviarle la factura a Mam.

—¡Ésa es una charla sediciosa, Jason! ¡Podía tenerte arr... podría arr... Mam podría tener algo que decir porque estás hablando de esa manera!

—¿Dónde está el Rey, de todos modos? —dijo Darren Ogg—. ¿Sentado y permitiendo que Mam ordene todo mientras a nosotros nos disparan?

—Sabes que tiene un pecho débil —dijo Shawn—. Lo hace muy bien considerando que...

Se calló cuando un sonido salió rodando a través del campo. Tenía una cualidad ronca y original, el sonido de un animal que sufre pero que también piensa pasarlo lo antes posible. Los hombres miraron alrededor nerviosamente.

Verence cruzó las puertas con un estruendo.

Shawn lo reconoció solamente por el bordado sobre su camisa de dormir y sus pantuflas esponjosas. Sujetaba una larga espada sobre su cabeza con ambas manos y estaba corriendo directo hacia la puerta del torreón, arrastrando un grito detrás.

La espada golpeó la madera. Shawn escuchó que toda la puerta se estremecía.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó Darren—. ¡Agarremos a la pobre criatura antes de que le disparen!

Un par se escurrió hasta el Rey luchador, que estaba parado horizontal contra la puerta esforzándose por sacar la espada.

—¡Ahora, mire aquí, su maj... Aargh!

—¡Ach, es un tipo de confianza!

Darren se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cara.

Unas pequeñas formas se arremolinaron a través del patio detrás del Rey, como alguna clase de plaga.

—¡Gibbins!

—¡Fackle!

—¡Nac mac Feegle!

Se escuchó otro grito mientras Jason, tratando de contener el entusiasmo de su monarca, descubrió que mientras el toque de un monarca puede efectivamente curar ciertas condiciones de calvicie, el mismo cuero cabelludo de un rey es capaz de desparramar la nariz de alguien en una interesante forma plana.

Unas flechas se clavaron en el suelo alrededor de ellos.

Shawn agarró a Gran Jim.

—¡Les van a disparar a todos, borrachos o no! —gritó encima del estrépito—. ¡Tú vienes conmigo!

—¿Qué vamoz a hazer nosotroz?

—¡Limpiar los retretes!

El troll lo siguió mientras él se deslizaba alrededor del torreón, hasta donde la Torre del Gong se vislumbraba contra la noche en todo su esplendor odorífero. Era la ruina de la vida de Shawn. Los vestidores de todo el torreón descargaban en ella. Uno de sus trabajos era limpiarlo y llevar el contenido a los hoyos en los jardines donde los esfuerzos de compostaje de Verence los estaban convirtiendo gradualmente en, bien, Lancre. Pero ahora que el castillo estaba mucho más ocupado que lo habitual sus esfuerzos semanales con pala y carretilla no eran las pausas pacíficas y solitarias solían ser. Por supuesto que había permitido que el trabajo más o menos... se acumulara estas últimas semanas, pero ¿esperaban ellos que él hiciera todo?

Hizo una seña a Gran Jim hacia la puerta al pie de la torre. Afortunadamente, los trolls no tienen mucho interés en olores orgánicos, aunque fácilmente pueden distinguir tipos de piedra caliza por el olfato.

—Quiero que la abras cuando te diga —dijo, cortando una tira de su camisa y envolviéndola alrededor de una flecha. Buscó un fósforo en sus bolsillos—. Y cuando hayas abierto la puerta —continuó, mientras la tela tomaba fuego—, quiero que escapes muy, muy rápido, ¿correcto? Está bien... ¡abre la puerta!

Gran Jim tiró de la manija. Se escuchó un muy apagado swosh mientras la puerta se abría hacia adentro.

—¡Corre! —gritó Shawn. Extendió el cordel de la ballesta y disparó a través de la entrada.

La flecha encendida desapareció en la fétida oscuridad. Hubo una pausa de algunos latidos. Entonces la torre estalló.

Ocurrió muy despacio. La luz verde azul formó un hongo hacia arriba, de planta en planta, de una manera casi pausada, volando piedras en cada nivel para dar a la torre un bonito efecto animado. Las tejas de plomo se abrieron como una margarita. Una débil llama atravesó las nubes. Entonces tiempo, sonido y movimiento regresaron con un thump.

Después de unos segundos las puertas principales se abrieron de golpe y los soldados salieron corriendo. El primero fue golpeado entre los ojos por un rey balístico.

Shawn acababa de arrancar para volver corriendo a la pelea cuando alguien aterrizó en sus hombros, lanzándolo al suelo.

—Bien, bien, uno de los soldados de juguete —rugió desdeñosamente el Cabo Svitz, saltando a un lado y sacando su espada.

Mientras la levantaba Shawn dio la vuelta y lo atacó con el Cuchillo de Ejército-De-Paz Lancrastiano. Podría haber tenido tiempo de seleccionar el Dispositivo para Diseccionar Paradojas, o el Aparato para Detectar Pequeños Granos de Esperanza, o la Cosa en Espiral para Averiguar la Realidad del Ser, pero tal como sucedió el Instrumento para Terminar Discusiones Muy Rápidamente se ganó el día.

En ese momento, cayó un breve chaparrón de lluvia blanda.

Bien... indudablemente un chaparrón.

Definitivamente blanda, de todos modos.

Agnes no había visto antes una turba como ésa. Las turbas, en su limitada experiencia, eran ruidosas. Ésta era silenciosa. La mayor parte del pueblo estaba en ella, y para sorpresa de Agnes habían llevado a muchos de los niños.

No le sorprendió a Perdita. Van a matar los vampiros, dijo, y los niños mirarán.

Bien, pensó Agnes, eso es exactamente correcto.

Perdita estaba horrorizada. ¡Tendrán pesadillas!

No, pensó Agnes. Alejará las pesadillas. A veces todos tienen que saber que el monstruo está muerto, y recordarlo, para poder contárselo a sus nietos.

—Trataron de convertir a las personas en cosas —dijo en voz alta.

—¿Perdone, señorita? —dijo Piotr.

—Oh... só[[41]](#footnote-41)lo pensaba en voz alta.

¿Y de dónde había sacado esa otra idea?, se preguntó Perdita, cuando había dicho a los lugareños que enviaran a los corredores para informar sobre el trabajo de la noche a los otros pueblos. Eso era inusitadamente desagradable en ella.

Pero recordó la mirada de horror sobre la cara del Alcalde y, más tarde, la expresión absorta, en blanco, cuando estaba tratando de estrangular al Conde con su cadena del cargo. El vampiro lo había matado con un golpe que casi lo había partido por la mitad.

Se tocó las heridas de su cuello. Estaba bastante segura de que los vampiros no erraban, pero Vlad debía haberlo hecho, porque no era muy vampiro. A ella ni siquiera le gustaba la idea del filete casi crudo. Había tratado de ver si podía volar, cuando pensó que las personas no estaban mirando, pero fue tan atractiva para la gravedad como siempre. El chupar sangre... no, eso nunca, ni siquiera si fuera el último programa de dieta, pero le habría gustado volar.

Te ha cambiado, dijo Perdita.

—¿Cómo?

—¿Perdone, señorita?

Eres más lista... más nerviosa... más desagradable.

—Tal vez era tiempo de que lo fuera, entonces.

—¿Perdone, señorita?

—Oh, nada. ¿Tiene una hoz de repuesto?

Los vampiros viajaban rápido pero erráticamente, aparentemente sin nada como volar, pero prometiendo participaciones en los campeonatos de salto en largo del mundo entero.

—Quemaremos ese desagradecido lugar hasta los cimientos —gimió la Condesa, aterrizando pesadamente.

—Después quemaremos ese lugar hasta los cimientos —dijo Lacrimosa—. A esto conduce la generosidad, Padre. Espero que estés prestando atención.

—Después de que pagaste ese campanario, también —dijo la Condesa.

El Conde se frotó la garganta, donde los eslabones de la cadena de oro todavía se veían como verdugones rojos. No hubiera creído que un humano podía ser tan fuerte.

—Sí, ése podría ser un buen curso de acción —dijo—. Tendríamos que asegurarnos de que las noticias circulen por los alrededores, por supuesto.

—¿Piensas que estas noticias no circularán? —dijo Lacrimosa, aterrizando a su lado.

—Pronto será el amanecer, Lacci —dijo el Conde, con pesada paciencia—. Debido a mi entrenamiento, lo considerarás como apenas una molestia, no una razón para desintegrarte en una pequeña pila de polvo. Reflexiona sobre eso.

—Esa mujer Ceravieja hizo esto, ¿verdad? —dijo Lacrimosa, ignorando este llamado a considerarse afortunada—. Puso su identidad en algún lugar y nos está atacando. No puede estar en la bebé. Supongo que no estaba en tu muchacha gorda, ¿eh, Vlad? Mucho espacio ahí. ¿Estás escuchando, hermano?

—¿Qué? —dijo Vlad vagamente mientras doblaban un recodo en el camino y veían el castillo adelante.

—Vi que te rendías y la mordías. Tan romántico. Sin embargo, todavía ellos la arrastraron. Tendrán que usar una estaca muy larga para darle a algún órgano útil.

—Habría puesto su identidad en algún lugar cerca —dijo el Conde—. Es lógico. Debe haber sido alguien en el salón...

—Una de las otras brujas, seguramente —dijo la Condesa.

—Me pregunto...

—Ese estúpido sacerdote —dijo Lacrimosa.

—Eso resultaría atractivo para ella probablemente —dijo el Conde— . Pero sospecho que no.

—¿No... en Igor? —dijo su hija.

—No lo pensaría ni un momento —dijo el Conde.

—Todavía creo que fue Agnes la Gorda.

—No era tan gorda —dijo Vlad de muy mal humor.

—Te habrías cansado de ella al final y habríamos terminado con ella metiéndose siempre en el camino, exactamente como las otras —dijo Lacrimosa—. Tradicionalmente un recuerdo significa un mechón de su pelo, no su cráneo entero...

—Ella es diferente.

—¿Sólo porque no puedes leer su mente? ¿Qué interés tendría hacerlo?

—Por lo menos yo mordí a alguien —dijo Vlad—. ¿Qué te pasaba a ti?

—Sí, estabas actuando muy extrañamente, Lacci —dijo el Conde, mientras llegaban al puente levadizo.

—¡Si ella se estuviera escondiendo en mí lo sabría! —gruñó Lacrimosa.

—Me pregunto si serías tú —dijo el Conde—. Sólo tiene que encontrar un punto débil...

—Es sólo una bruja, Padre. Sinceramente, estamos actuando como si tuviera algún tipo de poder terrible...

—Era quizás la Agnes de Vlad después de todo —dijo el Conde. Lanzó a su hijo una mirada ligeramente más larga que la estrictamente necesaria.

—Estamos casi en el castillo —dijo la Condesa, tratando de reunirlos—. Todos nos sentiremos mejor en un nuevo día.

—Nuestros mejores ataúdes fueron llevados a Lancre —dijo Lacrimosa hoscamente—. Alguien estaba tan seguro de sí mismo.

—¡No me hables en ese tono, jovencita! —dijo el Conde.

—Tengo doscientos años —dijo Lacrimosa—. Perdóname, pero creo que puedo escoger cualquier tono que me guste.

—¡Ésa no es manera de hablarle a tu padre!

—¡Realmente, Madre, podrías actuar como si tuvieras dos neuronas propias por lo menos!

—¡No es culpa de tu padre que todo haya salido mal!

—¡No ha salido todo mal, mi querida! ¡Éste es sólo un revés temporal!

—¡No lo será cuando la carne de Escrow le cuente a sus amigos! Vamos, Vlad, deja de estar deprimido y apóyame aquí...

—Si les cuentan, ¿qué pueden hacer? Oh, habrá un poco de protestas, pero entonces los sobrevivientes verán la razón —dijo el Conde—. Mientras tanto, tenemos a esas brujas esperándonos. Con la bebé.

—¿Y tenemos que ser corteses con ellas, supongo?

—Oh, creo que no necesitamos llegar tan lejos —dijo el Conde—. Dejarlas vivir, quizás...

Algo rebotó sobre el puente a su lado. Extendió la mano para recogerlo y lo dejó caer con un gañido.

—Pero... el ajo no debería quemar... —empezó.

—Éssta ess agua de la Laguna Tortuga Ssagrada de Ssquintss, dijo una voz encima de ellos—. Bendessida por el missmo Obisspo en el Año de la Trucha. —Se escuchó un glog-glog de alguien que tragaba—. Ésse fue un buen año para la beatitud —continuó Igor—. Pero no tienen que creer en mi palabra. ¡Agáchensse, imbéssiless!

Los vampiros se lanzaron para cubrirse mientras la botella, girando una y otra vez, hacía un arco desde las almenas.

Se estrelló sobre el puente, y la mayor parte del contenido le dio a un vampiro, que rompió en llamas como tocado por aceite ardiente.

—Ahora realmente, Cryptopher, no hay palabras para este tipo de cosas —dijo el Conde, mientras la figura en llamas gritaba y daba vueltas en círculos—. Todo está en tu mente, lo sabes. Pensamiento positivo, ésa es la clave...

—Se está poniendo negro —dijo la Condesa—. ¿No vas a hacer nada?

—Oh, muy bien. Vlad, patéalo del puente levadizo, ¿quieres?

El desafortunado Cryptopher fue empujado, retorciéndose, hacia el abismo.

—Ustedes lo saben, eso no debía haber ocurrido —dijo el Conde, mirando sus dedos ampollados—. Es obvio que él no era... de verdad uno de nosotros. —Lejos abajo, se escuchó el salpicón.

El resto de los vampiros corrieron en busca de la protección del arco de la puerta mientras otra botella estallaba cerca del Conde. Una gota salpicó sobre su pierna, y él le echó un vistazo a la pequeña nube de humo.

—Parece que algunos errores se han deslizado —dijo.

—Nunca he sido de ponerme delante —dijo la Condesa—, pero sugiero categóricamente que encuentres un nuevo plan, querido. Uno que resulte, ¿puede ser?

—Tengo uno ya modelado —dijo, golpeando las inmensas puertas de roble con los nudillos—. Si todos quizás se pararan a un lado...

Sobre las almenas, Igor codeó a Tata Ogg, quien levantó una jarra de agua de la Fuente Sagrada de Sek Siete-Manos y siguió el pulgar que señalaba hacia abajo.

De repente, unas nubes se estaban enroscando, con luz azul destellando dentro de ellas.

—¡Habrá una tormenta! —dijo—. ¡La punta de mi cabessa esstá hormigueando! ¡Corra!

Alcanzaron la torre justo mientras un único relámpago destrozaba las puertas y hacía añicos las piedras donde habían estado parados.

—Bien, eso fue fácil —dijo Tata, echada todo lo largo sobre el piso.

—Pueden controlar el clima —dijo Igor.

—¡Maldición! —dijo Tata—. Eso es correcto. Todos lo saben, quien sabe algo sobre los vampiros.

—Lo ssiento. Pero no podrán hasserlo ssobre lass puertass interioress. ¡Vamos!

—¿Qué es ese olor? —dijo Tata, olfateando—. ¡Igor, sus botas están ardiendo!

—¡Maldissión! Y esstoss piess esstaban cassi nuevoss hasse sseiss messess —dijo Igor, mientras el agua bendita de Tata chisporroteaba sobre el cuero humeante—. Ess mi alambre, recoge lass corrientess extraviadass.

—¿Qué ocurrió, alguien fue atropellado por un búfalo que caía? — dijo Tata, mientras bajaban la escalera a toda velocidad.

—Fue un árbol —dijo Igor con tono de reproche—. Mikhail Sswenitss arriba en el campamento de leñadoress, el pobre hombre. Prácticamente no quedó nada, pero ssuss padress dijeron que podía tomar ssuss piess para recordarlo.

—Eso fue extrañamente amable de parte de ellos.

—Bien, le di un brasso de repuessto despuéss del acssidente de hacha unoss añoss atráss y cuando el viejo hígado del Ssr. Sswenitss dejó de funssionar le di el que me dejó el Ssr. Kochak por darle a la Ssra. Kochak un ojo nuevo.

—Las personas por aquí no mueren tanto como siguen viviendo — dijo Tata.

—Lo que sse va alrededor vuelve alrededor —dijo Igor.

\* \* \*

—¿Y tu nuevo plan es...? —dijo Lacrimosa, caminando entre los escombros.

—Mataremos a todos. No es un plan original, lo admito, pero es probado y evaluado —dijo el Conde. Esto encontró la aprobación general, pero su hija parecía insatisfecha.

—¿Qué, a todos? ¿De una vez?

—Oh, puedes guardar algunos para después si es necesario.

La Condesa agarró su brazo.

—Oh, esto me recuerda tanto nuestra luna de miel —dijo—. ¿No recuerdas esas maravillosas noches en Grjsknvij?

—Oh, nueva mañana del mundo realmente —dijo el Conde solemnemente.

—Tanto romanticismo... y conocimos a personas tan encantadoras también. ¿Recuerdas al Sr. y la Sra. Harker?

—Muy cariñosamente. Recuerdo que duraron casi toda la semana. Ahora, todos ustedes escuchen. Los símbolos sagrado[[42]](#footnote-42)s no nos lastimarán. El agua bendita es sólo agua... sí, lo sé, pero Cryptopher no se estaba concentrando. El ajo es sólo otro miembro de la familia de las liliáceas. ¿Las cebollas nos lastiman? ¿Tenemos miedo de los chalotes? No. Estamos un poco cansados, eso es todo. Malicia, llama al resto del clan. Tendremos un poco de vacaciones de la razón. Y después, por la mañana, habrá espacio para un nuevo orden mundial que no tolero esto en absoluto...

Se frotó la frente. El Conde estaba orgulloso de su mente, y la atendía cuidadosamente. Pero ahora mismo se sentía expuesto, como si alguien estuviera mirando sobre su hombro. No estaba seguro de estar pensando correctamente. Ella no podía habérsele metido en la cabeza, ¿verdad? Tenía cientos de años de experiencia. No había ninguna manera en que una bruja de pueblo pudiera atravesar sus defensas. Era lógico...

Sentía la garganta seca. Por lo menos podía obedecer el llamado de su naturaleza. Pero esta vez era uno curiosamente inquietante.

—¿Tenemos algo de... té? —dijo.

—¿Qué es té? —dijo la Condesa.

—Crece... sobre un arbusto, creo —dijo el Conde.

—¿Cómo lo muerdes, entonces?

—Lo... er... pones en el agua hirviendo, ¿verdad? —El Conde sacudió la cabeza, tratando de liberarse de este impulso demoníaco.

—¿Mientras todavía está vivo? —dijo Lacrimosa, animándose.

—... bollos dulces... —masculló el Conde.

—Creo que deberías tratar de controlarte, querido —dijo la Condesa.

—Este... té —dijo Lacrimosa—. ¿Es... marrón?

—Sí —susurró el Conde.

—Porque cuando estábamos en Escrow fui a morder a uno de ellos y tuve esa horrible imagen mental de una taza llena de la cosa espantosa —dijo su hija.

El Conde se sacudió otra vez.

—No sé qué está pasándome —dijo—. De modo que ajustémonos a lo que sabemos, ¿de acuerdo? Obedezcamos a nuestra sangre...

La segunda baja en la batalla por el castillo fue Vargo, un joven larguirucho que en realidad se hizo vampiro porque pensaba que conocería a muchachas interesantes, o cualquier muchacha en absoluto, y le habían dicho que se veía bien en negro. Y entonces había descubierto que los intereses de un vampiro siempre se centran, tarde o temprano, en la siguiente comida, y hasta ahora realmente no había pensado que el órgano más interesante que una muchacha podía tener era el cuello.

En este momento todo lo que quería hacer era dormir, de modo que cuando los vampiros entraron en el mismo castillo se alejó lentamente en dirección a su sótano y a su buen ataúd cómodo. Por supuesto estaba hambriento, ya que todo lo que recibiera en Escrow fue un pie en el pecho, pero tenía suficiente sentido de autoprotección para dejar que los otros continuaran con la cacería de modo que pudiera regresar más tarde para el banquete.

Su ataúd estaba en el centro del sótano en penumbra, la tapa tirada descuidadamente sobre el piso. Siempre había sido desordenado con la ropa de cama, incluso como humano.

Vargo se trepó, se retorció y revolvió varias para acomodarse sobre la almohada, entonces colocó la tapa y pasó el cerrojo.

Mientras el ojo de la narrativa retrocedía del ataúd en su lugar, dos cosas ocurrieron. Una ocurrió comparativamente despacio, y fue que Vargo se dio cuenta lentamente de que no recordaba que el ataúd tuviera una almohada.

La otra era que Greebo había decidido que estaba tan enojado como el infierno, y que no iba a aguantarlo más. Había sido sacudido de un lado a otro en la cosa con ruedas, y luego puesto en su lugar por Tata, y estaba furioso por eso porque él sabía, de una manera oscura y animal, que arañar a Tata podía ser la única cosa sumamente estúpida que podía hacer en todo el mundo, ya que nadie más estaba preparado para alimentarlo. Esto no había mejorado su humor.

Entonces se había encontrado con un perro, que había tratado de lamerlo. Lo había arañado y mordido varias veces, pero esto no había tenido ningún efecto aparte de animarlo a tratar de ser más amigable.

Finalmente había encontrado un cómodo lugar de descanso y se había hecho un ovillo, y ahora alguien lo estaba usando como un almohadón...

No hubo mucho ruido. El ataúd se meció varias veces, y luego giró.

Greebo guardó sus garras y se volvió a dormir.

—... arder, con una clara luz brillante...

Chapoteo, succión, chapoteo.

—... y yo dentro de mi... Om sea alabado.

C[[43]](#footnote-43)hapoteo, chapoteo.

Avenas había recitado la mayoría de los himnos que sabía, incluso los viejos que uno realmente no debería cantar más pero que sin embargo recordaba porque las palabras eran tan buenas. Los cantaba fuerte y desafiante, para ahuyentar la noche y las dudas. Le ayudaban a quitar su mente del peso de Yaya Ceravieja. Era asombroso cómo había aumentado aparentemente en la última milla, en especial cada vez que se caía y ella encima de él.

Había perdido una de sus propias botas en un lodazal. Su sombrero estaba flotando en un charco en algún lugar. Las espinas habían rasgado su abrigo en harapos...

Se resbaló y cayó una vez más cuando el barro cedió bajo sus pies. Yaya salió rodando y se detuvo en un grupo de juncias.

Si Hermano Melchio pudiera verlo ahora...

El halcón descendió y se posó en la rama de un árbol muerto unas yardas más lejos. Avenas odiaba la cosa. Parecía demoníaca. Volaba aunque seguramente no podía ver a través de la capucha. Peor, siempre que pensaba en él, como ahora, la cabeza con capucha se volvía para mirarlo con una mirada invisible. Se quitó su otro zapato inútil, su cuero brillante todo manchado y rajado, y lo lanzó con mano poco experta.

—¡Vete, criatura perversa!

El ave no se movió. El zapato pasó de largo.

Entonces, mientras trataba de ponerse de pie, olió a cuero quemado.

Dos volutas de humo subían enroscándose a cada lado de la capucha.

Avenas buscó en su cuello la seguridad de la tortuga, y no estaba ahí. Le había costado cinco óbolos en la Ciudadela, y era demasiado tarde ahora para reflexionar que quizás no debía haberla colgado de una cadena que valía un décimo de óbolo. Probablemente estaba en algún charco, o enterrada en algún pantano barroso...

Ahora el cuero se consumió, y el resplandor amarillo de los agujeros era tan brillante que apenas podía ver el perfil del ave. Convertía el terreno frío y húmedo en líneas y sombras, ponía un borde dorado sobre cada mata de hierba y árbol destrozado... y se apagó tan rápidamente que dejó los ojos de Avenas llenos de explosiones púrpura.

Cuando recuperó la respiración y el equilibrio, el ave volaba alejándose por el páramo.

Recogió el cuerpo inconsciente de Yaya Ceravieja y corrió detrás de él.

Al menos, el sendero conducía cuesta abajo. El barro y los helechos resbalaban bajo sus pies. Los riachuelos corrían de cada agujero y hondonada. La mitad del tiempo le parecía no estar caminando, simplemente controlando una caída, rebotando de las rocas, deslizándose a través de charcos de barro y hojas.

Y entonces allí estaba el castillo, a través de una brecha entre los árboles, iluminado por el destello de un relámpago. Avenas se tambaleó a través de un grupo de arbustos espinosos, logró conservarse vertical bajando una pendiente de rocas sueltas, y se derrumbó sobre el camino con Yaya Ceravieja encima de él.

Ella se movió.

—... vacaciones de la razón... matemos a todos ellos... no puedo tolerar esto... —murmuró.

El viento sopló un puñado de gotas de lluvia sobre su cara, y abrió los ojos. Por un momento, a Avenas le pareció que tenía las pupilas rojas, y luego la helada mirada azul lo enfocó.

—¿Estamos aquí, entonces?

—Sí.

—¿Qué le pasó a su sombrero sagrado?

—Se perdió —dijo Avenas abruptamente. Yaya lo miró de más cerca.

—Su amuleto mágico se ha ido también —dijo—. El de la tortuga y el hombrecillo sobre ella.

—¡No es un amuleto mágico, Señorita Ceravieja! ¡Por favor! Un amuleto mágico es un símbolo de superstición primitiva mecanicista, mientras que la tortuga de Om es... es... es... Bien, no lo es, ¿comprende?

—Oh, correcto. Gracias por explicar —dijo Yaya—. Ayúdeme a levantarme, ¿quiere?

Avenas estaba teniendo alguna dificultad con su genio. Había llevado a la vieja chismosa por millas, estaba helado hasta los huesos, y ahora que estaban aquí ella actuaba como si de algún modo le hubiera hecho un favor.

—¿Cuál es la palabra mágica? —preguntó.

—Oh, no creo que un hombre santo como usted debería mezclarse con palabras mágicas —dijo Yaya—. Pero las palabras sagradas son: haga lo que le digo o será castigado. Deberían funcionar.

La ayudó a ponerse de pie, animado con una rabia mal digerida, y la sostuvo cuando se tambaleó.

Se escuchó un grito desde el castillo, que se cortó de repente.

—No era femenino —dijo Yaya—. Creo que las muchachas han empezado. Démosles una mano, ¿quiere?

Su brazo temblaba cuando lo levantó. El halcón bajó aleteando y se apoyó en su muñeca.

—Ahora ayúdeme a llegar a la puerta.

—De nada, agradecido de ser servicial —masculló Avenas. Miró al ave, cuya capucha giró hacia él.

—Ése es... otra ave fénix, ¿verdad? —dijo.

—Sí —dijo Yaya, observando la puerta—. Un ave fénix. Usted no puede tener uno solo de nada.

—Pero parece un pequeño halcón.

—Nació entre los halcones, de modo que se ve como un halcón. Si fuera empollado en un nido de gallina sería un pollo. Es lógico. Y permanecerá como halcón, hasta que necesite ser un ave fénix. Son aves tímidas. Usted podría decir que un ave fénix es lo que sea en que pueda convertirse...

—Demasiada cáscara de huevo...

—Sí, Señor Avenas. ¿Y cuándo pone el ave fénix dos huevos a veces? Cuando necesita hacerlo. Variopintenen tenía razón. Un ave fénix es de la naturaleza de las aves. Primero ave, después mito.

Las puertas colgaban flojas, sus refuerzos de hierro retorcidos fuera de lugar y sus maderos ardiendo, pero habían hecho algo de esfuerzo para dejarlas cerradas. Sobre lo que quedaba del arco, un murciélago esculpido en piedra decía a los visitantes todo lo que tenían que saber sobre este lugar.

Sobre la muñeca de Yaya la capucha del halcón crepitaba y echaba humo. Mientras Avenas lo observaba, unas pequeñas llamas brotaron del cuero otra vez.

—Él sabe qué hicieron —dijo Yaya—. Empolló sabiéndolo. Las aves fénix comparten sus mentes. Y no toleran el mal.

La cabeza se volvió para mirar a Avenas con su mirada de fuego blanco e, instintivamente, él dio un paso hacia atrás y trató de cubrirse los ojos.

—Use la aldaba —dijo Yaya, cabeceando hacia el gran anillo de hierro que colgaba libremente de una puerta astillada.

—¿Qué? ¿Quiere que yo llame a la puerta? ¿De un castillo de vampiros?

—No vamos a entrar a hurtadillas, ¿verdad? De todos modos, ustedes los Omnianos son buenos en llamar a las puertas.

—Bien, sí —dijo Avenas—, pero normalmente sólo para compartir una plegaria y para interesar a las personas en nuestros folletos... — dejó caer la aldaba varias veces, produciendo ecos alrededor del valle— ... ¡no para que me corten la garganta!

—Piense en esto como una calle particularmente difícil —dijo Yaya— . Trate otra vez... tal vez están escondidos detrás del sofá, ¿eh?

—¡Ja!

—¿Es usted un buen hombre, Señor Avenas? —dijo Yaya, en tono conversacional, mientras los ecos se apagaban—. ¿Incluso sin su libro sagrado, su amuleto sagrado, y su sombrero sagrado?

—Er... trato de serlo... —arriesgó.

—Bien... aquí es donde lo averiguará —dijo Yaya. Por fin llegamos al fuego, Señor Avenas. Aquí es donde ambos lo averiguamos.

Tata subió corriendo algunos escalones, un par de vampiros en los talones. Los vampiros estaban torpes porque no habían llegado a dominar la cuestión de no poder volar, pero también había otra cosa mala en ellos.

—¡Té! —gritaba uno—. ¡Debo tomar... té!

Tata abrió la puerta a las almenas. La siguieron, y tropezaron con la pierna de Igor mientras caminaban afuera de las sombras.

Levantó dos afiladas patas de mesa.

—¿Cómo quieren ssuss esstacass, muchachoss? —gritó con excitación, mientras atacaba—. ¡Deberían haber dicho que less

gusstaban miss arañass!

Tata se apoyó contra la pared para recuperar la respiración.

—Yaya está en algún lugar por aquí —jadeó—. No me pregunte cómo. Pero aquellos dos estaban ansiando una taza de té, y creo que sólo Esme podría confundir así la cabeza de alguien...

Los sonidos de la aldaba retumbaron abajo, alrededor del patio. Al mismo tiempo se abrió la puerta en el otro extremo de las almenas. Una media docena de vampiros avanzó.

—Están actuando muy tontos, ¿verdad? —dijo Tata—. Deme un par de estacas más.

—Me quedé ssin esstacass, Tata.

—Está bien, entonces, páseme una botella de agua bendita... Apúrese...

—No queda ninguna, Tata.

—¿No tenemos nada?

—Tenemoss una naranja, Tata.

—¿Para qué?

—Sse acabaron loss limoness.

—¿Qué bien hará una naranja si golpeara a un vampiro en la boca con ella? —dijo Tata, echando el ojo a las criaturas que se acercaban.

Igor se rascó la cabeza.

—Bien, ssupongo que no sse ressfriarán tan fássilmente...

El golpe de la aldaba resonó alrededor del castillo otra vez. Algunos vampiros se deslizaban a través del patio.

Tata vio una pizca de luz alrededor del borde de la puerta. El instinto tomó el control. Mientras los vampiros empezaban a correr, agarró a Igor y lo arrojó al piso.

El arco estalló, cada piedra y plancha fue expulsada en una creciente burbuja de llama abrasadora. Hizo trastabillar a los vampiros y gritaron mientras el fuego los levantaba en el aire.

Cuando la luminosidad se apagó un poco, Tata espió cuidadosamente hacia el patio.

Un ave, del tamaño de una casa, con las alas de llamas más anchas que el castillo, se alzaba en la entrada destrozada.

Poderoso Avenas se levantó sobre manos y rodillas. Las calientes llamas rugían a su alrededor, retumbando como gas quemándose ferozmente. Su piel ya debía haberse ennegreciendo, pero contra toda razón el fuego no se sentía más mortal que un caliente viento del desierto. El aire olía a alcanfor y a especias.

Miró hacia arriba. Las llamas envolvían a Yaya Ceravieja, pero se veían curiosamente transparentes, no enteramente reales. Aquí y allá un poco de oro y chispas verdes destellaban sobre su vestido, y el fuego azotaba y se rompía todo el tiempo a su alrededor.

Ella le miró.

—Usted está en las alas del ave fénix ahora, Señor Avenas —gritó, por encima del ruido—, ¡y usted no se quema!

El ave que movía las alas sobre su muñeca era incandescente.

—¿Cómo puede...?

—¡Usted es el erudito! Pero las aves macho son las que siempre hacen grandes exhibiciones, ¿verdad?

—¿Macho? ¿Éste es un ave fénix macho?

—¡Sí!

Saltó. Lo que voló... lo que voló, hasta donde Avenas pudo ver, era una gran ave de pálida llama, con una pequeña forma de ave real dentro, como la cabeza de un cometa. Añadió para sí: si ésa es efectivamente el ave real...

Voló arriba hacia la torre. Un grito, interrumpido rápidamente, indicó que un vampiro no había sido suficientemente rápido.

—¿No se quema a sí mismo? —dijo Avenas débilmente.

—No lo creería —dijo Yaya, caminando sobre las ruinas—. No tendría mucho sentido.

—Entonces debe ser fuego mágico...

—Dicen que si quema o no es elección de uno mismo —dijo Yaya—. Solía observarlos cuando era niña. Mi abuelita me contaba sobre ellos. Algunas noches frías usted los ve bailando en el cielo sobre el Eje, ardiendo en verde y oro...

—Oh, usted quiere decir las auroras coriolis —dijo Avenas, tratando de hacer que su voz sonara práctica—. Pero en realidad están causadas por partículas mágicas golpeando el...

—No sé por qué son causadas —dijo Yaya bruscamente—, pero lo que son, es el baile de las aves fénix. —Extendió la mano—. Debería sujetar su brazo.

—¿En caso de que me caiga? —dijo Avenas, todavía mirando el pájaro en llamas.

—Eso es correcto.

Mientras él la sostenía el ave fénix por encima de ellos inclinó la cabeza hacia atrás y gritó hacia el cielo.

—Y pensar que creía que era una criatura alegórica —dijo el sacerdote.

—¿Bien? Incluso las alegorías tienen que vivir —dijo Yaya Ceravieja.

\* \* \*

Vampiros no son criaturas naturalmente cooperativas. No está en su naturaleza. Cada otro vampiro es un rival para la próxima comida. A decir verdad, la situación ideal para un vampiro es un mundo en el que cada otro vampiro ha sido eliminado y que ya nadie crea seriamente en los vampiros. Son por naturaleza tan cooperativos como los tiburones.

Los vampyros son exactamente lo mismo, la única diferencia real es que no pueden escribir apropiadamente.

Lo que quedaba del clan se escurrió a través del torreón y fue hacia una puerta que por alguna razón estaba entreabierta.

El balde que contenía un cóctel de aguas bendecidas por uno de los Caballeros de Offler, un Sumo Sacerdote de Io y un hombre tan genéricamente santo que no se había cortado el pelo ni lavado durante setenta años, cayó sobre los primeros dos que la cruzaron.

No incluían al Conde y su familia, que se habían movido como uno solo hacia una torre lateral. No tenía ningún sentido tener subordinados si no les permitías ser los primeros en pasar por puertas sospechosas.

—¿Cómo pudiste ser tan...? —empezó Lacrimosa, y para su sorpresa recibió una bofetada de su padre en la cara.

—Todo lo que tenemos que hacer es permanecer en calma —dijo el Conde—. No hay necesidad de entrar en pánico.

—¡Me golpeaste!

—Y fue sumamente satisfactorio también —dijo el Conde—. El pensamiento cuidadoso es lo que nos salvará. Es así cómo sobreviviremos.

—¡No está resultando! —dijo Lacrimosa—. ¡Soy un vampiro! ¡Se supone que ansío el derramamiento de sangre! ¡Y en todo lo que puedo pensar es en una taza de té con tres terrones de azúcar dentro, sea lo que sea la condenada cosa! Esa anciana nos está haciendo algo, ¿no puedes verlo?

—No es posible —dijo el Conde—. Oh, es sagaz para ser un ser humana, pero creo que no hay ninguna manera en que pueda meterse en tu cabeza o en la mía...

—¡Incluso estás hablando como ella! —gritó Lacrimosa.

—Sé decidida, mi querida —dijo el Conde—. Recuerda... lo que no nos mata sólo puede hacernos más fuertes.

—¡Y lo que sí nos mata nos deja muertos! —rebatió Lacrimosa—. ¡Ya viste qué le pasó a los otros! ¡Tienes los dedos quemados!

—Un momentáneo lapsus de concentración —dijo el Conde—. Esa vieja bruja no es una amenaza. Ella es un vampiro. Servil hacia nosotros. Estará viendo el mundo de manera diferente...

—¿Estás loco? Algo mató a Cryptopher.

—Se dejó atemorizar.

El resto de la familia miró al Conde. Vlad y Lacrimosa intercambiaron una mirada.

—Estoy sumamente confiado —dijo el Conde. Su sonrisa parecía una mascarilla, blanca como la cera e inquietamente tranquila—. Mi mente está firme como una roca. Mis nervios están firmes. Un vampiro con agudeza nunca puede ser derrotado. ¿No les enseñé esto? ¿Qué es esto?

Su mano salió de su bolsillo, sujetando un cuadrado de cartulina blanca.

—Oh, Padre, éste no es realmente un momento para... —Lacrimosa se congeló, entonces se puso el brazo enfrente de su cara—. ¡Sácalo! ¡Sácalo de allí! ¡Es la Carta Agatana del Destino!

—Exactamente, la cual es simplemente tres líneas rectas y dos curvas organizadas agradablemente que...

—... nunca habría sabido de ella si no me lo hubieras dicho, ¡viejo tonto! —gritó la muchacha, retrocediendo.

El Conde se volvió hacia a su hijo.

—¿Y acaso tú...? —empezó. Vlad saltó hacia atrás, poniéndose la mano sobre los ojos.

—¡Lastima! —gritó.

—Santo cielo, ustedes dos no han estado practicando... —empezó el Conde, y giró la tarjeta para poder mirarla.

Encogió los ojos y giró la cara.

—¡¿Qué nos has hecho?! —gritó Lacrimosa—. ¡Nos enseñaste cómo ver centenares de malditas cosas sagradas! ¡Están por todos lados! ¡Cada religión tiene una diferente! ¡Tú nos enseñaste, bastardo estúpido! Líneas y cruces y círculos... Oh, cielos... —Fijó la vista de la pared de piedra detrás de su asombrado hermano y se estremeció—. ¡Dondequiera que miro veo algo sagrado! ¡Tú nos enseñaste a ver dibujos! —dijo furiosamente a su padre, con los dientes expuestos.

—Pronto será el amanecer —dijo la Condesa nerviosamente—. ¿Nos lastimará?

—¡No lo hará! ¡Por supuesto que no lo hará! —gritó el Conde Magpyr, mientras los otros echaban un vistazo a la pálida luz que atravesaba una alta ventana—. ¡Es una reacción psicocromática aprendida! ¡Una superstición! ¡Todo está en la mente!

—¿Qué más está en nuestras mentes, Padre? —dijo Vlad fríamente.

El Conde estaba girando, tratando de mantener vigilada a Lacrimosa. La muchacha estaba flexionando los dedos y gruñía.

—Dije...

—¡Nada hay en nuestras mentes que no hayamos puesto allí! — bramó el Conde—. ¡Vi la mente de esa vieja bruja! Es débil. ¡Depende del engaño! ¡No sería posible que encontrara una manera de entrar! ¿Me pregunto si hay otros programas aquí?

Enseñó sus dientes a Lacrimosa.

La Condesa se abanicó desesperadamente.

—Bien, pienso que todos nos estamos poniendo un poco sobreexcitados —dijo—. Creo que todos deberíamos tranquilizarnos y tomar una buena taza de... una buena... de té... una taza de...

—¡Somos vampiros! —gritó Lacrimosa.

—¡Entonces actuemos como ellos! —gritó el Conde.

Agnes abrió los ojos, pateó, y el hombre con el martillo y la estaca perdió todo interés en los vampiros y también el conocimiento.

—Whsz —Agnes retiró de su boca lo que era, esta vez, un higo—. ¿Pueden meter en sus estúpidas cabezas que no soy un vampiro? Y esto no es un limón. Es un higo. Y miraría a ese tipo con la estaca. Es demasiado aficionado a ella. Calculo que hay un poco de psicología ahí...

—No habría permitido que la use —dijo Piotr, cerca de su oreja—. Pero usted actuó muy raro y luego sólo se desplomó. Así que pensamos que sería mejor ver qué se despertaba.

Se puso de pie. Los ciudadanos de Escrow permanecían entre los árboles, observando, sus caras demacradas bajo la luz parpadeante de las antorchas.

—Está bien, todavía no es una —dijo. Hubo un poco de relajación general.

Tú has cambiado realmente, dijo Perdita.

—¿Tú no estás afectada? —dijo Agnes. Se sentía como si estuviera en el extremo de un cordel y con alguien tirando del otro.

No. Soy la parte de ti que observa, ¿lo recuerdas?

—¿Qué? —dijo Piotr.

—Realmente, realmente espero que esto desaparezca —dijo Agnes—. ¡Sigo tropezando con mis propios pies! ¡Estoy caminando mal! ¡Todo mi cuerpo se siente mal!

—Er... ¿podemos continuar hacia el castillo? —dijo Piotr.

—Ella ya está ahí —dijo Agnes—. No sé cómo, pero...

Se detuvo y miró las caras preocupadas, y por un momento se encontró a sí misma pensando como Yaya Ceravieja pensaba.

—Sí —dijo, más despacio—. Creo... quiero decir, creo que debemos llegar allí ahora mismo. Las personas tienen que matar a sus propios vampiros.

Tata bajó corriendo los escalones otra vez.

—¡Se los dije! —dijo—. Ésa es Esme Ceravieja ahí abajo, eso es. ¡Se los dije! ¡Sabía que sólo estaba esperando su momento! ¡Ja! ¡Me gustaría ver al chupasangre que pudiera engañarla!

—A mí no —dijo Igor, fervientemente.

Tata caminó sobre un vampiro que no había notado, en las sombras, una astuta combinación de cable-trampa, un bulto pesado y una estaca, y abrió una puerta hacia el patio.

—¡Coo-ee, Esme!

Yaya Ceravieja empujó a Avenas y se adelantó.

—¿Está la bebé bien? —dijo.

—Magrat y Es... la joven Esme están encerradas en la cripta. Es una puerta muy fuerte —dijo Tata.

—Y Ssobrass lass esstá protegiendo —dijo Igor—. Ess un maravillosso perro guardián.

Yaya levantó las cejas y miró a Igor de arriba para abajo.

—Creo que no conozco a este... estos caballeros —dijo.

—Oh, éste es Igor —dijo Tata—. Un hombre de muchas partes.

—Así parece —dijo Yaya.

Tata miró a Poderoso Avenas.

—¿Para qué lo trajiste? —dijo.

—Parece que no me lo pude sacar de encima —dijo Yaya.

—Siempre trato de esconderme detrás del sofá —dijo Tata. Avenas apartó la mirada.

Se escuchó un grito desde algún sitio sobre las almenas. El ave fénix había descubierto otro vampiro.

—En todas partes ahora se prohíbe barrer el polvo, entonces —dijo Tata—. No parecían muy listos...

—El Conde todavía está aquí —dijo Yaya rotundamente.

—Oh, voto porque le prendamos fuego al sitio y nos vayamos a casa —dijo Tata—. No es como si fuera a volver a Lancre a toda prisa...

—Una multitud esstá viniendo —dijo Igor.

—No puedo escuchar nada —dijo Tata.

—Tengo muy buenass orejass —dijo Igor.

—Ah, bien, por supuesto algunos de nosotros no podemos elegir — dijo Tata.

Se escuchó un ruido de pisadas a través del puente y de repente las personas se estaban aglomerando sobre los escombros.

—¿Ésa no es Agnes? —dijo Tata. Normalmente no habría manera de confundir la figura que avanzaba a través del patio, pero había algo en el caminar, la manera en que cada pie golpeaba el piso como si las botas estuvieran peleadas con la tierra. Y los brazos, también, balanceados de cierta manera...

—¡No puedo tolerar esto! —gritó Agnes, caminando hacia Yaya—. No puedo pensar derecho. Eres tú, ¿verdad?

Yaya extendió la mano y tocó las heridas sobre su cuello.

—Ah, ya veo —dijo—. Uno de ellos te mordió, ¿sí?

—¡Sí! ¡Y de algún modo tú me hablaste!

—No yo. Fue algo en tu sangre que hablaba, creo —dijo Yaya—. ¿Quiénes son todas estas personas? ¿Por qué ese hombre está tratando de prenderle fuego a la pared? ¿No sabe que la piedra no se quema?

—Oh, ése es Claude, es un poco simplón. Sólo déjame saber si toma una estaca, ¿quieres? Mira, son de Escrow, es un pueblo no muy lejos... Los Magpyr los trataban como... bien... mascotas. ¡Animales de granja! ¡Exactamente lo que estaban tratando de hacer en casa!

—No nos iremos hasta que hayamos terminado con el Conde —dijo Yaya—. De otra manera será como regresar a hurtadillas...

—Er, discúlpeme —dijo Avenas, que parecía haber estado pensando en algo—. Excúseme, pero ¿alguien mencionó que la Reina estaba encerrada en la cripta?

—Segura como una casa —dijo Tata—. Inmensa puerta gruesa y puedes trancarla desde el interior.

—¿Qué tan seguras son las casas de los vampiros? —dijo Avenas.

La cabeza de Yaya giró bruscamente.

—¿Qué quiere decir?

Avenas dio un paso hacia atrás.

—Ah, sé qué quiere decir —dijo Tata—. Está bien, no somos tontas, no se abrirá hasta que ella sepa que somos nosotras...

—Quise decir, ¿cómo detiene una puerta a los vampiros?

—¿Detenerlos? Es una puerta.

—Por eso... ¿no pueden convertirse en alguna especie de neblina, entonces? —dijo Avenas, friéndose en la radiación conjunta de sus miradas—. Es que yo pensé que los vampiros podían, mire. Pensé que todos lo sabían, quien sabe algo sobre los vampiros...

Yaya se volvió hacia Igor.

—¿Sabe algo sobre esto?

La boca de Igor abrió y se cerró varias veces.

—El viejo Conde nunca hisso nada como esso —dijo.

—Sí —dijo Tata—, pero él jugaba limpio.

Se escuchó un creciente aullido desde las profundidades del castillo, cortado repentinamente.

—¡Ésse era Ssobrass! —dijo Igor, comenzando a correr.

—¿Ssobrass? —dijo Agnes, arrugando la frente. Tata la agarró del brazo y la arrastró detrás de Igor.

Yaya se balanceó un poco. Sus ojos tenían una mirada poco fija.

Avenas le echó un vistazo, se decidió, se tambaleó algo teatralmente y cayó repantigado sobre el polvo.

Yaya parpadeó, sacudió la cabeza y le miró.

—¡Ja! Todo esto es demasiado para usted, ¿eh? —dijo roncamente.

Unos dedos temblorosos se acercaron a Avenas. Él los tomó, teniendo cuidado de no tirar, y se puso de pie.

—Si usted sólo pudiera darme una mano —dijo, mientras el peso agradecido de Yaya chocaba con su hombro.

—Correcto —dijo—. Ahora busquemos la cocina.

—¿Huh? ¿Qué queremos con la cocina?

—Después de una noche como ésta, nos podría venir bien a todos una taza de té —dijo Yaya.

Magrat se inclinó contra la puerta cuando un segundo golpe hizo resonar los cerrojos. A su lado, Sobras empezó a gruñir. Era quizás algo relacionado con su cirugía extensiva, pero Sobras gruñía en media docena de tonos diferentes a la vez.

Entonces hubo silencio, que era aun más terrorífico que los golpes.

Un ruido apagado le hizo bajar la mirada. Un humo verde estaba entrando por el ojo de la cerradura.

Era espeso, y tenía una cualidad oleosa...

Se precipitó al otro lado de la habitación y tomó un pote que había contenido limones tan deportivamente suministrados por el misterioso viejo Conde de quien Igor pensaba tan bien. Quitó la tapa y la sujetó bajo el ojo de la cerradura. Cuando el humo la había llenado dejó caer dentro algunos dientes de ajo y volvió a cerrar la tapa.

El pote se meció frenéticamente sobre el piso.

Entonces Magrat echó un vistazo a la tapa del pozo. Cuando la levantó, escuchó el agua que corría a buena distancia abajo. Bien, eso era posible, ¿no? Debía haber muchos ríos subterráneos en las montañas.

Sujetó el pote sobre el centro del agujero y lo dejó caer. Entonces cerró de golpe la tapa otra vez.

La joven Esme gorjeó en el rincón. Magrat se acercó rápidamente y agitó un sonajero.

—Mira el bonito conejito —dijo, y volvió a la puerta otra vez.

Se escuchaba un susurro del otro lado. Entonces la voz de Tata Ogg dijo:

—Está todo bien, querida, los tenemos. Puedes abrir la puerta ahora. Querida.

Magrat blanqueó los ojos.

—¿Ésa realmente eres tú, Tata?

—Eso es correcto, querida.

—Gracias al cielo. Entonces sólo dime la broma sobre la anciana, el sacerdote y el rinoceronte, y te dejaré entrar.

Hubo una pausa, y unos cuchicheos más.

—No creo que tengamos tiempo para eso, querida —dijo la voz.

—Ja, ja, buen intento —dijo Magrat—. ¡He dejado caer a uno de ustedes en el río! ¿Quién era?

Después de algún silencio la voz del Conde dijo:

—Pensábamos que la Condesa podía convencerla de atender razones.

—No puede hacerlo en un pote —dijo Magrat—. ¡Y tengo más potes si usted quiere intentarlo otra vez!

—Habíamos esperado que usted fuera sensata al respecto —dijo el Conde—. Sin embargo...

La puerta se abrió de golpe, arrancando los cerrojos de la pared.

Magrat agarró a la bebé y retrocedió, con la otra mano levantada.

—¡Usted se acerca a mí y le clavaré con esto! —gritó.

—Es un osito de peluche —dijo el Conde—. Me temo que no resultaría, incluso si usted lo afilara.

La puerta era tan dura que la madera era como piedra con vetas. Alguien alguna vez había pensado en ‘duro’ como la máxima cantidad de fuerza que una turba realmente decidida podía aplicar, y la había sobredimensionado entonces.

Colgaba abierta.

—¡Pero la escuchamos cruzarle las barras! —gimió Tata.

Unos trozos de varios colores estaban dispersos enfrente de la puerta. Igor se arrodilló y recogió una garra blanda.

—¡Han matado a Ssobrass! ¡Los basstardoss!

—¡Tienen a Magrat y a la bebé! —gritó Tata.

—¡Él era mi único amigo!

El brazo de Tata salió disparado y, a pesar de su tamaño, Igor fue levantado por el cuello.

—¡Usted va a tener un enemigo muy serio realmente pronto, mi muchacho, a menos que usted nos ayude ahora mismo! Oh, por el amor de Dios... —Con su mano libre rebuscó dentro de la pernera y sacó un gran pañuelo arrugado—. Sóplese la nariz, ¿quiere?

Se escuchó como una sirena de niebla sonando.

—Ahora, ¿a dónde las llevarían? ¡El lugar hierve de campesinos justicieros! —dijo Tata, cuando hubo terminado.

—Ssiempre esstaba lissto con su rabo que sse meneaba y ssu nariss fría... —dijo Igor sollozando.

—¿Dónde, Igor?

Igor señaló con su dedo, o por lo menos uno que poseía actualmente, a la puerta lejana.

—Éssa va a lass bóvedass —dijo—. Y pueden ssalir a travéss de la puerta de hierro hassia el valle. ¡Usstedess nunca loss atraparán!

—Pero todavía tiene las barras y cerrojos —dijo Agnes.

—Entonssess todavía esstán en el casstillo, que ess muy esstúpido...

Fue interrumpido por algunos inmensos acordes de órgano, que hicieron temblar el piso.

—¿Alguno de los tipos de Escrow es un gran músico? —dijo Tata, bajando a Igor.

—¿Cómo saberlo? —dijo Agnes, mientras otro par de notas descendentes hacía caer polvo del techo—. ¡Querían clavarme una estaca y hervir mi cabeza! ¡Ése no era momento de pedirles que soltaran un pequeño silbido!

El órgano sopló su llamado otra vez.

—¿Por qué se quedarían? —dijo Tata—. Podrían estar enterrados profundo en algún lugar en este momento... Oh...

—Yaya no huiría —dijo Agnes.

—No, a Yaya Ceravieja le gusta un enfrentamiento —dijo Tata, sonriendo astutamente—. Y ellos están pensando como ella. De algún modo ella les está haciendo pensar como ella...

—Ella piensa como ella, también —dijo Agnes.

—Esperemos que haya tenido más práctica, entonces —dijo Tata—. ¡Vamos!

Lacrimosa apretó un botón del órgano señalado como ‘Cara Espantosa en la Ventana’ y fue recompensada con un acorde, un estrépito de trueno y un grito ligeramente mecánico.

—Gracias al cielo que no nos parecemos a tu lado de la familia, Padre, es todo lo que puedo decir —dijo—. Aunque supongo que podría ser divertido si pudiéramos arreglar alguna clase de enlace mecánico a la cámara de torturas. Indudablemente ése no fue un grito muy realista.

—Esto es ridículo —dijo Vlad—. Tenemos a la niña. Tenemos a la mujer. ¿Por qué no sólo nos vamos? Hay muchos otros castillos.

—Eso sería estar escapando —dijo el Conde.

—Y sobreviviendo —dijo Vlad, frotándose la cabeza.

—Nosotros no huimos —dijo el Conde—. Y... No, retrocedan, por favor...

Eso fue para la turba, que acababa de entrar con aire vacilante por las puertas. Las turbas se vuelven inciertas muy rápidamente, considerando la falta de un cerebro central, y en este caso la vacilación era causada por la visión de Magrat y la bebé.

Vlad tenía un moretón sobre la frente. Un pato de madera sobre ruedas puede causar bastante daño si se sacude con suficiente fuerza.

—Bien hecho —dijo el Conde, acunando a la bebé Esme sobre un brazo. Magrat se retorcía para librarse de su otra mano, pero la sujetaba de la muñeca como cepo de acero—. ¿Lo ve? Absoluta obediencia. Exactamente como en el ajedrez. Si tomas a la Reina, eres tan bueno como para ganar. No importa si pierdes algunos peones.

—Ésa es una manera muy desagradable de hablar de Madre —dijo Vlad.

—Estoy muy encariñado con tu madre —dijo el Conde—. Y ella encontrará una manera de regresar, con el tiempo. Un viaje será bueno para su salud. Algún pescador encontrará el pote y lo siguiente que sabrás es que está de regreso con nosotros, gorda y saludable... Ah, la inestimable Sra. Ogg...

—¡No se haga el zalamero conmigo! —dijo Tata, abriéndose camino a través de la multitud perpleja—. ¡Estoy harta de que vaya zalamereándome, usted zalamero, como si fuera el Señor Zalamero! Ahora, libere a las dos o...

—Ah, así que rápidamente llegamos a o —suspiró el Conde—. Pero yo diré: todos ustedes dejarán el castillo, y luego veremos. Quizás dejaremos ir a la Reina. Pero la pequeña princesa... ¿No es encantadora? Puede quedarse como nuestra invitada. Alegrará el lugar...

—¡Ella volverá a Lancre con nosotras, usted bastardo! —gritó Magrat. Se retorció en la mano del Conde y trató de abofetearlo, pero Agnes vio que su cara palidecía mientras la mano de él apretaba su muñeca.

—Ése es un muy mal lenguaje para una reina —dijo el Conde—. Y todavía soy muy fuerte, incluso para ser un vampiro. Pero usted tiene razón. Todos regresaremos a Lancre. Una gran familia feliz, viviendo en el castillo. Debo decir, este lugar está perdiendo sus atractivos. Oh, no se culpe, Sra. Ogg. Estoy seguro de que otros lo harán por usted...

Se detuvo. Un sonido que había estado en el borde de la audición se estaba poniendo más fuerte. Tenía un sonido rítmico y casi metálico.

La multitud se abrió. Yaya Ceravieja caminó hacia adelante, moviéndose lentamente.

—No hay leche en este lugar —dijo—. No sería para asombrarme, realmente. Corté un trozo de limón, pero no es lo mismo, siempre lo he dicho.

Colocó la cuchara en el platillo con un tintineo que resonó alrededor del salón, y sonrió al Conde.

—¿Llego demasiado tarde? —dijo.

Los cerrojos sonaron mientras saltaban, uno por uno.

—... ha ido demassiado lejoss —farfullaba Igor—. El viejo amo no hubiera...

La puerta chirrió mientras giraba sobre las bisagras profusamente oxidadas. El aire seco y fresco salió de la oscuridad.

Igor titubeó con algunos fósforos y encendió una antorcha.

—... esstá todo muy bien querer un buen desscansso largo, pero éssta ess una dessgrassia...

Corrió a lo largo de los oscuros corredores, la mitad de mampostería desigual, la mitad de roca desnuda, y llegó a otra cámara que estaba totalmente vacía aparte de un gran sarcófago de piedra en el centro, en cuyo costado habían esculpido MAGPYR.

Metió la antorcha en un soporte, se quitó el abrigo y después de considerable esfuerzo logró mover la tapa de piedra a un lado.

—Lamento mucho essto, amo —gruñó cuando cayó al suelo con un ruido sordo.

Dentro del ataúd, el polvo gris centelleaba a la luz de la antorcha.

—... viniendo aquí arriba, desordenando todo... —Igor recogió su abrigo y sacó un grueso fajo de tela del bolsillo. Lo desenrolló sobre el borde de la piedra. Ahora la luz destelló sobre un surtido de bisturís, tijeras y agujas.

—... amenassando a la pequeña bebé ahora... ussted nunca hisso esso... ssólo hembrass aventurerass de máss de diessissiete y de buen asspecto en camissón, ussted ssiempre lo dessía...

Seleccionó un bisturí y cortó el meñique de su mano izquierda, con un poco de cuidado.

Una gota de sangre apareció, se hinchó y cayó al polvo, donde echó humo.

—Essto ess por Ssobrass —dijo Igor con lúgubre satisfacción.

Cuando llegó a la puerta, una neblina blanca ya estaba cayendo por encima del borde del ataúd.

—Soy una anciana —dijo Yaya Ceravieja, mirando a su alrededor severamente—. Me gustaría sentarme, muchas gracias.

Un banco fue acercado rápidamente. Yaya se sentó, y echó el ojo al Conde.

—¿Qué estaba diciendo usted? —dijo.

—Ah, Esmerelda —dijo el Conde—. Por fin viene a reunirse con nosotros. El llamado de la sangre es demasiado poderoso para ser desobedecido, ¿sí?

—Eso espero —dijo Yaya.

—Todos vamos a salir caminando de aquí, Señorita Ceravieja.

—Usted no se está yendo de aquí —dijo Yaya. Revolvió el té otra vez. Los ojos de los tres vampiros giraron tras la cuchara.

—Usted no tiene elección excepto obedecerme. Lo sabe —dijo el Conde.

—Oh, siempre hay una elección —dijo Yaya.

Vlad y Lacrimosa se inclinaron a cada lado de su padre. Se escuchó un poco de cuchicheo apresurado. El Conde miró hacia arriba.

—No, usted no podía haberlo resistido —dijo—. ¡Ni siquiera usted!

—No diré que no me costó —dijo Yaya. Revolvió el té otra vez.

Hubo más cuchicheos.

—Tenemos a la Reina y a la bebé —dijo el Conde—. Creo que usted piensa muy bien de ellas.

Yaya levantó la taza a medio camino de sus labios.

—Mátelas —dijo—. No lo beneficiará.

—¡Esme! —gritaron juntas Tata Ogg y Magrat.

Yaya puso la taza en el platillo. Agnes pensó que veía suspirar a Vlad. Ella misma podía sentir el impulso...

Sé qué hizo ella, susurró Perdita. También yo, pensó Agnes.

—Él está fanfarroneando —dijo Yaya.

—¿Oh? A usted le gustaría una reina vampiro por un día, ¿verdad? —dijo Lacrimosa.

—Tuvimos una, una vez, en Lancre —dijo Yaya en tono conversacional—. La pobre mujer fue mordida por uno de ustedes.

Sobrevivía con filete azul y esas cosas. Nunca le metió un diente a

nadie, según escuché. Grimnir la Empaladora, era.

—¿La Empaladora?

—Oh, sólo dije que no era una chupasangre. No dije que fuera una buena persona —dijo Yaya—. No le mol[[44]](#footnote-44)estaba derramar sangre, pero se trazó una línea sobre no beberla. Ustedes no tienen que hacerlo, tampoco.

—¡Usted no sabe nada sobre los verdaderos vampiros!

—Sé más de lo que usted piensa, y sé sobre Gytha Ogg —dijo Yaya. Tata Ogg parpadeó.

Yaya Ceravieja levantó la taza de té otra vez, y luego la bajó.

—A ella le gusta un trago. Le dirá que tiene que ser el mejor brandy... —Tata asintió, afirmando—... e indudablemente eso es lo que desea, pero realmente se conformará con cerveza exactamente como todos los demás. —Tata Ogg se encogió de hombros mientras Yaya continuaba—: Pero usted no se conformaría con morcilla, verdad, porque lo que usted realmente bebe es el poder sobre las personas. Lo conozco a usted como yo me conozco. Y una de las cosas que sé es que usted no va a lastimar un pelo de la cabeza de esa niña. De todos modos —y aquí Yaya revolvió el té distraídamente otra vez—, si no tuviera ninguno aún, usted no lo haría. Usted no puede, ¿lo ve?

Recogió la taza y la raspó cuidadosamente sobre el borde del platillo. Agnes vio que los labios de Lacrimosa se abrían, hambrientos.

—De modo que realmente estoy aquí, mire, es para ver si usted recibe justicia o piedad —dijo Yaya—. Es sólo un asunto de elección.

—¿Usted realmente cree que no dañaríamos una carne? —dijo Lacrimosa, acercándose a las zancadas—. ¡Observe!

Bajó su mano con fuerza hacia la bebé, y luego saltó hacia atrás como si hubiera sido picada.

—No puede hacerlo —dijo Yaya.

—¡Casi me he quebrado el brazo!

—Lástima —dijo Yaya con calma.

—Usted ha puesto algo... algo mágico en la niña, ¿verdad? —dijo el Conde.

—No puedo imaginar quién habría pensado que haría tal cosa —dijo Yaya, mientras detrás de ella Tata Ogg se miraba las botas—. Así que he aquí mi propuesta, mire. Usted entrega a Magrat y a la bebé y les cortaremos las cabezas.

—Y eso es lo que usted llama justicia, ¿verdad? —dijo el Conde.

—No, eso es lo que llamo piedad —dijo Yaya. Puso la taza en el platillo.

—Por amor del cielo, mujer, ¿va a beber ese maldito té o no? — bramó el Conde.

Yaya tomó un sorbo y puso cara rara.

—Vaya, ¿en qué estaba pensando? He estado tan ocupada hablando se ha puesto frío —dijo, y delicadamente volcó el contenido de la taza al piso.

Lacrimosa gimió.

—Probablemente desaparecerá pronto —continuó Yaya, en la misma voz tranquila—. Pero hasta que lo haga, mire, usted no dañará a la niña, usted no dañará a Magrat, usted odia la idea de beber sangre, y usted no huirá porque usted nunca huye de un desafío...

—¿Qué desaparecerá? —dijo Vlad.

—Oh, son fuertes, sus muros de pensamientos —dijo Yaya en tono soñador—. No podía cruzarlos.

El Conde sonrió.

Yaya sonrió también.

—Así que no lo hice —añadió.

\* \* \*

La neblina rodó por la cripta, fluyendo a lo largo del piso, las paredes y el techo. Se escurrió hacia arriba de los peldaños y a lo largo de un túnel, las nubes hirviendo hacia adelante unas sobre otras, como si estuvieran peleando.

Una rata confiada se deslizó a través de las losas, pero fue demasiado lerda. La neblina cayó sobre ella. Se escuchó un chillido, se cortó, y cuando la neblina se fue todo lo que quedaba eran algunos pequeños huesos blancos.

Algunos huesos, iguales pero completamente montados y vestidos con una túnica negra con capucha igualmente pequeña y llevando una guadaña diminuta, aparecieron de la nada y caminaron hacia los otros. Unas esqueléticas garras hacían tip-tap sobre la piedra.

—¿Squeak? —dijo el fantasma de la rata lastimeramente.

SQUEAK, dijo Muerte de las Ratas. Eso era realmente todo lo que necesitaba saber.

—Usted quería saber dónde había puesto mi identidad —dijo Yaya— . No fui a ningún lugar. Sólo la puse en algo vivo, y usted lo tomó. Usted me invitó a entrar. Estoy en cada músculo de su cuerpo y estoy en su cabeza, oh sí. Estaba en la sangre, Conde. En la sangre. No he sido convertida en vampiro. Usted ha sido Ceravieja. Todos ustedes. Y usted siempre ha escuchado a su sangre, ¿verdad?

El Conde la miró con la boca abierta.

La cuchara cayó del platillo y tintineó sobre piso, levantando una ola de neblina blanca fina. Estaba entrando desde las paredes, dejando un reducido círculo de baldosas negras y blancas en medio del cual estaban los vampiros.

Igor se abrió camino a través de la multitud hasta que llegó junto a Tata.

—Esstá todo bien —dijo—, no podía dejarlo passar, fue dessgrassiado...

La neblina se levantó en una torre hirviente, hubo un momento de discontinuidad, un sentimiento de tiempo rebanado, y luego una figura estaba de pie detrás de Vlad y Lacrimosa. Era algo más alto que la mayoría de los hombres, y vestía traje de noche que podía haber estado en estilo alguna vez. Su pelo estaba surcado de gris y cepillado hacia atrás sobre sus orejas de una manera que daba la impresión de que su cabeza había sido diseñada por su eficiencia aerodinámica.

Unas manos perfectamente manicuradas agarraron los hombros de los vampiros más jóvenes. Lacrimosa se volvió para rasguñarlo, y se encogió cuando él gruñó como un tigre.

Entonces la cara regresó a algo más cerca de lo humano, y el recién llegado sonrió. Parecía realmente complacido de ver a todos.

—Buenos días —dijo.

—¿Otro sangriento vampiro? —dijo Tata.

—No cualquier viejo vampiro —dijo Igor, saltando de un pie al otro—. ¡Ess el viejo amo! ¡El Viejo Ojoss Rojoss esstá de regresso!

Yaya se puso de pie, ignorando la alta figura que sujetaba firmemente a los dos vampiros repentinamente dóciles. Avanzó sobre el Conde.

—Conozco todo sobre lo que usted puede y no puede hacer —dijo— , porque usted me permitió entrar. Y eso quiere decir que no puede hacer lo que yo no puedo. Y usted piensa exactamente como yo, la diferencia es que lo he hecho más tiempo y soy mejor que usted en eso.

—Usted es carne —gruñó el Conde —. ¡Carne inteligente!

—Y usted me invitó a entrar —dijo Yaya—. No soy del tipo de ir donde no soy bienvenida, estoy segura.

En los brazos del Conde la bebé empezó a llorar. Él se puso de pie.

—¿Qué tan segura está de que no dañaré a esta niña? —dijo.

—Yo no lo haría. Así que usted no puede.

La cara del Conde se retorció mientras luchaba con sus sentimientos y también con Magrat, que le estaba pateando las espinillas.

—Podría haber resultado... —dijo, y por primera vez la seguridad se había escurrido de su voz.

—¡Usted quiere decir que podría haber resultado para usted! —gritó Agnes.

—Somos vampiros. No podemos evitar lo que somos.

—Sólo los animales no pueden evitar lo que son —dijo Yaya—. ¿Me dará la bebé ahora?

—Si yo... —empezó el Conde, y luego se irguió—. ¡No! ¡No tengo que negociar! ¡Puedo luchar contra usted, exactamente como usted luchó contra mí! Y si yo salgo de aquí ahora, no creo que haya alguien que se atreva a detenerme. Mírense... todos ustedes... y mírenme. Y ahora mírenlo. —Saludó con la cabeza hacia la figura que sujetaba a Vlad y Lacrimosa tan quietos como estatuas—. ¿Es eso lo que quieren?

—Perdone... ¿a quién se supone que estamos mirando? —dijo Yaya—. Oh... ¿El ‘viejo amo’ de Igor? El viejo Conde Magpyr, creo.

El viejo Conde asintió elegantemente.

—Su servidor, señora —dijo.

—Lo dudo —dijo Yaya.

—Oh, nadie le hacía caso —dijo Piotr, entre los ciudadanos de Escrow—. Sólo venía alguna vez cada tantos años y de todos modos si usted se acordaba del ajo no era un problema. Él no esperaba que a nosotros nos gustara.

El viejo Conde le sonrió.

—Usted me parece familiar. Uno de la familia Ravi, ¿verdad? —Piotr, señor. Hijo de Hans. —Ah, sí. Una estructura ósea muy similar. Dele mis recuerdos a su

abuela. —Falleció hace diez años, señor. —Oh, ¿de veras? Lo siento tanto. El tiempo se va tan rápidamente

cuando uno está muerto. —El viejo amo suspiró—. Una muy buena figura en camisón, según recuerdo. —Oh, él estaba bien —dijo otra persona en la multitud—. Tomamos

un traguito de vez en cuando pero nos recuperábamos. —Ésa es una voz familiar —dijo el vampiro—. ¿Es usted un Veyzen? —Sísseñor. —¿Relacionado con Arno Veyzen? —Tatarabuelo, señor. —Buen hombre. Me dejó muerto como piedra hace setenta y cinco

años. Una estaca directa a través del corazón a veinte pasos. Usted

debe estar orgulloso. El hombre en la multitud sonrió radiante con orgullo ancestral. —Todavía tenemos la estaca colgada sobre la chimenea, su

honorable —dijo. —Bien hecho. Buen hombre. Me gusta que las buenas costumbres

sean mantenidas. El Conde Magpyr gritó. —¡No es posible que ustedes puedan preferir eso! ¡Es un monstruo! —¡Pero nunca hizo una cita! —gritó Agnes, aun más fuerte—.

¡Apuesto a que nunca pensó que todo era sólo un arreglo! El Conde Magpyr se estaba acercando a la puerta con sus rehenes. —No —dijo—, esto no va a ocurrir de esa manera. Si alguien

realmente cree que no dañaré a mis encantadoras rehenes, ¿quizás ustedes tratarán de detenerme? ¿Alguien realmente le cree a esa anciana?

Tata Ogg abrió la boca, captó la mirada de Yaya, y la cerró otra vez. La multitud se dividió detrás del Conde mientras arrastraba a Magrat hacia la puerta.

Tropezó con la figura de Poderoso Avenas.

—¿Alguna vez ha pensado en permitir que Om entre en su vida? — dijo el sacerdote. Su voz temblaba. Su cara brillaba de sudor.

—Oh... ¿usted otra vez? —dijo el Conde—. Si puedo resistirla a ella, pequeño muchacho, ¡usted no es un problema!

Avenas sujetó el hacha delante de sí como si estuviera hecha de algún metal raro y delicado.

—Aléjate, asqueroso demonio... —empezó.

—Oh, santo cielo —dijo el Conde, empujando el hacha a un lado—. ¿Y usted no aprende nada, hombre estúpido? ¿Pequeño hombre estúpido que tiene una pequeña fe estúpida en un pequeño dios estúpido?

—Pero... me permite ver las cosas como son —logró decir Avenas.

—¿De veras? ¿Y usted piensa que usted puede cruzarse en mi camino? ¡Un hacha ni siquiera es un símbolo sagrado!

—Oh. —Avenas se veía alicaído. Agnes vio sus hombros que colgaban mientras bajaba la hoja.

Entonces levantó la mirada, sonrió alegremente y dijo:

—Hagámosla sagrada.

Agnes vio que la hoja dejaba un rastro dorado en el aire mientras pasaba alrededor. Se escuchó un sonido terso y casi sedoso.

El hacha cayó sobre las losas. En el silencio repentino sonó como una campana. Entonces Avenas extendió la mano y arrebató a la niña de las manos flojas del vampiro. Se la entregó a Magrat, quién la tomó en sorprendido silencio.

El primer sonido después de eso fue el crujido del vestido de Yaya mientras se ponía de pie y caminaba hasta el hacha. La empujó con su pie.

—Si tuviera un defecto —dijo, ingeniándose para sugerir que ésta era sólo una posibilidad teórica—, sería no saber cuándo darme vuelta y correr. Y tiendo a fanfarronear con una mano débil.

Su voz resonó en el salón. Nadie más ni siquiera había respirado todavía.

Inclinó la cabeza hacia el Conde, que lentamente se había llevado las manos a la herida roja que le daba vuelta alrededor del cuello.

—Era un hacha afilada —dijo—. ¿Quién dice que no hay piedad en el mundo? No asienta, eso es todo. Y alguien lo llevará abajo hasta un buen ataúd frío y me atrevo a decir que cincuenta años pasarán volando y tal vez usted despertará con el suficientemente juicio para ser estúpido.

Es escuchó un murmullo desde la muchedumbre mientras volvían a la vida. Yaya sacudió la cabeza.

—Lo quieren más muerto que eso, creo —dijo, mientras el Conde miraba delante de sí con ojos congelados, desesperados y la sangre brotaba y se escurría entre sus dedos—. Y hay maneras. Oh, sí. Podríamos quemarlo hasta las cenizas y esparcirlas en el mar...

Esto encontró un suspiro general de aprobación.

—... o arrojarlas al aire en medio de un vendaval...

Esto consiguió unos esbozos de aplauso.

—... o sólo pagarle a algún marinero para que las deje caer sobre el Borde. —Esto incluso consiguió algunos silbidos—. Por supuesto, usted volvería vivo otra vez, supongo, algún día. Pero sólo flotando en el espacio durante millones de años, oh, eso me parece muy aburrido. — Levantó una mano para hacer callar a la multitud.

—No. Cincuenta años para pensar en las cosas, eso estará más o menos bien. Las personas necesitan vampiros —dijo—. Ellos les ayudan a recordar para qué son las estacas y el ajo.

Chasqueó sus dedos a la multitud.

—Vamos, dos de ustedes lo llevan abajo a las bóvedas. Demuestren un poco de respeto por los muertos...

—¡Eso no es suficiente! —dijo Piotr, adelantándose—. No después de todo lo que él...

—Entonces cuando él regrese usted mismo se las arregla con él — cortó Yaya en voz alta—. ¡Enseñe a sus niños! ¡No confiar en el caníbal sólo porque usa cuchillo y tenedor! ¡Y recuerde que los vampiros no van donde no son invitados!

Retrocedieron. Yaya se relajó un poco.

—Esta vez otra vez, es mi elección. Mi... elección. —Se inclinó más cerca de la mueca horrible del Conde—. Usted trató de quitarme mi mente —dijo en una voz más baja—. Y eso es todo para mí. Reflexione sobre eso. Trate de aprender. —Retrocedió—. Llévenlo.

Se volvió hacia la alta figura.

—Así que... usted es el viejo amo, ¿verdad? —dijo.

—¿Alison Ceravieja? —dijo el viejo amo—. Tengo buena memoria para cuellos.

Yaya se quedó paralizada por un segundo.

—¿Qué? ¡No! Er... ¿cómo conoce el nombre?

—Vaya, ella pasó por aquí, qué, hace cincuenta años. Nos conocimos brevemente, y luego me cortó la cabeza y clavó una estaca en mi corazón. —El Conde suspiró con felicidad—. Una mujer de mucho espíritu. Usted es pariente, ¿supongo? Pierdo el hilo de las generaciones, me temo.

—Nieta —dijo Yaya débilmente.

—Hay un ave fénix fuera del castillo, me dice Igor...

—Partirá, espero.

El Conde asintió.

—Siempre me han gustado bastante —dijo con nostalgia—. Había tantos de ellos cuando era joven. Hacían las noches... hermosas. Tan hermosas. Todo era tan simple entonces... —Su voz fue desapareciendo, y luego volvió más alta—. Pero ahora, aparentemente, estamos en tiempos modernos.

—Eso es lo que dicen —murmuró Yaya.

—Bien, señora, nunca les he prestado demasiada atención. Cincuenta años después nunca parecen tan modernos como todo eso. — Sacudió los vampiros más jóvenes como muñecos—. Me disculpo por el comportamiento de mi sobrino. Totalmente afuera de lugar para un vampiro. Ustedes personas de Escrow, ¿les gustaría matar a estos dos? Es lo menos que podría hacer.

—¿No son sus parientes? —dijo Tata Ogg, mientras la multitud se adelantaba en tropel.

—Oh, sí. Pero nunca hemos sido una especie de hacer mucho de familias felices.

Vlad miró implorante a Agnes, y le extendió la mano.

—Usted no permitiría que me maten, ¿verdad? ¿Usted no les permitiría hacerme eso? Podríamos haber... podríamos... usted no les permitiría, ¿verdad?

La multitud vaciló. Esto sonaba a una petición importante. Cien pares de ojos miraban a Agnes.

Ella tomó su mano. Supongo que podríamos intentar convencerle, dijo Perdita. Pero Agnes pensó en Escrow, y las colas, y los niños que jugaban mientras esperaban, y cómo el mal podría traer al animal listo en la noche, o gris en el día sobre una lista...

—Vlad —dijo suavemente, mirando profundo en sus ojos—, incluso sujetaría sus abrigos.

—Un buen sentimiento pero eso no sucederá —dijo Yaya, detrás de ella—. Usted se los lleva, Conde. Enséñeles las viejas costumbres.

Enséñeles estupidez.

El Conde asintió y sonrió mostrando los dientes.

—Indudablemente. Les enseñaré que para vivir ustedes tienen que ponerse de pie otra vez...

—¡Ja! Usted no vive, Conde. El ave fénix vive. Usted sólo no sabe que está muerto. ¡Ahora, que le vaya bien!

Hubo otro momento rebanado fuera del tiempo y luego una bandada de urracas se levantó desde donde los tres vampiros habían estado, gritando y parloteando, y desaparecieron en la oscuridad del techo.

—¡Hay cientos de ellas! —dijo Agnes a Tata.

—Bien, los vampiros pueden convertirse en cosas —dijo Tata—. Todos lo saben, quien sabe algo sobre los vampiros.

—¿Y qué significan trescientas urracas?

—Significan que es tiempo de poner coberturas sobre todo el mobiliario —dijo Tata—. Y que es tiempo de tomarme un trago muy grande.

La multitud empezó a dispersarse, conscientes de que el gran espectáculo había terminado.

—¿Por qué no sólo nos permitió terminar con ellos? —Siseó Piotr junto a la oreja de Agnes—. ¡La muerte es demasiado buena para ellos!

—Sí —dijo Agnes—. Supongo que es por eso que no les permitió tenerla.

Avenas no se había movido. Todavía estaba mirando directo por delante de él, pero sus manos estaban temblando. Agnes lo condujo suavemente a un banco y lo calmó.

—Lo maté, ¿verdad? —susurró.

—Más o menos —dijo Agnes—. Es un poco difícil saberlo con los vampiros.

—¡No había nada más que hacer! Todo sólo se puso... el aire se puso de oro, y sólo había este momento para hacer algo...

—No creo que nadie se esté quejando —dijo Agnes. Tienes que admitir que es muy atractivo, susurró Perdita. Si sólo hiciera algo sobre ese divieso...

Magrat se sentó del otro lado de Avenas, abrazando a la bebé. Respiró profundamente algunas veces.

—Eso fue muy valiente de su parte —dijo.

—No, no lo fue —dijo Avenas roncamente—. Pensé que la Señorita Ceravieja iba a hacer algo...

—Lo hizo —dijo Magrat, temblando—. Oh, ella lo hizo.

Yaya Ceravieja se sentó sobre el otro lado del banco y pellizcó el caballete de su nariz.

—Sólo quiero irme a casa ahora —dijo—. Sólo quiero irme a casa y dormir una semana. —Bostezó—. Me muero por una taza de té.

—¡Pensé que habías hecho una! —dijo Agnes—. ¡Los tuviste babeando por ella!

—¿Dónde conseguiría té aquí? Era sólo un poco de barro con agua. Pero sé que Tata guarda una bolsa en algún lugar sobre su persona. — Bostezó otra vez—. Haz el té, Magrat.

Agnes abrió la boca, pero Magrat le hizo un gesto en silencio y luego le pasó a la bebé.

—Sin dudas, Yaya —dijo, empujando a Agnes en su asiento suavemente—. Sólo tengo que averiguar dónde Igor guarda la tetera, ¿verdad?

Poderoso Avenas salió a las almenas. El sol estaba bien alto y soplaba una brisa sobre los bosques de Uberwald. Algunas urracas parloteaban en los árboles más cercanos al castillo.

Yaya apoyaba los codos sobre la pared, mirando afuera sobre la niebla que iba reduciéndose.

—Parece que va a ser buen un día —dijo Avenas con felicidad. Y se sentía feliz, ante su asombro. El aire tenía nitidez, y la sensación de un futuro rebosante de posibilidades. Recordó el momento cuando había balanceado el hacha, cuando ambos la habían balanceado juntos. Quizás había una manera...

—Hay una tormenta bajando del Eje más tarde —dijo Yaya.

—Bien... por lo menos será buena para los cultivos, entonces —dijo Avenas.

Algo parpadeó por arriba. En el nuevo día las alas del ave fénix eran difíciles de ver, simples reflejos trémulos en el aire, con la diminuta forma del pequeño halcón en el centro mientras daba vueltas a gran altura sobre el castillo.

—¿Por qué querría alguien matar algo así? —dijo Avenas.

—Oh, algunas personas matarán cualquier cosa por diversión.

—¿Es un ave verdadera o es algo que existe dentro de...?

—Es una cosa que es —dijo Yaya bruscamente—. No vaya desbordando alegorías por debajo de su camisa.

—Bien, me siento... bendecido por haberla visto.

—¿De veras? Me siento igual, por el amanecer —dijo Yaya—. Usted también se sentiría así, a mi edad. —Suspiró, y luego pareció estar hablando consigo misma, mayormente—. Ella nunca fue al mal, entonces, digan lo que digan las personas. Y tienes que estar alerta con eso de los vampiros. Ella nunca fue al mal. Usted lo escuchó decirlo, ¿correcto? Lo dijo. No tenía que hacerlo.

—Er... sí.

—Habría sido más vieja que yo, también. Condenadamente buena bruja era Tata Alison. Aguda como un cuchillo. Tenía sus pequeñas cosas raras, por supuesto, ¿pero quién no?

—Nadie a quien conozca, por supuesto.

—Correcto. Usted tiene razón. —Yaya se enderezó—. Bien —dijo.

—Er...

—¿Sí?

Avenas estaba mirando abajo, al puente levadizo y el camino hacia el castillo.

—Allí abajo hay un hombre con una camisa de dormir cubierta del barro y agitando una espada —dijo—, seguido por muchas personas de Lancre y algunos... hombrecillos azules...

Miró para abajo otra vez.

—Por lo menos parece barro —añadió.

—Ése debe ser el Rey —dijo Yaya—. Gran Aggie le ha dado un poco de su brose, por lo que parece. Aprovechará el día.

—Er... ¿acaso el día no ha sido aprovechado?

—Oh, él es el Rey. Parece que podría ser un buen día, así que déjelo aprovecharlo. Usted tiene que darle a los reyes algo que hacer. De todos modos, después de un trago de Gran Aggie no sabrá qué día es. Es mejor que bajemos allí.

—Siento que debería agradecerle —dijo Avenas, cuando llegaron a la escalera de caracol.

—¿Por ayudarle a cruzar las montañas, quiere decir?

—El mundo es... diferente. —La mirada de Avenas fue más allá de la neblina, los bosques, las montañas moradas—. Dondequiera que miro veo algo sagrado.

Era la primera vez desde que la conociera que veía a Yaya Ceravieja sonreír apropiadamente. Normalmente su boca se elevaba en las esquinas justo antes de que algo desagradable fuera a pasarle a alguien que se lo merecía, pero esta vez parecía estar complacida con lo que había escuchado.

—Eso es un principio, entonces —dijo.

El coche de los Magpyr había sido enderezado y arrastrado al castillo. Ahora regresaba, con Jason Ogg en las riendas. Se concentraba en evitar los bultos. Le hacían doler los moretones. Además, la familia real estaba abordo y se sentía sumamente leal por el momento.

Jason Ogg era muy grande y muy fuerte y, por lo tanto, no era un hombre violento, porque no necesitaba serlo. A veces era convocado al bar para resolver las peleas más serias, que generalmente hacía levantando en el aire a ambos concursantes y sosteniéndolos separados hasta que dejaban de luchar. Si eso no resultaba, los golpeaba un par de veces, de la manera más amigable posible.

La agresividad no lo impresionaba normalmente, pero debido a que en la lucha de ayer en el Castillo de Lancre había tenido que alzar a Verence del suelo para detenerlo —masacraba enemigos, amigos, mobiliario, paredes y sus propios pies—, estaba viendo a su rey indudablemente bajo una nueva luz. Había resultado ser una lucha sumamente breve. Los mercenarios sólo habían estado demasiado ansiosos por rendirse, especialmente después del asalto de Shawn. La pelea verdadera fue mantener a Verence lejos de ellos el tiempo suficiente para permitirles que lo dijeran.

Jason estaba impresionado.

El Rey Verence, dentro del coche, colocó su cabeza sobre e regazo de su esposa y se quejó cuando ella secó su frente con un paño...

A una distancia respetable el coche era seguido por un carro que contenía a las brujas, aunque lo que contenía principalmente eran ronquidos.

Yaya Ceravieja tenía un ronquido primitivo. Nunca había sido domesticado. Nunca nadie había tenido que dormir junto a ella, para controlar sus excesos más desenfrenados por medio de una patada, un codazo en la región lumbar o una almohada usada como porra. Había tenido muchos años en un dormitorio desierto para perfeccionar los knark, los graaah y los ñoc-ñoc-ñoc sin ser molestada por codazos, empujones y ocasionales intentos de homicidio que habitualmente moderan el impulso de roncar con el tiempo.

Se repantigó en la paja al fondo del carro, abrió la boca, y roncó.

—Medio esperabas encontrar los ejes aserrados, ¿verdad? —dijo Tata, que estaba guiando al caballo—. Sin embargo, puede escucharla haciendo su mejor ronquido.

—Estoy un poco preocupada por el Señor Avenas, sin embargo — dijo Agnes—. Sólo está sentado allí y sonríe.

Avenas permanecía con las piernas colgando por el extremo del carro, mirando el cielo con felicidad.

—¿Se golpeó la cabeza? —dijo Tata.

—No lo creo.

—Déjalo, entonces. Por lo menos no le está prendiendo fuego a algo... Oh, he aquí un viejo amigo...

Igor, con la lengua afuera por el costado de la boca en la ferocidad de su concentración, estaba poniendo los últimos toques a un nuevo cartel. Decía, ‘¿Por qué no vysytar nuestra Tienda de Recuerdos?’. Se puso de pie y saludó con la cabeza mientras el carro se acercaba.

—El viejo amo llegó con algunass nuevass ideass mientrass esstuvo muerto —dijo, sintiendo que era necesaria alguna explicación—. Essta tarde tengo que comenssar a consstruir un parque de atracssioness, ssea lo que ssea.

—Básicamente son hamacas —dijo Tata.

Igor se animó.

—Oh, tengo mucha cantidad de ssoga y ssiempre he tenido buena mano en nudoss —dijo.

—No, no es eso... —empezó Agnes, pero Tata Ogg la interrumpió rápidamente.

—Supongo que depende de quién va a divertirse —dijo—. Bien, lo estaré viendo, Igor. No haga nada que yo no haría, si alguna vez encuentra algo que yo no haría.

—Lamentamos mucho lo de Sobras —dijo Agnes—. Quizás podamos conseguirle un cachorro o...

—Grassiass lo missmo, pero no. Hay ssolamente un Ssobrass.

Les saludó con la mano hasta que pasaron el siguiente recodo.

Cuando Agnes se dio media vuelta otra vez vio las tres urracas. Estaban posadas sobre una rama sobre el camino.

—Tres para un funeral... —empezó.

Una piedra zumbó. Se escuchó un graznido indignado y cayó una llovizna de plumas.

—Dos para el regocijo —dijo Tata, con voz satisfecha.

—Tata, eso fue hacer trampas.

—Las brujas siempre hacen trampas —dijo Tata Ogg. Echó un vistazo a la figura dormida detrás de ellas—. Todos lo saben... quien sabe algo sobre las brujas.

Se fueron a casa, a Lancre.

\* \* \*

Había estado lloviendo otra vez. El agua se había filtrado en la tienda de Avenas y también en el armonio, que ahora emitía un ocasional eructo sapo aplastado cuando lo tocaba. Los libros de canciones también olían a gato, algo penosamente.

Se dio por vencido con ellos y volvió a la tarea de desarmar su cama de campamento, que le había arañado dos nudillos y aplastado un dedo cuando la instaló y todavía se veía como diseñada para un hombre con forma de plátano.

Avenas estaba consciente de que estaba intentando no pensar. En general, estaba feliz con esto. Había algo placentero sobre sólo continuar con las tareas simples, y escuchar su propia respiración. Quizás había una manera...

Desde afuera llegó el apagado sonido de algo de madera que golpeaba algo hueco y susurraba en el aire de tarde.

Miró a través del faldón de la tienda.

Unas personas estaban acercándose furtivamente al campo. Los primeros llevaban unas tablas. Varios empujaban barriles. Se quedó de pie con la boca abierta mientras construían unos bancos muy bastos y empezaban a llenarlos.

Notó que una cantidad de hombres tenía vendas sobre las narices.

Entonces escuchó el traqueteo de ruedas y vio el coche real sacudiéndose a través de la estrada. Esto lo despertó y se escurrió dentro de la tienda, apartando la ropa húmeda de su bolsa en una búsqueda desesperada por una camisa limpia. Su sombrero nunca fue encontrado y su abrigo estaba cubierto con barro, el cuero de sus zapatos estaba rajado y las hebillas se habían deslustrado en un instante en los ácidos pantanos, pero seguramente una camisa limpia...

Alguien trató de golpear sobre el lienzo húmedo y luego, después de un intervalo de medio segundo, entró en la tienda.

—¿Está usted decente? —dijo Tata Ogg, mirándolo de arriba a abajo—. Estamos todos esperando allí afuera, ya sabe. Ovejas descarriadas que esperan ser trasquiladas, usted podría decir —añadió ella, sus modos sugiriendo muy claramente que estaba haciendo algo que personalmente desaprobaba, pero haciéndolo de todos modos.

Avenas dio media vuelta.

—Sra. Ogg, sé que no le gusto mucho...

—No veo por qué me debería gustarme en absoluto —dijo Tata—.

Con usted siguiendo de cerca a Esme y ella ayudándole todo ese camino a través de las montañas.

El grito de respuesta estaba subiendo a la garganta de Avenas antes de que notara la ligera mirada perspicaz en los ojos de Tata, y logró convertirlo en una tos.

—Er... sí —dijo—. Sí. Tonto de mí, ¿verdad? Er... ¿cuántos están ahí afuera, Sra. Ogg?

—Oh, cien, tal vez ciento cincuenta.

Palancas, pensó Avenas, y tuvo una visión muy fugaz de las imágenes en el salón de Tata. Ella controla las palancas de muchas personas. Pero alguien apretó su palanca primero, lo apostaría.

—¿Y qué esperan de mí?

—Dice Vísperas sobre el afiche —dijo Tata simplemente—. Incluso una cerveza sería mejor.

Así que salió y vio las atentas caras de gran parte de la población de Lancre alineadas en la última luz de la tarde. El Rey y la Reina estaban en la primera hilera. Verence inclinó regiamente la cabeza hacia Avenas para indicar que sea lo que sea que planeaba debía empezar más o menos ahora.

Estaba claro en el lenguaje corporal de Tata Ogg que cualquier plegaria específicamente Omniana no sería tolerada, y Avenas salió del paso con una plegaria genérica de agradecimiento a cualquier dios que pudiera estar escuchando e incluso a los que no lo estaban.

Entonces sacó el maltratado armonio y probó algunos acordes hasta que Tata lo hizo a un lado, se enrolló las mangas y arrancó notas de los fuelles húmedos que Avenas ni siquiera sabía que estaban ahí.

La canción no fue muy entusiasta, sin embargo, hasta que Avenas dejó de lado el libro de canciones y les enseñó algunas de las canciones que recordaba de su abuela, llenas de fuego, trueno, muerte, justicia y melodías que en realidad uno podía silbar, con títulos como ‘Om Pisoteará Al Impío’, y ‘Elévame A Los Cielos’, y ‘Enciende La Buena Luz’. Fueron bien acogidas. Las personas de Lancre no estaban demasiado interesadas en la religión, pero sabían cómo debería sonar.

Mientras llevaba las canciones, con la ayuda de un largo palo y las palabras de los himnos garabateadas sobre el costado de la tienda, pasó la mirada por su... bien, decidió llamarla su congregación. Era la primera, verdaderamente suya. Había muchas mujeres, y muchos hombres muy bien lavados, pero una cara no estaba ahí. Su ausencia dominaba el lugar.

Pero, cuando levantó sus ojos hacia arriba a mitad de una canción, notó un águila lejos arriba, una simple mota dando vueltas a través del cielo que iba oscureciéndose, posiblemente en busca de corderos perdidos.

Y entonces todo terminó y las personas partieron, silenciosamente, con el aspecto de los que habían hecho un trabajo que no había sido desagradable pero que sin embargo estaba terminado. La bandeja produjo dos peniques, algunas zanahorias, una cebolla grande, un pequeño pan, una libra de carne de carnero, una jarra de leche y una pata de cerdo en escabeche.

—No somos realmente una economía de efectivo —dijo el Rey Verence, adelantándose. Tenía una venda cruzándole la frente.

—Oh, hará una buena cena, señor —dijo Avenas, en la voz intensamente alegre que usan las personas cuando se dirigen a la realeza.

—¿Seguramente usted cenará con nosotros? —dijo Magrat.

—Yo... er... estaba planeando partir al clarear el día, señor. Así que realmente debería pasar la tarde haciendo las maletas y prendiéndole fuego a la cama de campamento.

—¿Partir? Pero pensé que usted se quedaría aquí. He tomado... las opiniones de la comunidad —dijo el Rey—, y creo que puedo decir que la opinión popular está conmigo sobre esto.

Avenas miró la cara de Magrat, que dijo claramente, Yaya no se opone.

—Bien, yo, er... espero volver a pasar otra vez, señor —dijo—. Pero... a decir verdad, estaba pensando en dirigirme a Uberwald.

—Ése es un lugar infernal, Sr. Avenas.

—He pensado en eso todo el día, señor, y estoy decidido.

—Oh. —Verence parecía confundido, pero los reyes aprenden a retroceder erguidos—. Estoy seguro de que usted conoce mejor su propia mente. —Se tambaleó ligeramente cuando el codo de Magrat se clavó en sus costillas—. Oh... sí... escuchamos que usted perdió su, er, amuleto sagrado y por tanto esta tarde nosotros, es decir la Reina y la Srta. Nitt... consiguieron que Shawn Ogg hiciera esto en la Real Casa de la Moneda...

Avenas desenvolvió el rollo de terciopelo negro. Adentro, sobre una cadena de oro, había una pequeña hacha dorada de doble filo.

La miró fijamente.

—Shawn no es muy bueno con las tortugas —dijo Magrat, para rellenar la pausa.

—Lo atesoraré —dijo Avenas, por fin.

—Por supuesto, apreciamos que no es muy sagrado —dijo el Rey.

Avenas agitó una mano desestimando la afirmación.

—¿Quién lo sabe, señor? La santidad está donde usted la encuentra —dijo.

Detrás del Rey, Jason y Darren Ogg estaban cuadrándose respetuosamente. Ambos todavía llevaban las narices enyesadas. Se corrieron apresuradamente para dejar sitio para el Rey, que pareció no darse cuenta.

Tata Ogg tocó un acorde sobre el armonio cuando la pareja real se fue con su séquito.

—Si usted se deja caer por la forja de nuestro Jason antes de partir, la primera cosa que haré será asegurarme de que arregle los fuelles de este artilugio —dijo tímidamente, y Avenas se dio cuenta de que en el contexto de Tata Ogg esto estaba tan cerca como era posible de tres aclamaciones vehementes y las efusivas gracias de la población.

—Estaba tan impresionado de que todos aparecieran por propia voluntad —dijo—. Como si fuera espontáneo.

—No presione su buena fortuna, muchacho —dijo Tata, levantándose.

—Es un placer haberla conocido, Sra. Ogg.

Tata se alejó algunos pasos, pero los Ogg nunca dejan algo sin decir.

—No puedo decir que lo apruebo —dijo, un poco tiesa—. Pero si usted alguna vez viene a golpear una puerta Ogg por estos lares, usted... recibirá una comida caliente. Usted está demasiado flaco. He visto más carne sobre el lápiz de un carnicero.

—Gracias.

—No necesariamente pudín tampoco, de todas formas.

—Por supuesto que no.

—Bien, entonces... —Tata Ogg se encogió de hombros—. Mejor suerte en Uberwald, entonces.

—Om irá conmigo, estoy seguro —dijo Avenas. Estaba interesado en cuánto podía enojar a Tata hablándole tranquilamente, y se preguntaba si Yaya Ceravieja lo había probado.

—Espero que sí —dijo Tata—. Personalmente no lo quiero dando vueltas por aquí.

Cuando se fue, Avenas le prendió fuego a la horrible cama y acomodó los libros de canciones alrededor para secarlos.

—Hola...

La cuestión sobre una bruja en la oscuridad es que todo lo que uno ve es su cara, acercándose hacia uno, rodeada por negro. Entonces un poco de contraste se afirmaba, y un área de la sombra se separa del resto y se convierte en Agnes.

—Oh, buenas noches —dijo Avenas—. Gracias por venir. Nunca antes he escuchado a nadie cantar en armonía consigo misma.

Agnes tosió nerviosamente.

—¿Usted realmente se está yendo a Uberwald?

—No hay razón para quedarme aquí, ¿verdad?

El brazo izquierdo de Agnes tembló varias veces. Lo estabilizó con su mano derecha.

—Supongo que no —dijo, con una voz pequeña—. ¡No! ¡Cállate! ¡Éste no es el momento!

—¿Perdone usted?

—Estaba, hum, hablando conmigo misma, hum —dijo Agnes muy desdichada—. Mire, todos saben que usted ayudó a Yaya. Sólo fingen que no lo saben.

—Sí. Lo sé.

—¿No le molesta?

Avenas se encogió de hombros. Agnes tosió.

—Pensé que quizás usted iba a quedarse aquí durante un tiempo.

—No tiene sentido. No soy necesario aquí.

—No pensaría que los vampiros y demás estarían muy ansiosos por cantar himnos —dijo Agnes tranquilamente.

—Quizás puedan aprender algo más —dijo Avenas—. Veré qué puede hacerse.

Agnes quedó indecisa por un momento.

—Tengo que darle esto —dijo, y de repente le entregó una pequeña bolsa. Avenas metió la mano y sacó un pote pequeño.

Adentro, la pluma de un ave fénix brillaba, iluminando el campo con una luz clara y fresca.

—Es de... —empezó Agnes.

—Sé de quién es —dijo Avenas—. ¿Está bien la Señorita Ceravieja? No la vi aquí.

—Er... se ha tomado un descanso hoy.

—Bien, agradézcale por mí, ¿quiere?

—Dijo que es para llevar en lugares oscuros.

Avenas rió.

—Er... sí. Er... Podría venir y verle partir por la mañana... —dijo Agnes, vacilante.

—Eso sería muy bueno de usted.

—Entonces... hasta... ya sabe...

—Sí.

Agnes parecía estar luchando contra alguna resistencia interior. Entonces dijo:

—Y, er... hay algo que he querido decirle... quiero decir, quizás usted podría...

—¿Sí?

La mano derecha de Agnes se zambulló urgentemente en su bolsillo y sacó un pequeño paquete envuelto en papel engrasado.

—Es una cataplasma —explicó—. Es una muy buena receta y el libro dice que siempre resulta, y si usted lo calienta y lo coloca sobre él hará las maravillas con su divieso.

Avenas lo aceptó amablemente.

—Es posible que sea la mejor cosa que alguien alguna vez me haya dado —dijo.

—Er... bien. Es de... er... ambas nosotras. Adiós.

Avenas la observó salir del círculo de luz, y luego algo atrajo su ojo hacia arriba otra vez.

El águila que giraba había subido sobre la sombra de las montañas y entrado en la luz del sol poniente. Por un momento destelló en oro, y luego bajó hacia la oscuridad otra vez.

\* \* \*

De aquí arriba, el águila podía ver millas a través de las montañas.

Sobre Uberwald, la amenazante tormenta había terminado. Un relámpago hacía garabatos a través del cielo.

Un poco de él crepitó alrededor de la torre más alta del Castillo Novalatierra, y sobre el sombrero de lluvia que Igor llevaba para evitar que su cabeza se oxidara. Levantó pequeñas pelotas de luz brillante sobre la gran barra de hierro telescópica mientras, teniendo cuidado de pararse sobre su felpudo de goma portátil, pacientemente la devolvió hacia arriba.

Al pie de los instrumentos, que ya estaban zumbando con alta tensión, había un bulto envuelto en una manta.

La barra se fijó en posición. Igor suspiró, y esperó.

¡ABAJO, CHICO! ¡ABAJO, DIJE! ¿QUIERES PARAR...? ¡DÉJALO! ¡TERMINA YA MISMO! MUY BIEN, MIRA... ¿LO BUSCAS? ¿LO BUSCAS? ALLÍ VAMOS...

Muerte observó que Sobras se alejaba dando saltos.

No estaba acostumbrado a esto. No era que las personas, a veces, se alegraran de verlo, porque los penúltimos momentos de la vida eran a menudo angustiosos y complicados, y una fría figura de negro venía como una especie de alivio. Pero nunca había tropezado con esta cantidad de entusiasmo o, para decirlo mejor, con esta cantidad de mucosidad volando. Era desconcertante. Le hacía sentir que no estaba haciendo su trabajo apropiadamente.

ÉSTE ES UN PERRO SATISFACTORIO. AHORA... MUERTO. DÉJAME, POR FAVOR. ¿ME ESCUCHASTE DECIR QUE ME SUELTES? ¡SUÉLTAME EN ESTE MINUTO!

Sobras se alejó rebotando. Esto era mucho más divertido al final.

Se escuchó un suave sonido desde adentro de su bata. Muerte se frotó la mano sobre la tela en un esfuerzo para secarla y sacó un biómetro, con la arena toda volcada en el bulbo inferior. Pero el vidrio mismo estaba deforme, retorcido, cubierto de cardenales de vidrio levantado y, mientras Muerte lo observaba, se llenó con crepitante luz azul.

Normalmente, Muerte estaba en contra de este tipo de cosas pero, razonó mientras chasqueaba los dedos, por el momento parecía la única manera de recuperar su guadaña.

El relámpago golpeó.

Hubo olor a lana chamuscada.

Igor esperó un rato y luego caminó con dificultad al bulto, arrastrando goma fundida tras de sí. Se arrodilló, y abrió la manta cuidadosamente.

Sobras bostezó. Una enorme lengua lamió la mano de Igor.

Mientras sonreía con alivio llegó, desde muy abajo en el castillo, el sonido del poderoso órgano que tocaba ‘Tocata Para Jóvenes En Camisón Desconectado’.

El águila se abatió sobre el tazón de Lancre.

La luz larga brilló sobre el lago y sobre la onda con forma de gran V, hecha con muchas pequeñas ondas con forma de V, que se dirigían a través del agua hacia la isla insospechada.

Las voces resonaban alrededor de las montañas.

—¡Te veo, nutria!

—¡Taggit, greely muy contentos!

—¡Hombrecillos libres!

—¡Nac mac Feegle!

El águila pasaba por arriba, cayendo veloz y en picada ahora. Planeó silenciosamente sobre los bosques sombríos, hizo una curva sobre los árboles, y de repente se posó en una rama junto a una cabaña en un claro.

Yaya Ceravieja despertó.

Su cuerpo no se movió, pero su mirada fue de un lado a otro, bruscamente, y en la penumbra su nariz parecía más aguileña que lo normal. Entonces se tranquilizó, y sus hombros perdieron el aspecto encorvado.

Después de un rato se puso de pie, se estiró, y fue a la entrada.

La noche se sentía más tibia. Podía sentir el verdor en el suelo, desenrollándose. El año estaba más allá del borde, dirigiéndose fuera de la oscuridad... Por supuesto, la oscuridad volvería, pero eso estaba en la naturaleza del mundo. Muchas cosas estaban comenzando.

Cuando por fin cerró la puerta prendió el fuego, sacó la caja de velas del tocador y las encendió todas y las puso alrededor de la habitación, en platillos.

Sobre la mesa el charco del agua que se había acumulado en los dos días anteriores se rizó y se elevó suavemente en el medio. Entonces goteó hacia arriba y cayó sobre el húmedo parche en el techo.

Yaya le dio cuerda al reloj, y puso en marcha el péndulo. Dejó la habitación por un momento y volvió con un cuadrado de cartón atado a un bucle de antiguo cordel. Se sentó en la mecedora, se inclinó hasta el hogar y tomó un palo de madera medio quemada.

El reloj hacía tictac mientras escribía. Otra gota dejó la mesa y subió en picada hacia el techo.

Entonces Yaya Ceravieja se colgó el cartel alrededor del cuello y se recostó con una sonrisa. La silla se meció durante un rato, un contrapunto con el goteo de la mesa y el tictac del reloj, y luego disminuyó la velocidad.

El cartel decía:

Todavía

NO ESTOY MUERTA

La luz se fue apagando de puedes a no puedes.

Después de algunos minutos un búho despertó en un árbol cercano y partió sobre los bosques.

FIN

1. Los Feegle hablan una versión de escocés. En teoría está muy relacionado con el inglés, y una persona que habla inglés generalmente puede comprender el escocés con un poco de esfuerzo, pero este dialecto cerrado es en gran parte incomprensible para la mayoría. Terry mismo advierte que no traten de descifrar todas sus frases —lo que importa es la impresión que se recibe, no las palabras exactas—, pero algunos son bastante claros.

   De los ‘gritos de batalla’, ‘¡Bigjobs!’ es la frase típica de Mek-Quake, uno de los ‘ABC Warriors’ en el cómic de culto 2000 AD; ‘¡Dere c’n onlie be whin t'ousand!’ (¡Sólo puede haber miles!) parece estar basado en la frase de la película Highlander: ‘¡Sólo puede haber uno!’; Y ‘¡Nac mac Feegle wha hae!’ hace eco del ‘Scots wa hae’ de Robert Burns —aunque esto tiene poco sentido en sí mismo... [↑](#footnote-ref-1)
2. Hay muchas películas de vampiros en las que este truco resulta excepcionalmente bien: en El Hijo de Drácula (1943), el Conde ‘Alucard’ viaja al sur de los Estados Unidos para casarse con una mujer perturbada que quiere ser inmortal; en Los Últimos Ritos de Drácula (1979), el vampiro Dr. A Lucard dirige una morgue, que lo mantiene bien provisto con cuerpos frescos. El mismo truco ocurre en Drácula: La Serie (1990), y las películas La Galaxia de Horrores del Dr. Terror (1966), y Drácula: el Viejo Sucio (1969). [↑](#footnote-ref-2)
3. Varias de las heroínas de Disney lo han hecho: Blancanieves fue la primera, pero Cenicienta y La Bella Durmiente perpetraron delitos similares. En la película Mary Poppins, Julie Andrews canta en armonía con su propio reflejo (‘Una cucharada de azúcar’) y efectivamente canta con otras criaturas. ‘El Sr. Pájaro Azul’ entra en la canción ‘Zippedy Doo-Dah’, de la película de Disney Canción del Sur, aunque puede haber alguna referencia más antigua. [↑](#footnote-ref-3)
4. Posiblemente la versión de Lancrastriana de ‘¿Adónde se han ido todas las flores?’, que también puede ser usada para cronometrar un huevo. [↑](#footnote-ref-4)
5. La hiedra es una planta de planta de hojas perennes que continúa creciendo incluso sobre árboles muertos; por lo tanto son a veces un símbolo de inmortalidad, de la perseverancia de la vida. [↑](#footnote-ref-5)
6. Paternóster, Padrenuestro (el latín para ‘Our Father’) generalmente se refiere a la Oración del Señor en latín, como la decían los Católicos Romanos hasta los 60s. [↑](#footnote-ref-6)
7. Una tradicional escena peligrosa actuada en Yorkshire, pero con hurones en lugar de comadrejas. [↑](#footnote-ref-7)
8. En la iglesia anglicana, un sacerdote es conocido como ‘Reverendo’, un decano es ‘Muy Reverendo’, un obispo es ‘Correcto Reverendo’, un arzobispo es ‘Sumamente Reverendo’.

   El nombre de Avenas podría ser una referencia a Titus Oates, un clérigo inglés del siglo XVII que en 1678 alegó que los Jesuitas estaban planeando asesinar a Charles II y poner a su hermano católico romano James, Duque de York (después James II), en el trono. En la subsiguiente ola de histeria anti-católica, Oates fue recompensado agradecidamente, y unas 35 personas inocentes fueron ejecutadas. En 1685, después de que James ascendiera al trono, Oates fue condenado por el falso testimonio, azotado, y encarcelado. Fue liberado y recibió una pensión después de que James fuera derrocado en la Gloriosa Revolución de 1688. [↑](#footnote-ref-8)
9. A pesar de todo, parece que el asunto ha avanzado desde Lores y Damas, en que el correo se dejaba colgado en un saco en el pueblo para que las personas lo recogieran en su propio tiempo. [↑](#footnote-ref-9)
10. El nombre es el tributo de Terry a Steve Earle, un gran cantante, ‘new country’, que grabó una canción llamada ‘Calle Cabeza de Cobre’. Una cabeza de cobre es una serpiente venenosa originaria del sudeste de los Estados Unidos. [↑](#footnote-ref-10)
11. Algunas historias de vampiros incluyen una prohibición sobre cruzar el agua que corre. Aunque es digno de mencionar que solamente alguna vez les impidió cruzar arroyos por propio pie, todavía podían ser llevados al otro lado, por ejemplo en un coche. [↑](#footnote-ref-11)
12. San Agustín, en sus Confesiones, señaló el comportamiento de la exigencia de atención de los bebés como prueba de que incluso el más inocente es egoísta, por el pecado original. [↑](#footnote-ref-12)
13. “Si ‘foo’ estornuda, ‘bar’ pesca un resfriado” parece haberse convertido en un cliché en economía. ‘Foo’ y ‘Bar’ podrían ser muy bien cualquier combinación de América, Japón, Europa y Asia. [↑](#footnote-ref-13)
14. Las economías del Este de Asia, Corea del Sur, Singapur, Malasia, Tailandia y otras, que crecieron extraordinariamente rápido durante todos los 80s y 90s son a veces llamadas ‘Economías Tigre’ colectivamente. [↑](#footnote-ref-14)
15. La festividad cristiana de Cuaresma, originalmente un período de abstinencia de toda ‘comida grasosa’, conmemora el tiempo que pasó Cristo ayunando en tierra salvaje, durante el que Satanás lo tentó con pan. Ver Mateo 4:1—11, y Lucas 4:1—14. Para la historia completa de Brutha, lea Pequeños Dioses. [↑](#footnote-ref-15)
16. La primera vez que alguien notó esta palabra fue en Asterix el Legionario, cuando Obelix ve a la hermosa Fabella. Terry dice: ‘Me atraparon allí... ¡Pensé que sólo había alineado algunas letras!’

    Pero hay algo sobre este juego de letras, porque Ptraci dice lo mismo en Pirómides, y en Pies de Barro, en su sueño, Sybil dice ‘wsfgl’. También está Astfgl, el ‘malvado’ de Eric. Más importante aún, si usted busca ‘wstfgl’ en Internet, lo encontrará en toda clase de historias aparentemente inconexas en un contexto similar —el ruido que hacen las personas cuando están dormidas o han perdido el habla.

    Podemos estar presenciando el nacimiento de una nueva palabra. [↑](#footnote-ref-16)
17. Esta línea, con la pausa dramática antes de la palabra ‘vino’, aparece en varias versiones diferentes de la película de Drácula, comenzando la versión clásica de Bela Lugosi (1931), hasta la remake de Drácula por Francis Ford Coppola (1992), autora Bram Stoker.

    La línea misma no existe en el libro, pero se originó en la obra teatral de Hamilton Deane, Drácula, que fue enormemente exitosa en Nueva York en los 20s. [↑](#footnote-ref-17)
18. Al menos una de las primeras películas de Frankenstein (que es evidentemente la inspiración principal para Igor) involucra al criado que es enviado a robar el cerebro de un científico famoso de un laboratorio médico, pero lo deja caer y lo sustituye por uno etiquetado ‘Anormal’, que luego es trasplantado en el monstruo. [↑](#footnote-ref-18)
19. Bram Stoker pidió prestado el nombre ‘Drácula’ de Vlad Drácula, ‘El Empalador’, 1431—1476, príncipe de Wallachia. Este Vlad era un gobernante tan brutal y psicópata como el que usted alguna vez espera evitar, pero no hay pruebas históricas de que bebiera sangre o que tuviera escarceos con la brujería.

    El nombre ‘Magpyr’ juega con las palabras urraca (magpie) y magiar, una tribu ecuestre que se instaló en lo que es ahora Hungría y partes de Rumania durante el siglo IX. Drácula habría sido un Magiar. En la actualidad, la palabra es más o menos sinónimo de ‘Húngaro’. [↑](#footnote-ref-19)
20. Esta ortografía tiene un pedigrí muy viejo, pero se ha hecho un distintivo de ciertos admiradores de vampiros de hoy en día que, como el Conde, quieren distanciarse de las creencias tradicionales sobre los vampiros. Culpa de Anne Rice. [↑](#footnote-ref-20)
21. ‘Lacrimosa’, el latín de ‘Llorosa’, que parece apropiado a la personalidad quejosa de Lacci. Es también la primera palabra en el tradicional réquiem en latín:

    «Lacrymosa dies illa / Quae resurget ex favilla / judicandus homo reus. / Huic ergo parce, Deus, / pie Jesu, Jesu Domine, / dona eis requiem.»

    Que se traduce aproximadamente como:

    «Oh lloroso el día / Cuando de las cenizas surge / El culpable a ser juzgado. / Por ello perdónalo, Dios, / buen Jesús, Jesús señor, / Dales el descanso.» [↑](#footnote-ref-21)
22. Mientras Agnes y Tata siguen discutiendo, hay diferentes rimas para contar con las urracas, pero ellas están de acuerdo en general en que una urraca sola es mala suerte. Algunas personas creen que uno puede evitar la mala suerte siendo cortés, o incluso totalmente halagador, con la urraca de esta manera.

    La rima que Agnes repite en las siguientes páginas es similar a una que Mike aprendió cuando niño:

    “Una para la tristeza, dos para el júbilo, tres para una niña, cuatro para un niño, cinco para la plata, seis para el oro, siete para un secreto que nunca será contado.”

    La versión de Tata parece más cercana a la versión escocesa dada en el Diccionario de Frases & Fábula de Brewer:

    “Una es pena, dos es regocijo, tres es una boda, cuatro es un nacimiento, cinco es un bautizo, seis una escasez, siete es cielo, ocho es infierno, y nueve es el diablo su propio ano.”

    ... aunque las de Tata también varían notablemente, lo cuál sólo viene a demostrar lo que dice sobre que hay muchas rimas diferentes. [↑](#footnote-ref-22)
23. En rumano, ‘strigoi’ o ‘strigoiaca’ es la forma moderna del antiguo romano ‘stryx’, un tipo de bruja que cambia de forma, y bebe sangre. ‘Krvopijac’ es tanto búlgaro como croata para ‘bebedor-desangre’. [↑](#footnote-ref-23)
24. Todos los años, hacia el final de octubre, la primera prensa del vino Beaujolais del año es presentada como «Nouveau de Beaujolais», anunciada con el lema «Le Beaujolais nouveau est arrive.' (El nuevo Beaujolais ha llegado) El vino es en general muy fuerte, tanto en contenido de alcohol como de sabor, y no muy considerado por los conocedores. Después de algunos meses se vuelve imbebible, debido al acelerado proceso de fermentación. [↑](#footnote-ref-24)
25. En Pirómides, Dios, el sumo sacerdote de los Djelibeybianos, tenía un bastón con dos serpientes entrelazadas a su alrededor — posiblemente el mismo símbolo. Hay al menos tres teorías distintas sobre por qué los símbolos sagrados repelen a los vampiros. La teoría católica es que la fuerza repelente es la fe del que lo sostiene, y el símbolo simplemente enfoca esa fe, de modo que un símbolo por sí mismo, o en manos de un no-creyente, es inútil. (Esto ha causado algunas interpretaciones interesantes de lo que podría ser un ‘símbolo sagrado’ —una película muestra a un yuppie repeliendo un vampiro con su billetera). La teoría ortodoxa es que la fe es irrelevante —es Dios quien lleva a cabo el milagro, no el que empuña el objeto. La teoría psicológica, que Terry parece suscribir aquí, es que el efecto está completamente en la mente del vampiro. [↑](#footnote-ref-25)
26. Éxodo 22:18: ‘No sufrirás a una bruja para vivir’. Es indicado a menudo que la palabra hebrea usada aquí debería ser traducida como ‘envenenador’, pero el caso es poco convincente y basado principalmente en la imperfecta traducción griega del Viejo Testamento, el Septuagint. Las traducciones modernas de la Biblia todavía dicen ‘bruja’. [↑](#footnote-ref-26)
27. El Sr. Punch es el personaje principal en un tradicional espectáculo británico para niños que tiene como protagonistas el robo, la violencia extrema, los golpes a la esposa y múltiples homicidios, usando marionetas de guante. El artista usaba un especial silbato de garganta, llamado swozzle, para producir la voz chirriante del personaje.

    Vea también la historia corta de Mundodisco El Teatro de la Crueldad. [↑](#footnote-ref-27)
28. ‘Ich bin Ein Rattarsedschwein’ quiere decir ‘Soy un cerdo borracho’, culo-de-rata (rat-arsed) es, en la jerga británica, muy borracho. El Estudiante Caballo hace referencia a El Estudiante Príncipe, a una opereta por Romberg sobre un príncipe que estudia en Heidelberg y se enamora de una camarera. En la película, presuntamente, se suponía que Mario Lanza tendría la parte del príncipe, pero se puso demasiado gordo así que su voz tuvo que ser doblado sobre la del actor principal cuando cantaba. Las canciones incluyen la «Canción De Taberna» y el desafortunadamente titulado «Vamos Muchachos, Seamos Todos Alegres» ('Come Boys, Let's All Be Gay Boys'). [↑](#footnote-ref-28)
29. El original ‘Sam Jabonoso» era Samuel Wilberforce, Obispo de Oxford de 1845 a 1869, mejor recordado hoy por su intransigente oposición a la teoría de la evolución. El nombre es ocasionalmente aplicado hoy como un insulto genérico a cualquier clérigo que sostenga una opinión contraria a la propia. [↑](#footnote-ref-29)
30. Escrow es un término legal para un contrato formal o acuerdo para hacer algo, donde el documento es retenido por una tercera persona confiable hasta que sus condiciones son satisfechas. [↑](#footnote-ref-30)
31. Combinado con la piel azul, esto indica una cualidad decididamente Smurf de los Feegles. Terry dice:

    “1) Quería un poco de fondo para Arthur Somoslocos, de Pies de Barro y por tanto serían pequeños. 2) Había estado escuchando a Laureena McKennitt cantar „El niño robado». 3) Ya que la tribu sería escocesa, entonces Corazón Salvaje y Rob Roy (películas de ‘crítica a los ingleses’ hechas por personas sentadas sobre el trozo más grande de tierra jamás robado a sus propietarios con engaño, genocidio y guerra) eran blancos naturales... lo cuál quería decir que los NmF serían azules... [↑](#footnote-ref-31)
32. La venta piramidal es cuando cada uno de sus clientes sale y vende a varios otros clientes, y usted obtiene una parte de las ganancias de ellos; entonces cada uno de esos otros clientes sale y prueba el mismo truco, y todo así hasta que todos en el mundo son clientes. Por supuesto, si usted es uno reclutado en la última generación, usted está fregado. La mayoría de los esquemas piramidales de venta es ilegal en la mayoría de los países. El timo es un molesto fenómeno común en la Internet. [↑](#footnote-ref-32)
33. Carmilla, de J Sheridan LeFanu, fue una de las primeras historias de vampiros, publicada en 1872, un buen cuarto de siglo antes que Drácula. La historia sobre bañarse en la sangre de vírgenes es contada de Erzsebet Bathory (1560—1614), una princesa húngara que creía que la mantendría joven; su nombre es a menudo relacionado con historias de vampiros.

    La figura con pico y encorvada que Vlad llama ‘un antepasado distante’ es una referencia al stryx, una criatura de la mitología romana que clavaba el pico y bebía sangre.

    Terry explica: “Lo que le muestra a Agnes es la ‘evolución’ de los vampiros, arpía, monstruo peludo, Lugosi / Lee / Byron. ¿Y qué mejor manera de demostrarlo que una sucesión de retratos de familia?

    Como una acotación al margen, muy poco de las leyendas y folclore de vampiros en esta novela son inventados, incluso las herramientas vampiro y las sandías son creencias del mundo real.” [↑](#footnote-ref-33)
34. Avenas ha atestado una página de su libreta con una impresionante colección de historias de vampiros. ‘La sangre es la vida’, es una frase típica de Drácula; está estrechamente relacionada con la visión cristiana del vampiro; tal como el Cristiano gana la vida eterna a través del sacramento de la sangre de Cristo, así el vampiro gana una versión pervertida de lo mismo.

    Porfiria es un trastorno de la sangre, muy raro y genético, una forma de la cual incluye síntomas de severa sensibilidad a la luz, orina y dientes de color marrón rojizo, la deformación de la nariz, orejas, párpados y dedos, un exceso de pelo corporal, y anemia. Se ha sugerido que explica algunos aspectos de ambas leyendas: vampiro y lobizón. [↑](#footnote-ref-34)
35. La versión bíblica es la historia de Noé (Génesis 6—8). Varios ciclos míticos tienen una historia similar de cómo la humanidad fue casi borrada por una inundación, pero salvada por una buena persona que construye un bote. [↑](#footnote-ref-35)
36. El Malleus Maleficarum (habitualmente traducido como Martillo de Brujas) fue escrito por dos monjes dominicanos en el siglo XV como un manual para tratar con brujas y espíritus posesivos. Muchos de los mitos populares sobre el tratamiento medieval de las brujas, incluyendo muchas de las varias pruebas por ordalías, primero aparecieron en este libro. [↑](#footnote-ref-36)
37. Es un viejo dialecto inglés (no escocés) del norte, usado para contar ovejas en Yorkshire y Cumbria. ‘Yan, tan, tethera, methera, pip, sethera, lethera, hovera, dovera, dick.’

    De acuerdo con un corresponsal, el folclorista A. L. Lloyd rastreó las palabras hasta un grupo de pastores rumanos traídos a Inglaterra a comienzos del siglo XIX a enseñarle a los locales sobre el crecimiento de los rebaños. Las palabras eran pensadas muy Ocultas y Misteriosas, hasta que explicaron que sólo estaban contando. [↑](#footnote-ref-37)
38. El ave fénix, tal como lo describe el historiador griego Herodoto, era un ave de aspecto de águila, con plumaje rojo y oro, que estaba consagrada al sol-dios en el Egipto antiguo. El ave vivía 500 años, y al final construía su propia pira funeraria y era consumida hasta las cenizas, de las que surgiría otra ave fénix entonces. Era presuntamente el símbolo del ascenso y la puesta del sol; fue adoptado por el Cristianismo medieval como símbolo de muerte y resurrección. [↑](#footnote-ref-38)
39. Una abreviatura comúnmente usada en algunas partes de la Internet es IMHO, que significa ‘In my humble opinion’ (En mi humilde opinión). Terry parece tener una aversión especial a esta frase, que en la práctica se traduce a menudo como ‘y alguien que no está de acuerdo conmigo es un imbécil’. [↑](#footnote-ref-39)
40. Los vampiros de Mundodisco solían hacerlo (en Segador y Brujas de Viaje, por ejemplo), pero más recientemente han empezado a volar sin cambiar la forma. Presumiblemente es otro aspecto de ser un vampiro moderno. [↑](#footnote-ref-40)
41. Hay una cita, atribuida a G. K. Chesterton: “Los cuentos de hadas no les dicen a los niños que los dragones existen. Los niños ya saben que los dragones existen. Los cuentos de hadas les dicen a los niños que los dragones pueden ser matados.” Esto parece concordar excepcionalmente bien con la actitud propia de Terry ante las historias infantiles. [↑](#footnote-ref-41)
42. Jonathan y Mina Harker son dos de los personajes principales en Drácula. [↑](#footnote-ref-42)
43. Es la segunda vez que Greebo ha eliminado un vampiro —comió un murciélago en Brujas de Viaje— lo que sugiere que hay otras maneras de matarlos además de esos métodos sofisticados prescritos por el folclore. [↑](#footnote-ref-43)
44. Grimnir la Empaladora (1514—1553, 1553—1557, 1557—1562, 1562—1567 y 1568—1573) es mencionada en Brujerías. La diferencia de ortografía es presumiblemente un error de imprenta. [↑](#footnote-ref-44)